



Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina

Abordajes metodológicos e historiográficos

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip, coordinadores

historia
de la educación

issue

Este libro ofrece una exploración de las complejas relaciones entre la educación, la política y los conflictos en la historia reciente de América Latina, centrándose en la segunda mitad del siglo xx. A través de una amplia gama de enfoques metodológicos e historiográficos, esta obra tiene como objetivo fomentar el estudio de las instituciones educativas y su papel como generadoras de agendas políticas y cuna de actores sociales, abarcando perspectivas tanto de derechas como de izquierdas. Además, se busca estimular el análisis comparativo y transnacional, explorando las conexiones existentes entre las distintas controversias sobre política y educación en diferentes latitudes. Con un enfoque riguroso y un compromiso académico sólido, *Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina. Abordajes metodológicos e historiográficos* brinda una visión integral y enriquecedora sobre el papel de la educación en los contextos políticos y conflictivos de la región.

Educación, política
y conflicto en la historia
reciente de América Latina
Abordajes metodológicos e historiográficos

iisue.
unam.mx/
publicaciones

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786073085496e.2023>

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN
Colección Historia de la Educación

Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina

Abordajes metodológicos e historiográficos

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip, coordinadores



iisue

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
México, 2023

Catalogación en la publicación UNAM

Nombres: Cejudo Ramos, Denisse de Jesús, editor. | Dip, Nicolás, editor.

Título: Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina : abordajes metodológicos e historiográficos / Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip, coordinadores.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2023. | Serie: IISUE historia de la educación.

Identificadores: LIBRUNAM 2211313 | ISBN 978-607-30-7836-8.

Temas: Educación superior y Estado -- América Latina. | Educación superior -- Aspectos políticos -- América Latina -- Historia. | Movimientos estudiantiles -- América Latina -- Historia. | Movimientos estudiantiles -- América Latina -- Estudios de casos. | Educación superior -- América Latina -- Historia.

Clasificación: LCC LC177.L29.E385 2023 | DDC 378—dc23

Este libro fue sometido a dos dictámenes doble ciego externos, conforme a los criterios académicos del Comité Editorial del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Esta obra es producto del proyecto de investigación “Modernización y conflicto. Una historia política del rectorado de Jorge Carpizo en la UNAM, 1985-1988” y contó con el apoyo del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica, clave IA400921, de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

Coordinación editorial:

Jonathan Girón Palau

Cuidado de edición:

Dania Fabiola Beltrán Parra

Edición digital

Jonathan Girón Palau

Diseño de cubierta:

Diana López Font

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, Ciudad de México,
www.iisue.unam.mx

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786073085496e.2023>

ISBN (PDF): 978-607-30-8549-6

ISBN (impreso): 978-607-30-7836-8



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Hecho en México/Made in Mexico

ÍNDICE

9 PRESENTACIÓN

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip

17 Educación, política y conflicto: discusiones para un enfoque
y una agenda de investigación

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip

PRIMERA PARTE. IDENTIDADES POLÍTICAS

33 Los intelectuales de extrema derecha y la universidad pública
argentina (1955-1983): un abordaje posible

Laura Graciela Rodríguez

63 Pensar las derechas y la universidad en Uruguay en los sesenta.
Algunas aproximaciones metodológicas

María Eugenia Jung

99 Notas para pensar la historia y la historiografía
sobre los grupos estudiantiles anticomunistas católicos
en México durante la segunda mitad del siglo XX

Mario Virgilio Santiago Jiménez

SEGUNDA PARTE. GIRO AFECTIVO Y REPRESENTACIONES

- 129 La larga marcha hacia la politización. Consideraciones metodológicas para el estudio de los procesos de subjetivación de jóvenes mexicanos en los años sesenta y setenta
Aleida García Aguirre
- 159 ¡A la calle! Breves comentarios en torno a las dimensiones afectivas de la violencia en la protesta estudiantil universitaria de Chile (1978-1990)
Pablo Toro-Blanco
- 185 Universidad pública y estudiantes: Los objetos de la metamorfosis. Transformaciones en la representación por parte del diario *El Comercio* a lo largo de medio siglo (1955-2013)
Carlos Celi Hidalgo y Kintia Moreno Yáñez

TERCERA PARTE. LA CUESTIÓN UNIVERSITARIA EN DEBATE

- 221 La reforma universitaria brasileña de la década de los sesenta: disputas, violencia represiva y conexiones internacionales
Rodrigo Patto Sá Motta
- 255 Educación y militancia estudiantil. El caso de la Universidad de Guadalajara en la década de los setenta
Fernando Herrera Calderón
- 289 Movilización estudiantil y programas mínimos en Colombia (1971-2011). Lecturas historiográficas e intuiciones metodológicas
Gabriel Samacá Alonso y Sergio Lizarazo Vega
- 325 SIGLAS Y ACRÓNIMOS
- 329 SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

PRESENTACIÓN

Desde la fundación de los espacios educativos contemporáneos se discutieron tanto las tramas políticas internas y el nivel de influencia estatal, como los condicionantes sociales y culturales de sus dinámicas institucionales. En América Latina, en el transcurso del siglo xx, estos ámbitos fueron caracterizados por algunos políticos e intelectuales como esferas diferenciadas de la sociedad, desde enfoques que valoraban la neutralidad y la asepsia ideológica. Esta visión permeó en las discusiones académicas y modificó los presupuestos metodológicos de una serie de investigadores que partieron de una supuesta despolitización del campo educativo.

Sin embargo, durante las últimas décadas se observa un creciente interés en distintas disciplinas sociales por analizar las instituciones educativas como espacios de disputa y conflicto. Especialmente en 2018, con las conmemoraciones de la Reforma de Córdoba de 1918 y las movilizaciones estudiantiles de 1968, se evidenciaron una gran cantidad de estudios que recurrieron a diversos actores, fuentes y acercamientos teórico-metodológicos con la intención de dar cuenta de su carácter contencioso en múltiples dimensiones. Así, la política, el poder y el disenso aparecen nuevamente como elementos configuradores centrales del campo educativo.

Desde este enfoque general, a lo largo de América Latina se incentivaron encuentros académicos y publicaciones que cuestionaron algunas constantes en las narrativas históricas, como la excesiva centralización espacial de los análisis, la escasa problematización de los contextos internacionales o nacionales a raíz de casos locales y la

omisión de la profunda heterogeneidad que caracteriza a los actores colectivos vinculados con los ámbitos educativos.

En el marco de dichos debates, este libro se propone discutir las relaciones entre educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina, en particular en la segunda mitad del siglo XX. A partir de un conjunto de aproximaciones metodológicas e historiográficas, busca incentivar el estudio de las instituciones educativas como constructoras de agendas y sujetos políticos, con la convergencia de diversas problemáticas y de investigadoras e investigadores de distintos países de la región. De esta manera, se propone identificar la pluralidad de actores que se desenvuelven en la esfera educativa, en función de diversas tendencias políticas e ideológicas que abarcan derechas e izquierdas, como otras vertientes que no pueden reducirse fácilmente a esos polos. Además, busca estimular análisis comparativos y transnacionales, capaces de indagar en las redes que conectan las controversias sobre política y educación en distintos puntos de Latinoamérica.

Entre los estudios y las discusiones actuales, este libro hace énfasis en la indagación de los siguientes procesos, actores y temáticas: la relación entre educación formal y no formal en distintos contextos; las experiencias de los movimientos estudiantiles; las identidades políticas y las disputas sindicales en diversos ámbitos; la formación de profesores y sus vínculos con el estudiantado; los debates sobre los proyectos de reforma, las escuelas alternativas y las disputas por el *deber ser* de la educación; las pugnas por el poder y el acceso a la educación; las dimensiones afectivas y personales de los procesos educativos, y la formación de élites gerenciales e intelectuales, entre otras dimensiones que revelan la continuidad de controversias de larga data y la aparición de nuevos temas que complejizan la educación desde dimensiones históricas y políticas de diversa índole.

En el marco de este campo temático, el libro agrupa un conjunto de reflexiones metodológicas e historiográficas que muestran líneas precedentes y actuales de investigación que son capaces de reconocer a las instituciones educativas como espacios de conflicto en la región. Con la intención de contribuir a la comprensión de este tipo

de procesos, las autoras y los autores de cada capítulo indagan en ejes analíticos comunes desde un estudio de caso empírico particular.

El presente trabajo es un esfuerzo colectivo de investigación que está dividido en tres partes. La primera se acerca a los espacios educativos de México y el Cono Sur a través del interrogante acerca de las identidades políticas de los actores, grupos y sectores que los integran. Esta sección contempla especialmente el aporte de autoras y autores vinculados al creciente campo de estudio sobre las experiencias de las derechas en las instituciones educativas de la región.

Ahí, Laura Graciela Rodríguez explica metodológicamente cómo construyó un problema de investigación alrededor de las trayectorias de seis intelectuales de extrema derecha que publicaron escritos sobre la universidad entre 1955 y 1983 en Argentina. El trabajo expone los inconvenientes que genera la clasificación de este tipo de actores y cómo las fuentes escritas posibilitan identificar redes intelectuales que se configuraron alrededor de revistas que nucleaban a buena parte de la extrema derecha argentina, como *Verbo*, *Cabildo*, *Mikael*, *Universitas* y *Sociológica*. Para la autora, es relevante considerar estos documentos porque las redes trascendieron ampliamente el papel y se tradujeron en encuentros y actividades realizados en el ámbito nacional, regional y transnacional. A su entender, esta veta de análisis da cuenta de los viajes y la intensa circulación tanto de personas como de ideas que caracterizaron a esas décadas de la historia reciente de América Latina.

Por su parte, María Eugenia Jung discute dos dimensiones que considera productivas para examinar metodológicamente las relaciones entre educación y derechas: por un lado, la intersección de los estudios sobre la universidad con otros campos historiográficos y, por otro, la adopción de una perspectiva atenta a las variaciones de escalas de análisis. Estas reflexiones son desarrolladas a partir del estudio de los posicionamientos universitarios que sostuvieron las derechas uruguayas durante los largos años sesenta. En este marco, la autora escrudiña ideas y proyectos modernizadores impulsados por esos sectores con el fin de resaltar el protagonismo de la universidad en la conformación del campo de las derechas, en un lapso temporal que se extiende entre 1958 y 1973.

Finalmente, Mario Virgilio Santiago Jiménez problematiza los estudios sobre las movilizaciones estudiantiles y la concepción de la universidad como un espacio político desde las derechas mexicanas. A partir de estos objetivos, explora las implicaciones y las posibilidades que se suscitan a la hora de comprender la historia, el ideario y las acciones del Frente Universitario Anticomunista (FUA) y el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), dos organizaciones estudiantiles católicas y anticomunistas que actuaron durante la segunda mitad del siglo XX en la Universidad Autónoma de Puebla (UAP) y en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), respectivamente.

La segunda parte del libro contiene tres trabajos que abordan preguntas sobre cómo se investigan y reconstruyen las subjetividades y las representaciones de los actores político-educativos. En esta sección se estudian experiencias y grupos que operan tanto en el interior como en el exterior de los ámbitos educativos para definir sus orientaciones. De esta manera, se da especial importancia a cómo las subjetividades y las representaciones de los actores influyen en la politización y el conflicto de los ámbitos educativos.

En este marco, Aleida García Aguirre plantea una ruta metodológica para acercarse a las subjetividades que dispusieron a los jóvenes mexicanos a organizarse políticamente bajo los idearios de izquierdas de los años sesenta y setenta. La autora muestra cómo documentar el espacio donde subjetividades, experiencias y eventos externos circularon y dieron origen a las transformaciones subjetivas que cimentaron ese tipo de politizaciones. Además, argumenta que es posible desentrañar esa zona con relatos producidos por los propios protagonistas en el pasado y entrevistas a profundidad conducidas en el presente.

El texto de Pablo Toro-Blanco busca situar elementos provisionales para una discusión acerca del papel de la violencia en la protesta estudiantil universitaria de Chile entre 1978 y 1990. A partir del creciente interés en aspectos concernientes a la subjetividad y la afectividad en las experiencias históricas vinculadas al ámbito educativo, propone problemas y desafíos teóricos para su comprensión. La temática es problematizada mediante el estudio de caso del mo-

vimiento estudiantil universitario chileno, en especial de la Universidad de Chile, en el periodo signado por la dictadura civil-militar que encabezó el general Augusto Pinochet entre 1973 y 1990. Como conclusión, el autor resalta que este tipo de perspectivas puede enriquecer el análisis de las movilizaciones estudiantiles en la historia reciente de América Latina.

Finalmente, desde el análisis de las representaciones, Carlos Celi Hidalgo y Kintia Moreno Yáñez indagan los cambios en la visión sobre el estudiantado universitario y la Universidad Central del Ecuador que construyó el diario *El Comercio*, en una perspectiva diacrónica de más de 50 años. El estudio examina los objetos-sujetos de la representación por parte del rotativo y se interroga sobre las variaciones antagónicas que presentó el periódico en tres periodos: 1955-1976, 1980-1996 y 1996-2013. Desde esta perspectiva, los autores tratan de desnaturalizar la supuesta mirada imparcial que se autoadjudican los medios de comunicación para posicionarlos como un actor social y político más en torno a los conflictos educativos.

La tercera y última parte del libro se introduce en la manera en que los actores político-educativos ponen en debate la cuestión universitaria. Por esta razón, se abordan experiencias donde las controversias acerca del perfil y el deber ser de las universidades están asociadas a facetas educativas y políticas de distinta índole.

En este apartado, Rodrigo Patto Sá Motta analiza, en una mirada de largo plazo, el complejo proceso de reforma universitaria vivido en Brasil desde el ascenso al poder del vicepresidente João Goulart en septiembre de 1961. Para el autor, esta fecha abrió una etapa de conflictos entre derechas e izquierdas que condujo al golpe militar de 1964 y a una dictadura que duró 20 años. Su enfoque realiza una crítica historiográfica y traza desafíos metodológicos al poner atención a las conexiones transnacionales y a los resultados paradójicos de la modernización universitaria autoritaria brasileña en los años sesenta y setenta.

Por su parte, Fernando Herrera Calderón pone atención en la batalla educativa e intelectual dentro del movimiento estudiantil mexicano de la Universidad de Guadalajara (UDEG) en los años setenta. El autor indaga la importancia que adquirió el debate sobre

la reforma educativa en el activismo estudiantil de izquierda de esa entidad federativa mexicana. A su vez, el estudio resalta los aportes metodológicos y analíticos que conllevan examinar la manera en que los militantes estudiantiles de izquierda significaron e imaginaron la democratización educativa. La elección de la Udeg en esta etapa de la historia reciente se fundamenta en que fue un centro importante de militancia estudiantil vinculado con una oleada de izquierdismo radical, en la que tuvieron protagonismo grupos como las Juventudes Juaristas y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER).

El último trabajo del tercer apartado y del libro en su conjunto es el de Gabriel Samacá Alonso y Sergio Lizarazo Vega. Los autores realizan un ejercicio de análisis en dos niveles. El primero reconstruye los resultados de un balance historiográfico sobre la producción académica que se ha ocupado de las dos movilizaciones estudiantiles colombianas de mayor envergadura en los últimos 50 años: la de 1971 y la liderada en 2011 por la Mesa Amplia Nacional Estudiantil que detuvo la iniciativa de reforma a la Ley de Educación Superior. Para los autores, el estado actual de la bibliografía expresa la inexistencia de un campo de estudios consolidado acerca del movimiento estudiantil en Colombia. El segundo nivel, formula un enfoque metodológico que enfatiza dimensiones históricas y políticas sobre el objeto de estudio. De esta manera, los autores proponen que las protestas estudiantiles de la segunda mitad del siglo XX colombiano se pueden comprender mejor si se asume el análisis de los conceptos sociopolíticos en consonancia a los léxicos e intervenciones de las izquierdas.

A partir de las contribuciones señaladas, *Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina. Abordajes metodológicos e historiográficos* espera generar discusiones para repensar el campo de estudio. Este libro es posible gracias a las académicas y los académicos que aceptaron entablar un diálogo abierto acerca de sus procesos de producción intelectual y se espera que sea el inicio de una serie de publicaciones sobre el tema. Los trabajos se insertan en la conversación actual de la historiografía y, en especial, busca invitar a nuevas generaciones de estudiantes e investigadores noveles a acercarse, desde perspectivas críticas, a los análisis acerca

de la historia de la educación en la región. En definitiva, los ejercicios de investigación colectiva son los que permiten generar vínculos duraderos, reconocer la producción de pares y, sobre todo, producir contenidos que incentiven acercamientos y miradas críticas a la educación.

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip

EDUCACIÓN, POLÍTICA Y CONFLICTO: DISCUSIONES PARA UN ENFOQUE Y UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN¹

Denisse de Jesús Cejudo Ramos y Nicolás Dip

INTRODUCCIÓN

Desde hace tiempo, las instituciones de educación superior (IES) latinoamericanas, especialmente las universidades, son consideradas espacios en disputa. Por esta razón, se les reconoce como puntos de interacción política para la reproducción o transformación social. Aunque esto puede ser un lugar común en ciertos espacios académicos, en algunos discursos políticos e historiográficos suelen referirse a ellas como esferas diferenciadas de la sociedad, donde los saberes deben apartarse de eventos más cotidianos relacionados con el poder y la política.² Estas interpretaciones han permeado en la construcción de narrativas históricas, en las que el conflicto aparece como una dimensión que sólo se hace visible de forma coyuntural o a través de incursiones externas que desestabilizan una supuesta “neutralidad educativa”.³

- 1 Este texto es resultado de la fase de reflexión metodológica e historiográfica del proyecto IA400921, “Modernización y conflicto. Una historia política del rectorado de Jorge Carpizo en la UNAM, 1985-1988”, del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica de la Universidad Nacional Autónoma de México (PAPIIT-UNAM).
- 2 A. Acosta, *El poder de la universidad en América Latina. Un ensayo de sociología histórica*, 2020; J. J. Brunner y C. Peña (eds.), *El conflicto de las universidades: entre lo público y lo privado*, 2011; R. Rodríguez-Gómez, “Política y universidad en América Latina”, *Política y sociedad*, 1997, pp. 5-22.
- 3 D. de J. Cejudo Ramos, *La universidad en el naufragio. El comité estudiantil de la Universidad de Sonora y el conflicto por la modernización 1991-1992*, 2020.

Este capítulo introductorio busca discutir los supuestos y los acercamientos desde los que parten los ejercicios de investigación sobre la historia reciente de la educación en América Latina, en especial de experiencias vinculadas con instituciones públicas y de cuestiones que resaltan las dimensiones conflictivas y políticas de dichas temáticas. A partir de la revisión de las propuestas existentes en la materia y de la discusión de trabajos previos, así como de los estudios que conforman este libro, el presente capítulo delinea un conjunto de hipótesis y de ejes de análisis que pueden operar como elementos para discutir la agenda de investigación. De esta manera, se espera generar aportes para profundizar el diálogo con especialistas de distintos puntos de Latinoamérica e invitar a las nuevas generaciones de estudiantes a acercarse desde perspectivas críticas a los análisis acerca de la historia reciente de la educación.

EL CONFLICTO Y LA POLÍTICA COMO PERSPECTIVA EPISTEMOLÓGICA

En los últimos tiempos, se observa una proliferación de investigaciones académicas que, de manera dispersa, han propuesto comprender las condiciones políticas que construyen, modifican y mantienen las interacciones dentro de las IES en recortes temporales anclados a la historia reciente de América Latina. Aunque esto se ha desarrollado de manera más amplia en el Cono Sur, a lo largo de la región surgieron esfuerzos por entender la disputa *por* y *en* las instituciones, la heterogeneidad de actores que intervienen en ellas y sus formas complejas de organización, entre decenas de temas más.⁴

Existen análisis que consideran a las escuelas o las universidades como espacios aislados de la sociedad.⁵ Como se indicó anteriormente, estos estudios parten de presupuestos donde el orden y la neutralidad política son erigidos en principios estructuradores de las

4 R. Domínguez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional. Los ajustes estructurales entre dos siglos, 1973-2015*, 2016. P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, 2005.

5 D. de J. Cejudo Ramos, “Para analizar los movimientos estudiantiles”, *Conjeturas Sociológicas*, 2019, pp. 134-153.

relaciones e intercambios que se generan al interior de los ámbitos educativos. Este tipo de enfoques pocas veces tienen en cuenta que la vida institucional es un campo de poder, negociación y confrontaciones múltiples.

Sin embargo, la historiografía más reciente ha actualizado las orientaciones existentes y ha creado nuevas referencias que permiten reconocer la gestión del conflicto como un elemento que regula la interacción social y que redefine el *deber ser* de la educación. Por ejemplo, las investigaciones del brasileño Rodrigo Patto Sá Motta hacen posible ubicar las decisiones sobre la ordenación de los sistemas educativos desde la política de partidos o la configuración de la gobernabilidad, pero también desde las representaciones y las culturas políticas.⁶ En un sentido convergente, los trabajos de la uruguaya Vania Markarian han innovado tanto en la discusión de la producción material y simbólica de los movimientos estudiantiles como en el reconocimiento de las disputas por el financiamiento universitario desde una perspectiva conflictiva.⁷

De la misma forma, destacan propuestas que retoman al conflicto como una dimensión en el análisis de la vida institucional desde las categorías de gobierno y gobernabilidad, con la intención de entablar un análisis complejo sobre la historia de la educación. Como ha observado el investigador mexicano Hugo Casanova Cardiel, los periodos de reformas pueden utilizarse como estrategia para leer las decisiones institucionales, especialmente en las universidades, ya que abren la posibilidad para pensar distintos niveles de cambio a raíz de la configuración interna y externa de los espacios en disputa.⁸

El autor advierte que si bien las IES se constituyen de acuerdo a normativas, también es relevante identificar las prácticas y ritos institucionales que caracterizan las formas de toma de decisiones,

6 R. P. Sá Motta, *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária*, 2014.

7 V. Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, 2012, y *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la guerra fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, 2019.

8 H. Casanova Cardiel, *La reforma universitaria y el gobierno de la UNAM*, 2009, p. 23.

todas ellas mediadas por el ejercicio del poder.⁹ De esta manera, puede considerarse, ya sea desde una visión estructural o experiencial, que la dimensión conflictiva es un presupuesto relevante para entender la producción de lógicas y narrativas que dinamizan los procesos históricos de las instituciones educativas y de quienes las constituyen.

En este aspecto, son importantes las contribuciones que ha realizado el investigador mexicano Imanol Ordorika, desde una perspectiva centrada en la educación superior. Una de las hipótesis que atraviesa su obra es que la universidad es una de las instituciones más politizadas de la sociedad.¹⁰ En su propuesta, pueden distinguirse tres dimensiones analíticas relevantes: en un primer nivel, la lectura del Estado y las IES como un espacio de conflicto en el que se disputa la asignación y distribución de diversos recursos, como la lucha por la hegemonía desde distintos actores e ideologías; en una segunda dimensión, pensar las universidades como expresiones estatales y como entes en constante pugna, donde internamente se disputa el *deber ser* de la institución, y por último, una contextualización de la competencia política interna para delinear ideologías dominantes, posibilidades de movilización y perfiles de los liderazgos.¹¹

Desde este tipo de enfoques, el conflicto se reconoce como algo inherente a la construcción y la reproducción de las experiencias y los espacios educativos. Así, la educación, en sus múltiples aristas, se presenta como una zona en disputa que adquiere diferentes asignaciones de sentido dependiendo de los contextos y los grupos de poder, pero también de cómo se constituyen las dinámicas internas y las relaciones de poder entre la diversidad de sectores que la integran. La política —entendida como la capacidad de gestación y gestión del conflicto— y el conflicto —como experiencia consustancial al dinamismo de la vida social y sus intereses contrapuestos— funcionan como ejes de la vida institucional donde se definen las capacidades y los límites de la educación.

9 *Ibid.*, p. 14.

10 I. Ordorika, “Aproximaciones teóricas para el análisis del conflicto y el poder en la educación superior”, *Perfiles Educativos*, 2001, p. 78.

11 *Ibid.*, pp. 91-93.

Si se recapitulan los temas expuestos, la dimensión del conflicto puede vislumbrar discusiones sobre la construcción de culturas políticas y el lugar que la educación tiene en sus heterogéneos proyectos. La historicidad de las IES está directamente relacionada con las luchas sobre las propuestas educativas. Esta dimensión es un elemento fundamental y conlleva una revisión crítica de las trayectorias implicadas en la construcción de los proyectos, como en la configuración de las relaciones de poder, los realineamientos en los grupos, las coyunturas, los discursos, los actores colectivos y los repertorios de acción que se producen y articulan en estas interacciones.

Como lo ha expuesto Casanova para el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), una revisión de los perfiles de los grupos de gobierno y de las redes sociales desde donde emanan también abre posibilidades para introducirnos en los análisis de las élites y los mecanismos de reproducción del poder relacionados con la educación.¹² En este marco, la comprensión del conflicto y la política como configuradores del campo educativo puede eliminar la carga peyorativa que muchas veces se asigna desde ámbitos dirigentes y abrir un cúmulo de posibilidades para impulsar nuevas líneas de investigación en la temática.

LA DISPUTA POR LA CUESTIÓN EDUCATIVA Y LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

La perspectiva que asume el impacto de la política y el conflicto en los procesos institucionales, sociales y pedagógicos está constituyéndose, sin duda, en un campo de estudio con intereses diversos. En este marco, los análisis de las pugnas por las formas de gobernar las instituciones o por la introducción de diferentes esquemas educativos produjeron un intenso debate sobre el lugar que deben ocupar los actores estudiantiles, académicos, administrativos y los trabajadores en torno a la educación. Este tipo de comunidades se

12 H. Casanova Cardiel, “Saber, política y administración: el rectorado de Guillermo Soberón”, en R. Domínguez Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional. Los ajustes estructurales entre dos siglos, 1973-2015*, 2016, pp. 17-90.

organizan en función de su experiencia e historicidad, por ello es posible advertir adaptaciones de sus ideas educativas de acuerdo con contextos específicos y las interacciones político-sociales más amplias en que están inmersas.

Un actor colectivo que la historiografía ha privilegiado como protagonista de los cambios en los sistemas educativos es el movimiento estudiantil.¹³ A lo largo de la región, especialmente después de la impronta reformista ramificada tras los sucesos de Córdoba en 1918, se identificó una orientación particular en los activismos estudiantiles que mezclaba las demandas por la democratización de las casas de estudio con las transformaciones políticas y sociales más amplias.¹⁴ No obstante, las diversas experiencias de los países de América Latina muestran una heterogeneidad de tendencias políticas en los movimientos estudiantiles. De esta manera, los análisis sobre su conformación permiten visualizar múltiples acercamientos conflictivos a las instituciones educativas y a sus formas de comprender la organización como la acción política.

La historiografía educativa, por lo general, ha dividido sus estudios entre los que examinan la vida institucional y los que analizan a los activismos estudiantiles.¹⁵ En los últimos años, sin embargo, asistimos a la intersección de estos intereses debido a que las investigaciones empiezan a concebirlos como construcciones específicas, pero a la vez convergentes, dado que no existen instituciones sin redes y actores sociales. A su vez, esto ha posibilitado abandonar el presupuesto de que los movimientos estudiantiles responden a problemáticas espontáneas o coyunturales para considerarlos en función de dinámicas de sus propias culturas políticas, sociales, culturales e institucionales en conexión con proyectos nacionales, regionales e incluso globales.

13 R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia reciente de América Latina IV*, 2015.

14 Un análisis amplio y reciente sobre este aspecto puede encontrarse en la colección de siete volúmenes de N. Bacolla, D. Mauro y A. Eujanian (coords.), *Dimensiones del reformismo universitario*, 2018.

15 P. Bonavena y M. Millán, *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*, 2018.

En la actualidad, la importante producción sobre movimientos estudiantiles en América Latina es una oportunidad para repensar la educación en diversas aristas, ya sea desde casos nacionales, comparativos o transnacionales.¹⁶ Además, permite indagar acerca de los movimientos estudiantiles como actores colectivos heterogéneos que son productos y productores del conflicto.¹⁷ Esta manera de examinar la relación entre los activismos del estudiantado y la dinámica política posibilita, a su vez, discutir un presupuesto fundamental que muchas veces es pasado por alto en investigaciones que no explicitan la definición analítica de sus objetos de estudio.

Desde el enfoque propuesto, los movimientos estudiantiles deben examinarse en sí mismos como experiencias inconclusas, dado que no es posible delimitar de antemano y sin una aproximación histórica los contornos de sus politizaciones, como sus alcances sociales y culturales.¹⁸ No obstante, la referencia estudiantil tiene una dimensión particular que está relacionada con el ámbito educativo y con la práctica política. Por esta razón, es necesario no perder de vista su especificidad, pero también indagar en las relaciones entre esas dos esferas, a partir de redes sociales complejas en las que intervienen las militancias estudiantiles junto con una multiplicidad de actores.

En este último nivel analítico, es necesario observar las relaciones en que está inmerso el objeto de estudio, donde se identifican una diversidad de sectores políticos y educativos con los que interactúan en la búsqueda y negociación de sus objetivos. Estos sectores pueden ser los “opponentes”, los “otros” estudiantes no organizados, los “aliados” e incluso aquellos que no se interesan por las cuestiones en disputa.

De esta manera, es importante identificar a las instituciones y a los sistemas educativos como condición de posibilidad para la

16 N. Dip, “Cuatro caminos de interpretación.: Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, 2020, pp. 123-138.

17 D. de J. Cejudo Ramos, “Para analizar...”.

18 N. Dip, “Movimientos estudiantiles contemporáneos en México: desafíos de investigación sobre una experiencia inconclusa”, *Revista de la Educación Superior*, 2022, pp. 87-109.

construcción del movimiento estudiantil y viceversa.¹⁹ Este encuadre otorga elementos para una comprensión multidimensional de los procesos y descarta las narrativas más tradicionales que dan por sentada la primacía analítica de la dimensión ideológica o de los objetivos corporativos inmediatos de los actores. Además, puede ser una perspectiva productiva para considerar que tanto las instituciones educativas como los propios movimientos estudiantiles son espacios en conflicto que no pueden delimitarse de antemano sin un análisis sociohistórico de sus orientaciones y complejidades.²⁰

Indagar las historias de las instituciones y de los activismos estudiantiles desde la perspectiva del conflicto y la política favorece una visión amplia de lo educativo, de las formas de relacionarse entre los diferentes grupos que integran las comunidades, del reconocimiento de redes sociales, de múltiples objetivos de movilización y de trayectorias de los actores que se conforman, consolidan o desaparecen a lo largo de los propios procesos de lucha. Para profundizar las historias políticas recientes de las IES y sus actores, es necesario prescindir definitivamente del supuesto de que son esferas despolitizadas de la sociedad. Más que intentar reconstruir piezas de rompecabezas a partir de episodios de ruptura que interrumpen la “cotidianidad” de la educación, necesitamos saber más de las negociaciones internas, de las pugnas por el posicionamiento, de la consolidación de grupos de poder y de la propia conflictividad contra esas dirigencias. Este tipo de ópticas recuerdan, una vez más, que el conflicto y la política son una dimensión inherente y no patológica de las instituciones educativas.²¹

LÍNEAS DE ANÁLISIS PARA LA (RE)DISCUSIÓN DE UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN

En los últimos años, investigadoras e investigadores de diversas procedencias disciplinares e institucionales han contribuido a la discu-

19 D. de J. Cejudo Ramos, “Para analizar...”.

20 D. de J. Cejudo Ramos, *La universidad...*

21 I. Ordorika, *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*, 2005.

sión sobre múltiples avatares tocantes a los vínculos entre educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina. Los estudios realizados hasta el momento otorgan una serie de elementos analíticos y empíricos que contribuyen a entender los ámbitos educativos como espacios en disputa, donde se anudan actores, redes y pugnas de diversa índole que comprenden desde dimensiones culturales, pedagógicas, científicas e institucionales, hasta aspectos políticos, económicos, gremiales, juveniles y corporativos, por nombrar algunos.

Una referencia al conjunto de la bibliografía latinoamericana es una empresa irrealizable, aunque del campo de estudio pueden extraerse un conjunto de nudos problemáticos para (re)discutir los ejes de una agenda de investigación en torno a la temática. Con esta perspectiva, a continuación distinguimos cuatro líneas de análisis que resultan clave para indagar las experiencias educativas desde las dimensiones de la política y el conflicto en la historia reciente de América Latina. Estos ejes, abiertos a la discusión, pueden sintetizarse en los tópicos siguientes.²²

Trazar redes sociales más que concebir actores homogéneos y lineales

Una cuestión central de las controversias bibliográficas actuales es sobre los clivajes puestos en juego a la hora de concebir a los actores ligados al ámbito educativo. Más allá de los abordajes de temas puntuales o de las querellas entre distintos enfoques teórico-metodológicos, en el campo de estudio cada vez se resalta más la necesidad de no perfilar como grupos homogéneos con trayectorias lineales a los actores vinculados con los espacios de educación. La dimensión histórica-social resulta medular en esta área de investigación y requiere de perspectivas que reconstruyan los discursos y las acciones

22 Una primera sistematización de los ejes propuestos puede encontrarse en N. Dip y M. E. Jung, “La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, 2020, pp. 9-15.

de los actores político-educativos en las interacciones y los conflictos en que están inmersos.

De esta manera, los exámenes sobre las relaciones entre educación, política y conflicto deben partir de redes sociales complejas donde intervienen múltiples actores. Así, pueden considerarse diferentes niveles educativos y espacios geográficos, políticos, sociales, culturales y económicos en que se interrelacionan actores y sectores heterogéneos que pueden ir desde movimientos estudiantiles, intelectuales, docentes, sindicales, emprendimientos editoriales, hasta fuerzas políticas regionales, nacionales y locales.

Proyectar la cuestión educativa en un sentido amplio

El abordaje sobre educación, política y conflicto en ocasiones plantea una especie de incompatibilidad entre los términos. Desde este tipo de enfoques, las experiencias de politización se delinean como un factor externo que perturba las zonas y las cuestiones propiamente educativas. Las prácticas y los conflictos políticos en estos ámbitos terminan siendo reducidos a disputas de grupos de interés que obstaculizan las experiencias y los procesos típicamente de educación.

Frente a esos lentes de análisis, en la bibliografía de la historia reciente latinoamericana se fortalecieron perspectivas que entienden de manera integral los vínculos entre educación, política y conflicto. Esto implica considerar a las instituciones y las experiencias educativas como un universo en el que, alrededor de los conflictos sociales, se construyen correlaciones de fuerzas entre distintos grupos y actores que inciden en sus orientaciones.

Un eje crucial que se extrae de estas visiones es que las pesquisas acerca de las pugnas en estos ámbitos no pueden prescindir de la reconstrucción de las controversias educativas específicas en conexión con cuestiones políticas y sociales más amplias que también influyen en la configuración de ese tipo de debates y experiencias.

Escapar al reduccionismo geográfico

Otro sesgo que se encuentra en ocasiones en el corpus bibliográfico es que las reflexiones analíticas y los estudios empíricos se preocupan excesivamente por dinámicas que suceden en las ciudades capitales de los países de Latinoamérica. En buena medida, esto reproduce el clásico esquema de centros y periferias, donde las metrópolis establecen relaciones de dominación y subordinación que en ocasiones son visualizadas con críticas y recelos por diversos actores locales. Esta óptica conlleva el peligro de generalizar o extrapolar lógicas explicativas que funcionan para las capitales, pero no en otro tipo de zonas que presentan dinámicas diferentes y particulares.

En la actualidad, existe una expansión de las investigaciones en la historia reciente latinoamericana que proponen escapar a este tipo de reduccionismo desde dos vías: 1) mediante el examen de escalas locales, donde intervienen sectores educativos con complejas interacciones con los centros capitalinos, y 2) a través de dimensiones transnacionales que indagan en querellas más amplias que circularon por distintos países de la región. Esto no sólo ha permitido acrecentar el conocimiento de casos poco analizados, sino que, a su vez, genera nuevas preguntas e interrogantes para abordar desde otras ópticas las propias ciudades capitales.

Prescindir de las delimitaciones unilaterales de los recortes temporales y las identidades políticas

El último eje analítico que puede extraerse de la bibliografía actual consiste en trascender visiones donde las experiencias político-educativas son indagadas sólo alrededor de fechas emblemáticas, como los años sesenta, o desde identidades políticas particulares, sin reconocer la amplitud y la heterogeneidad de los espectros ideológicos. Ambas cuestiones son llamativas, sobre todo, en las pesquisas centradas en la historia reciente de los movimientos estudiantiles en América Latina.

El primer sesgo, por lo general, se hace explícito cuando ciertos momentos históricos son considerados hitos que funcionan como lecturas ordenadoras del campo de estudio. La excesiva atención concedida a fechas emblemáticas como 1968 en países como México, Brasil y Uruguay, es sugestiva al respecto. Este énfasis, a la vez que reduce la complejidad de los sesenta a una fecha particular, erige al 68 como un modelo desde el cual se evalúan las experiencias posteriores, en especial las más contemporáneas. El problema de los encuadres que dan por sentado este tipo de clivajes es que obturan la riqueza de las múltiples temporalidades que pueden abordarse desde las relaciones entre educación, política y conflicto en la historia latinoamericana reciente. Prescindir de esos reduccionismos también puede dar lugar a indagar sobre cuáles son las apropiaciones y resignaciones que hacen los actores político-educativos más actuales acerca de las experiencias precedentes, como la del mismo 1968.

El otro sesgo que también se hace evidente en la literatura sobre los movimientos estudiantiles, aunque no solamente en ella, consiste en asociar a este tipo de actores político-educativos con identidades y orientaciones políticas de izquierda o con preocupaciones por el cambio y la transformación social. Este punto es problemático y conduce a imágenes estereotipadas. No obstante, varios trabajos actuales refuerzan la idea de que son más productivos los abordajes analíticos que expresan la heterogeneidad de los espectros políticos vinculados con el ámbito educativo. Dichas tendencias contemplan fuerzas políticas de izquierda, derecha e incluso corrientes que no pueden ubicarse fácilmente en una de esas clasificaciones dicotómicas. A su vez, los repertorios de acción disponibles en este tipo de espacios no necesariamente tienen como horizonte la cuestión del cambio, sino que muchas veces pueden estar asociados a respuestas propensas a la reproducción del orden.

A MANERA DE CIERRE

Es importante resaltar que las perspectivas, las hipótesis y los ejes analíticos discutidos en este capítulo se encuentran lejos de agotar

los temas de indagación y no deben concebirse como disposiciones cerradas, dado que las agendas se conforman con los aportes de distintos trabajos y enfoques. Los esfuerzos colectivos de investigación son los que exploran facetas menos conocidas y aportan nuevas lecturas sobre asuntos ya transitados. Más que agotar la cuestión, el trabajo espera ser un aporte para profundizar el diálogo con especialistas de distintos puntos de la región e invitar a nuevas generaciones de estudiantes a acercarse desde perspectivas críticas a los análisis de la historia reciente de la educación en América Latina.

REFERENCIAS

- Acosta Silva, Adrián, *El poder de la universidad en América Latina. Un ensayo de sociología histórica*, México, UDUAL/UAG/Siglo XXI, 2020.
- Bacolla, Natalla, Diego Mauro y Alejandro Eujanian, *Dimensiones del reformismo universitario*, 7 vols., Rosario, Humanidades y Artes Ediciones, 2018.
- Bonavena, Pablo y Mariano Millán (eds.), *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*, Buenos Aires, Clacso/IIGG, 2018.
- Brunner, José Joaquín y Carlos Peña (eds.), *El conflicto de las universidades: entre lo público y lo privado*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Casanova Cardiel, Hugo, "Saber, política y administración: el rectorado de Guillermo Soberón", en Raúl Domínguez Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional. Los ajustes estructurales entre dos siglos, 1973-2015*, México, UNAM, 2016, pp. 17-90.
- Casanova Cardiel, Hugo, *La reforma universitaria y el gobierno de la UNAM*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2009.
- Cejudo Ramos, Denisse de Jesús, *La universidad en el naufragio. El comité estudiantil de la Universidad de Sonora y el conflicto por la modernización 1991-1992*, Hermosillo, Universidad de Sonora, 2020.

- Cejudo Ramos, Denisse de Jesús, “Para analizar los movimientos estudiantiles”, *Conjeturas Sociológicas*, vol. 7, núm. 20, 2019, pp. 134-153.
- Dip, Nicolás, “Movimientos estudiantiles contemporáneos en México: desafíos de investigación sobre una experiencia inconclusa”, *Revista de la Educación Superior*, vol. 51, núm. 201, 2022, pp. 87-109.
- Dip, Nicolás, “Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, vol. 12, núm. 1, 2020, pp. 123-138.
- Dip, Nicolás y María Eugenia Jung, “La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, vol. 12, núm. 1, 2020, pp. 9-15.
- Domínguez Martínez, Raúl (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional. Los ajustes estructurales entre dos siglos, 1973-2015*, México, UNAM, 2016.
- Markarian, Vania, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la guerra fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2019.
- Markarian, Vania, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, UNQ, 2012.
- Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV*, México, UNAM, 2015.
- Ordorika, Imanol, *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*, México, UNAM/Plaza y Valdés, 2005.
- Ordorika, Imanol, “Aproximaciones teóricas para el análisis del conflicto y el poder en la educación superior”, *Perfiles Educativos*, núm. 91, 2001, pp. 77-96.
- Rodríguez-Gómez, Roberto, “Política y universidad en América Latina”, *Política y sociedad*, núm. 24, 1997, pp. 5-22.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária*, Río de Janeiro, Zahar, 2014.

PRIMERA PARTE
IDENTIDADES POLÍTICAS

LOS INTELLECTUALES DE EXTREMA DERECHA Y LA UNIVERSIDAD PÚBLICA ARGENTINA (1955-1983): UN ABORDAJE POSIBLE

Laura Graciela Rodríguez

INTRODUCCIÓN

En este capítulo explico cómo fui construyendo mi problema de investigación alrededor de un artículo publicado recientemente sobre las trayectorias de seis intelectuales de extrema derecha —Francisco Vocos, Pedro Ferré, Alberto Caturelli, Octavio N. Derisi, Carlos A. Sacheri y Patricio Randle— y sus escritos acerca de la universidad, editados entre 1955 y 1983. En el primer apartado presento un estado de la cuestión acerca de los principales aportes historiográficos que se han hecho del tema y mostraré cómo estas investigaciones se ocupan de reconstruir sus biografías e intervenciones en los debates políticos más generales, pero no se detienen en analizar sus opiniones respecto a la universidad o las han reconstruido sólo de manera parcial.

En la segunda sección relataré cómo, siguiendo estas pesquisas precedentes, fui encontrando en diferentes archivos, públicos y privados, las distintas revistas que nucleaban a buena parte de la extrema derecha argentina, tales como *Verbo*, *Cabildo*, *Mikael*, *Universitas* y *Sociológica*, que fueron creadas entre fines de los años cincuenta y los setenta. La mayoría no trataba temas específicamente educativos, pero luego de una revisión minuciosa, hallé varios artículos, reseñas y referencias sobre el tema de la universidad que confirmaban mi hipótesis inicial respecto a que estos intelectuales estaban preocupados, en particular, por la cuestión educativa. Iré

comentando el resultado de estas investigaciones previas, cuyos hallazgos principales fueron publicados entre 2010 y 2017.

En el tercer apartado me referiré de manera puntual a mi investigación sobre los intelectuales de extrema derecha y la universidad, elaborada en 2018 y publicada en 2019. Haré referencia a cómo llegué a identificar a estos seis intelectuales que habían escrito libros sobre la universidad y la manera en que este tipo de fuentes hizo posible, a través del estudio de las citas, conformar un esquema amplio de referencias intelectuales tanto del país como del extranjero. Mediante el análisis de sus escritos, he podido mostrar que un tema común de esta parte de la derecha anticomunista argentina ha sido el de ser, simultáneamente, antirreformista.

En la cuarta sección plantearé el problema que se le presenta al investigador respecto a la clasificación de estos actores; señalaré las distintas denominaciones que han recibido de parte de diversos analistas, y explicaré cuál es la que he adoptado.

En el último apartado mencionaré cómo estas revistas me permitieron identificar las redes intelectuales que se formaron alrededor de cada una y entre ellas, las cuales trascendieron ampliamente el papel y se tradujeron en encuentros de distinto tipo, en los ámbitos nacional, regional y transnacional, que daban cuenta de los viajes y la circulación intensa que se dio en esas décadas, tanto de personas como de ideas. Asimismo, haré referencia a la complejidad del mundo católico de derechas de esos años, las distintas identidades que sostenían y las posiciones que ocupaban dentro de cada red.

LOS ESTUDIOS DISPONIBLES O EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

En general, las investigaciones que han abordado la etapa de 1955-1966 se destacan por haber puesto el foco en los intelectuales de izquierda “críticos” o “progresistas”, que pensaron y gestionaron las universidades en esos años e intentaron interpretar al peronismo.¹ En

1 Véase, entre otros, S. Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, 1991; O. Terán, *Nuestros años sesenta*, 1991; F. Neiburg, *Los intelectuales y la invención del*

contraste con la abundante producción académica sobre esa etapa, no ha habido una similar para el caso de los intelectuales de derecha y sus ideas sobre la universidad. Por ejemplo, Pablo Buchbinder realiza una historia de las universidades argentinas desde el siglo XVII hasta fines del XX; hacia el final presenta un ensayo bibliográfico donde comenta los libros y algunas fuentes que utilizó para su elaboración.² Sin ser su objeto de estudio, nos interesa señalar que, de todo ese vasto conjunto, menciona un solo libro elaborado desde la derecha. Sobre el periodo 1966-1973, los estudios han puesto el foco, principalmente, en cómo la llegada de un nuevo golpe de Estado cortó de manera abrupta la experiencia reformista, mientras que estudiantes y profesores se iban radicalizando y volcando a la izquierda, en especial en ciertas facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA).³ En la etapa de 1973-1976, la literatura aborda las características que asumió la universidad nacional y popular del peronismo, los cambios negativos que se introdujeron a la muerte del presidente Juan Domingo Perón a mediados de 1974 y la represión sufrida durante la última dictadura (1976-1983).⁴

En relación con la producción académica sobre los católicos de extrema derecha que actuaron en ese periodo, presentaré a continuación a los principales referentes de este campo de estudio y las temáticas que han investigado. Posteriormente, reseñaré sus producciones específicas.

En primer lugar se encuentra Patricia Orbe, quien se ha ocupado de los nacionalistas católicos de *Cabildo*; sus investigaciones versan acerca de cómo interpretaron el proceso político en Chile entre 1970

peronismo, 1998; B. Sarlo, *La batalla de las ideas*, 2000, y C. Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, 2011.

2 P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, 2005.

3 J. C. Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*, 1978; A. Pérez Lindo, *Universidad, política y sociedad*, 1985.

4 A. Pérez Lindo, *Universidad...*; S. Friedemann, “La peronización de los universitarios como categoría nativa (1966-1973)”, *Folia Histórica del Nordeste*, 2017, pp. 113-144; N. Dip, *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, 2018. Sobre la universidad y la última dictadura hay una abundante bibliografía disponible; véase, entre otros estudios, la introducción de mi libro *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, 2015.

y 1974 y el lugar de la revista en el escenario mediático del tercer gobierno peronista.⁵ Esta autora también ha caracterizado al Instituto de Filosofía Práctica fundado en 1973 y abordado las biografías de los intelectuales que lo crearon: Julio Meinvielle, Guido Soaje Ramos y Carlos A. Sacheri.⁶ Por su parte, la historiadora Elena Scirica se ha especializado en el grupo Ciudad Católica y las revistas *Verbo* y *Roma*; en la figura de Carlos Sacheri y su ofensiva hacia el clero tercermundista, y en el grupo Tradición, Familia y Propiedad.⁷ En la misma línea interpretativa, se encuentran los trabajos de Mario Ranalletti sobre Ciudad Católica; las raíces francesas del terrorismo de Estado, y la trayectoria de Jean Ousset.⁸ Facundo Cersósimo reconstruyó las biografías de Carlos Sacheri y Jordán B. Genta y sus

- 5 P. Orbe, “Entre mítines y misas: la revista *Cabildo* y la red de sociabilidad nacionalista católica (1973-1976)”, 2009; *idem*, “Cruzada nacionalista y periodismo: la revista *Cabildo* ante el escenario mediático argentino (1973-1976)”, *Alpha*, 2012, pp. 41-66, e *idem*, “La ‘salida militar’ como única opción frente al comunismo: la experiencia chilena desde la mirada nacionalista católica argentina (1970-1974)”, *Contemporánea: Historia y Problemas del Siglo xx*, 2012, pp. 115-131.
- 6 P. Orbe, “Sociabilidad tradicionalista en la Argentina: la ofensiva tomista en la trama académica de los años setenta”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 2016, pp. 98-113.
- 7 E. Scirica, “Visión religiosa y acción política. El caso de Ciudad Católica-*Verbo* en la Argentina de los años sesenta”, *Programa de Historia de América Latina*, 2010, pp. 26-56; *idem*, “Un embate virulento contra el clero tercermundista. Carlos Sacheri y su cruzada contra *La Iglesia clandestina*”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos*, 2010, pp. 283-301; *idem*, “Intransigencia y tradicionalismo en el catolicismo argentino de los años sesenta. Los casos de *Verbo* y *Roma*”, en C. Touris y M. Ceva (comps.), *Los avatares de la nación católica. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*, 2012, pp. 129-146; *idem*, “El grupo Cruzada. Tradición, Familia y Propiedad y otros emprendimientos laicales tradicionalistas contra los sectores tercermundistas. Una aproximación a sus prácticas y estrategias de difusión en los años sesenta”, *Memoria y Sociedad*, 2014, pp. 66-81; *idem*, “Núcleos católicos anticomunistas durante la presidencia de Juan Carlos Onganía. Encuentros y desencuentros”, en M. V. Galván y M. F. Osuna (comps.), *Política y cultura durante el Onganiato. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía, 1966-1970*, 2014, pp. 47-66.
- 8 M. Ranalletti, “La guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945”, *Anuario de Estudios Americanos*, 2005, pp. 285-308; *idem*, “Contra-insurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en D. Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, 2009, pp. 249-280, e *idem*, “Jean Ousset y el catolicismo intransigente argentino (1954-1976)”, en *II Jornadas Catolicismo y Sociedad de Masas en la Argentina del Siglo xx*, 2010, s. p.

memorias póstumas, e indagó acerca de los antirreformistas.⁹ Boris Grinchpun ha investigado la recepción en Argentina del italiano Julius Evola —un pensador racista, antisemita y negacionista— por un grupo de católicos intransigentes y otros intelectuales de la extrema derecha.¹⁰ Por último, María Celina Fares ha biografiado a profesores de la Universidad Nacional de Cuyo y sus vínculos con el hispanismo y las derechas de Buenos Aires.¹¹

En los párrafos que siguen resumiré los trabajos de Scirica y Cersósimo sobre el tema que nos ocupa. El primero caracterizó la propuesta que Ciudad Católica, a través de la revista *Verbo*, hizo respecto a la universidad en los años sesenta, destacando la relevancia que le otorgaron los intelectuales de este grupo al sistema educativo en tanto espacio nodal de la lucha ideológica y la práctica concreta.¹² Muestra en qué sentido estos promotores de la guerra contrarrevolucionaria fueron extremando sus posiciones a partir de 1955. La doctrina de seguridad nacional implicó una “redefinición de la estrategia de guerra en función de la cual la vieja noción de enemigo externo [fue] desplazada por la de enemigo interno, delimitado en términos ideológicos”.¹³ Desarrolla los argumentos de Julio Meinvielle, a quien define como un “agitador ultramontano entusiasta”, autor de una prolífica obra recomendada por *Verbo*, el cual, entre otras cosas, aseguraba que la desintegración del país se estaba efectuando en la “cultura misma universitaria”. Aborda los

9 F. Cersósimo, “El tradicionalismo católico argentino: entre las fuerzas armadas, la Iglesia católica y los nacionalismos”, *PolHis*, 2014, pp. 341-374, e *idem*, “Memorias y usos públicos del pasado en torno a la lucha antisubversiva: Notas sobre Carlos Sacheri y Jordán Bruno Genta”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 2016, e028.

10 B. Grinchpun, “Propaganda aliada con exageraciones y falsificaciones. Racismo, antisemitismo y negacionismo en Julius Evola y sus lectores argentinos”, *Temas de Nuestra América*, 2016, pp. 203-224, e *idem*, “¿Aliados inesperados? Julius Evola en las revistas católicas y nacionalistas de fines de los ‘70”, 2016.

11 M. C. Fares, “Tradición y reacción en el Sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina”, *Prismas*, 2011, pp. 87-104, e *idem*, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza postperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IEHS*, 2011, pp. 215-238.

12 E. Scirica, “Educación y guerra contrarrevolucionaria. Una propuesta de Ciudad Católica-*Verbo*”, *Clío & Asociados. La Historia Enseñada*, 2007, pp. 119-140.

13 *Ibid.*, p. 133. Las siguientes citas se tomaron de esta misma referencia.

artículos publicados en la revista, donde se hablaba, en 1964, de la “desvirtuación de la vida universitaria” originada por la reforma de 1918, que reemplazó el estudio por la acción, creando una atmósfera de lucha y violencia. Las elecciones, según Meinvielle en *Verbo*, eran un “ejercicio de táctica marxista”; la asistencia libre no tenía “ningún sentido pedagógico” y más bien era “el arma para someter al profesor a quien se mantenía constantemente jaqueado con la amenaza del ausentismo”. En otro trabajo de 1968, explicaba que, gracias al golpe de Estado de 1966 y la intervención en las universidades, se había detenido la “escalada hacia el poder” de los reformistas liberales de izquierda en 1955. Afirmaba que Juan Carlos Onganía había abierto el camino hacia la “restauración del espíritu universitario en todo el país”.

Cersósimo muestra que en Argentina circuló, a partir de los años cincuenta —en el contexto de la Guerra Fría—, la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria, elaborada por el ejército francés, y se dio a conocer una de las primeras obras militares que buscaba adaptarla al escenario local.¹⁴ En 1962, el general Osiris Villegas publicó el libro *Guerra revolucionaria comunista*, en el que ubicaba al reformismo universitario y sus representantes como uno de los tantos movimientos colaterales que desplegaba el comunismo en todas aquellas democracias occidentales donde deseaba infiltrarse. Destaca que fue, sin embargo, Jordán B. Genta, una figura con estrechas vinculaciones con el mundo marcial, quien trazó ciertas coordenadas que se replicaron en no pocos documentos militares posteriores. En *Guerra contrarrevolucionaria*, publicado en 1964, sostenía que el proceso de descristianización se profundizó en 1918 con la reforma universitaria que impuso desde Córdoba, para toda América Latina, “el soviét en la Universidad”, hasta instalar el “Estado Mayor del Comunismo, en la guerra revolucionaria desencadenada en América Latina”,¹⁵ algo similar a lo que había dicho el sacerdote Julio Meinvielle en 1960. Cersósimo aborda después las biografías

14 F. Cersósimo, “Impugnadores en tiempos de Guerra Fría. La Reforma Universitaria como puerta de entrada del comunismo en la Argentina”, en D. Mauro y J. Zanca (coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, 2018, pp. 131-154.

15 *Ibid.*, p. 139.

de los tradicionalistas Genta, Carlos Sacheri y del referente del peronismo de derecha: Carlos Disandro. Muestra que estos detractores de la reforma presentaban trayectorias universitarias heterogéneas y afirma que “fue durante las décadas del sesenta y setenta cuando la denuncia de la universidad como reducto del comunismo se torna una herramienta discursiva habitual entre las derechas locales”.¹⁶ El autor se pregunta luego sobre la relación del gobierno peronista de 1973 a 1976 con el reformismo y concluye que, más que una preocupación por revertir los efectos de la reforma, existía en las agrupaciones de la derecha peronista

la necesidad de restablecer el orden en la universidad y alinearla con la verdadera doctrina justicialista, al tiempo que no se reconocía a la reforma como un hito refundacional de la universidad, tampoco la señalaban como la causa del desorden imperante.¹⁷

Quienes indagaron acerca de los católicos intransigentes durante la última dictadura (1976-1983) han desarrollado distintas temáticas, pero tampoco se han concentrado en el análisis del pensamiento de derechas sobre la universidad. Jorge Saborido ha sido uno de los primeros historiadores en analizar el contenido de la revista *Cabildo*, observando el hispanismo de sus intelectuales, su antisemitismo y nacionalismo durante la última dictadura.¹⁸ Patricia Orbe ha visto el diario *La Nueva Provincia* y el itinerario político de Vicente Massot.¹⁹ Cersósimo ha trabajado de manera sistemática sobre distintos grupos de tradicionalistas católicos —laicos y religiosos— en dicho

16 *Ibid.*, p. 148.

17 *Ibid.*, p. 151.

18 J. Saborido, “España ha sido condenada: el nacionalismo católico argentino y la transición a la democracia tras la muerte de Franco”, *Anuario*, 2004, pp. 117-129; *idem*, “El antisemitismo en la historia argentina reciente: la revista *Cabildo* y la conspiración judía”, *Revista Complutense de Historia de América*, 2004, pp. 209-223, e *idem*, “El nacionalismo argentino en los años de plomo (1976-1983)”, *Anuario de Estudios Americanos*, 2005, pp. 235-270.

19 P. Orbe, “‘La voz de Bahía Blanca’: el diario *La Nueva Provincia* y la construcción de su imagen pública”, *Historia Regional*, 2016, pp. 21-33, e *idem*, “De Mussolini a Bismarck. El itinerario político de Vicente Massot”, *Estudios Sociales Contemporáneos*, 2017, pp. 154-171.

periodo. Este último autor estudió sus coincidencias y disidencias en torno a la Guerra de Malvinas; la cruzada condenatoria contra las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos; la materia Formación Moral y Cívica, y la relación de los tradicionalistas con las fuerzas armadas, la Iglesia y los nacionalismos. Estos y otros temas fueron abordados con mayor detalle en su tesis doctoral.²⁰

En síntesis —y como acabo de mostrar— no existía una investigación, hasta ese momento (2018), que hubiese identificado y sistematizado la producción y el pensamiento de los referentes de la extrema derecha argentina acerca de las universidades. Cabe señalar que esta revisión de toda la bibliografía disponible me resultó sumamente necesaria para poder elaborar las hipótesis con las que fui orientando mis propias investigaciones.

LAS INVESTIGACIONES PREVIAS (2010-2017), CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO Y FUENTES UTILIZADAS

Como ya mencioné, con base en estas publicaciones y en diálogo permanente con ellas, en un trabajo reciente resumí las trayectorias y el contenido de libros y artículos de seis de estos académicos: Francisco Vocos, Pedro Ferré, Alberto Caturelli, monseñor Octavio N. Derisi, Carlos A. Sacheri y Patricio Randle.²¹ En este apartado plantearé cómo llegué a elaborar esta última investigación, mostrando que fue resultado de un proceso que inició en 2010, donde fui descubriendo de a poco a estos actores, y dichos descubrimientos

20 F. Cersósimo, “Coincidencias y disidencias de los tradicionalistas católicos argentinos en torno a la Guerra de Malvinas”, *Revista Cultura y Religión*, 2012, pp. 164-182; *idem*, “Las nuevas armas del enemigo. Los tradicionalistas católicos argentinos y su cruzada contra los derechos humanos durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)”, *Anuario de la Escuela de Historia*, 2013, pp. 171-186; *idem*, “El Proceso fue liberal. Los tradicionalistas católicos argentinos y el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)”, 2014, e *idem*, “Por la instauración de la nación católica. La formación moral y cívica durante la gestión del ministro Juan Rafael Llerena Amadeo (1978-1981)”, *Clío & Asociados*, 2014, pp. 63-78.

21 L. G. Rodríguez, “Anticomunistas e antirreformistas: os intelectuais de direita e a universidade na Argentina (1962-1974)”, en E. Bohoslavsky, R. P. Sá Motta y S. Boisard (org.), *Pensar as direitas na América Latina*, 2019, pp. 225-244.

fueron plasmándose en distintas publicaciones, que iré presentando en orden cronológico.

Al principio, me llamaron particularmente la atención los estudios que se habían hecho sobre la revista *Cabildo*. Sin saber si esa publicación contenía trabajos sobre educación, me interesaba leerla, ya que aparentemente había algunos funcionarios de la cartera educativa ligados con ella. En una librería de viejo pude comprar buena parte de la colección a un costo razonable. Una vez en mi poder, descubrí que en *Cabildo* había académicos que no aparecían mencionados en otros documentos, pero que se autodefinían como especialistas en educación y universidad, se mostraban muy activos, daban cursos de capacitación a los docentes, clases en instituciones públicas y privadas, e incluso aparecían como investigadores del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

A lo largo de los años, intenté contactarme con algunos de ellos para poder realizar entrevistas de historia oral, pero no obtuve ninguna respuesta. Sólo en una ocasión, uno de estos académicos accedió a hablar conmigo. Me dijo que había leído uno de mis artículos y le había gustado porque la reconstrucción de los hechos que hice era bastante ajustada a la realidad, que él conocía de primera mano. La entrevista resultó muy interesante y fue incluida en una de mis investigaciones. Ciertamente, cada vez que intenté contactarme, nunca oculté mi condición de profesora de una universidad pública e investigadora del Conicet, cuyos textos estaban todos disponibles en internet.

Estas negativas a hablar de parte de los protagonistas me obligaron a restringirme al análisis de fuentes escritas. Sobre estas lecturas de *Cabildo*, elaboré uno de mis primeros trabajos acerca de los autodenominados nacionalistas católicos, donde resumí cómo el historiador Antonio Caponnetto, junto a otros redactores, como su hermano Mario, escribieron profusamente sobre educación y universidad y dieron su opinión acerca de todas y cada una de las medidas que iban tomando los ministros de Cultura y Educación de la última dictadura.²² Vi que estaban a favor de la intervención en las universi-

22 L. G. Rodríguez, “Los nacionalistas católicos de *Cabildo* y la educación durante la última dictadura en Argentina”, *Anuario de Estudios Americanos*, 2011, pp. 253-277.

dades, la declaración de cesantía de profesores y el cierre de carreras como Sociología, Psicología y Antropología que, según interpretaban, eran las preferidas por los guerrilleros. Creían que el marxismo había llegado a la UBA en 1955 de la mano de los Romero y los Risieri Frondizi. Estaban enfrentados a Videla, a quien acusaban de evitar irritar al reformismo y de haber frenado el proceso de eliminación de universidades públicas. En 1979, las autoridades dictatoriales cerraron la Universidad Nacional de Luján y los nacionalistas católicos creían que la medida era muy buena y debía continuarse. También se manifestaron en contra de la Ley Universitaria que se dio a conocer en 1980.

Analizando los distintos números de la revista, observé también que desde sus páginas se anunciaban otras publicaciones que conformaban una red que conectaba distintos grupos de derechas. El problema era que estas otras, como *Verbo*, *Mikael*, *Sociológica* y *Universitas* no eran de tan fácil acceso, algunas se vendían en línea a precios muy altos y tampoco estaban disponibles los números completos. A sugerencia de un colega, fui a consultar por estas publicaciones a una de las referencistas de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Ella me indicó que le aparecían en el catálogo —que no estaba disponible en internet— de la Biblioteca del Seminario Mayor San José de La Plata. El lugar no era público, por lo que se puso en contacto con la bibliotecaria del seminario, quien finalmente me autorizó —previa consulta con las autoridades del establecimiento— a ingresar y examinar el material. Resultaba muy revelador que estas publicaciones de derecha estuvieran en una institución católica que formaba sacerdotes.

Haciendo una lectura minuciosa y completa de estas revistas, encontré que en todas había artículos, notas o ensayos sobre temas educativos y universitarios, escritos por las mismas personas que, en ocasiones, incluso repetían el contenido en una y otra revista. Estos escritos confirmaban una hipótesis inicial que había formulado casi intuitivamente: existía un grupo importante de referentes de la derecha que se dedicaba a reflexionar sobre la cuestión educativa y universitaria, elaborando diagnósticos, pero también extensas y desarrolladas propuestas. Al estudiar la composición de los comités o

consejos editoriales, me di cuenta de que, nuevamente, se reiteraban los nombres de dichos académicos. Con base en estos descubrimientos, busqué discutir con otros estudiosos que sostenían que estos referentes de la derecha se habían caracterizado por la confrontación y la división constantes.²³ Preparé una ponencia —escrita en simultáneo con el trabajo anterior— donde busqué desarrollar otra hipótesis que sostenía que a la llegada de la última dictadura (1976-1983), sus figuras más destacadas recibieron apoyo político y financiero de las autoridades civiles y militares, y tuvieron cierta cohesión y protagonismo.²⁴ Planteé que los de *Cabildo* conformaron una red más extensa formada por intelectuales que escribían en revistas como *Sociológica*, *Verbo*, *Mikael*, *Universitas* y *Revista Estrada*, con los que compartían espacios como el Conicet y, en particular, los institutos de Ciencias Sociales y Humanas y fundaciones que habían creado en esos años, a través de los cuales recibieron numerosos recursos. Ilustré en qué universidades daban clases, en qué revistas escribían, cuáles eventos organizaron y los libros que publicaron.

Después de elaborar este panorama general de las redes que unían a personas y revistas, me concentré en una sola y estudié a los intelectuales que publicaron en *Mikael*, creada en 1973 por monseñor Adolfo S. Tortolo, rector del Seminario de Paraná, en la provincia de Entre Ríos, y que en 1975 comenzó a ser subsidiada por el Conicet, al tiempo que Tortolo era nombrado vicario general castrense.²⁵ Entre los integrantes del consejo de redacción estaba el entonces sacerdote Alberto Ignacio Ezcurra, fundador de la organización antisemita Tacuara. Los otros miembros eran Alberto Caturelli, Patricio H. Randle, Abelardo Pithod, Enrique Díaz Araujo y los religiosos Carlos Miguel Buela, Juan R. Laise y Alberto García Vieyra. La mayoría escribía también en *Verbo*, *Cabildo* y *Universi-*

23 L. Senkman, “La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976”, en D. Rock *et al.*, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, 2001, pp. 275-320; P. Lewis, “La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983”, en D. Rock *et al.*, *La derecha...*, pp. 321-370.

24 L. G. Rodríguez, “La derecha en la universidad (1976-1983)”, en *II Jornadas de Historia de la Universidad Argentina*, 2010.

25 L. G. Rodríguez, “El ‘marxismo’ y la universidad en la revista *Mikael* (1973-1984)”, *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 2012, pp. 147-162.

tas. Los textos dedicados a la universidad ponían el énfasis en explicar la “penetración marxista” en las instituciones de educación superior (IES) argentinas y asegurar que el modelo de universidad debía ser el católico, entendido como tradicional, jerárquico y sin participación estudiantil.

Mientras, iba terminando mi libro *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, donde identifiqué que las políticas universitarias que se diseñaron y ejecutaron durante la última dictadura tuvieron semejanzas con las propuestas que habían formulado algunas de estas figuras en el pasado, como la intervención en las universidades; la depuración y la eliminación física de profesores, alumnos y trabajadores acusados de comunistas, marxistas o subversivos; la supresión de una IES pública (Universidad Nacional de Luján); la instauración de regímenes de disciplina para los alumnos; la eliminación del voto estudiantil, del gobierno tripartito y la asistencia libre, y la implementación del examen de ingreso eliminatorio, de los cupos y el arancel (este último a partir del ciclo lectivo de 1981).

Posteriormente, retomé los análisis sobre el contenido de cada revista y decidí avanzar con *Verbo* y *Sociológica*. Dentro del amplio espectro de organizaciones de extrema derecha en Argentina, vi cómo el grupo de *Verbo* se distinguía por su pretensión explícita de atraer y formar a las élites del país y, en virtud de este objetivo principal, sus líderes se ocuparon de manera sistemática de las universidades, instituciones formadoras por excelencia de las dirigencias nacionales.²⁶ Observé de qué forma sus ideas de derecha se hicieron más rígidas ante un contexto que iba cambiando aceleradamente. Del lado de la Iglesia, las propuestas del Concilio y de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (Celam) convivían con un vertiginoso proceso de secularización de las clases medias de los grandes centros urbanos. La modernización académica, los avances científicos y los debates en las ciencias sociales alcanzaron, de una u otra forma, a todas las universidades, fuesen públicas o privadas. Señalé cómo un grupo de

26 L. G. Rodríguez, “La subversión científica en las universidades de Argentina e Hispanoamérica”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2016.

autodenominados universitarios católicos hispanistas decían ser los únicos guardianes de los valores cristianos y asumían la responsabilidad de defender a Hispanoamérica de los ataques de la subversión y de delatar a los infiltrados en sus aulas. La figura de Hispanoamérica se basaba en nociones anteriores que relacionaban América Latina con España como reductos de la cristiandad. Para ellos, el modelo de universidad debía ser el católico y creían que había que combatir y, preferentemente, eliminar las que llamaban instituciones marxistas, como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la UBA, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) y la Fundación Bariloche, entre otras, difusoras de autores subversivos, de las ideas de la reforma de 1918, del gobierno tripartito, de la movilización estudiantil y la promoción de la masificación de la universidad, verdadera “tragedia” argentina para estos autores.

En otro texto analicé la revista *Sociológica*, creada en 1978 con el propósito de mostrar cómo su director, el filósofo Roberto Brie, y otros integrantes de este grupo, como Patricio H. Randle, Antonio Caponnetto, Mario Caponnetto, Remus Tetu, Abelardo Pithod y Jorge Ferro, tuvieron cierta visibilidad y recursos, e intentaron delimitar el campo oficial de las ciencias sociales en la Argentina, estableciendo cuáles eran los académicos, las instituciones científicas y las publicaciones merecedoras de reconocimiento en el país y en el exterior. De manera simultánea, buscaron invisibilizar a otro conjunto de centros y revistas, y a los investigadores vinculados con estos, que coexistieron en los años de la última dictadura, a quienes acusaron de subversivos, como el Instituto Di Tella, el Centro de Estudios de Población, el Centro de Estudios de Estado y Sociedad, el Instituto de Desarrollo Económico y Social y la revista *Desarrollo Económico*, entre otros.²⁷

Al calor de la conmemoración de los 100 años de la reforma universitaria, unos colegas me invitaron a que escribiera sobre es-

27 L. G. Rodríguez, “La derecha en la universidad: la investigación en ciencias sociales”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2017.

tos referentes del antirreformismo, por lo que presenté un artículo donde observaba de qué forma fueron interpretados los principios de la reforma en la organización interna de las universidades privadas y confesionales creadas a partir de 1958.²⁸ Estudié los textos y las declaraciones de uno de los referentes de las casas católicas en Argentina y América Latina, el rector de la Universidad Católica Argentina (UCA), monseñor Derisi, quien fue el principal portavoz de los opositores al reformismo y rechazaba todas y cada una de las propuestas relativas a la participación estudiantil en el gobierno, la investigación, la modernización de las ciencias, los concursos y la autonomía respecto de la jerarquía eclesiástica. Asimismo, señalé cómo estas ideas configuraron también la manera de funcionar de otras IES privadas en los años setenta.

LOS INTELLECTUALES DE EXTREMA DERECHA Y LA UNIVERSIDAD

En estas investigaciones, realizadas con base en distintas revistas, había observado que en todas existía una sección en la que se reseñaban distintos libros editados en aquellos años, muchos de los cuales no se mencionaban en otras publicaciones. A partir de estas recomendaciones fui identificando los que se referían a la universidad y seleccioné los siguientes: *El problema universitario y el movimiento reformista* (1962), del abogado Francisco Vocos; *El comunismo en la universidad* (1962), del odontólogo Pedro Ferré; *La universidad. Su esencia. Su vida. Su ambiente* (1964), del filósofo Alberto Caturelli; *¿Hacia una nueva universidad?* (1968) y *La universidad en ruinas* (1974), del arquitecto Patricio Randle, así como los artículos de Vocos y monseñor Octavio N. Derisi aparecidos en los libros *Hacia la nueva universidad* (1966), compilado por Derisi, y *Naturaleza y vida de la universidad* (1969), del mismo autor. A este conjunto decidí sumarle los ensayos del filósofo Carlos A. Sacheri, de 1968 y 1973, publicados en la revista *Verbo*.

28 L. G. Rodríguez, “Las universidades católicas y privadas frente a los principios reformistas”, en D. Mauro y J. Zanca (coord.), *La reforma universitaria cuestionada*, 2018, pp. 155-172.

El siguiente paso fue hallar estos libros, lo que resultó menos difícil que las revistas, ya que la mayoría se encontraba en las bibliotecas de la UCA y de la Universidad Católica de La Plata, que eran abiertas al público. Para elaborar este trabajo, debí leer concentradamente todos los libros y artículos con el fin de comprender el contexto en el que había escrito cada autor. También volví a leer sus otras obras no referidas a la universidad para vincularlas con sus biografías individuales y colectivas. Además, tuve que identificar las similitudes y las diferencias entre los textos y reconocer los matices dentro de reflexiones que parecían iguales. Luego de realizar este ejercicio de manera sistemática, presenté sus trayectorias y reseñé sus obras en orden de aparición, así como sus opiniones respecto a los temas comunes que les preocupaban: 1) el origen de la crisis universitaria y el estado actual de las casas de estudio; 2) la misión que debía cumplir la universidad; 3) cuál era el lugar de los estudiantes y profesores, y 5) las propuestas que presentaron.

Con el material reunido, elaboré la primera versión sobre este tema y la presenté en el tercer coloquio internacional Pensar las Derechas en América Latina en el Siglo XX, realizado en la Universidad Federal de Minas Gerais en la ciudad de Belo Horizonte, Brasil. Esa ponencia, mejorada, fue luego publicada en una compilación de los mismos organizadores.²⁹

¿Y cuáles fueron los principales hallazgos? En general, las conclusiones más importantes se habían correspondido con las cuatro hipótesis que había formulado al inicio del trabajo, varias de las cuales tenían estrecha relación con mis pesquisas anteriores (2010-2017). En relación con las trayectorias de los autores, pude corroborar que más de la mitad estaba ligado a la UCA como profesor o al participar en la revista oficial *Universitas*, mientras que cuatro de ellos escribían en *Verbo* y en otras publicaciones periódicas como *Mikael*, *Cabildo* y *La Nueva Provincia*. He visto que la mayoría había dado clases en la universidad pública, pero por conflictos con las autoridades o con los alumnos fueron forzados a alejarse entre las décadas de los cincuenta y los setenta. Indiqué que casi todos ubicaban

29 L. G. Rodríguez, “Anticomunistas e antirreformistas...”.

el origen de la crisis en la reforma universitaria de 1918, que asociaban a la Revolución Rusa, sobre todo, con dos medidas: la habilitación de los estudiantes a participar del gobierno y la instauración de los concursos públicos para acceder a un cargo docente. Tres de ellos postulaban, además, que otra de las medidas negativas que impusieron los reformistas fue la asistencia libre de los estudiantes. Tal vez por experiencia personal, sostenían que los alumnos sólo iban a las clases de los maestros reformistas, aun cuando éstos fuesen incapaces o negligentes. Esta crisis, afirmaban, se vio profundizada con el decreto de 1955 que implementó en su totalidad los principios reformistas en las universidades. El panorama que ofrecían sobre la actualidad universitaria estaba basado, en general, en sus vivencias como docentes de la UBA. En uno de los textos se aseguraba que en la época en que se implementaron las medidas reformistas (1955-1966), la universidad “se llenó” de comunistas, tanto en Buenos Aires como en La Plata y Tucumán.

Sobre la misión de la universidad y el rol de estudiantes y docentes, vi que sostenían que las IES públicas debían tener por misión principal la búsqueda de la Verdad de Dios. Por esa razón, la universidad tenía que volver organizarse de acuerdo con la época prestatat o medieval, cuando estaba bajo la órbita de la Iglesia, sólo concurría una minoría, profesores y alumnos respetaban y honraban las jerarquías, y reconocían que sus maestros conformaban una élite del pensamiento. Creían que el primer problema se presentó cuando las casas de estudio comenzaron a depender del Estado moderno y se volvieron profesionalistas, es decir, los alumnos comenzaron a ir sólo para obtener un título, objetivo que desvirtuaba su verdadera y original misión. Cuando posteriormente se sucedió la reforma, las universidades se vieron cooptadas por el comunismo, la subversión y el marxismo, rasgo que se vio agravado a partir de 1955. La reforma, coincidían, trajo consigo una excesiva politización de los estudiantes y de los profesores, que se convirtieron en profesionales de la revolución: unos para ganar las elecciones y otros para ganar los concursos.

En referencia a las propuestas que elaboraron, uno de ellos proponía erradicar el régimen de asistencia libre y obligar a los estudiantes a que concudiesen a clases, instaurar un régimen de disci-

plina, dar de baja a los indisciplinados, anarquistas o haraganes, y depurar a los profesores que eran moralmente sospechosos. Otro consideraba que la UBA, en particular, debía ser cristiana, nacional y jerárquica, igual que la Iglesia y las fuerzas armadas, dos instituciones gemelas. Entre otras cosas, proponía suprimir las dos medidas implementadas por el peronismo: reinstaurar el examen de ingreso eliminatorio y el arancel. Además, establecer cupos a las carreras, cerrar las nuevas universidades creadas desde 1971, desterrar las elecciones y a los alumnos del gobierno, eliminar el sistema de concurso y garantizar la estabilidad vitalicia a los profesores. Para la mayoría, el modelo de universidad tradicional era la UCA, donde no había cogobierno ni concursos públicos, la asistencia era obligatoria y se estudiaba en un ambiente en el que reinaba la disciplina y el respeto por las jerarquías. Randle creía que las universidades privadas debían recibir un subsidio mensual del Estado, igual que las primarias y secundarias. El rector de la UCA consideraba positivo que las IES públicas fuesen intervenidas por el Estado para “purificarlas”. De los seis, el más extremo en sus posiciones era el referente de *Verbo*, que estaba concentrado en llevar a cabo un plan de acción según las pautas organizativas del grupo Verbo y Ciudad Católica. Afirmaba que en las universidades ya se habían formado células de acción doctrinal con el propósito de conseguir la restauración de Cristo, aun a costa de perder la vida.

EL PROBLEMA DE LA CLASIFICACIÓN DE LOS ACTORES

Respecto al problema de clasificación de los actores, señalé que diversos analistas han denominado a estos referentes de diferentes maneras: ultramontanos, de extrema derecha, integristas, integralistas, tradicionalistas, reaccionarios, nacionalistas católicos, contrarrevolucionarios o católicos intransigentes. En general, estos intelectuales creían que la Iglesia católica expresaba a la nación y que las leyes laicas promulgadas a fines del siglo XIX atentaron contra las bases mismas de la nacionalidad. Asimismo, la mayoría sostenía que la Edad Media era el modelo de sociedad a seguir, corporativa y es-

estructurada de manera jerárquica, al tiempo que hacían una particular lectura de Santo Tomás de Aquino. Esta versión del neotomismo fue difundida tempranamente en el Curso de Cultura Católica inaugurado en 1922 e impartido luego, en los años cincuenta, en instituciones como la UCA. Desde esta lógica argumentativa, todos los movimientos históricos que se sucedieron a la época medieval iban evolucionando hacia una subversión total y completa de las jerarquías, que en el siglo XX dejó a las personas despojadas de derechos y sometidas al Estado laico o ateo, situación típica, advertían, dentro del totalitarismo comunista-marxista y sus instituciones educativas.³⁰ Estos intelectuales eran también anticomunistas, elitistas, antisemitas, contrarios a la democracia liberal, fervientes hispanistas —en su vertiente reaccionaria—, admiradores de la obra de Ramiro de Maetzu y de la figura del dictador Francisco Franco.³¹ Solían acusar de comunistas a personas anticomunistas, de quienes decían que eran marxistas sin saberlo.³² Previsiblemente, en los años sesenta, rechazaron los principios del Concilio Vaticano II, o bien, difundieron una versión propia.

A partir de identificar su marcado rechazo hacia la reforma universitaria, he considerado que la manera más adecuada de denominarlos es católicos intransigentes o de extrema derecha y tradicionalistas; el primer término hace referencia al extremismo de sus posiciones respecto a la universidad y el segundo se deriva de una categoría nativa, dado que se autodenominaban defensores de la doctrina y la universidad tradicionales, como ilustramos en este texto. En suma, a través del análisis de sus escritos, he podido mostrar también que un tópico común de esta parte de la derecha anticomunista argentina ha sido el de ser, simultáneamente, antirreformista.

30 L. G. Rodríguez, “Totalitarismo y educación. Freire, UNESCO y Piaget en la mirada del tradicionalismo católico”, *Quinto Sol*, 2017, pp. 1-21.

31 L. G. Rodríguez, “Los hispanismos en Argentina: publicaciones, redes y circulación de ideas”, *Cahiers des Amériques Latines*, 2015, pp. 97-115.

32 L. G. Rodríguez, “Totalitarismo y educación...”.

LO NACIONAL, REGIONAL Y TRASNACIONAL DE LAS DERECHAS: LA COMPLEJIDAD DEL MUNDO CATÓLICO

La reconstrucción minuciosa de sus trayectorias y la lectura de sus obras me permitió detectar las múltiples citas que realizaban de autores extranjeros y la identificación de las numerosas organizaciones en las que estaban insertos, que formaban un extenso y complejo entramado de católicos de derecha en los ámbitos nacional, regional y trasnacional. La reconstrucción de estas redes fue necesaria para comprender que estos referentes, aun cuando coincidían en varios eventos y publicaciones, estaban enmarcados y respondían a distintos grupos con posiciones e identidades católicas diferenciadas. En este sentido, seguimos la hipótesis de que si bien este conjunto de seis intelectuales podía ser clasificado de la misma manera —católicos intransigentes— este hecho no debía ocultar la complejidad que envolvía al mundo católico de esos años. Ilustraremos este aspecto analizando las figuras de monseñor Derisi y de Sacheri —amigos personales—, el primero vinculado con las redes tomistas y el segundo, a referentes franceses.

Monseñor Derisi fue el rector de la UCA desde su creación en 1958 y en el artículo 5 del Estatuto dispuso que se adoptara como cuerpo de doctrina “la filosofía de Santo Tomás de Aquino”.³³ Ese tomismo lo llevó a construir y sostener una red de relaciones internacionales con las que pretendía ubicar a la UCA en un escenario más amplio. Desde 1946 y hasta 1983, participó en la mayoría de los congresos nacionales e internacionales de filosofía tomista y en homenajes a Santo Tomás de Aquino. En 1948 ayudó a fundar la Sociedad Tomista Argentina y fue uno de los primeros integrantes de la Comisión Directiva. Al poco tiempo dicha sociedad se adhirió a la Union Mondiale des Sociétés Catholiques de Philosophie. Unos años antes había fundado la revista *Sapientia* (1946), que contaba con la colaboración de figuras del tomismo internacional. En calidad de especialista, colaboró en diarios y revistas extranjeras de

33 Todos estos datos sobre Derisi han sido extractados de L. G. Rodríguez, “Las élites católicas y la fundación de universidades (1958-1983)”, en S. Ziegler *et al.* (comps.), *2ª Reunión Internacional sobre Formación de las Élites*, 2015, pp. 9-21.

Porto Alegre, Milán, Medellín, Bogotá, Madrid, Salamanca, Nueva León, Roma y México. Escribió alrededor de 35 libros, la mayoría vinculados a algún aspecto del pensamiento tomista.

Además, Derisi fue presidente de la Organización de Universidades Católicas de América Latina (ODUCAL), integraba la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC) y la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL). Fue también presidente honorario de la Sociedad Interamericana de Filósofos Católicos. Sumado a esto, pertenecía a otras organizaciones y había recibido diferentes distinciones: era miembro correspondiente de la Sociedad de Filosofía de Lovaina (Bélgica); miembro titular de la Sociedad de Filosofía de Perú y de la Sociedad de Filosofía de México; miembro correspondiente de la Pontificia Academia de Teología de Roma; miembro de número de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino y de la Religión Católica, y profesor *honoris causa* de la Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (Brasil), de la Universidad Autónoma de Guadalajara (México) y de la Universidad de Lima (Perú).

En Argentina, fue presidente honorario del Consejo de Rectores de Universidades Privadas de la Argentina (CRUP); profesor *honoris causa* de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino y de la Universidad Nacional de La Plata, y profesor emérito de la UCA y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Uno de los últimos grandes eventos que organizó fue el Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, realizado en Argentina en 1979, en el marco del centenario de la encíclica del papa León XIII, *Aeterni Patris* (1879), que inició la restauración de la filosofía cristiana conforme la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Derisi presidió la comisión organizadora, fue un éxito de convocatoria y contó con la presencia de cientos de filósofos de todas partes del mundo. El congreso fue inaugurado por el presidente de facto, el teniente general Jorge Rafael Videla (1976-1981).

Por su lado, Sacheri y los referentes nucleados alrededor de la revista *Verbo* tenían vínculos con la derecha francesa. *Verbo* era el órgano de difusión de la organización denominada Ciudad Católi-

ca, originaria de Francia y con ramificaciones internacionales.³⁴ En 1946, el teólogo francés Jean Ousset fundó la Cité Catholique, cuyo medio de difusión fue la revista *Verbe*. En Argentina, Ciudad Católica se constituyó en mayo de 1959, promovida por el sacerdote francés Georges Grasset, que unió a un grupo de intelectuales que después fueron funcionarios durante el gobierno dictatorial del general Juan Carlos Onganía (1966-1970).³⁵ El propósito último era detener el avance de la “penetración comunista” en todos y cada uno de los ámbitos de la sociedad.

Acerca de las redes en las que participaban, Ciudad Católica tenía referentes en España, Italia y Francia, y en países de América, como Estados Unidos, Brasil, Chile, Perú, Colombia y México. Varias de estas personalidades habían publicado en *Verbo* de Buenos Aires y habían visitado el país en ocasión de alguna jornada, por ejemplo, el Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana realizado en Córdoba en 1979. En Argentina, los referentes más activos y los colaboradores eran, entre otros, Carlos A. Sacheri, Alberto Caturelli y Patricio Randle. De todos ellos, Sacheri fue una de las figuras clave. Admirador de Santo Tomás de Aquino, Sacheri conoció a Jean Ousset y a otros integrantes de Ciudad Católica mientras estudiaba en la Universidad de Laval, en Canadá. Fue nombrado presidente de dicha organización en Argentina y, durante los primeros años, resultó el único representante argentino en los encuentros que organizaba Ousset en distintas ciudades de Europa (conocidos luego como los Congresos del Office). Sacheri daba clases en la UCA, había fundado el Instituto de Promoción Social Argentina (IPSA) y desde 1969 organizaba congresos en los que se reunían los simpatizantes y adherentes de Ciudad Católica de todo el país. Las conclusiones solían ser transcritas en la revista *Verbo*, o bien, se vendían en casetes que se ofrecían en la misma publicación. Varios de sus trabajos

34 Todos estos datos han sido extractados de L. G. Rodríguez, “La subversión científica...”.

35 Sobre los distintos aspectos del gobierno de Onganía, ver M. V. Galván y M. F. Osuna (comps.), *Política y cultura durante el Onganiato. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía (1966-1970)*, 2014; G. Selser, *El onganiato*, 1986.

también se dedicaban a denunciar el avance del comunismo y la subversión en las universidades públicas.

En 1970 Sacheri escribió *La iglesia clandestina*, libro que fue muy difundido entre los círculos civiles y militares argentinos, de América Latina y de España, en el cual acusó a los laicos y clérigos de la Celam de marxistas, defensores del progresismo neomodernista y posconciliar.³⁶ El 22 de diciembre de 1974 Sacheri fue asesinado por un grupo de civiles armados, lo que sumió en un desconcierto profundo a sus seguidores. Al interpretar que había sido ejecutado por “guerrilleros izquierdistas”, a partir de 1975 los redactores de *Verbo* recrudescieron el lenguaje y apoyaron abiertamente la represión, la tortura y la organización de otro golpe de Estado, al tiempo que las actividades en el IPSA se multiplicaban.

REFLEXIONES FINALES

En este trabajo busqué realizar una reflexión sistemática acerca del proceso de investigación y la construcción del objeto, el uso de fuentes, el problema de la clasificación de los actores, las distintas escalas en las que actuaban los agentes y las posiciones e identidades que los diferenciaban dentro del mundo católico de derechas.

Mencioné que, antes de comenzar la investigación, debí realizar una lectura de la bibliografía más amplia disponible, primero, sobre la historia de la universidad argentina; después, con respecto a los referentes de la extrema derecha, y luego, sobre éstos y sus opiniones acerca de la universidad. Estas lecturas me permitieron identificar cuáles eran las áreas de vacancias temáticas y me ayudaron a formular las primeras hipótesis que fui contrastando posteriormente con el material que fui encontrando.

Respecto de las fuentes, señalé que es preferible, siempre que se pueda, hacer uso tanto de testimonios orales como de documentos escritos. En lo personal, me resultó muy difícil realizar las entrevistas, por lo que debí utilizar sólo materiales escritos. Observé que

36 C. A. Sacheri, *La iglesia clandestina*, 1971.

esta indagación en los archivos también debía ser lo más exhaustiva posible, aun cuando aparentemente algunos de los escritos no tenían relación con los temas que estaba trabajando. En el caso de las revistas, debí analizarlas completas, desde la primera hasta la última página. Esto fue porque, además de los artículos principales, contenían otras secciones, tales como comentarios bibliográficos, recomendaciones y reseñas de eventos (congresos, jornadas, encuentros) que agregaron información contextual que enriqueció de manera sustancial mis indagaciones. Asimismo, resultó muy relevante conocer qué tipo de publicidades tenían, ya que a partir de estos avisos —por ejemplo, de otras revistas—, pude reconstruir un primer entramado de vínculos y afinidades. El acceso a estos y otros materiales fue variado: a las clásicas bibliotecas públicas y librerías de uso se le sumaron las digitalizaciones que están en internet, la venta online, y distintos tipos de bibliotecas y archivos privados. En mi experiencia, un actor clave en este proceso fue el de la referencista que trabajaba en la biblioteca de mi universidad, que estaba especializada en búsquedas en catálogos. En buena medida, le debo a ella el haber podido escribir sobre estos temas. Y es que esta cuestión de la accesibilidad de las fuentes escritas resulta fundamental (sobre todo si no podemos obtener testimonios orales): si necesitamos determinados documentos, pero no están disponibles por diferentes razones, no tendremos otra alternativa que cambiar de tema de investigación o reformular el original.

Acerca del trabajo con las revistas, mencioné de qué manera las fui analizando de manera individual y de conjunto. Esta última reconstrucción me resultó muy útil para tener un panorama más amplio de las conexiones, redes e intercambios que existían entre las personas y las publicaciones. Las secciones que contenían las revistas sobre los comentarios bibliográficos o la reseña de actividades fueron clave para seguir armando esta trama de intercambios. Así, también, todas estas fuentes hicieron posible la reconstrucción cada vez más detallada de sus trayectorias, lo que me hizo identificar similitudes y diferencias entre estos referentes del grupo de católicos de la extrema derecha, que, aunque como investigadores e investigadoras tengamos la urgencia de denominarlos o clasificarlos de

alguna manera, no dejan de ser integrantes de un mundo extremadamente cambiante y complejo.

REFERENCIAS

- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Cersósimo, Facundo, “Impugnadores en tiempos de Guerra Fría. La reforma universitaria como puerta de entrada del comunismo en la Argentina”, en Diego Mauro y José Zanca (coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, Rosario, HyA, 2018, pp. 131-154.
- Cersósimo, Facundo, “Memorias y usos públicos del pasado en torno a la lucha antisubversiva: Notas sobre Carlos Sacheri y Jordán Bruno Genta”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, núm. 2, 2016, e028, <<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/AIHAe028>>, consultado el 15 de diciembre, 2022.
- Cersósimo, Facundo, “El Proceso fue liberal. Los tradicionalistas católicos argentinos y el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)”, tesis de Doctorado en Historia, Buenos Aires, UBA, 2014.
- Cersósimo, Facundo, “El tradicionalismo católico argentino: entre las fuerzas armadas, la Iglesia católica y los nacionalismos”, *PolHis*, año 7, núm. 14, 2014, pp. 341-374.
- Cersósimo, Facundo, “Por la instauración de la nación católica. La formación moral y cívica durante la gestión del ministro Juan Rafael Llerena Amadeo (1978-1981)”, *Clío & Asociados*, núms. 18-19, 2014, pp. 63-78.
- Cersósimo, Facundo, “Las nuevas armas del enemigo. Los tradicionalistas católicos argentinos y su cruzada contra los derechos humanos durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)”, *Anuario de la Escuela de Historia*, año 4, núm. 4, 2013, pp. 171-186.
- Cersósimo, Facundo, “Coincidencias y disidencias de los tradicionalistas católicos argentinos en torno a la Guerra de Malvinas”, *Revista Cultura y Religión*, vol. VI, núm. 1, 2012, pp. 164-182.

- Dip, Nicolás, *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, Rosario, Prohistoria, 2018.
- Fares, María Celina, “Tradición y reacción en el Sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina”, *Prismas*, núm. 15, 2011, pp. 87-104.
- Fares, María Celina, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza postperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IEHS*, núm. 26, 2011, pp. 215-238.
- Friedemann, Sergio, “La peronización de los universitarios como categoría nativa (1966-1973)”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 29, 2017, pp. 113-144.
- Galván, María Valeria y María Florencia Osuna (comps.), *Política y cultura durante el Onganiato. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía (1966-1970)*, Rosario, Prohistoria, 2014.
- Grinchpun, Boris, “Propaganda aliada con exageraciones y falsificaciones. Racismo, antisemitismo y negacionismo en Julius Evola y sus lectores argentinos”, *Temas de Nuestra América*, vol. 32, núm. 60, 2016, pp. 203-224.
- Grinchpun, Boris, “¿Aliados inesperados? Julius Evola en las revistas católicas y nacionalistas de fines de los ‘70”, ponencia presentada en las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Ravignani, Buenos Aires, 2016.
- Lewis, Paul, “La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983”, en David Rock, Sandra McGee Deutsch, María Ester Rapalo, Ronald Dolkart, Daniel Lvovich, Richard Walter, Leonardo Senkman y Paul Lewis, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2001, pp. 321-370.
- Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- Orbe, Patricia, “De Mussolini a Bismarck. El itinerario político de Vicente Massot”, *Estudios Sociales Contemporáneos*, núm. 17, 2017, pp. 154-171.
- Orbe, Patricia, “‘La voz de Bahía Blanca’: el diario *La Nueva Provincia* y la construcción de su imagen pública”, *Historia Regional*, núm. 34, 2016, pp. 21-33.

- Orbe, Patricia, “Sociabilidad tradicionalista en la Argentina: la ofensiva tomista en la trama académica de los años setenta”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, año 7, núm. 9, 2016, pp. 98-113.
- Orbe, Patricia, “Cruzada nacionalista y periodismo: la revista *Cabildo* ante el escenario mediático argentino (1973-1976)”, *Alpha*, núm. 35, 2012, pp. 41-66.
- Orbe, Patricia, “La ‘salida militar’ como única opción frente al comunismo: la experiencia chilena desde la mirada nacionalista católica argentina (1970-1974)”, *Contemporánea: Historia y Problemas del Siglo xx*, vol. 3, núm. 3, 2012, pp. 115-131.
- Orbe, Patricia, “Entre mítines y misas: la revista *Cabildo* y la red de sociabilidad nacionalista católica (1973-1976)”, ponencia presentada en las IV Jornadas de Historia Política, Bahía Blanca, 30 de septiembre y 1-2 octubre, 2009.
- Pérez Lindo, Augusto, *Universidad, política y sociedad*, Buenos Aires, Ariel, 1985.
- Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI, 1978.
- Ranalletti, Mario, “Jean Ousset y el catolicismo intransigente argentino (1954-1976)”, en *II Jornadas Catolicismo y Sociedad de Masas en la Argentina del Siglo xx* [CD], Buenos Aires, UCA, 2010.
- Ranalletti, Mario, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Daniel Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 249-280.
- Ranalletti, Mario, “La guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 62, núm. 2, 2005, pp. 285-308.
- Rodríguez, Laura Graciela, “Anticomunistas e antirreformistas: os intelectuais de direita e a universidade na Argentina (1962-1974)”, en Ernesto Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta y Stéphan Boisard (org.), *Pensar as direitas na América Latina*, São Paulo, Alameda, 2019, pp. 225-244.

- Rodríguez, Laura Graciela, “Las universidades católicas y privadas frente a los principios reformistas”, en Diego Mauro y José Zanca (coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, Rosario, HyA, 2018, pp. 155-172.
- Rodríguez, Laura Graciela, “La derecha en la universidad: la investigación en ciencias sociales”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2017, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70554>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Rodríguez, Laura Graciela, “Totalitarismo y educación. Freire, UNESCO y Piaget en la mirada del tradicionalismo católico”, *Quinto Sol*, vol. 21, núm. 1, 2017, pp. 1-21, <https://www.researchgate.net/publication/319057671_Totalitarismo_y_educacion_Freire_UNESCO_y_Piaget_en_la_mirada_del_tradicionalismo_catolico>, consultado el 15 de diciembre, 2022.
- Rodríguez, Laura Graciela, “La subversión científica en las universidades de Argentina e Hispanoamérica”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2016, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.68862>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Rodríguez, Laura Graciela, “Las élites católicas y la fundación de universidades (1958-1983)”, en Sandra Ziegler, Alicia Villa, Florencia Luci, Sebastián Fuentes, Victoria Gessaghi y Emilia Di Piero (comps.), *2ª Reunión Internacional sobre Formación de las Élités*, Buenos Aires, Flacso, 2015, pp. 9-21.
- Rodríguez, Laura Graciela, “Los hispanismos en Argentina: publicaciones, redes y circulación de ideas”, *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 79, 2015, pp. 97-115.
- Rodríguez, Laura Graciela, *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.
- Rodríguez, Laura Graciela, “El ‘marxismo’ y la universidad en la revista *Mikael* (1973-1984)”, *Ciencia, Docencia y Tecnología*, año XXIII, núm. 45, 2012, pp. 147-162.
- Rodríguez, Laura Graciela, “Los nacionalistas católicos de *Cabildo* y la educación durante la última dictadura en Argentina”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 68, núm. 1, 2011, pp. 253-277.

- Rodríguez, Laura Graciela, “La derecha en la universidad (1976-1983)”, en *II Jornadas de Historia de la Universidad Argentina*, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010 [CD].
- Sacheri, Carlos A., *La iglesia clandestina*, Buenos Aires, Cruzamante, 1971.
- Saborido, Jorge, “El nacionalismo argentino en los años de plomo (1976-1983)”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 62, núm. 1, 2005, pp. 235-270.
- Saborido, Jorge, “España ha sido condenada: el nacionalismo católico argentino y la transición a la democracia tras la muerte de Franco”, *Anuario*, núm. 6, 2004, pp. 117-129.
- Saborido, Jorge, “El antisemitismo en la historia argentina reciente: la revista *Cabildo* y la conspiración judía”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 30, 2004, pp. 209- 223.
- Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel, 2000.
- Scirica, Elena, “El grupo Cruzada. Tradición, Familia y Propiedad y otros emprendimientos laicales tradicionalistas contra los sectores tercermundistas. Una aproximación a sus prácticas y estrategias de difusión en los años sesenta”, *Memoria y Sociedad*, vol. 18, núm. 36, 2014, pp. 66-81.
- Scirica, Elena, “Núcleos católicos anticomunistas durante la presidencia de Juan Carlos Onganía. Encuentros y desencuentros”, en María Valeria Galván y María Florencia Osuna (comps.), *Política y cultura durante el Onganiato. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía, 1966-1970*, Rosario, Prohistoria, 2014, pp. 47-66.
- Scirica, Elena, “Intransigencia y tradicionalismo en el catolicismo argentino de los años sesenta. Los casos de *Verbo* y *Roma*”, en Claudia Touris y Mariela Ceva (comps.), *Los avatares de la nación católica. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 129-146.
- Scirica, Elena, “Visión religiosa y acción política. El caso de Ciudad Católica-*Verbo* en la Argentina de los años sesenta”, *Programa de Historia de América Latina*, vol. 2, núm. 2, 2010, pp. 26-56.
- Scirica, Elena, “Un embate virulento contra el clero tercermundista. Carlos Sacheri y su cruzada contra *La Iglesia clandestina*”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos*, núm. 10, 2010, pp. 283-301.

- Scirica, Elena, “Educación y guerra contrarrevolucionaria. Una propuesta de Ciudad Católica-Verbo”, *Clío & Asociados. La Historia Enseñada*, núm. 11, 2007, pp. 119-140.
- Selser, Gregorio, *El Onganiato*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Senkman, Leonardo, “La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976”, en David Rock, Sandra McGee Deutsch, María Ester Rapalo, Ronald Dolkart, Daniel Lvovich, Richard Walter, Leonardo Senkman y Paul Lewis, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2001, pp. 275-320.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

PENSAR LAS DERECHAS Y LA UNIVERSIDAD EN URUGUAY EN LOS SESENTA. ALGUNAS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS

María Eugenia Jung

INTRODUCCIÓN

En Uruguay, al igual que estaba ocurriendo en otras partes del continente y del mundo, durante los años cincuenta y sesenta, en el momento más álgido de la Guerra Fría, la única universidad del país se convirtió en el blanco de cuestionamientos por parte intelectuales, académicos, políticos de diversas tendencias político-ideológicas y consultores extranjeros. Las críticas desbordaron los claustros y ocuparon un amplio espacio en la escena pública, en un contexto marcado por la crisis económica y social y la polarización política.

En ese contexto, se fue conformando un programa modernizante de derecha que cristalizó a fines de 1968, con la fundación, en la ciudad de Salto —capital del departamento homónimo ubicado en el litoral norte uruguayo—, del Movimiento Pro Universidad del Norte (MPUN), que reclamó la creación de otra universidad, alternativa a la Universidad de la República (Udelar), en esa ciudad. La iniciativa fue retomada por una diversidad de fuerzas derechistas en ámbitos gubernamentales, partidarios y sociales. Así, se reformuló la propuesta con vistas a la instalación de una Universidad para el Desarrollo, como la denominaron sus promotores más relevantes en el gobierno. Junto a los planteamientos tradicionalistas que ponían el foco en la depuración ideológica de los claustros y la reforma de los planes de estudio, hubo una derecha propositiva que bregó por la capacitación de cuadros técnicos para el sector productivo, en línea con propuestas similares en la región y el mundo.

En suma, ¿qué posiciones sostuvieron las derechas uruguayas sobre la universidad durante los largos años sesenta? ¿Cuáles fueron las ideas y los proyectos modernizadores que algunos de sus sectores impulsaron? ¿Cuál fue el papel de la universidad en la conformación del campo de las derechas en el lapso que va entre 1958 y 1973? Fueron las preguntas de una investigación que tuvo por objetivo reconstruir las posiciones de las derechas uruguayas sobre la universidad. Ahora bien, avanzar por este cauce de análisis implicó una serie de desafíos metodológicos que van desde la definición del enfoque, las dimensiones de análisis, hasta los marcos conceptuales elegidos. En las páginas que siguen me voy a centrar en dos aspectos que, entiendo, son productivos para pensar las relaciones entre la universidad y las derechas: por un lado, la intersección de los estudios sobre la universidad con otros campos historiográficos, y por otro, la adopción de una perspectiva atenta a las variaciones de escalas de análisis.

UNIVERSIDAD Y DERECHAS EN LA INTERSECCIÓN DE TRES CAMPOS

En buena medida, los abordajes del universo académico se beneficiaron del intercambio con otros campos de estudio; en este caso, la convergencia de tres tradiciones historiográficas: la historia de la universidad tal como se cultiva en la región, la historia intelectual y el campo de los estudios del pasado reciente, con énfasis en las derechas. La combinación de estas perspectivas se propuso trascender las narrativas canónicas y dar cuenta de la complejidad de los avatares institucionales, de los matices y los conflictos existentes en la universidad, y recrear una historia institucional menos autocentrada y más entrelazada con los aspectos sociales, culturales y políticos. En otras palabras, se buscó complejizar los relatos consolidados que presentan a la institución como un actor homogéneo y unificado, donde las disputas internas aparecen diluidas frente a la necesidad de responder a los ataques de un otro externo —el gobierno o los sectores conservadores de los partidos tradicionales—, que también se muestra de modo cohesionado o uniforme.

Es una interpelación, por tanto, a ese relato que se volvió sentido común para buena parte de la comunidad universitaria, que explica en clave teleológica el devenir de la casa de estudios como una sucesión de etapas de crecimiento en el camino de ascenso de la llamada generación reformista, a la que los autores estaban ligados, coronado por la sanción de una nueva Ley Orgánica en 1958.¹

Vale decir que la renovación de la historiografía sobre la universidad se dio en diálogo con procesos similares en la región. Una copiosa acumulación académica ha revisado los grandes acontecimientos vinculados a la universidad —la reforma de Córdoba o el 68 latinoamericano—, explorando facetas menos conocidas y aportando nuevas lecturas sobre temáticas ya transitadas.²

Los nuevos enfoques se nutrieron de los aportes de la nueva historia intelectual que, como recuerda Carlos Altamirano, se practica de muy diversos modos y está exenta de fronteras fijas en relación con otros campos del mundo histórico y social. La historia intelectual —un campo de estudios más que una disciplina—, a diferencia de la vieja historia de ideas, se interesa por el pensamiento en su propio contexto social e histórico y comprende entre sus objetos las diversas formas de producción y circulación del conocimiento y sus

- 1 Como antecedentes de los estudios sobre la universidad en Uruguay cabe mencionar los trabajos de A. Ardao, *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay: De la Colonia a la fundación de la universidad, 1787-1842*, 1945; *idem*, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, 1950; *idem*, *La Universidad de Montevideo: su evolución histórica*, 1950; *idem*, *La filosofía en el Uruguay en el siglo xx*, 1956; *idem*, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, 1962, e *idem*, *Etapas de la inteligencia uruguaya*, 1971. Los trabajos de B. París e *idem*, J. Oddone son fundantes del campo de estudios sobre la universidad: B. París, *La Universidad de la República en la formación de nuestra conciencia liberal*, 1958; J. Oddone y B. París, *Historia de la Universidad de la República: La universidad vieja, 1849-1885*, 1963, e *idem*, *La universidad uruguaya desde el militarismo a la crisis (1885-1958)*, 1971.
- 2 N. Bascolla, D. Mauro y A. Eujanian, *Dimensiones del reformismo universitario*, 2018. Para el movimiento estudiantil y las protestas de 1968, véase P. Bonavena y M. Millán (eds.), *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*, 2018; N. Dip y M. E. Jung, “La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, 2020, pp. 10-16. El último libro de V. Markarian expresa la renovación de los estudios sobre la universidad en Uruguay: *Universidad, revolución y dólares: Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, 2020.

interrelaciones con otras esferas de la vida social, con énfasis en el estudio de redes, instituciones y agentes.³ Concebida de esta manera amplia, ofrece un marco más comprensivo, en el cual las universidades son un elemento central y constitutivo del entramado institucional de donde surgen las élites intelectuales y culturales.⁴

La amplitud de orientaciones, estrategias y prácticas de investigación, y el énfasis en la historicidad de las prácticas y los conceptos que caracteriza los nuevos desarrollos de la historia intelectual, sirven de inspiración para examinar la universidad en relación con entramados sociales, culturales y políticos más amplios, restituyendo su carácter de actor político y social significativo que se relaciona con otros actores, el poder político y las élites. El universo académico se erige desde esta perspectiva como un espacio de disputa, donde se anudan actores, redes y conflictos de diversa índole: políticos, científicos, institucionales y corporativos. En este mismo sentido, resulta sugerente la invitación de Pierre Bourdieu —de cuya sociología de la cultura abrevia, en parte, esta nueva historia intelectual— al abordaje sistemático y relacional de dicho ámbito social específico, que tiene sus propias reglas y sistemas de relaciones internas. Como tal, es un espacio de lucha y competencia entre agentes dotados desigualmente de recursos simbólicos. En su estudio sobre el sistema académico francés, Pierre Bourdieu alertaba, además, de los retos que implica tomar por objeto “un mundo social en el que uno se halla comprendido”;⁵ en este caso, el de los universitarios del pasado por parte de quienes ocupamos una posición en ese mismo espacio. La investigación, a su vez, reconoce su inserción en los estudios sobre el pasado reciente, en especial aquellos que abordan el examen de las derechas.⁶

3 C. Altamirano, *Ideas para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, 2005, pp. 10-13

4 S. Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina: La década del sesenta*, 2002; O. Terán, *Nuestros años sesentas: La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, 1993, y C. Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2008.

5 *Homo academicus*, 2014, p. 11. Véase también *Intelectuales, política y poder*, 2009.

6 Sobre la conformación del campo del pasado reciente en Uruguay, véase A. Marchesi y V. Markarian, “Cinco décadas de estudio sobre la crisis de la democracia y el auto-

En la última década, un contingente de académicos procedentes de distintas ciencias sociales tomó como objeto de reflexión a los actores, las organizaciones, las ideas y las cosmovisiones que pueden ser caracterizadas como propias de este espectro político-ideológico. El interés se renovó con el resurgimiento y la vigorización de diversas expresiones de derecha (“nuevas”, extremistas, populistas) en el ámbito global, que demuestran su capacidad de renovación, de generar nuevos liderazgos, así como de atraer apoyo social y sustento electoral, coadyuvando a la consolidación de este campo académico.⁷

Uno de los puntos relevantes en los debates de esta área de estudios gira en torno a la definición o caracterización de las derechas; es decir, cuáles son los rasgos peculiares y específicos que permiten que las definamos como tales ha sido y es objeto de permanente discusión. Se parte del reconocimiento de las dificultades que plantea una noción que se percibe más difusa que la de izquierda, sostenida en las autoidentificaciones de los actores.⁸ Acaso porque, como ha dicho Carlos Altamirano, “el combate por la definición de qué es o debe ser una posición de izquierda ha sido parte del trabajo ideológico de este sector”.⁹ En contraste, los sujetos o grupos afines a las derechas habitualmente se resisten a utilizar ese calificativo. Esto ha ocurrido así, en algunos casos, porque esa referencia asocia a los individuos y grupos a los pasados traumáticos que marcaron la región y de los cuales han querido desligarse; en otros, debido a que ciertos sectores de las nuevas derechas han enfatizado la inexistencia de las dicotomías izquierdas-derechas, para, en cambio, exaltar un pragmatismo por encima de ideologías, funcional a sus proyectos políticos. Por otra parte, en ámbitos académicos o políticos se han utilizado denominaciones alternativas en referencia a un conjunto

ritarismo en Uruguay”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, 2012, pp. 213-242.

7 R. P. Sá Motta, “Apresentação”, *Varia Historia*, 2014, pp. 7-10.

8 S. McGee, *Las derechas. La extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, 2005, pp. 20-21.

9 C. Altamirano, *Sobre izquierdas y derechas* (mimeo), 2016. Agradezco el conocimiento de este texto inédito a Ana Clarisa Agüero. Se puede consultar la cita parcialmente editada en una entrevista realizada por Raquel San Martín en *La Nación*, en 2016.

de individuos y grupos, que aunque heterogéneo y plural, tiene una especificidad propia al tiempo que comparte diagnósticos, proyectos y una determinada visión del mundo fácilmente considerados como propios de la derecha.¹⁰

Los estudiosos han establecido acuerdos acerca del carácter contextual y relacional de las derechas en tanto categoría de análisis. Como bien lo ha señalado el historiador brasileño Rodrigo Patto Sá Motta, los contornos de este campo político se van delineando en cada contexto histórico particular en directa relación con la identificación de un enemigo, sea este real o imaginado.¹¹ La lucha contra el comunismo ocupó un lugar central en los conflictos políticos, culturales y en las relaciones internacionales a lo largo de todo el siglo xx, pero esta centralidad se agudizó en la segunda posguerra, cuando la influencia del comunismo se expandió en los tres continentes. La Revolución Cubana localizó el conflicto en América Latina, convirtiendo a las izquierdas en una amenaza concreta para las fuerzas del conservadurismo local. Se reconoce, por tanto, el carácter histórico de este segmento político-ideológico, que se define en referencia directa a marcos y coyunturas específicas a las cuales va adaptando nociones, prácticas y marcos de alianzas.

Buena parte de la identidad, de los discursos y de las acciones de los grupos e individuos que lo componen sólo pueden ser interpretados en la interrelación y la oposición con otras tradiciones políticas e ideológicas. Recordemos que izquierdas y derechas, más allá de sus fronteras lábiles, surgieron como antagonistas; son dos campos

10 Sobre el uso de la categoría *derechas* y su aplicación en el ámbito latinoamericano, véase D. Rock *et al.*, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, 2001; J. L. Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, 1970; S. Morresi, “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”, en E. Bohoslavsky (comp.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo xx. Actas del Taller de Discusión*, 2011, pp. 23-41; O. Echeverría, “Los estudios sobre las derechas argentinas y rioplatenses del siglo xx. Balances, preguntas y perspectivas de análisis”, en E. Bohoslavsky, M. Broquetas y O. Echeverría (eds.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo xx. Actas del VII Taller de Discusión*, 2015, pp. 148-162; S. Boisard, “Pensando as direitas na América Latina, objeto científico, sujeitos e temporalidades?”, *Varia Historia*, 2014, pp. 85-88.

11 R. P. Sá Motta, *Em guarda contra o “perigo vermelho”: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*, 2002, y “Apresentação”.

de fuerza inseparables que han tenido y tienen expresión en la vida política y social y se constituyen en la competencia con el otro.

Finalmente, el uso del plural, sugerido por la historiadora Sandra McGee Deustch, resulta fructífero porque habilita un mayor ajuste a las distintas realidades históricas, a la vez que da cuenta de la diversidad ideológica, las tradiciones políticas y las modalidades de acción (desde grupos moderados a radicales) que, pese a sus profundas diferencias, han coincidido en algunas coyunturas, mientras que en otras han establecido tensas y ríspidas relaciones. Como ha demostrado McGee Deustch, las tendencias moderadas y extremas suelen unirse en coyunturas de crisis política, cuando la amenaza del enemigo se manifiesta.¹²

Sin embargo, esta área de estudios se ha concentrado en el abordaje de los movimientos políticos, las tradiciones y las familias ideológicas, y sólo más recientemente ha incursionado en el campo de las universidades u otras áreas de la actividad social. En ese marco, destaca la original línea de investigación que abrió Rodrigo Patto Sá Motta. En *As universidades e o regime militar*, Sá Motta no se limitó a ampliar la información disponible y complejizó la interpretación sobre la exitosa modernización del sistema universitario durante la última dictadura cívico-militar que gobernó Brasil, sino que además introdujo nuevas claves explicativas globales acerca del proceso dictatorial. El texto abunda en las complejidades de las políticas universitarias llevadas a cabo en ese momento y pone en evidencia cómo los programas implementados combinaron el empuje modernizador con las prácticas represivas en un doble movimiento: destructivo y constructivo, represivo y modernizador. Patto va más lejos aún al demostrar que ese impulso innovador de signo conservador se reapropió del legado de la tradición anterior, en particular de los proyectos de reforma de los sesenta y, especialmente, de la experiencia de la Universidad de Brasilia liderada por el antropólogo e intelectual de izquierda Darcy Ribeiro.¹³

12 S. McGee, *Las derechas...*, pp. 20-21.

13 R. P. Sá Motta, *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária*, 2014, e *idem*, “O anticomunismo e os órgãos de informacao da ditadura nas universidades brasileiras”, *Contemporânea. Historia y problemas del siglo*

Resulta persuasiva, además, la utilización que hace de la categoría “modernización conservadora”, acuñada por el sociólogo Barrington Moore en los sesenta para explicar los procesos de desarrollo económico y su relación con los regímenes totalitarios. Cuestiona así la relación virtuosa entre modernización y democracia postulada por las ciencias sociales de los cincuenta y sesenta.¹⁴ Su aplicación al estudio de las políticas universitarias llevadas a cabo por el régimen dictatorial en Brasil resulta de gran productividad analítica porque permite plantear dos cuestiones relacionadas: 1) la existencia de una derecha modernizante que buscó cambios estructurales en la educación superior, en sintonía con el proyecto de modernización que sustentó (no sin fricciones internas) la dictadura en Brasil, y 2) la permanente tensión entre los aspectos reactivos y los proyectuales o propositivos de esa derecha que se nos presenta como un actor más complejo de lo que habitualmente suele considerarse.

Aun así deben señalarse las dificultades que supone identificar lo que aquí llamamos, de manera muy amplia, actores de derechas, sean estos individuos o grupos posicionados en ese espectro político en el lapso de estas dos décadas. Por un lado, porque quienes participaron de ideologías y prácticas derechistas en sus múltiples vertientes no se reconocían con esa etiqueta. Tampoco fue una deno-

xx, 2012, pp. 133-148. Para el caso argentino, véanse los trabajos de L. G. Rodríguez, “La ‘subversión científica’ en las universidades de Argentina e Hispanoamérica”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2016; *idem*, *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)*, 2011; *idem*, *Universidad, peronismo y dictadura, 1973-1983*, 2015, y el que elaboró L. G. Rodríguez con G. Soprano, “La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2009. Para el caso uruguayo, véase V. Markarian, “La universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguayo durante la última dictadura (1973-1984)”, *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, 2015, pp. 121-152, y M. E. Jung, *La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El movimiento pro-Universidad del Norte de Salto (1968-1973)*, 2018.

14 En su libro *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, 1966, Barrington Moore hizo un estudio comparado de la modernización en Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, China, Japón e India. Ofrece una tipología de la modernización (o como Moore las llama, “rutas hacia el mundo moderno”) en estos seis casos de estudio y distingue tres tipos de transición del mundo premoderno y preindustrial al mundo moderno e industrializado: la ruta burguesa, la fascista y la comunista.

minación frecuente entre sus adversarios o enemigos políticos, que prefirieron el uso de expresiones descalificantes, como *fascistas* o *reaccionarios*. Por otro lado, y más específicamente en relación con la universidad, representaron a sectores que fueron perdiendo representación en sus órganos de conducción y, por tanto, aparecen de forma indirecta en las fuentes institucionales.

Las limitaciones señaladas se vuelven más complejas si tenemos en cuenta la movilidad político-ideológica de los actores en el contexto de radicalización del periodo. En la medida en que esa radicalización fue en aumento es posible observar que individuos que originalmente habían sustentado posiciones liberales se fueron desplazando hacia la derecha y confluyendo en argumentaciones e intereses con este campo político-ideológico. Esto nos lleva a otra cuestión: la del reconocimiento de la existencia de pasajes, tránsitos complejos y de circulaciones en términos de doctrinas, ideas y prácticas políticas.¹⁵ Es claro también que el marco de la polarización creciente, en particular luego de 1968, acortó los márgenes de autonomía para optar por caminos o posturas intermedias y los tránsitos tendieron a los antagonismos inconciliables. El otro asunto se relaciona con el poder explicativo del par dicotómico izquierda/derecha por fuera de la arena política en sentido lato; es decir, su capacidad para escrutar fenómenos o procesos que se producen en otros campos, en este caso el académico o universitario, en los cuales se presentan otros clivajes. De hecho, el examen de los debates académicos pone en evidencia que no existió un correlato y menos una subordinación directa entre los posicionamientos universitarios, científicos o académicos y la lógica de las disputas políticas en la escena nacional; se observa, en cambio, la existencia de tensiones superpuestas que dan sentido a las disputas en dicho campo. En este sentido, la indagación de actores, grupos y fenómenos dentro del campo académico, con sus peculiaridades y reglas propias, permite registrar los límites del par antagónico izquierda-derecha para expli-

15 Véase A. C. Agüero y E. Bohoslavsky, “Izquierdas y derechas en el siglo xx argentino. Categorías, problemas, abordajes”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2020, y F. J. Devoto, “Pasajeros en la tormenta. Variaciones sobre tres intelectuales italianos y el fascismo”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2020.

car los conflictos relativos a la universidad, explorando los márgenes de libertad de esos espacios respecto a la política.

Las polémicas y los posicionamientos en la universidad bien pueden ser pensados a partir de la oposición más restrictiva de reformismo vs. contrarreformismo. Este último correspondería así a un movimiento de reacción y respuesta a una tradición, de límites lábiles y contornos imprecisos, que se remonta a la Reforma de la Universidad de Córdoba de 1918. El reformismo, a esta altura, desdibujado de sus referencias históricas concretas, había quedado asociado a las izquierdas y los progresismos en sus diversas expresiones y declinaciones. En términos generales, suponía la adscripción a una serie de postulados vagos, como la participación estudiantil en el gobierno universitario, la autonomía de las universidades del poder político, la renovación científica y pedagógica, y el compromiso con la sociedad, en particular con los sectores populares. Así, la caracterización de sujetos, sectores o grupos vinculados con las derechas o al conservadurismo merece todavía mayor indagación. En este sentido, la productividad del uso de estas categorías de análisis continúa abierta a la discusión académica: al mismo tiempo que éstas permiten identificar actores y fuerzas antes opacadas o relegadas, también generan problemas que requieren de análisis más finos.

Visto así, es posible visualizar las limitaciones de las tipologías (conservador liberal, nacionalista) de uso frecuente en la historiografía reciente para caracterizar al espacio político-ideológico de las derechas y, en especial, a sus actores en el ámbito universitario. El análisis propuesto ofrece, por tanto, otra ventana de observación de las derechas locales que nos devuelve una mirada más compleja, matizada y —¿por qué no?— más interesante de esta tradición.

Más allá de los desafíos planteados, parece claro que en la intersección de campos de estudio la historia de la universidad surge renovada. Se aleja de los enfoques meramente institucionalistas para dar cuenta de los conflictos en su seno, en estrecha conexión con contextos culturales, sociales y políticos más amplios. Al mismo tiempo, repone la agencia de actores y sectores que hasta el momento no habían sido abordados por la historiografía tradicional, entre ellos las derechas o los contrarreformismos. El enfoque resulta así

productivo, al proveer de interpretaciones complejas del universo académico, atentas a la consideración de una diversidad de actores y a sus motivaciones diversas. Esta opción, obviamente, condiciona la metodología y el corpus documental, que no se reduce a la información institucional, así como la lectura y las preguntas que se hacen a dicho corpus.

LA SUPERPOSICIÓN DE ESCALAS DE ANÁLISIS

La elección de una escala de observación particular tiene efectos de conocimiento y puede ser puesta al servicio de estrategias de conocimiento. Cambiar el foco del objetivo no es solamente aumentar (o disminuir) el tamaño del objeto en el visor, sino también modificar la forma y la trama.

*Jacques Revel*¹⁶

El interés por reconstruir las posiciones de un amplio abanico de actores de derecha en torno a la universidad se recortó sobre una perspectiva nacional. Desde esta escala, la unidad de análisis —la universidad— se aborda en el marco de la red compleja de relaciones, conflictos y articulaciones entre lo local, lo nacional y lo global. Como nos recuerda el historiador francés Jacques Revel “lo que parece fundamental es [...] la variación de escala”, porque a partir de esta “las realidades que surgen pueden ser muy diferentes”.¹⁷ En otras palabras, lo que se vuelve relevante entonces “es el principio de variación, no una escala en particular”.¹⁸ De modo similar lo señala Sebastian Conrad en su muy buena síntesis de la llamada historia global, al afirmar que:

La historia se debe entender como un proceso de múltiples estratos, en el que cada una de las distintas capas sigue, hasta cierto punto, su

16 J. Revel, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *idem* (dir.), *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, 2015, p. 24.

17 *Ibid.*, p. 35.

18 *Ibid.*, p. 43.

propia lógica; no basta con fusionar los estratos, no se los puede sumar para obtener un todo liso y coherente. [...] En el proceso histórico, las distintas escalas de investigación resultan mutuamente constituyentes.¹⁹

Con estas ideas en mente, veamos qué nos aporta el cambio del lente de observación para el caso que nos ocupa: la conformación de un programa modernizador de la derecha en la universidad en Uruguay y la configuración del campo de las derechas en relación con dicha institución.

En septiembre de 1968, cuando todavía estaban en su apogeo el ciclo de protesta estudiantil y las violentas escaramuzas con las fuerzas represivas que causaron los primeros jóvenes muertos en las calles, los periódicos de la ciudad de Salto, al norte de Uruguay, anunciaban la constitución del MPUN. El objetivo era impulsar un proyecto de ley para crear una universidad con sede en esa capital departamental y con jurisdicción en los seis departamentos de la región norte del país.²⁰ Padres, docentes, profesionales y comerciantes, algunos de ellos representantes de organizaciones sociales e instituciones públicas y privadas de Salto, colmaron los salones del Club Salto Uruguay para expresar su adhesión y elegir a las autoridades del novel movimiento.

No era la primera vez que grupos o movimientos se organizaban en ciudades del interior para pedir a la universidad y a las autoridades nacionales (Ejecutivo y Parlamento) la expansión de la cobertura geográfica de la educación superior. Las propuestas orientadas a la diversificación del sistema universitario, por tanto, tenían profusos antecedentes desde, por lo menos, mediados de los cuarenta del siglo XX. En todos los casos cumplieron un rol destacado las llamadas fuerzas vivas de esas ciudades —comerciantes, productores, profesionales, docentes o, de manera más general, lo que podemos

19 S. Conrad, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, 2017, p. 172.

20 “Movimiento pro Universidad del Norte. Antecedentes de una lucha en pro de la descentralización y extensión de la cultura”, Salto, octubre de 1968, memorándum entregado por una delegación del Movimiento pro Universidad del Norte al ministro de Cultura, Federico García Capurro, el 2 de octubre de 1968. Archivo General de la Nación Montevideo (AGNM), Colección Federico García Capurro, sin clasificar.

denominar como clases medias ilustradas locales—, interesadas en que sus hijos pudieran continuar sus estudios universitarios sin los costos que suponía el traslado a Montevideo, así como el desarrollo de esas ciudades en los contextos regional y nacional. El aumento de estos reclamos a mediados del siglo XX también estaba directamente relacionado con el progresivo y exponencial aumento de la matrícula de enseñanza secundaria, que tuvo particular incidencia en las zonas urbanas del interior del país. Se observa, por tanto, que esta aspiración de carácter localista se insertaba en reivindicaciones más generales de incremento de la autonomía departamental respecto al sempiterno centralismo montevidiano.²¹

En Salto, en particular, una universidad propia era una aspiración largamente acariciada por vastos actores sociales, que la pensaron como otra forma de enfrentar el exclusivismo de Montevideo y dinamizar su propio desarrollo. Huelga decir, por tanto, que la demanda de instalar una universidad con sede en la capital salteña y con alcance al norte uruguayo se correspondía con la manera en que los grupos dirigentes locales entendían el liderazgo del departamento en esa región. En este sentido, organizaciones civiles, asociaciones profesionales y agrupaciones de padres, docentes y estudiantes, con el apoyo de las autoridades municipales, promovieron, desde entonces y en distintas coyunturas, iniciativas en esa dirección que contaron con éxitos relativos. En esta etapa, los partidos políticos nacionales no funcionaron como mediadores de los intereses de los actores regionales y locales que intentaron instalar esa demanda en la esfera estatal.²²

Sin embargo, el proyecto del MPUN que surgió en 1968 presentó novedades respecto a las iniciativas que le precedieron. En primer lugar, se concibió explícitamente en oposición a la Udelar, única universidad del país, laica y de libre acceso, tanto en sus contenidos académicos como en su orientación político-ideológica. Se declaró un ámbito plural que expresaba diferentes tendencias políticas, religiosas y filosóficas, reactualizando una corriente tradicional a

21 M. E. Jung, *La educación superior...*, 2018.

22 *Loc. cit.*

favor de la descentralización de la cultura y la “apoliticidad” en la enseñanza. No obstante, tanto en los hechos como discursivamente, la campaña del MPUN se inscribió en la batalla de las derechas anticomunistas contra aquella casa de estudios, entonces acusada de “centro de perturbación” o “foco de disturbios”, según las variadas expresiones de la época. En cierto modo a ello refería José Antonio Varela, su presidente, cuando afirmó: “Somos peregrinos de un ideal patriótico”.²³

El curso de la investigación, en especial el interés por examinar la deriva del MPUN, condujo a reducir la escala de observación en dos sentidos: 1) espacial, al poner el foco en un ámbito local apartado de Montevideo, centro administrativo, económico, político y cultural del país, y 2) de perspectiva, a partir del análisis micro de un acontecimiento, en el sentido antropológico de descripción densa, a partir preguntas generales.²⁴ Dichas preguntas —señaladas al inicio—, claramente ancladas en el marco nacional, condicionaron el ajuste del lente de observación para examinar con mayor detalle un fenómeno pequeño en apariencia —el MPUN—, localizado en un espacio también reducido —una ciudad capital del interior del país.

Es obvio: la variación de la escala determina lo que se ilumina y lo que queda oscurecido. Se evidencia que a un nivel micro se visibilizan conexiones que pasan inadvertidas en una escala mayor de análisis; se amplifican los actores y los procesos considerados, y las conexiones e interconexiones entre ellos, complejizando y aportando nuevos ingredientes a las explicaciones que ya circulaban respecto a la cuestión universitaria y, de modo más general, sobre el periodo (los largos sesenta). Citando una vez más a Revel, una “realidad social no es la misma según el nivel de análisis” en que nos ubiquemos.²⁵

23 “Movimiento pro Universidad del Norte. Antecedentes de una lucha en pro de la descentralización y extensión de la cultura”, Salto, octubre de 1968, memorándum entregado por una delegación del Movimiento pro Universidad del Norte al ministro de Cultura, Federico García Capurro, el 2 de octubre de 1968. AGNM, Colección Federico García Capurro, sin clasificar.

24 C. Geertz, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *idem*, *La interpretación de las culturas*, 1995, pp. 19-40.

25 J. Revel, “Microanálisis y construcción...”, p. 15.

Desde esta perspectiva, fue posible reconstruir la amplia red de apoyos que consiguió dicho movimiento, el cual incluyó a organizaciones y entidades locales, dirigentes de las fracciones conservadoras de los partidos tradicionales, medios de prensa salteños alineados con estas vertientes, y autoridades departamentales. Asimismo, hubo entre ellos dirigentes ligados al ala derecha de la Iglesia católica de Salto que, como estaba ocurriendo en el ámbito nacional y latinoamericano, experimentaba duros conflictos entre quienes apoyaban la línea conciliar y aquellos que la rechazaron, alineándose con la derecha política. También se advierte la incorporación al movimiento de sectores estudiantiles claramente afines a las agrupaciones de la derecha de la época.²⁶ Con estos datos puede afirmarse que el MPUN expresó la deriva a la derecha de un amplio movimiento social de origen localista, que en sus orígenes no presentó afinidades o intereses político-partidarios.

Vale decir que los reclamos descentralizadores ponían en evidencia el esquema centro-periferia, en la formulación más general de Edward Shils, que desde el siglo XIX formaba parte del imaginario y de las representaciones mentales de las élites locales que se sentían retrasadas, relegadas y marginadas respecto al centro/metrópoli que era Montevideo. Esta contraposición contiene un fuerte componente valorativo que atribuye al primer término una carga positiva y predominante respecto del segundo, observable en las diferentes formas en que se presentó: capital-interior, ciudad-campo o civilización-barbarie, donde el primer concepto es asociado al progreso y al “sentido de la historia”, en palabras de Giovanni Levi.²⁷ El interior, reivindicado por los actores locales, resulta entonces una noción opaca e imprecisa que bien refiere tanto a los centros urbanos no montevideanos como al campo y sus actividades relacionadas.²⁸

26 M. E. Jung, *La educación superior...*

27 Véase “Un problema de escala”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 2003, p. 282.

28 En los años cuarenta el ruralismo, dirigido por Benito Nardone insistió en el cisma campo-ciudad, revalorizando al primero, fuente de la riqueza nacional, mientras la capital era sede de la “corrupción social y de la demagogia política”. La Liga Federal de Acción Ruralista fue un amplio movimiento “gremial, social y político” que agrupó

Las argumentaciones a favor de la Universidad del Norte (UN) abrevaron en este esquema argumentativo que a partir de los cincuenta se imbricó con el anticomunismo y la lógica bipolar de la Guerra Fría. Así, el interior era identificado por vastos sectores de-rechistas, entre ellos el MPUN, como un espacio total e indiferenciado, asimilado a la vida rural y a la campaña, siempre postergado y olvidado. A diferencia de lo que ocurría en la capital del país, en estas ciudades no se interrumpían las clases a causa de los paros y los estudiantes “no alardean de ‘patoteros ideológicos’”.²⁹

Asimismo, este movimiento social, originado en Salto, logró expandirse hacia otras regiones del norte del país que también habían expresado, en distintas coyunturas, reclamos de tenor similar. El MPUN logró captar descontentos a la vez que expectativas de las elites dirigentes de otras ciudades capitales, dando paso a una alianza más amplia en pos de la creación de la UN. En estos casos, el anticomunismo de derecha y los temores frente a la activación de la protesta social capitalizada por las izquierdas, que se produjo en esos años, jugaron un rol relevante a la hora de llegar a acuerdos que en otros momentos no lograron concretarse. Sin embargo, esta alianza se mantuvo tensionada por viejas competencias y rivalidades. De hecho, el análisis micro pone al descubierto que una dicotomía similar se reproducía dentro de cada región, donde existía una “férrea subordinación de las poblaciones secundarias a su respectiva capital departamental”³⁰ y que explica en parte las rivalidades que también se producían entre las distintas localidades y regiones. Para las comunidades menores, la metrópoli o el “centro de vitalidad”, en palabras de Edward Shils,³¹ eran las propias capitales departamentales (aunque a veces el centro de referencia no perteneciera a su jurisdicción departamental correspondiente). En estos casos, las demandas se dirigían principalmente hacia esos centros.

a pequeños y medianos productores y alcanzó gran arraigo en el medio rural. R. Jacob, *Benito Nardone. El ruralismo hacia el poder (1945-1958)*, 1981, pp. 56 y 172.

29 *La Mañana. Edición del Interior*, 24 de junio, 1971, p. 3.

30 O. Padrón Favre, “Historia cultural de las regiones”, en F. Arocena (coord.), *Regionalización cultural del Uruguay*, 2011, p. 82.

31 E. Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, 1976, p. 43.

Este abordaje se distancia de una forma de hacer historia apegada al acontecimiento, erudita y muchas veces con intención celebratoria, pero poco interpretativa y crítica, que caracterizó a algunas historias locales. De hecho, existe una abundante literatura proveniente de cronistas, historiadores e intelectuales de las propias localidades que proveen un relato que intenta reconstruir la singularidad regional y recuperar la memoria del departamento salteño para delinear identidades propias. Estos trabajos, en su mayoría, adolecen de lo que el historiador argentino Ricardo Pasolini califica de “exaltación ‘localista’” que termina por convertirlos en “una historia de tipo ‘anticuaria’”, que “se regodea en la autosuficiencia temática del recorte local. Los universos locales se convierten así en regiones que se explican a sí mismas fuera de toda influencia, préstamos o resignificación”.³² No obstante, también constituyen fuentes de información secundarias imprescindibles para empezar a reconstruir los procesos locales y regionales e insertarlos en contextos más amplios.

Esta última afirmación nos lleva a otra cuestión: el uso y el acceso a fuentes documentales. ¿Cómo reconstruir la trayectoria y la campaña del MPUN? ¿Cómo captar la densa red de relaciones y vínculos que hizo posible la conformación de este amplio movimiento? Temas apenas esbozados en la prensa de alcance nacional o en la documentación universitaria, que los refieren de modo muy fragmentario, la más de las veces en referencia a la reacción que generó la iniciativa en las autoridades de la universidad, organizaciones gremiales o en ámbitos gubernamentales. A esto se agrega que no existe una copiosa y exhaustiva literatura académica sobre los procesos que se buscó reconstruir.

Parece claro que para acceder al conocimiento de este fenómeno, las motivaciones de sus actores y, de modo más general, sus articulaciones con un contexto más amplio, es preciso expandir el universo de fuentes primarias. Vale decir que, pese a los avances registrados en la última década, la situación archivística del país es precaria,

32 R. Pasolini, “La historia intelectual desde su dimensión regional: algunas reflexiones”, en P. Laguarda y F. Fiorucci (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo xx)*, 2012, p. 16.

particularmente en relación con la documentación vinculada a la historia reciente. Pero si esta situación es compleja en el centro del país, lo es aún más en cuanto nos alejamos de Montevideo, donde los archivos existentes cuentan con escasísimos recursos financieros y humanos. Por tanto, difícilmente se encuentran acervos documentales en condiciones de preservación, organizados y con instrumentos de descripción al servicio de los usuarios. Se requiere de una búsqueda exhaustiva de información que suele hallarse dispersa y, las más de las veces, sólo se puede acceder a ella a través del contacto con los protagonistas del periodo. Como ha señalado Michel de Certeau, en el gesto político de “poner aparte, de reunir y de convertir en ‘documentos’”³³ esos materiales se fue construyendo un archivo sistemático compuesto de un conjunto muy heterogéneo: algunos documentos aportados por protagonistas de la época (ejemplares de los boletines estudiantiles) o albergados, sin clasificar, en la Comisión Histórica de Patrimonio de esa ciudad, resoluciones emanadas de los órganos de gobierno departamental y, muy especialmente, la prensa local (tanto de Salto como de otros departamentos), disponible en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Una mirada atenta a este universo documental permitió identificar el entrecruzamiento de los intereses en juego, así como la incidencia de las demandas localistas que buscaban subsanar lo que, consideraban, eran desequilibrios entre el norte y el sur del país o entre la capital y el interior. Estos mismos reclamos, como se dijo, se fundamentaban en —y resignificaban— la antigua dicotomía entre Montevideo e interior, o entre ciudad y campo, al tiempo que se imbricaban con las lógicas de amigo-enemigo propios de la Guerra Fría. En las nuevas formulaciones, sostenidas por el amplio espectro de las derechas de la época, Montevideo era vista como una ciudad sitiada y asediada por las fuerzas del comunismo. En contraste, el interior se erigía como un espacio libre e “incontaminado”, una representación que se recostaba en —a la vez que daba nuevos sentidos a— la antigua dicotomía Montevideo e interior, construcción discursiva que forma parte del imaginario uruguayo desde el siglo XIX.

33 M. de Certeau, *La escritura de la historia*, 2006, p. 83.

Por tanto, la del MPUN pudo ser analizada en “diversos niveles de experiencia social”,³⁴ al mostrar cómo una experiencia concreta se terminó insertando en un proceso más amplio: la deriva a la derecha de una demanda local y su incorporación al combate de las derechas contra la universidad, a la vez que en debates más generales sobre la modernización universitaria. En rigor, el recorte de área de observación implicó privilegiar la “experiencia de los actores, reconstruyendo en torno a ella el contexto —o más bien los contextos— que le da sentido y forma”.³⁵ No se buscó interpretar un fenómeno local como un simple reflejo del nivel macro. La pequeña escala, como se señaló, fue una opción metodológica tomada en el curso de la investigación a efecto de analizar las demandas derechistas en torno a la educación superior en el complejo entramado de interacciones, tensiones y conflictos entre lo local, lo nacional y lo global.

Sin embargo, cuando se aleja el lente de observación, se puede ver cómo este amplio movimiento local y regional se articuló con la escala nacional al convocar, esta vez de manera exitosa, a sectores sociales y partidarios afines a las derechas, al gobierno y a grupos de universitarios desconformes con el rumbo que tomaba dicha institución. También se exponen las reacciones de sus opositores: los gremios docentes y estudiantiles y las autoridades de la universidad que lo enfrentaron. El cambio de perspectiva echa luz sobre otros elementos de análisis que no resultan evidentes a menor escala. De hecho, es posible afirmar que la propia coyuntura nacional, marcada por la crisis económica y social, la activación de la protesta y el recrudecimiento de la represión para contenerla, generó las condiciones de posibilidad para que el reclamo de crear la UN prosperara y rebasara los marcos locales. El anticomunismo de derecha funcionó como elemento clave en la amalgama de este conjunto de sectores, individuos, autoridades y representantes del gobierno nacional.

Digamos que desde fines de los años cincuenta un conglomerado variado de agrupaciones de la derecha partidaria, sectores católicos, movimientos de estudiantes afines a este espectro político, así como

34 S. Conrad, *Historia global...*, p. 126.

35 J. Revel, “Microanálisis y construcción...”, p. 17.

de egresados y docentes que paulatinamente fueron perdiendo incidencia en sus órganos de conducción, concentró sus críticas contra la participación de los alumnos (en su mayoría de izquierda) en el gobierno universitario, el monopolio ostentado por la Udelar y su perfil academicista y doctoral. Estas fuerzas coaligaron esfuerzos con el objetivo de neutralizar la politización de la universidad causada por la radicalización del movimiento estudiantil y su injerencia en el cogobierno, oscilando, así, entre la reacción y los intentos modernizadores. Mientras las derechas partidarias y sociales incrementaban su retórica anticomunista y asociaban a la única institución universitaria en el país, de libre acceso y gratuita, como parte del “enemigo interno”, a tono con la retórica de la Guerra Fría, impulsaron diversas alternativas para contrarrestar su influencia.

En este contexto, mientras en la primera mitad de los sesenta la desconcentración geográfica no fue contemplada como una solución a los problemas que afectaban a la educación superior por los gobiernos en turno, por las dirigencias partidarias nacionales ni en los diagnósticos y planes desarrollados por los organismos técnicos de la época, al finalizar la década esto se alteró de manera radical con la conformación de una alianza que logró aglutinarse en torno a la propuesta de crear la UN.

Recordemos que en 1968 se produjo el avance de una reacción derechista, más radical e intensa que la observada en los albores de los sesenta y que se expresó en diversos ámbitos, en especial en el de la educación, donde la protesta asumió un papel clave en las dinámicas de radicalización política. El 68 uruguayo, al igual que ocurría en otros puntos del planeta, estuvo signado por el protagonismo de un movimiento estudiantil vigoroso y altamente politizado, que se destacaba por su gravitación como actor político en la vida nacional, con novedosas formas de lucha y reivindicaciones propias.³⁶ En esos años, como ha demostrado Vania Markarian, la movilización de la juventud se hizo incontenible, desbordando en forma, propósitos y

36 A. Rico, *Cómo nos domina la clase gobernante*, 2005; V. Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, 2012; G. Varela Petitto, *El movimiento estudiantil de 1968: el IAVA, una recapitulación personal*, 2002; J. Landinelli, *1968: la revuelta estudiantil*, 1989.

capacidad de convocatoria, a los ciclos de protesta habituales hasta ese momento.³⁷

Ante dicho estado de cosas, se asistió a una ofensiva conservadora que impactó duramente a la Udelar, procedente de la esfera estatal —que incrementó sus prácticas autoritarias—, las derechas partidarias —que habían experimentado un proceso de reconfiguración— y de una parte de la sociedad que se organizó en diversos movimientos y grupos derechistas, algunos de carácter juvenil, y que actuaron en el ámbito de la enseñanza.

La UN ofreció a las distintas expresiones anticomunistas de derecha una oportunidad de establecer un formato universitario alternativo y opuesto en lo académico y en lo político a la Udelar y, por tanto, un camino viable para balancear la influencia que esta última ejercía. El MPUN, por tanto, encontró un terreno propicio para su campaña, logrando el apoyo de diversos sectores políticos y sociales afines a las derechas y, en particular, al gobierno central. Dicho de otro modo, el proyecto nucleó —o, más exactamente, fue cooptado por— un conjunto amplio de sectores de las derechas partidarias, órganos de prensa que respondían a estas tendencias, así como movimientos sociales afines. Asimismo, obtuvo el respaldo del presidente Jorge Pacheco Areco y, en especial, del ministro de Cultura de la época, Federico García Capurro. Este respaldo facilitó que el tema terminara integrándose a la agenda política nacional en un momento de auge, en la región y el mundo, de los debates sobre el papel social de las instituciones de conocimiento. También logró adeptos entre los universitarios —mayormente docentes y egresados— opositores a los lineamientos generales de la institución y a la politización estudiantil. Muchos de ellos, liberales en su origen y favorables al cambio de Ley Orgánica en 1958, fueron virando en sus alineamientos y coincidiendo con fuerzas derechistas, cansados, según expresaban, de la interrupción de los cursos, las paralizaciones constantes, las dificultades para mantener la actividad académica en condiciones estables e incluso ante el temor de que sus investigaciones peligraran.

37 V. Markarian, *El 68 uruguayo...*

El corpus documental de procedencia local, al ser contrastado y ampliado con la compulsión de fuentes gubernamentales, universitarias y archivos privados, como el del exministro García Capurro, custodiado en el Archivo General de la Nación, permite reconstruir cómo se fueron tejiendo los hilos que dieron lugar a una alianza más amplia en torno a un objetivo común: el combate al comunismo, que se expresó en el terreno de la educación superior. De este modo, el proyecto de la UN fue variando sus intenciones y adoptó nuevas modulaciones en ese proceso de encuentros, imbricaciones y cooptación por parte de otros actores sociales, partidarios y gubernamentales.

Como resultado, dicha universidad fue reformulada en términos de un proyecto más vasto de reforma académica de perfil tecnocrático, en un momento en que la propia Udelar discutía, a impulsos del llamado reformismo universitario, un plan de reconversión estructural.³⁸ Resulta claro, además, que detrás de las posiciones sobre la educación superior objeto de debates en esos años, estuvieron en disputa distintos modelos de desarrollo. La mirada a escala nacional permite dar cuenta de cómo estas polémicas traspasaron los claustros universitarios e involucraron asuntos como el rol del Estado en la dirección de la educación; la relación entre país agrario e industrial y, en particular, la necesidad de promover al sector agropecuario; la función estatal en la dirección del desarrollo económico; el papel de la iniciativa privada; el planeamiento financiero, y el estancamiento productivo. En particular, las posiciones sustentadas por los grupos derechistas se basaron en un fuerte cuestionamiento a lo que consideraban la orientación “academicista y doctoral” de la universidad, ponderando, en cambio, la capacitación en disciplinas técnicas y tecnológicas de aplicación inmediata a las actividades productivas, consideradas fundamentales para el progreso económico y social del país.

38 V. Markarian, “Apogeo y crisis del reformismo universitario. Algunos debates en torno al ‘plan Maggiolo’ en la Udelar”, *Pensamiento Universitario*, 2011, pp. 101-103, e *idem*, “Tres partes y tres fuentes. Un ensayo de ubicación del plan Maggiolo en el contexto intelectual del Uruguay de los sesenta”, en M. E. Jung, P. Paroli y M. L. Martínez (eds.), *50 años del plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*, 2018, pp. 15-25.

No obstante, no hubo una postura única sobre estos asuntos. La superposición de niveles de análisis tal como proponemos aquí revela matices y apuestas diversas en función de distintos intereses corporativos, locales y posiciones ideológicas. Junto con los planteos de corte tradicionalista, que ponían el foco en el cambio de planes de estudios, en la adecuación curricular y, sobre todo, en la limpieza ideológica de la universidad, sin cuestionamientos a la formación para las profesiones liberales, se expresaron otros de corte modernizador y tecnocrático, representados en la formulación “universidad para el desarrollo”, que eran concurrentes con ideas de circulación global y regional.

Esto último plantea la relación de estos fenómenos nacionales con procesos más amplios que se estaban produciendo a escala global. La atención a esta vinculación posibilita trascender las interpretaciones que acentúan los factores endógenos, constreñidos a los marcos nacionales. Las discusiones sobre el futuro de la educación superior en Uruguay, tanto por izquierda como por derecha, se inscribieron en debates más generales sobre el papel de las instituciones de producción de conocimiento y de los modelos universitarios que florecieron en la región y el mundo desde la segunda posguerra.

Bajo los influjos del desarrollismo en boga, intelectuales y políticos, gobiernos, consultores y organismos internacionales se adscribieron a la concepción de que el conocimiento era un factor estratégico para el progreso de los países, ambientando esfuerzos más o menos articulados de reforma de diverso signo ideológico en las universidades, en especial en América Latina. Las distintas posiciones en disputa estuvieron atravesadas por la creciente radicalización que fue teniendo argumentaciones y condicionando marcos de alianza.

Como consecuencia, en el periodo que nos ocupa, tanto en el marco regional como en el internacional la necesidad de transformaciones en el sistema educativo se había tornado evidente para un amplio arco de actores sociales y políticos, tanto para las derechas como para las izquierdas. Pero mientras los diagnósticos presentaban a muy grandes rasgos aspectos coincidentes —masificación estudiantil y deterioro de la calidad académica—, las soluciones propuestas dieron cuenta de divergencias inconciliables. En el caso de los grupos

anticomunistas, sin excepción, una de las preocupaciones principales era el nivel de politización de los centros de estudio, cuya causa atribuían a la interferencia estudiantil en los asuntos universitarios. Por ende, entre los principales objetivos que se trazaron fue desmobilizar al alumnado. No obstante, en este campo político-ideológico no existió unanimidad respecto de los rumbos que debían tomar las universidades. También en la región se fue perfilando una tendencia que pretendió transformarlas en instituciones eficientes, dirigidas a la capacitación de los cuadros para el desarrollo económico y la administración pública. Este programa, esbozado en los términos de las teorías de la modernización, en la versión del economista estadounidense Walter Rostow, combinó un doble propósito: contener el ímpetu revolucionario y reformular los centros de enseñanza de acuerdo con los paradigmas estadounidenses, en aras de convertir la educación superior en sustento del desarrollo económico y social.

Los contenidos de los programas impulsados por estos actores en el ámbito doméstico fueron concurrentes con las políticas educativas promovidas por Estados Unidos en América Latina, viabilizadas a través de una diversidad de programas de asistencia que proveyeron de recursos financieros y técnicos. En particular, la actuación de los consultores de algunas agencias de dicho país y de organismos internacionales fue uno de los vehículos privilegiados para la circulación de una agenda que alimentó los debates acerca de la educación superior en la región.³⁹

En este punto cabe señalar que la preocupación por considerar lo global no como mero “contexto externo[, sino] como constituyente, que da forma a los objetos de estudio, a la vez que su forma se ve afectada por ellos”, en palabras de Sebastian Conrad,⁴⁰ no es una novedad historiográfica reciente. Existe una abundante literatura acerca de la necesidad de poner el foco en las conexiones, las interac-

39 M. E. Jung, “Derechas y universidad en los sesenta. Lecturas inspiradoras y modelos universitarios: Tres estudios de caso en Uruguay y Argentina”, *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, 2019, pp. 151-181.

40 S. Conrad, *Historia global...*, p. 82.

ciones y los entrelazamientos más allá de las demarcaciones del Estado nacional (historia global, transnacional o historias conectadas).⁴¹

Aquí, la asunción de una mirada atenta a las dimensiones transnacionales descansa en los hallazgos de una renovada historiografía de la Guerra Fría, que expandió sus marcos cronológicos, temas y enfoques, otorgando mayor centralidad a los agentes locales en las dinámicas del conflicto global. Esta bibliografía dejó de lado las grandes explicaciones diplomáticas y geopolíticas que hacían de América Latina un espacio en el cual se replicaba la disputa, para dar mayor centralidad a la articulación de procesos nacionales, actores políticos y élites locales, con las dinámicas generales del conflicto. El cambio de enfoque permitió identificar y reponer una serie de procesos, actores y redes que la historiografía tradicional opacó o relegó.⁴²

Asimismo, en relación con las universidades, un puñado de investigaciones ha mostrado cómo desde los años cincuenta agencias gubernamentales, organismos multilaterales y fundaciones filantrópicas financiaron investigaciones, congresos y revistas, además de promover intercambios académicos Norte-Sur. En este sentido, los estudios sobre las instituciones académicas y científicas también se diversificaron con las interpretaciones de esta remozada historiografía de la Guerra Fría.

La más reciente conceptualización de guerra fría cultural, además, permitió avanzar en el conocimiento de la compleja red de vinculaciones entre las agencias estadounidenses y sus intentos de incidir en el campo cultural —y más específicamente en el universitario— y en los intelectuales o académicos como parte de sus objetivos políticos más generales respecto a la región.⁴³ Esta perspectiva favoreció

41 S. Conrad, *Historia global...* y R. Bertrand, “Historia global, historias conectadas: ¿un giro historiográfico?”, *Prohistoria*, 2015, pp. 3-20.

42 V. Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, 2018; D. Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, 2004; G. Grandin, *The last colonial massacre. Latin America in the Cold War*, 2011. Para un enfoque global, véase O. A. Westad, *La Guerra Fría. Una historia mundial*, 2017.

43 B. Calandra y M. Franco, *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, 2012; P. Iber, *Neither peace nor freedom. The cultural Cold War in Latin America*, 2015, y L. Ehrlich y X. Espeche,

un análisis que tiene en cuenta las variaciones de escala al abordar casos nacionales en interacción con procesos de carácter regional y global. De este modo, el examen de la relación de las derechas con la reforma de la Udelar busca insertarse en un marco de comprensión más abarcador, que articula los fenómenos nacionales con los procesos globales. Es posible demostrar así que los proyectos de modernización universitaria promovidos por estos sectores fueron producto de la apropiación y adaptación de ideas promovidas por agencias gubernamentales estadounidenses, organismos multilaterales y consultores.

Con este enfoque queda en evidencia la circulación e intercambio de ideas y agendas en relación con la modernización de las universidades, su recepción y su apropiación por parte de los actores locales. Esto ha sido posible, además, gracias al acceso a fuentes documentales producidas fuera de las fronteras uruguayas que permitió mostrar los intereses de Estados Unidos en el terreno de la educación en América Latina. Destaca, en este caso, la documentación diplomática de Archivos Nacionales y Administración de Documentos (NARA, por sus siglas en inglés) —archivo central del gobierno estadounidense—, digitalizada y puesta a disposición del público por el Grupo de Estudios Interdisciplinarios para el Pasado Reciente de la Udelar (Geipar). Gracias a las notas, los informes y la correspondencia de esa sede diplomática se pueden conocer las opiniones de representantes estadounidenses respecto a la situación política y social del país, en general, y respecto a la universidad, en particular, así como el amplio abanico de actores con los que estableció contactos y vínculos en estas décadas.

También resulta de utilidad explorar la similitud de los planteamientos del MPUN con otros proyectos de reforma que, coincidentes en el tiempo, intentaron implementarse en la región, entre los que destacan el Plan de Reestructuración de la Universidad de Buenos Aires, propuesto por Raúl Devoto, y el Plan de Nuevas Universidades, de Horacio Taquini, en Argentina o, de modo más general, el

“Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 2019, pp. 173-181.

proyecto de Universidad Latinoamericana redactado por el consultor Rudolph Atcon, quien tuvo una fuerte presencia en la región.⁴⁴

No es arriesgado aventurar las posibles influencias del exitoso proceso de modernización de las universidades brasileras que se llevó adelante bajo el régimen dictatorial instalado en ese país en 1964. Las recomendaciones de los consultores de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés), mediante el convenio firmado con el Ministerio de Educación, y las del propio Atcon fueron relevantes en la elaboración de un programa de reestructura académica que tuvo profundos impactos en el sistema universitario de Brasil. Como ha estudiado ampliamente el historiador brasileño Rodrigo Patto Sá Motta, en el trabajo mencionado con anterioridad, el impulso modernizador acopló dos objetivos: 1) la represión y la cancelación de la disidencia en los centros educativos, y 2) la reforma del sistema.⁴⁵ Esta posibilidad es una línea abierta a futuras investigaciones.

En suma, al poner la mirada en las conexiones, así como en las transferencias que se produjeron en la región y el mundo, resulta evidente que los debates acerca de los modelos universitarios en boga en las décadas de los cincuenta y sesenta rebasaron los marcos nacionales, inscribiéndose en contextos más generales. Aun así, las iniciativas locales presentaron diferencias al tiempo que tuvieron suertes muy distintas. Más concretamente, para el caso uruguayo las influencias y apropiaciones de experiencias, programas e ideas estuvieron presentes en las formulaciones de los diversos actores académicos, sociales y políticos, confluyendo, en el caso de las derechas, en la formulación de la Universidad del Norte o la Universidad para el Desarrollo. Aunque el proyecto tuvo gran impacto en el periodo,

44 A. C. Taquini, *Nuevas universidades para un nuevo país*, 1972, y R. A. Devoto, “Anteproyecto de reestructuración de la Universidad de Buenos Aires”, en *idem*, *Sobre una nueva universidad. Discursos y conferencias*, s. d., pp. 107-147; L. Rovelli, “Del plan a la política de creación de nuevas universidades nacionales en Argentina: la expansión institucional de los años 70 revisitada”, *Temas y Debates*, 2009, pp. 117-137, y M. Mendonça, “La creación de nuevas universidades nacionales en la década de los años setenta. Continuidades y rupturas del plan Taquini en el marco de la coyuntura política nacional (1966-1973)”, *Perfiles Educativos*, 2015, pp. 171-187.

45 R. P. Sá Motta, *As universidades...*, 2014.

al final no logró materializarse. Sin embargo, buena parte de sus ideas fueron retomadas por las autoridades interventoras de la universidad luego del golpe de Estado de junio de 1973.

RECAPITULACIÓN

Las páginas precedentes reflexionaron sobre las opciones metodológicas que involucraron el análisis de un objeto de estudio particular —la universidad y las derechas en Uruguay durante la Guerra Fría— que formó parte de una investigación más amplia. A partir de algunas de las temáticas abordadas en el marco de ese proceso investigativo —la discusión acerca de la posible diversificación geográfica de la educación superior y su incorporación a un programa de modernización universitaria de derecha— se plantearon dos cuestiones: el cruce de historiografías para pensar la cuestión universitaria y la superposición de escalas como perspectiva de análisis. Se intentó demostrar la productividad de esta elección metodológica para el logro de interpretaciones más profundas, matizadas y complejas, que cuestionan los relatos historiográficos más consolidados, tanto de la universidad como acerca del pasado reciente uruguayo.

En este marco, la institución universitaria es pensada como un actor político relevante y también como espacio de conflicto, atravesado por múltiples tensiones, en el que intervienen varios actores que ponen en juego intereses superpuestos —político-ideológicos, corporativos, académicos y de prestigio. Asimismo, restituye la presencia y actuación de una serie de sectores que jugaron un rol destacado en los debates en y sobre la universidad, pero que habían sido opacados o relegados.

Más concretamente, durante los largos sesenta diversas expresiones de derecha, de modo similar al llamado reformismo universitario, tejieron redes de solidaridad coyunturales —y por eso mismo cambiantes—, elaboraron un discurso propio sobre la universidad —que poco a poco se fue asociando al “enemigo interno”— y concibieron formas alternativas respecto a su papel en la sociedad. Oscilando entre la reacción y la propuesta, buena parte de este campo

político-ideológico, de manera convergente con el incremento de la crisis económica y la polarización política, fue concibiendo un programa de modernización universitaria, cuyo objetivo era adecuar la enseñanza superior a las necesidades del “desarrollo nacional”. Vale decir que el examen de estos individuos o grupos por fuera del campo político, en sentido lato, ofrece otra ventana de observación de esta tradición político-ideológica más compleja y matizada.

La superposición de escalas posibilitó incorporar diversos niveles de análisis, articulando las perspectivas micro, nacionales y globales. Partiendo de un fenómeno localista, se observa cómo éste traspasa esos mismos marcos que le dieron origen para incorporarse a un programa de modernización conservadora de la educación superior en Uruguay. Asimismo, la ampliación de la mirada permite mostrar que estos procesos formaron parte de un movimiento más general de revisión del papel de las universidades en el continente latinoamericano y en el mundo. Desde la segunda posguerra, el conocimiento y las instituciones que lo producían fueron concebidos en medios académicos, intelectuales y políticos —así como por organismos internacionales y agencias gubernamentales— como factores estratégicos para el desarrollo o los procesos de transformación social. El desarrollismo que “estaba en el aire” —de acuerdo con la formulación de Carlos Altamirano—⁴⁶ y las teorías de la modernización, en auge en las ciencias sociales anglosajonas, contribuyeron a instalar estas ideas que ambientaron reformas universitarias. El contexto global, por tanto, deja de ser un mero contexto para transformarse en parte constitutiva del propio objeto de estudio analizado, gracias a los entrelazamientos, conexiones, traspaso, apropiaciones y reapropiaciones de ideas, agendas y modelos, más allá de fronteras nacionales.

46 C. Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 1998, p. 79.

REFERENCIAS

- Agüero, Ana Clarisa y Ernesto Bohoslavsky, “Izquierdas y derechas en el siglo xx argentino. Categorías, problemas, abordajes”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2020, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.80352>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Altamirano, Carlos, *Sobre izquierdas y derechas* (mimeo), 2016.
- Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vol., Buenos Aires, Katz Editores, 2008.
- Altamirano, Carlos, *Ideas para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Altamirano, Carlos, “Desarrollo y desarrollistas”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 2, núm. 2, 1998, pp. 75-94.
- Ardao, Arturo, *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Udelar, 1971.
- Ardao, Arturo, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, Udelar, 1962.
- Ardao, Arturo, *La filosofía en el Uruguay en el siglo xx*, México, FCE, 1956.
- Ardao, Arturo, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, FCE, 1950.
- Ardao, Arturo, *La Universidad de Montevideo: su evolución histórica*, Montevideo, Udelar, 1950.
- Ardao, Arturo, *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay: De la Colonia a la fundación de la Universidad, 1787-1842*, Montevideo, Claudio García/La Bolsa de los Libros, 1945.
- Bascolla, Natalia, Diego Mauro y Alejandro Eujanian, *Dimensiones del reformismo universitario*, 7 vols., Rosario, Humanidades y Artes Ediciones, 2018.
- Bertrand, Romain “Historia global, historias conectadas: ¿un giro historiográfico?”, *Prohistoria*, núm. 24, 2015, pp. 3-20.
- Boisard, Stéphane, “Pensando as direitas na América Latina, objeto científico, sujeitos e temporalidades?”, *Varia Historia*, vol. 30, núm. 52, 2014, pp. 85-100.

- Bonavena, Pablo y Mariano Millán (eds.), *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*, Buenos Aires, Clacso/IIGG, 2018.
- Bourdieu, Pierre, *Homo académicus*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- Calandra, Benedetta y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Biblos, 2012.
- Certau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.
- Conrad, Sebastian, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona, Crítica, 2017.
- Devoto, Fernando J., “Pasajeros en la tormenta. Variaciones sobre tres intelectuales italianos y el fascismo”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2020, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.80352>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Devoto, Raúl A., “Anteproyecto de reestructuración de la Universidad de Buenos Aires”, en *idem, Sobre una nueva universidad. Discursos y conferencias*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, s. d., pp. 107-147.
- Dip, Nicolás y María Eugenia Jung, “La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, vol. 12, núm. 1, 2020, pp. 10-16.
- Echeverría, Olga, “Los estudios sobre las derechas argentinas y rioplatenses del siglo xx. Balances, preguntas y perspectivas de análisis”, en Ernesto Bohoslavsky, Magdalena Broquetas y Olga Echeverría (eds.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo xx. Actas del VII Taller de Discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015, pp. 148-162.
- Ehrlich, Laura y Ximena Espeche, “Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 23, 2019, pp. 173-181.

- Geertz, Clifford, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *idem*, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 19-40.
- Grandin, Greg, *The last colonial massacre. Latin America in the Cold War*, Chicago, Chicago University Press, 2011.
- Iber, Patrick, *Neither peace nor freedom. The cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.
- Jacob, Raúl, *Benito Nardone. El ruralismo hacia el poder (1945-1958)*, Montevideo, EBO, 1981.
- Jung, María Eugenia, “Derechas y universidad en los sesenta. Lecturas inspiradoras y modelos universitarios: Tres estudios de caso en Uruguay y Argentina”, *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, núm. 17, 2019, pp. 151-181.
- Jung, María Eugenia, *La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El movimiento pro-Universidad del Norte de Salto (1968-1973)*, Montevideo, CSIC/Udelar, 2018.
- La Mañana. Edición del Interior*, 24 de junio, 1971.
- Landinelli, Jorge, *1968: la revuelta estudiantil*, Montevideo, Udelar/EBO, 1989.
- Levi, Giovanni, “Un problema de escala”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 24, núm. 95, 2003, pp. 279-288.
- Marchesi, Aldo y Vania Markarian, “Cinco décadas de estudio sobre la crisis de la democracia y el autoritarismo en Uruguay”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, año 3, vol. 3, 2012, pp. 213-242.
- Markarian, Vania, *Universidad, revolución y dólares: Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.
- Markarian, Vania, “Tres partes y tres fuentes. Un ensayo de ubicación del plan Maggiolo en el contexto intelectual del Uruguay de los sesenta”, en María Eugenia Jung, Pablo Paroli y María Laura Martínez (eds.), *50 años del plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*, Montevideo, Ediciones Universitarias, 2018, pp. 15-25.
- Markarian, Vania, “La universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguaya durante la última dictadu-

- ra (1973-1984)”, *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, núm. 4, 2015, pp. 121-152.
- Markarian, Vania, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Buenos Aires, UNQ, 2012.
- Markarian, Vania, “Apogeo y crisis del reformismo universitario. Algunos debates en torno al ‘plan Maggiolo’ en la Udelar”, *Pensamiento Universitario*, núm. 14, 2011, pp. 101-103.
- McGee, Sandra, *Las derechas. La extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ, 2005.
- Mendonça, Mariana, “La creación de nuevas universidades nacionales en la década de los años setenta. Continuidades y rupturas del plan Taquini en el marco de la coyuntura política nacional (1966-1973)”, *Perfiles Educativos*, vol. 37, núm. 150, 2015, pp. 171-187.
- Moore, Barrington, *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, Boston, Boston Press, 1966.
- Morresi, Sergio, “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo xx. Actas del Taller de Discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2011, pp. 23-41.
- Oddone, Juan y Blanca París, *La universidad uruguaya desde el militarismo a la crisis (1885-1958)*, 2 vol., Montevideo, Udelar, 1971.
- Oddone, Juan y Blanca París, *Historia de la Universidad de la República: La universidad vieja, 1849-1885*, Montevideo, Udelar, 1963.
- Padrón Favre, Óscar, “Historia cultural de las regiones”, en Felipe Arocena (coord.), *Regionalización cultural del Uruguay*, Montevideo, Udelar/Dirección Nacional de Cultura, 2011, pp. 70-130.
- París, Blanca, *La Universidad de la República en la formación de nuestra conciencia liberal*, Montevideo, Udelar, 1958.
- Pasolini, Ricardo, “La historia intelectual desde su dimensión regional: algunas reflexiones”, en Paula Laguarda y Flavia Fiorucci, *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo xx)*, Rosario/Santa Rosa, Prohistoria Ediciones/Universidad Nacional de la Pampa, 2012, pp. 11-20.

- Pettinà, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colmex, 2018.
- Revel, Jacques, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *idem* (dir.), *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, San Martín, Unsam, 2015, pp. 19-44.
- Rico, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante*, Montevideo, Trilce, 2005.
- Rock, David, Sandra McGee Deutsch, María Ester Rapalo, Ronald Dolkart, Daniel Lvovich, Richard Walter, Leonardo Senkman y Paul Lewis, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2001.
- Rodríguez, Laura Graciela, “La ‘subversión científica’ en las universidades de Argentina e Hispanoamérica”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2016, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.68862>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Rodríguez, Laura Graciela, *Universidad, peronismo y dictadura, 1973-1983*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015.
- Rodríguez, Laura Graciela, *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)*, Rosario, Prohistoria, 2011.
- Rodríguez, Laura Graciela y Germán Soprano, “La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2009, <<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.56023>>, consultado el 2 de mayo, 2021.
- Romero, José Luis, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970.
- Rovelli, Laura, “Del plan a la política de creación de nuevas universidades nacionales en Argentina: la expansión institucional de los años 70 revisitada”, *Temas y Debates*, año 13, núm. 17, 2009, pp. 117-137.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, “Apresentação”, *Varia Historia*, vol. 30, núm. 52, 2014, pp. 7-10.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária*, Rio de Janeiro, Zahar, 2014.

- Sá Motta, Rodrigo Patto, “O anticomunismo e os órgãos de informação da ditadura nas universidades brasileiras”, *Contemporânea. História y Problemas del Siglo xx*, vol. 3, num. 3, 2012, pp. 133-148.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, *Em guarda contra o “perigo vermelho”: o anti-comunismo no Brasil, 1917-1964*, São Paulo, Editora Perspectiva, 2002.
- Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1976.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la Argentina: La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Spenser, Daniela (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, Ciesas/Porrúa, 2004.
- Taquini, Alberto C., *Nuevas universidades para un nuevo país*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1972.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas: La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.
- Varela Petitto, Gonzalo, *El movimiento estudiantil de 1968: el IAVA, una recapitulación personal*, Montevideo, Trilce, 2002.
- Westad, Odd Arne, *La Guerra Fría. Una historia mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.

NOTAS PARA PENSAR LA HISTORIA Y LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LOS GRUPOS ESTUDIANTILES ANTICOMUNISTAS CATÓLICOS EN MÉXICO DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Mario Virgilio Santiago Jiménez

INTRODUCCIÓN

Luego de varios eventos represivos en la capital del país, el 28 de julio de 1968 se reunieron representantes estudiantiles del Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Escuela Normal y la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo para discutir sobre una posible huelga y establecer un pliego petitorio, cuyo primer punto exigía la “desaparición de la [Federación Nacional de Estudiantes Técnicos] FNET, de la Porra Universitaria y del [Movimiento Universitario de Renovadora Orientación] MURO”.¹

Los dos primeros órganos mencionados aglutinaban a grupos de choque que recibían financiamiento y protección de autoridades educativas y sectores gubernamentales. Su objetivo era promover “el orden” en el IPN y la UNAM, respectivamente, por lo que confrontaban a los grupos políticos y amedrentaban al resto de las comunidades estudiantiles, llegando incluso a los asesinatos. El tercero sólo actuaba en la universidad y se había caracterizado por la violencia física y simbólica —pintas, panfletos, etcétera— contra lo que sus militantes llamaban la amenaza comunista, aunque, a diferencia de los otros dos, se reivindicaba como una agrupación católica.

1 R. Ramírez, *El movimiento estudiantil de México. Julio/diciembre de 1968*, t.1: *Análisis. Cronología*, 1969, p. 157.

La distinción, lejos de ser menor, le confería al MURO un carácter particular, pues su motivación política no pasaba por la relación clientelar que la FNET y la Porra tenían con las autoridades educativas y gubernamentales, sino que se fundaba en las raíces ideológicas del integralismo intransigente católico.² Sin embargo, desde la perspectiva de los líderes estudiantiles y en plena coyuntura política, no había lugar para matices.

En el entendido de que *comprensión* no es sinónimo de *empatía* y que la primera es uno de los objetivos centrales de la disciplina histórica, el presente ensayo explora las posibilidades e implicaciones de comprender el ideario, las acciones y, en general, la historicidad del MURO y su par, el Frente Universitario Anticomunista (FUA), de Puebla. Esto, no con el objetivo de desdeñar o desechar las interpretaciones precedentes, sino de avanzar en la problematización de los estudios sobre las movilizaciones estudiantiles y la concepción de la universidad como un espacio político.

Para ello, en la primera parte se hace un breve recuento histórico que permite ubicar a los grupos dentro de un entramado mayor de organizaciones del catolicismo políticamente activo. En el segundo apartado se exploran rápidamente las versiones periodísticas, militantes y académicas que han moldeado la interpretación hegemónica sobre el FUA y el MURO. Lo anterior permite que en la tercera parte se expongan algunas ideas para complejizar la aproximación a la historia de estas agrupaciones estudiantiles. El texto cierra con algunas reflexiones finales.

2 La intransigencia hace referencia al rechazo del liberalismo como ideología dominante por parte de la Iglesia católica y, por ende, establece una imposibilidad de hacer concesiones doctrinarias. Por su parte, el integralismo es la cualidad del catolicismo de estar presente en todos los aspectos de la vida y no sólo en prácticas culturales. M. L. Aspe Armella, *La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica Mexicana y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, 1929-1958*, 2008, p. 25; R. Blancarte, “La doctrina social del episcopado católico mexicano”, en *idem* (comp.), *El pensamiento social de los católicos mexicanos*, 1996, pp. 26-27; E. Poulat, *Intégrisme et catholicisme integral. Un réseau secret international antimoderniste: la “Sapinière” (1909-1921)*, 1969, p. 9.

A mediados de los años treinta del siglo xx, en el contexto de la agitada disputa por el proyecto de la educación socialista, el ala católica de la Universidad de Guadalajara se separó y logró fundar su propia institución de educación superior: la Universidad Autónoma de Occidente, luego renombrada Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG). En su seno se consolidó un grupo secreto de jóvenes que se habían formado con sacerdotes jesuitas, de quienes asimilaron el ideario de una conspiración milenaria encabezada por judíos, comunistas y masones para acabar con la civilización cristiana. En consecuencia, el grupo —que adoptó el nombre de Asociación Fraternalista de Estudiantes de Jalisco (AFEJ), conocidos como los Tecos— atacó y expulsó a sus aliados católicos moderados y se atrincheró en su nuevo espacio, donde consolidó un proyecto educativo con una evidente impronta religiosa, tanto en contenidos de planes y programas, como en acciones y declaraciones sobre la política local.

Dos décadas después, en 1953, algunos egresados del Instituto Oriente —colegio católico dirigido por clérigos de la Compañía de Jesús—, que recién habían comenzado su vida universitaria, decidieron fundar un grupo para hacerle frente a lo que ellos veían como la amenaza comunista en la Universidad de Puebla. El núcleo original —llamado Vanguardia Integradora de la Nacionalidad, también conocido como el Yunque— compartía experiencias e ideas gracias a su mentor, el jesuita Manuel Figueroa Luna —muy cercano al grupo de Guadalajara—, quien los introdujo en la lectura y la discusión de textos sobre la conspiración milenaria anticristiana.

Ambos grupos fueron asesorados⁴ por un clérigo e informaron de todas sus acciones al obispo, lo que permitía que su secrecía fuera

3 Este apartado es una síntesis de lo expuesto en la primera parte de mi tesis de doctorado que, a su vez, se basó en fuentes documentales, hemerográficas y orales, así como en trabajos editados de distinta índole, entre los que se encuentran los referidos en el segundo apartado de este capítulo. Véase M. V. Santiago Jiménez, “Entre el secreto y las calles. Nacionalistas y católicos contra la ‘conspiración de la modernidad’: El Yunque de México y Tacuara de Argentina (1953-1964)”, 2016.

4 Entiéndase supervisados.

considerada reserva y, en consecuencia, aceptada por la jerarquía eclesiástica. Todos los miembros, además, debían hacer uno o dos juramentos de obediencia y de guardar el secreto, asumiendo que su labor en la agrupación no sería pasajera —o meramente estudiantil—, sino que representaba una misión de vida.

Para actuar y blindar a las dirigencias, los grupos secreto-reservados estaban organizados en niveles internos, con células autónomas, y crearon versiones públicas en las que otros jóvenes, sin saberlo, eran reclutados y probados como posibles militantes del grupo mayor. Dichas agrupaciones públicas operaron fundamentalmente en espacios educativos, donde intentaron —con periodos de éxito— ganar las representaciones estudiantiles, incidir en las decisiones de las autoridades y, sobre todo, redirigir el proyecto institucional que, desde su punto de vista, había excluido la moral religiosa por la influencia comunista. Además de esta agenda, se caracterizaron por el uso de la violencia en confrontaciones físicas contra sus enemigos “rojos”, así como por hacer las veces de enlaces con sectores afines, como empresarios, periodistas, otros grupos estudiantiles y juveniles e, incluso, con políticos y agentes gubernamentales de seguridad.

En el caso de Puebla, la versión pública se presentó en 1955 con el nombre de Frente Universitario Anticomunista y muy pronto se convirtió en protagonista importante de los principales episodios políticos de la universidad: en 1956 formó parte del sector católico que, junto con otras facciones, consiguieron la autonomía de la institución, la cual, desde su punto de vista, era esencial para defender su carácter religioso; en 1961, protagonizaron disputas en la universidad y fuera de ella por la promulgación de la Ley Orgánica que afectaría la estructura y el gobierno de la Universidad Autónoma de Puebla (UAP), y en 1964, como parte de una coalición que incluyó a empresarios, la jerarquía católica local y algunos sectores populares, encabezaron uno de los bandos en el conflicto estudiantil y luego social que paralizó la capital del estado. Para inicios de los setenta, el FUA había perdido peso en la universidad frente a sus oponentes, por lo que la dirigencia decidió abandonar el “espacio natural” de la UAP y, con el apoyo de los empresarios locales, comenzó el proyecto de una institución educativa privada propia, que culminó con la fun-

dación de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP) en 1973.

Durante sus primeros años, el FUA resultó exitoso, por lo que el núcleo secreto de Puebla decidió replicar la experiencia en la UNAM, la principal institución de educación superior en el país.⁵ De esta forma, en 1962 apareció públicamente el MURO, cuyos líderes pertenecían al Yunque y que, al igual que sus pares del FUA, tenían por objetivo central la oposición radical a la “infiltración comunista”.

Al desarrollarse en un ambiente político mayor y con más actores involucrados, el MURO logró crecer rápidamente y ganar algunos espacios de representación, aunque también se volvió más violento que su par de Puebla. De hecho, muy pronto se posicionó en el ambiente del activismo estudiantil como un grupo de choque con claras filias religiosas que, curiosamente, tenía una publicación periódica cuyo nombre daba cuenta de su carácter beligerante: *Puño ¡Para Golpear con la Verdad!* Aunque el movimiento no derivó en una institución educativa propia, se mantuvo como espacio de reclutamiento para el catolicismo radical anticomunista, al menos hasta los años ochenta, nutriendo de militantes a otros grupos públicos promovidos por el Yunque.

De forma paralela, el Concilio Vaticano II (1962-1965) impactó al universo católico y los grupos secreto-reservados referidos no fueron la excepción. En 1964, los núcleos de Guadalajara y Puebla rompieron relaciones luego de que el primero señalara al papa como un miembro de la conspiración anticristiana, afirmación que los yunquistas rechazaron. A partir de entonces comenzó una disputa por las regiones en las que tenían presencia y luego una carrera por llegar a nuevas ciudades; sin embargo, durante los años setenta, este proceso se tornó cada vez más violento, especialmente en ámbitos universitarios, donde las versiones públicas de tecos y yunquistas se enfrentaban entre sí y contra lo que identificaban como “la amenaza roja”. Entre fines de los setenta e inicios de los ochenta, el Yunque

5 Un dato para dimensionar el peso de la UNAM: en los años sesenta, concentró 50.8 por ciento de la matrícula nacional de 80,643 estudiantes. M. G. González Rubí, “La educación superior en los sesenta: los atisbos de una transformación sin retorno”, *Sociológica*, 2008, p. 21.

cambió de estrategia y redujo su apuesta por los espacios universitarios para concentrarse en otros ámbitos, como el partidista y la sociedad civil, mientras que los Tecos se vincularon a redes internacionales anticomunistas.

TODA HISTORIA SE HACE DESDE UN PRESENTE

Durante el desarrollo de las agrupaciones —referido de manera breve en los párrafos anteriores—, los rumores sobre sus características e integrantes fueron relativamente comunes en algunos espacios católicos y, a veces, en los ámbitos político y estudiantil de las ciudades donde operaban. Fue hasta 1964 que, según mi investigación, una serie de reportajes publicados en el semanario *Crucero* dio a conocer de forma más o menos ordenada algunos de los principales rasgos de estos grupos, en especial aquellos que podrían generar más impacto en el público lector, como los rituales y juramentos o el ideario conspirativo, así como la idea de que las versiones que operaban en las universidades —destacando el MURO— eran “fachadas”. Esta primera versión fue mantenida y nutrida por el director del semanario, Manuel Buendía, quien ocasionalmente volvió al tema en sus columnas y reportajes, consolidando la idea de que estas agrupaciones constituían la “ultraderecha mexicana”.⁶

Cabe añadir que, aunque nunca dieron a conocer sus fuentes de información, tanto Buendía como Miguel Ángel Granados Chapa —el autor original del trabajo periodístico publicado en *Crucero*— participaron durante su juventud en organizaciones católicas, lo que probablemente les permitió acceder a testimonios y documentación confidencial de la institución eclesiástica.

Hacia fines de los sesenta y durante los setenta, la creciente conflictividad en numerosas universidades del país atrajo la atención de las agencias de vigilancia y represión del Estado mexicano, en especial de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), cuyos infor-

6 Varios textos periodísticos de Buendía sobre el tema fueron compilados en M. Buendía, *La ultraderecha en México*, 1984.

mes sobre “el problema estudiantil” y la “subversión” comenzaron a crecer en volumen y detalles. De forma más precisa, una primera revisión a los expedientes mostró que, entre 1967 y 1971, la DFS logró reconstruir, no sin errores, buena parte de la historia de estos grupos. De nuevo, sin conocer con precisión sus fuentes, es probable que los agentes se apoyaran en los reportajes de *Crucero* y a partir de ahí comenzaron a seguir el rastro de rumores en Puebla y Guadalajara donde, casi seguramente, tuvieron acceso a testimonios,⁷ así como a documentación eclesiástica.

En este punto es importante señalar que una de las fuentes de información de Buendía era precisamente la DFS,⁸ por lo que no fue extraño que durante los setenta y principios de los ochenta el periodista documentara a detalle las acciones de la “ultraderecha” y su vínculo con versiones similares en Latinoamérica, lo que le permitió sumar la caracterización de “fascistas”, término en boga por esos días a raíz de los golpes militares en el Cono Sur. Esta línea interpretativa fue continuada por diversos reportajes publicados, sobre todo, en el semanario *Proceso*, donde se documentó la participación del grupo de Guadalajara en redes internacionales del anticomunismo más violento.

De forma paralela, los militantes o simpatizantes de las izquierdas estudiantiles, así como docentes y algunas autoridades universitarias, construyeron y transmitieron por diversas vías (memorias, documentos privados, relatos orales) sus versiones sobre los sucesos de la política universitaria en los que habían participado. En dichas narraciones, mediadas por la experiencia y el tiempo, los opositores o enemigos ocupaban un lugar determinado y una serie de características específicas. En el caso de los grupos católicos radicales, era común identificarlos como extrema o ultraderecha, por lo que de forma casi mecánica eran caracterizados como violentos, irracionales, fanáticos, títeres, reactivos o reaccionarios y, en general, caren-

7 Obtenidos por decisión de los interrogados o bajo tortura.

8 S. Aguayo Quezada, *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, 2001, pp. 79-81.

tes de un proyecto educativo y político propio o, cuando mucho, defensores de una idea “medieval” del mundo.

De a poco, cuando esas versiones migraron al discurso escrito—generalmente académico—, los rumores se sumaron a las interpretaciones de la prensa y luego se anudaron de diversas formas con la trama de la historia-memoria,⁹ construida por los actores-autores, para quedar plasmadas en referencias dispersas y poco relevantes dentro de historias sobre el movimiento estudiantil. En todo caso, cuando merecieron mayor espacio en los relatos, estos grupos fungían, por oposición, como elementos legitimadores de las izquierdas. De igual forma, su historia se vio reducida a menciones escondidas entre párrafos de trabajos sobre la Iglesia católica mexicana o de la política regional, en particular de Guadalajara y Puebla.¹⁰ Es importante aclarar que esta ausencia o poca presencia en los relatos no sólo obedecía a las antipatías ideológicas de quienes escribieron esas historias, sino al limitado acceso a fuentes de información provocado por la secrecía de los grupos o su acotada relevancia en los procesos descritos.

9 Aunque siempre han estado estrechamente vinculadas, *historia* y *memoria* no son sinónimos. Durante mucho tiempo, en el ámbito profesional de la historia se ha procurado separar ambos elementos, en especial por el pretendido criterio de objetividad: mientras más distancia temporal haya con respecto al objeto de estudio y más fuentes documentales se consulten, el análisis tendrá mayor objetividad. En el otro extremo, cuando se abordan eventos recientes, es común que los autores sean protagonistas de los eventos, por lo que trasladan sus experiencias y juicios de valor al relato, estableciendo criterios de veracidad sin respaldo metodológico. Ahí se cruzan la historia y la memoria. Véase M. V. Santiago Jiménez, “Entre lo contemporáneo y el presente. Apuntes para pensar el pasado reciente como problema en la historiografía mexicana”, en S. Dutrénit y E. Coraza (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores*, 2020, pp. 47-75; M. V. Santiago Jiménez y D. de J. Cejudo Ramos, “Prólogo. La historia contemporánea y del tiempo presente en México, hipótesis para discutir”, en *idem* (coords.), *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968: La historia contemporánea y del tiempo presente en México*, 2018, pp. 13-29.

10 De hecho, tomando como referencia otras búsquedas que realizo actualmente, es muy probable que las experiencias de grupos similares o directamente vinculados con los Tecos y el Yunque en otras ciudades del país sigan perdidas en referencias menores dentro de trabajos sobre la dinámica local. Además, se han publicado algunos trabajos periodísticos con tono de denuncia sobre las expresiones locales del Yunque, como el de L. Jiménez Jiménez, *El Yunque. La ultraderecha en Querétaro*, 2008.

Pero el contexto nacional cambió. Luego de dos décadas de continuo desgaste, el partido hegemónico perdió la mayoría en el Congreso federal y luego la Presidencia de la República en 2000 ante el Partido Acción Nacional (PAN), órgano fundado en 1939 con una agenda abiertamente opositora al proyecto posrevolucionario y que, hacia los años ochenta, había vivido un cambio en el perfil de los militantes gracias a la llegada de empresarios y católicos políticamente activos. De hecho, un ejemplo de ese nuevo perfil era Vicente Fox —presidente electo—, pues había sido gerente de una transnacional y no ocultaba su catolicismo exacerbado.

En ese nuevo escenario cobraron relevancia nombres de políticos locales que comenzaron a figurar en posiciones federales, por lo que no fue extraño que algunos periodistas comenzaran a indagar en el pasado de cada uno, curiosidad que coincidió con la apertura de los archivos de la DFS ordenada por el Ejecutivo federal para revelar los secretos incómodos de los gobiernos anteriores. Sin embargo, esos expedientes guardaban muchas otras cosas.

En 2003 y 2004, Álvaro Delgado, periodista del semanario *Proceso*, presentó dos libros¹¹ en los que reveló que diversos actores políticos del nuevo gobierno formaban parte del Yunque, organización secreta católica heredera de la tradición cristera¹² que, como dijimos con anterioridad, fue fundada en Puebla hacia los años cincuenta para combatir al comunismo e implantar el reino de Cristo en México y que había creado grupos de choque como “fachadas” —el FUA y el MURO— para actuar en las universidades. Posteriormente, según Delgado, la agrupación concentró sus esfuerzos en la infiltración de diversas instituciones como el PAN y el ejército nacional. En síntesis,

11 A. Delgado, *El Yunque. La ultraderecha en el poder*, 2003, y *El ejército de Dios. Nuevas revelaciones sobre la extrema derecha en México*, 2008.

12 El conflicto Estado-Iglesia tuvo un clímax entre 1926 y 1929, cuando un sector de la clerecía y de feligreses se rebeló contra el gobierno federal. Los sublevados eran llamados despectivamente cristeros, por su grito de batalla: “¡Viva Cristo rey!”. El conflicto terminó con una negociación entre el gobierno y parte de la jerarquía eclesiástica, así como la mediación del embajador de Estados Unidos. Un importante sector de los católicos quedó descontento con la negociación y algunos optaron por continuar la oposición por medios no armados. La tradición de resistencia, los mártires y los santos asociados con la guerra cristera han pervivido en el imaginario de los fieles mexicanos hasta el presente.

para este autor la ultraderecha había llegado al máximo nivel del poder político en México.

El impacto del trabajo fue tal que le valió a Delgado el Premio Nacional de Periodismo y abrió una discusión pública sobre la relación entre el Estado y la Iglesia católica, así como de la aparente oposición entre secreto y democracia. Ahora bien, es importante señalar que los libros fueron producto de una investigación periodística, cuyo rigor no está en duda, pero que se concentró mayormente en documentar un tema de su presente político, por lo que la dimensión histórica quedó reducida a referencias interesantes, pero dispersas, conformando los antecedentes y el marco del objeto central. En este sentido, resultaba lógico que el autor recuperara y consolidara la interpretación construida a cuentagotas durante las décadas anteriores, idea que se confirma al revisar las fuentes de información que consultó: trabajos periodísticos, documentos de la DFS y eclesiásticos, así como historias y memorias sobre conflictos estudiantiles.

En este punto cabe destacar que la investigación de Delgado también abrevó de testimonios de exmilitantes, entre los que destaca el de Manuel Antonio Díaz Cid —antiguo líder del FUA, exdirigente del Yunque y profesor de la UPAEP— quien, junto con algunos pares, había expuesto su propia versión de las disputas en la UAP en un libro donde se hablaba de una organización reservada¹³ y que, durante los inicios del siglo XXI, se dedicó a hablar públicamente sobre el Yunque, con el argumento de que había terminado la Guerra Fría, por lo que ya no tenía sentido mantener el secreto. No sobra señalar que las entrevistas y las conferencias de Díaz Cid sobre el tema se convirtieron en una fuente obligada para los nuevos trabajos periodísticos y académicos.

Paulatinamente, el uso del Yunque se volvió un lugar común en las acusaciones entre políticos y provocó una oleada de trabajos periodísticos de distinto alcance, así como la publicación de algunos testimonios de exmilitantes e incluso una novela.¹⁴ Pero cuando el

13 J. Louvier Calderón, M. A. Díaz Cid y J. A. Arrubarrena Aragón, *Autonomía universitaria. Luchas de 1956 a 1991. Génesis de la UPAEP*, 1991.

14 L. Paredes, *Los secretos del Yunque. Historia de una conspiración contra el Estado mexicano*, 2009; E. Reza, *El evangelio del Yunque*, 2010.

tema dejó de ser nota central, la versión periodística se petrificó y se abrió la duda sobre la existencia del grupo secreto.¹⁵

Casi al final de esta efervescencia comenzaron a aparecer trabajos académicos que referían a la ultraderecha o que explícitamente se centraban en estos grupos. Una parte replicaba la interpretación sintetizada por los trabajos de Delgado;¹⁶ otros apelaban a la revisión de fuentes, pero atendían el mismo *corpus* del periodista, y algunos más comenzaron a explorar otras vías o hicieron nuevas preguntas a las fuentes conocidas.

Entre el segundo y el tercer grupo podemos ubicar al investigador Fernando González, quien, desde 2001 y hasta la actualidad, ha publicado diversos trabajos sobre el catolicismo políticamente activo y los grupos reservados, destacando aquellos centrados en los Tecos¹⁷ y, en menor medida, en el Yunque. Sin rechazar tajantemente lo expresado por el periodismo de investigación, González ha pugnado en sus trabajos y exposiciones por pensar de forma más compleja el fenómeno del catolicismo integrista y, en especial, las militancias reservadas, cuestionando la interpretación que parte del supuesto de la irracionalidad de los actores.¹⁸ Siguiendo esta propuesta, otros autores hemos hecho trabajos académicos centrados

15 No es extraño que en diversos trabajos académicos sobre el FUA y el MURO se advierta que otros textos periodísticos los relacionan con el Yunque, pero afirman que no es posible confirmar la existencia del “supuesto” grupo secreto.

16 Véase M. Uribe, “La ultraderecha en México: el conservadurismo moderno”, *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual*, 2008, pp. 39-57.

17 Que el mismo González ha denominado “la sociedad reservada más pública de la ciudad”. F. M. González, *Secretos fracturados. Estampas del catolicismo conspirativo en México*, 2019, p. 343.

18 Véase F. M. González, “Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México (1965-1975)”, *Historia y Grafía*, 2007, pp. 57-93; *idem*, “Integralismo, persecución y secreto en algunos grupos católicos en México en el siglo xx”, en A. Aziz Nassif y J. A. Sánchez (coords.), *El Estado mexicano: herencias y cambios*, 2005, pp. 229-275; *idem*, “Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas”, *Historia y Grafía*, 2003, pp. 151-205; *idem*, *Matar y morir por Cristo Rey. Aspectos de la cristiada*, 2001; *idem*, “Sociedades reservadas en México en el siglo xx”, en J. Muñoz Rubio (coord.), *Contra el oscurantismo: defensa de la laicidad, la educación sexual y el evolucionismo*, 2009, pp. 367-391; *idem*, “Un conflicto universitario entre católicos: La fundación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)”, *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, 2005, pp. 9-37, e *idem*, *Secretos fracturados...*

en el grupo secreto-reservado originado en Puebla, apostando por resignificar el objeto de estudio más allá de la denuncia.¹⁹

Desde otro ángulo y en consonancia con nuevos enfoques historiográficos, las investigadoras Mónica Naymich López Macedonio y Azucena Citlalli Jaso Galván han abordado el fenómeno desde una perspectiva original, reconstruyendo las redes internacionales del anticomunismo más violento durante la segunda mitad del siglo xx. En el caso de López, es clara la idea de situar a los Tecos dentro del entramado referido, mientras que Jaso ha seguido el camino inverso, reconstruyendo los vínculos internacionales y ubicando a diversas expresiones mexicanas (los Tecos, el MURO). No sobra destacar que ambas han rebasado la frontera de las fuentes nacionales, utilizando documentación y prensa internacional.²⁰

Por otra parte, el MURO, como parte de la política estudiantil universitaria, ha ocupado algunas líneas y apartados en diversos textos más generales, entre los que destacan los capítulos de la tesis doctoral de Hugo Sánchez Gudiño sobre el porrismo universitario, que luego fue publicada como libro en 2006.²¹ Desde mi punto de vista, la caracterización que hace el autor sobre el grupo católico como “porrismo fascista” es muy útil, pues condensa la visión del activismo estudiantil de los años sesenta y setenta referida anteriormente y se emparenta de manera directa con la interpretación construida por Manuel Buendía.

19 L. A. Hurtado Razo, “Diferentes agrupaciones católicas de derecha en el siglo xx en México: sociedades secretas, agrupaciones públicas que se clandestinizan, o híbridas: secretas y públicas, y públicas infiltradas por una secreta”, 2014; M. V. Santiago Jiménez, “Entre el secreto...”, e *idem*, “Las revoluciones rusa y mexicana en la visión conspirativa de grupos secreto-reservados mexicanos: Tecos y el Yunque (1934-1964)”, *Claves. Revista de Historia*, 2017, pp. 101-127.

20 M. N. López Macedonio, “Los Tecos en el México de la primera mitad de los años setenta y su proyección transnacional anticomunista”, 2007, e *idem*, “Historia de una colaboración anticomunista transnacional. Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, 2010, pp. 133-158; A. C. Jaso Galván, “El anticomunismo a la mexicana: paramilitarismo y campañas de rumores (1964-1976)”, *Revista nuestraAmérica*, 2019, pp. 99-124.

21 H. Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, 2006.

Ahora bien, además de la fuente periodística, entrevistas hechas por el mismo autor y documentos desclasificados, Sánchez Gudiño se apoya en el primer trabajo dedicado por completo a la historia del MURO, hecho por el periodista Édgar González Ruiz,²² quien, a su vez, se basó en documentos desclasificados de la DFS y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), así como en prensa, archivos personales y literatura testimonial, para ofrecer un cuadro muy detallado sobre los integrantes, las acciones y los vínculos de la agrupación. El extenso libro fue contemporáneo al de Delgado, por lo que sólo sugiere un posible vínculo entre el MURO y el Yunque, pero abreva de la versión difundida por Buendía y asentada en los informes de la DFS. En este sentido, los muristas terminan siendo retratados como agentes externos a la universidad, impulsados e incluso manipulados por la jerarquía católica y vinculados de alguna forma con el FUA de Puebla.²³

En el diálogo con los trabajos pioneros, así como con los textos de Delgado y Fernando González, me aproximé al tema del MURO para realizar mi tesis de maestría,²⁴ que luego sirvió de base para el capítulo de un libro.²⁵ Aunque esos primeros trabajos aportaron algunos datos novedosos y reforzaron la idea de que no sólo eran fachadas, lo cierto es que aún no había dimensionado la complejidad del fenómeno estudiado y menos aún el entramado de interpretaciones que se había construido entre rumores, informes, testimonios y trabajos periodísticos. Por esos días conocí a Ariadna Guerrero, joven historiadora cuya tesis de licenciatura también tenía en el centro

22 E. González Ruiz, *Muro, memorias y testimonios: 1961-2002*, 2003.

23 Un ejercicio interesante, que abrevó de los trabajos periodísticos, fue la tesis de licenciatura de Blanca Esthela Torres Alamilla, en la que comparó dos publicaciones periódicas de organizaciones estudiantiles mexicanas de los años sesenta: *Combate* y *Puño*. No deja de llamar la atención que el análisis y las conclusiones sobre el segundo caso son muy escuetas, y que la interpretación sobre el MURO está completamente anclada a las de Édgar González Ruiz y Álvaro Delgado. B. E. Torres Alamilla, “La prensa estudiantil universitaria en la década de los sesenta, el caso de *Puño* y *Combate*”, 2009.

24 M. V. Santiago Jiménez, “Anticomunismo católico. Raíces y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975”, 2012.

25 M. V. Santiago Jiménez, “Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975”, en C. Collado (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, 2015, pp. 187-254.

al MURO, pero que, a diferencia de mi enfoque centrado en las redes de las militancias católicas, concebía al grupo como parte de la derecha universitaria católica.²⁶ Esto me parece relevante, porque en ese momento yo concebía una distancia entre ambas interpretaciones y asumía que era casi un error problematizar la historia del grupo desde su dinámica estudiantil, pues partía del supuesto de que los muristas habían sido actores ajenos a la universidad.

La curiosidad por la galaxia de grupos en la que se encontraba mi objeto de estudio, sus vínculos internacionales y expresiones similares en otras latitudes, se convirtieron en mi tema de investigación para el doctorado,²⁷ periodo en el que conocí los trabajos de otros colegas: la tesis de Licenciatura en Historia de Mónica Alcántara sobre el MURO en los años setenta y un artículo del investigador Luis Herrán. En el primero, Alcántara recupera varias de las fuentes ya referidas en párrafos anteriores, incluyendo mis tímidas aportaciones, pero destaca por su trabajo de construcción y análisis de fuentes orales y porque supera considerablemente el plano de la reconstrucción-denuncia para abonar a la comprensión de las militancias muristas. En ese sentido, me parece que es uno de los trabajos (tal vez el primero) sobre estos grupos que exploró la compleja zona gris conformada por el estudio de los católicos y los movimientos estudiantiles.²⁸

Por su parte, el artículo de Herrán, en el que compara al grupo mexicano con expresiones similares de Argentina, identificadas de manera genérica como Tacuara, abrió camino sobre los vínculos internacionales de estas agrupaciones, puso en cuestión varios supuestos fundados en una visión exclusivamente nacional y, sobre todo, abonó a la idea de que el MURO funcionaba como un nodo articulador de otras expresiones anticomunistas.²⁹

26 A. Guerrero Medina, “La reactivación de la derecha universitaria en México: el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1970”, 2012.

27 M. V. Santiago Jiménez, “Entre el secreto...”.

28 M. Alcántara Navarro, “Cúcara mácara, el MURO fue: del pacto de los remedios a la Virgen del Siquitibum”, 2016.

29 L. A. Herrán Ávila, “Las guerrillas blancas: anticomunismo transnacional e imaginarios de derechas en Argentina y México, 1954-1972”, *Quinto Sol. Revista de Historia*, 2015, pp. 1-26.

Ahora bien, la mayoría de los trabajos referidos en párrafos anteriores, correspondientes al siglo XXI, fueron producidos con una visión capitalina; es decir, desde el centro político del país. Esto es relevante porque un vistazo a la producción hecha en otras ciudades nos permitirá complementar el panorama de interpretaciones sobre los grupos en cuestión.

Primero, salvo en trabajos sobre el conflicto universitario de los años treinta y algunas referencias dispersas sobre los años cincuenta y setenta, los Tecos no han ocupado gran espacio en la narrativa historiográfica sobre los movimientos estudiantiles de Jalisco. Cabe recordar que dicho grupo y sus versiones públicas se desarrollaron en un espacio propio y, por ende, resultaron marginales e, incluso, ajenos a los procesos políticos de la universidad pública local.

En contraste, los trabajos sobre el FUA poblano —y en menor medida sobre el grupo secreto-reservado local— constituyen un importante referente. De entrada, en 1987 la UAP y la Fundación Manuel Buendía A. C. publicaron una compilación de notas y columnas escritas por el periodista sobre la derecha poblana, trabajo que claramente secundaba el ejercicio publicado tres años antes y que marcaba una ruta de interpretación sobre los actores en cuestión y, por ende, de los procesos en los que participaron.³⁰

Esto último se corrobora al ver que algunos de los funcionarios involucrados en la publicación del trabajo de Buendía fueron partícipes de los eventos políticos en la UAP entre los años sesenta y setenta. Más aún, durante los noventa y lo que va del siglo XXI, dichos investigadores y otros han publicado numerosos trabajos de distinta índole (testimoniales, académicos, recopilatorios, etcétera) sobre los periodos de conflicto en la institución educativa, lo que evidencia un gran esfuerzo por rescatar la memoria histórica de algunos sectores de la comunidad universitaria, enriqueciendo el universo de los estudios sobre los movimientos estudiantiles en el país.³¹

30 M. Buendía, *Pensamiento y acción de la derecha poblana*, 1987. Es muy probable que el libro publicado por la UAPEP en 1991 haya sido una respuesta a este primer ejercicio.

31 Véase N. Dávila Peralta, *La III Celam y la UAP, una sola causa: la justicia*, 2004; *idem*, *Las santas batallas. La derecha anticomunista en Puebla*, 2003; J. Doger y Corte y G.

En estos trabajos, por lo general, el FUA es caracterizado como un actor manipulado por la Iglesia, con intereses ajenos a la universidad y, por ende, un claro ejemplo de la extrema y ultraderecha (con supuestos como el de la irracionalidad política). Cabe destacar que en este *corpus* bibliográfico los trabajos académicos recurren a la visión de los actores-autores, por lo que los estudiantes del ala católica fungen como legitimadores al formar parte del bloque opositor derrotado, capitalista, fascista, etcétera.

Finalmente, una parte de los trabajos sobre el MURO y los que refieren al FUA se han vinculado al establecer parentescos entre los grupos o a través de referencias mutuas, aunque hay ejemplos de una interacción mayor, como el hecho de que la segunda edición del libro de González Ruiz sobre el MURO haya sido publicada por el Archivo Histórico Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) o la conformación de espacios académicos donde se refuerza la interpretación que cruza memoria e historia y asume a dichos actores como entes ajenos a la universidad.

OTRAS INTERPRETACIONES POSIBLES

La historia de los grupos secreto-reservados y sus versiones públicas en México es transversal a otras: de las derechas, de la Iglesia y los católicos, de las juventudes y de los movimientos estudiantiles, por mencionar algunas. Esto, sumado a los elementos historiográficos señalados en el apartado anterior, permite pensar en múltiples escalas y dimensiones de análisis en torno a un objeto de estudio más complejo de lo que parece a primera vista.

A. Hernández Enríquez, *Historia de la Universidad de Puebla (1946-1956). El camino empedrado hacia la autonomía*, 2013; H. Sotelo Mendoza, *1972-1973, Puebla de los demonios*, 2004; *idem*, *Crónica de una autonomía anhelada*, 2004; A. Yáñez Delgado, *La manipulación de la fe. Fuas contra carolinos en la universidad poblana*, 2016; G. A. Tirado Villegas, *El movimiento estudiantil de 1961 en la memoria histórica de la Universidad Autónoma de Puebla*, 2012; *idem*, “¡Cristianismo sí, comunismo no! Reforma universitaria y violencia: Universidad Autónoma de Puebla, 1961”, *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, 2019, pp. 55-82.

Si decidimos comenzar por una exploración de la literatura existente (trabajos académicos, testimonios, periodismo, etcétera), nos encontraremos con el entramado bosquejado en los párrafos anteriores, lo cual exige, por sí mismo, un reto historiográfico que posiblemente decidamos no asumir, así que es viable terminar replicando la interpretación hegemónica construida entre el periodismo y la memoria militante: fueron grupos violentos, reaccionarios, fanáticos, sin un proyecto propio, manipulados, ajenos a la universidad, la ultraderecha, la derecha extrema, los fascistas, etcétera. Después de todo, no se puede negar que muchas acciones y dichos de los actores analizados cabrían perfectamente en alguno de los términos. Empero, si elegimos otra vía y partimos de la duda, podríamos suponer que las visiones acerca de estos grupos plasmadas en unas cuantas líneas, un capítulo o una compilación completa, están construidas desde un lugar de enunciación específico y son producto del cruce entre historia y memoria, por lo que es necesario dar un paso atrás y formular nuevas interrogantes.

Cabe agregar que si comenzamos la búsqueda de información pensando en los movimientos estudiantiles de diversas ciudades —excluyendo Puebla y la Ciudad de México—, es probable que nos encontremos con una importante ausencia de trabajos y que en los existentes la derecha merezca unas cuantas menciones perdidas. En ambos casos —tanto en el gran cúmulo de trabajos como en las contadas obras—, la revisión historiográfica devendría en un ejercicio de arqueología bibliográfica que, seguramente, distraería del objetivo inicial.

Las fuentes constituyen una siguiente aduana, pues se antoja complicado el acceso a la documentación producida por las agrupaciones, así como a los testimonios orales. Sin embargo, la publicación de trabajos de gran alcance como los libros de Delgado impulsaron a exmilitantes y militantes activos a exponer sus propias versiones; además, en algunos archivos personales y en la Hemeroteca Nacional se conservan ejemplares de las publicaciones hechas por muristas y fuas, sin olvidar que expedientes eclesiásticos y gubernamentales desclasificados incluyen unos cuantos informes y volantes producidos por las agrupaciones.

Con respecto al tema de los testimonios, caben algunas anotaciones. Primero, la disposición de actores para compartir su experiencia no evita la complicada tarea de buscar a los posibles entrevistados y convencerlos de brindar su testimonio. De hecho, para mis propias investigaciones llegué a construir una lista de alrededor de 60 contactos, de los cuales una decena aceptó haber participado en alguno de los grupos y, de ellos, la mitad accedió a una entrevista grabada. Al final, uno canceló el día de la entrevista y otros tres exigieron el anonimato. Esta experiencia permite pensar, por un lado, que la visión negativa sobre dichos grupos se ha mantenido en los ambientes universitarios y se reforzó con el uso peyorativo en el ámbito político y, por otro, que la vigencia de los Tecos y el Yunque es una condición importante para los posibles testimoniantes.³² Además, al igual que con los testimonios de otro signo ideológico, se debe tener cautela metodológica, pues ante la interpretación hegemónica, los militantes tienden a omitir pasajes polémicos y a promover una imagen propia menos conflictiva. Aquí llama la atención los dichos de Díaz Cid quien, aunque seguía reivindicando su participación en los grupos anticomunistas, expresaba reservas y hasta críticas sobre algunas ideas y eventos.

Por su parte, las publicaciones periódicas resguardan una importante cantidad de datos sobre estos grupos, entre los que destaca, por supuesto, las notas sobre las organizaciones públicas como FUA y MURO. Sin embargo, como bien sabe cualquiera que se aproxima a esta fuente, las coordenadas temporales son básicas para no perderse en un océano de periódicos y revistas, eso sin olvidar que la línea editorial condiciona la cobertura u opinión de las plumas, por lo que la lectura cuidadosa exige herramientas contextuales.

Puesto así, además de los archivos universitarios, la desclasificación de documentos confidenciales se ha convertido en una excelente oportunidad para las investigaciones sobre estos grupos, en especial porque la preocupación de las autoridades eclesiásticas y policíacas derivó en informes cada vez más detallados. Sin embargo, esto se convierte en otro reto, pues la interpretación de los expedien-

32 Ante mi solicitud de entrevista, uno de los sujetos contactados me dijo: “debo preguntar si me dan permiso”.

tes producidos por ambas instituciones exige ciertos conocimientos para comprender claves, nombres y referencias. Lo anterior es, por supuesto, siempre y cuando se tenga acceso a la documentación, pues muchos expedientes siguen siendo considerados potencialmente peligrosos, de ahí que se hayan establecido nuevas barreras institucionales a la consulta de materiales de la DFS y que, por lo común, algunas cajas en archivos eclesiásticos estén vacías o incompletas.

Finalmente, durante la búsqueda de información es posible encontrar o conseguir algunos textos producidos por católicos a manera de análisis, memorias o ambos, en los que, para sorpresa del lector interesado, se pueden encontrar referencias explícitas a los grupos secreto-reservados y sus versiones públicas, lo que confirma la circulación de rumores entre católicos militantes durante varios años, incluso antes de las notas periodísticas.

Al enredo historiográfico y la búsqueda de información entre fuentes de distinta naturaleza se suman los problemas propios del objeto de estudio y las posibilidades de abordaje. Me explico. Los grupos que integran esta galaxia se caracterizan por la secrecía, pero conforme afinamos la mirada es claro que dicha condición tiene varios niveles y formas: el secreto ante el resto del mundo, incluyendo algunos católicos; el secreto parcial o la reserva ante algunos clérigos; el que se va dosificando ante los nuevos militantes, etcétera. Además, los integrantes fundadores no pueden ser los mismos 20 años después, por lo que podemos pensar que, aunque están condicionados (conscientemente o no) por la estructura secreta, los grupos públicos estudiantiles conforman una dinámica autónoma que responde a un contexto específico. En este sentido, aunque se mantiene el código ideológico conspirativo, no se puede pensar al FUA poblano de 1955 como el de 1964 y éste, a su vez, no es completamente igual al MURO capitalino de 1961 y de 1975. En otras palabras, historiar a estas organizaciones implica pensar sus cambios y continuidades internas.³³

Lo anterior, además, conlleva superar el supuesto de que sólo fueron fachadas, idea parcialmente correcta promovida en trabajos

33 En este punto cabe añadir que, al reconocer la variable regional, la búsqueda de historiografía y de fuentes hemerográficas y documentales se amplía de manera considerable.

periodísticos, pero que ha tenido el objetivo de provocar la respuesta de las estructuras secretas (con cierto éxito). De esta forma, otros trabajos han mostrado que, al principio, las versiones secretas y públicas compartían la lista de integrantes, por lo que se podría afirmar que el FUA y el MURO eran efectivamente fachadas, pero conforme llegaron nuevos militantes, las organizaciones públicas comenzaron a consolidar cierta autonomía: por un lado, a partir de entonces ser fua o murista no significaba necesariamente ser parte del Yunque y, por otra, comenzaron a funcionar como vínculos con otros actores del espectro anticomunista.

Lo anterior nos lleva al tema de las identidades. Como hemos referido, la interpretación principal —y sus variantes— sobre estos grupos y sus militantes ha sido construida en el marco de la lucha ideológica y política con el fin de la denuncia. Así, resulta lógico que el FUA y el MURO ocupen el lugar de los enemigos y que, por ende, los adjetivos o términos que se les asocian tengan una carga negativa. Por su parte, en las agrupaciones existe una memoria histórica propia y una versión de los eventos (incluso de la historia de México) que está blindada por la secrecía, pero de la que existen algunos ejemplos, como los libros publicados por la UPAEP sobre los eventos de los sesenta y setenta en la UAP y los sucesos de 1968.³⁴

En el fondo, el principal problema es que incluso si conseguimos esos textos y las fuentes mencionadas, pero los abordamos desde la interpretación militante, seguiremos construyendo relatos sobre los “fanáticos derrotados” y no podremos comprender el código mediante el cual perciben el mundo y por el cual actúan. En este sentido, una aproximación renovada se debatiría entre lo que se dijo sobre ellos y lo que expresaron sobre sí mismos, resignificando elementos básicos. Así, lo que para algunos resulta irracional, para otros representa la forma lógica de actuar. Más aún, este enfoque permite dar cuenta de la heterogeneidad y la complejidad dentro de los grupos católicos anticomunistas, alejándose de la interpretación monolítica y binaria.

34 J. Louvier Calderón, M. A. Díaz Cid y J. A. Arrubarrena Aragón, *Autonomía universitaria...*; M. A. Díaz Cid, J. A. Chama Cancela y J. A. Guillén Reyes, *México 1968 ¡¿Otra historia?! Un ensayo politológico e histórico sobre el movimiento estudiantil de México*, 2012.

Desde ese ángulo, los términos *derecha*, *ultraderecha*, *extrema derecha* y *fascismo* utilizados en las narraciones comentadas se convierten en posibles objetos de estudio, pues lejos de ser categorías analíticas con potencial explicativo, se muestran como conceptos del discurso político, en un momento histórico específico, trasladados a un relato tejido entre la historia y la memoria. Por extensión, su uso exigiría una excursión teórica para explicitar por qué y cómo funcionan en un trabajo académico.

En esta misma línea, podríamos poner en crisis la idea —que, como señalé, también defendí en mis primeras aproximaciones— de que fueron o son agentes externos a la universidad por estar vinculados a instituciones o entidades como la Iglesia católica. En principio, en documentos y publicaciones propias esos actores se reconocen como estudiantes y defienden una idea de la universidad, al grado de que sus trayectorias incluyen la fundación de instituciones educativas como la UAG y la UPAEP. Pero la idea misma de los agentes externos o manipulados, y por oposición la existencia de agentes internos y puros, implica una idea de la universidad con dos posibilidades: que la disputa política interna sólo corresponde a los “verdaderos universitarios” y existe, en consecuencia, una frontera que purifica a los actores, o bien, que la universidad es un espacio ajeno a la disputa por el poder (la política), centrada únicamente en el conocimiento, blindada ante lo que ocurre afuera y que se altera cuando los agentes externos la invaden. El supuesto que subyace a ambas posibilidades se diluye cuando pensamos el papel central que juegan las instituciones educativas en los entramados sociales y, por eso, son objeto de disputa por parte de diversos actores: empresarios, gobiernos, organizaciones políticas, etcétera. En todo caso, lo cierto es que la frontera entre nosotros y ellos, construida por los actores de los procesos o la planteada por los autores (que a veces son los mismos), es porosa y evidencia los elementos en disputa (lo político).³⁵

35 Véase G. Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, 2001.

Puesto así, la mirada sobre estos grupos ya no se concentraría en la denuncia, sino en la explicación sobre la heterogeneidad interna que los caracterizó; en su código ideológico, en el que se incluye una idea de la educación y de la universidad, así como en los repertorios de acción que desplegaron y variaron en función de los cambios contextuales, ubicándolos en el espacio político universitario, cuyos límites o fronteras son porosos.

Se podría decir que, por ejemplo, aunque había un ideario general que los articulaba —el catolicismo integral-intransigente—, las experiencias y las lecturas políticas de cada núcleo variaron en función del espacio institucional en el que se desenvolvían: mientras los fuas actuaron para defender el espacio universitario ante la amenaza roja, los muristas operaron para recuperar la universidad capturada. Además, estas percepciones se matizaban en función de las coyunturas y los conflictos específicos: en Puebla, la lucha del FUA pasó de la alianza con los enemigos inmediatos para conseguir la autonomía universitaria, a la disputa por frenar la Ley Orgánica que significaba perder la dirección institucional; por su parte, en la UNAM, los militantes del MURO siempre constituyeron una minoría, por lo que la pelea por la representación institucional pasó a segundo plano y privilegiaron la confrontación física y el miedo como herramientas políticas.

Pero si afinamos más la mirada, podemos pensar en jóvenes con una cultura católica familiar susceptible de empatar con el ideario conspirativo de las agrupaciones. Una vez adoctrinados, los nuevos militantes defendieron un nacionalismo católico radical que no concebía la separación entre Estado e Iglesia y que, por tanto, no aceptaba que la educación —un ámbito concebido por la Iglesia como propio, al ser privado— prescindiera de la religión. Aquí cobra sentido el antimperialismo de los alumnos que conformaban estos grupos, quienes veían en la amenaza yanqui a la amenaza protestante y de ahí que, por ejemplo, reivindicaran la Reforma de Córdoba de 1918, porque la concebían como una bandera latinoamericana contra el autoritarismo estatal.³⁶

36 Documento de la Confederación Nacional de Estudiantes y del Frente Universitario Anticomunista publicado por *El Sol de Puebla* el 6 de noviembre de 1956, citado en H. Sotelo Mendoza, *Crónica...*, pp. 156-164.

La universidad, para estos grupos, debía integrar la religión católica no sólo por una cuestión de nostalgia, sino porque la máxima institución educativa representaba, junto con la familia, un núcleo formador de la conciencia y la moral de la sociedad y, en este sentido, era un espacio determinante para la conducción histórica de la nación. Por supuesto, esta noción tan abstracta tuvo que concretarse en objetivos, planes y programas, una vez que decidieron salir —o fueron sacados— de los espacios de lucha y fundaron sus propias escuelas.

En resumen, la originalidad de los nuevos abordajes sobre este objeto de estudio no sólo dependerá de un cúmulo de datos inéditos obtenidos de fuentes documentales, hemerográficas, bibliográficas y orales, sino del diálogo crítico con las interpretaciones existentes y, sobre todo, del refinamiento de las herramientas analíticas y los supuestos teóricos.

REFLEXIONES FINALES

Como señalé en este ensayo, los grupos estudiantiles FUA y MURO constituyen un objeto de estudio complejo, no sólo por la dificultad para acceder a fuentes de información que nos permitan reconstruir su historia, sino por la de situarlos dentro del entramado de militancias católicas, en especial las secreto-reservadas. Pero incluso resolviendo esa parte, la aproximación desde la perspectiva de los conflictos estudiantiles muy probablemente estará mediada por versiones periodísticas y por el cruce de historia y memoria.

Desde mi punto de vista, el primer paso para promover otras interpretaciones consiste en desnaturalizar —que no desechar— esa visión y partir de la duda. Luego, debemos asumir que las instituciones de educación superior fueron y son espacios políticos donde convergen y se confrontan intereses de distinto signo. Así, podremos asumir que las historias del FUA y el MURO también forman parte de la historia de las escuelas donde actuaron.

Lo anterior, además de abonar a la comprensión de estos actores del pasado, puede contribuir a pensar el presente y, en este sentido, a

preguntarnos si ese ideario —que se ha querido pensar como ajeno a la universidad— verdaderamente abandonó dichas instituciones.

REFERENCIAS

- Aboy Carlés, Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2001.
- Aguayo Quezada, Sergio, *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Grijalbo, 2001.
- Alcántara Navarro, Mónica, “Cúcara mácara, el MURO fue: del pacto de los remedios a la Virgen del Siquitibum”, tesis de Licenciatura en Historia, México, UNAM, 2016.
- Aspe Armella, María Luisa, *La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica Mexicana y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, 1929-1958*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 2008.
- Blancarte, Roberto, “La doctrina social del episcopado católico mexicano”, en Roberto Blancarte (comp.), *El pensamiento social de los católicos mexicanos*, México, FCE, 1996, pp. 19-38.
- Buendía, Manuel, *Pensamiento y acción de la derecha poblana*, México, UAP/Fundación Manuel Buendía A.C., 1987.
- Buendía, Manuel, *La ultraderecha en México*, México, Océano, 1984.
- Dávila Peralta, Nicolás, *La III Celam y la UAP, una sola causa: la justicia*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla/BUAP, 2004.
- Dávila Peralta, Nicolás, *Las santas batallas. La derecha anticomunista en Puebla*, Puebla, Gobierno del Estado Puebla/BUAP, 2003.
- Delgado, Álvaro, *El ejército de Dios. Nuevas revelaciones sobre la extrema derecha en México*, México, Debolsillo, 2008.
- Delgado, Álvaro, *El Yunque. La ultraderecha en el poder*, México, Grijalbo, 2003.
- Díaz Cid, Manuel Antonio, Jaime Ángel Chama Cancela y José Alejandro Guillén Reyes, *México 1968 ¿Otra historia?! Un ensayo politológico e histórico sobre el movimiento estudiantil de México*, Puebla, UPAEP, 2012.

- Doger y Corte, José Marún y Gustavo Abel Hernández Enríquez, *Historia de la Universidad de Puebla (1946-1956). El camino empedrado hacia la autonomía*, Puebla, BUAP, 2013.
- González, Fernando M., *Secretos fracturados. Estampas del catolicismo conspirativo en México*, México, Herder, 2019.
- González, Fernando M., “Sociedades reservadas en México en el siglo xx”, en Julio Muñoz Rubio (coord.), *Contra el oscurantismo: defensa de la laicidad, la educación sexual y el evolucionismo*, México, UNAM, 2009, pp. 367-391.
- González, Fernando M., “Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México (1965-1975)”, *Historia y Grafía*, núm. 29, 2007, pp. 57-93.
- González, Fernando M., “Integralismo, persecución y secreto en algunos grupos católicos en México en el siglo xx”, en Alberto Aziz Nassif y Jorge Alonso Sánchez (coords.), *El Estado mexicano: herencias y cambios. Sociedad civil y diversidad*, t. III, México, Miguel Ángel Porrúa/CIESAS/Cámara de Diputados, 2005, pp. 229-275.
- González, Fernando M., “Un conflicto universitario entre católicos: La fundación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)”, *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, núm. 20-21, 2005, pp. 9-37.
- González, Fernando M., “Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas”, *Historia y Grafía*, núm. 20, 2003, pp. 151-205.
- González, Fernando M., *Matar y morir por Cristo Rey. Aspectos de la cristiada*, México, UNAM/Plaza y Valdés, 2001.
- González Rubí, Mario Guillermo, “La educación superior en los sesenta: los atisbos de una transformación sin retorno”, *Sociológica*, núm. 68, 2008, pp. 15-39.
- González Ruiz, Édgar, *MURO, memorias y testimonios: 1961-2002*, Puebla, BUAP, 2003.
- Guerrero Medina, Ariadna, “La reactivación de la derecha universitaria en México: el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1970”, tesis de Licenciatura en Historia, México, UNAM, 2012.

- Herrán Ávila, Luis Alberto, “Las guerrillas blancas: anticomunismo transnacional e imaginarios de derechas en Argentina y México, 1954-1972”, *Quinto Sol. Revista de Historia*, vol. 19, núm. 1, 2015, pp. 1-26.
- Hurtado Razo, Luis Ángel, “Diferentes agrupaciones católicas de derecha en el siglo xx en México: sociedades secretas, agrupaciones públicas que se clandestinizan, o híbridas: secretas y públicas, y públicas infiltradas por una secreta”, tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales, México, UNAM, 2014.
- Jaso Galván, Azucena Citlali, “El anticomunismo a la mexicana: paramilitarismo y campañas de rumores (1964-1976)”, *Revista nuestrAmérica*, vol. 7, núm. 13, 2019, pp. 99-124.
- Jiménez Jiménez, Lauro, *El Yunque. La ultraderecha en Querétaro*, México, edición de autor, 2008.
- López Macedonio, Mónica Naymich, “Historia de una colaboración anticomunista transnacional. Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, vol. 1, núm. 1, 2010, pp. 133-158.
- López Macedonio, Mónica Naymich, “Los Tecos en el México de la primera mitad de los años setenta y su proyección transnacional anticomunista”, tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007.
- Louvier Calderón, Juan, Manuel Antonio Díaz Cid y José Antonio Arrubarrera Aragón, *Autonomía universitaria. Luchas de 1956 a 1991. Génesis de la UPAEP*, Puebla, UPAEP, 1991.
- Paredes, Luis, *Los secretos del Yunque. Historia de una conspiración contra el Estado mexicano*, México, Grijalbo, 2009.
- Poulat, Émile, *Intégrisme et catholicisme intégral. Un réseau secret international antimoderniste: la “Sapinière” (1909-1921)*, París, Casterman, 1969.
- Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México. Julio/diciembre de 1968*, t. I: *Análisis. Cronología*, México, Era, 1969.
- Reza, Édgar, *El evangelio del Yunque*, México, Plaza y Janés, 2010.

- Sánchez Gudiño, Hugo, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Entre lo contemporáneo y el presente. Apuntes para pensar el pasado reciente como problema en la historiografía mexicana”, en Silvia Dutrénit y Enrique Coraza (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/El Colegio de la Frontera Sur, 2020, pp. 47-75.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Las revoluciones rusa y mexicana en la visión conspirativa de grupos secreto-reservados mexicanos: Tecos y el Yunque (1934-1964)”, *Claves. Revista de Historia*, núm. 5, 2017, pp. 101-127.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Entre el secreto y las calles. Nacionalistas y católicos contra la ‘conspiración de la modernidad’: El Yunque de México y Tacuara de Argentina (1953-1964)”, tesis de Doctorado en Historia Moderna y Contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2016.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975”, en Carmen Collado (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015, pp. 187-254.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Anticomunismo católico. Raíces y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975”, tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2012.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio y Denisse de Jesús Cejudo Ramos, “Prólogo. La historia contemporánea y del tiempo presente en México, hipótesis para discutir”, en *idem* (coords.), *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968: La historia contemporánea y del tiempo presente en México*, México, UNAM, 2018, pp. 13-29.
- Sotelo Mendoza, Humberto, *Crónica de una autonomía anhelada*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla/BUAP, 2004.

- Sotelo Mendoza, Humberto, *1972-1973, Puebla de los demonios*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla/BUAP, 2004.
- Tirado Villegas, Gloria A., “¡Cristianismo sí, comunismo no! Reforma universitaria y violencia: Universidad Autónoma de Puebla, 1961”, *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, núm. 17, 2019, pp. 55-82.
- Tirado Villegas, Gloria A., *El movimiento estudiantil de 1961 en la memoria histórica de la Universidad Autónoma de Puebla*, Puebla, BUAP, 2012.
- Torres Alamilla, Blanca Esthela, “La prensa estudiantil universitaria en la década de los sesenta, el caso de *Puño y Combate*”, tesis de Licenciatura en Historia, México, UNAM, 2009.
- Uribe, Mónica, “La ultraderecha en México: el conservadurismo moderno”, *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual*, vol. 23, núm. 149, 2008, pp. 39-57.
- Yáñez Delgado, Alfonso, *La manipulación de la fe. Fuas contra carolinos en la universidad poblana*, Puebla, BUAP, 2016.

SEGUNDA PARTE
GIRO AFECTIVO Y REPRESENTACIONES

LA LARGA MARCHA HACIA LA POLITIZACIÓN. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LOS PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN DE LOS JÓVENES MEXICANOS EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

Aleida García Aguirre

INTRODUCCIÓN

La historiografía sobre el pasado reciente mexicano se ha preocupado por señalar que el 68, los movimientos estudiantiles y de masas, y la militancia en organizaciones políticas partidarias o político-militares de izquierda de los años sesenta y setenta fueron habilitados por procesos de politización que se desencadenaron a finales de los años cincuenta. La politización, esto es, el desarrollo de una conciencia política en la que es central el involucramiento en acciones públicas para conseguir un fin determinado, es presentada en la historiografía como resultado de experiencias sociales, memorias colectivas, tradiciones políticas y eventos mundiales o de la región que por sí mismos habrían impulsado una filiación política.

En términos generales, las investigaciones históricas interesadas en la politización para analizar los movimientos y las organizaciones disidentes de dichas décadas sugieren que las memorias y las tradiciones políticas afectaron especialmente a los jóvenes de espacios rurales, mientras que las prácticas sociales y culturales que se expandieron en los espacios urbanos afectaron a los ciudadanos. La continuidad dirigió la búsqueda de transformación, en un caso, y en el otro, las disrupciones culturales y sociales fueron la base del desarrollo de la conciencia. De forma paralela, las investigaciones históricas señalan que algunos eventos externos y la circulación de ideologías fueron catalizadores de politización juvenil; entre estos

figuran la Revolución Cubana, los movimientos de liberación nacional (especialmente la Guerra de Vietnam), el ascenso del Partido Comunista Chino y su revolución cultural, el desarrollo regional de la Guerra Fría, y la circulación de discursos, lecturas y prácticas de organización revolucionaria en América Latina. Finalmente, la experiencia de la represión figura como un elemento que configuró la conciencia política de quienes dirigieron acciones para revolucionar el orden político y social durante los años sesenta y setenta.

Por mi parte, y junto con investigaciones sociológicas e historiográficas que han señalado esta misma deficiencia desde otros ángulos, planteo la pertinencia de recuperar los conceptos de *estructura de sentimiento*,¹ *experiencia*² y *subjetividad*³ para señalar que la politización es la circulación de comprensión racional, emocional y cultural del mundo social. Así, deberá ser entendida, a lo largo de este capítulo, como un fragmento —sólo delimitable para fines analíticos— del proceso de subjetivación.

Desde esta perspectiva, allanaré el camino para construir una metodología que responda a las siguientes cuestiones: ¿Por qué para algunos sujetos un evento externo como la Revolución Cubana o estudiar marxismo-leninismo tuvo la cualidad de catalizador político? ¿Por qué aquel evento o esta práctica imprimió huellas emocionales y políticas para dotar de sentido al mundo social (pasado, presente y futuro) de los sujetos? En otras palabras, ¿por qué en el devenir de la experiencia de algunos individuos hubo lecturas, vivencias, tradiciones políticas, memorias, relaciones, eventos a los que se pegaron emociones, expectativas de futuro y significados políticos que animaron a participar en movimientos y organizaciones?

Guiada por los postulados de Sara Ahmed sobre la economía de las emociones,⁴ en este capítulo sugiero que la politización, como

1 R. Williams, *La larga revolución*, 2003.

2 E. P. Thompson, *The making of the english working class*, 1964; J. W. Scott, “Experiencia”, *Revista de Estudios de Género La Ventana*, 2001, pp. 42-73.

3 J. P. Sartre, “Marxismo y subjetividad. La conferencia de Roma, 1961”, *New Left Review*, 2014, pp. 92-121; T. de Lauretis, “Semiótica y experiencia”, en *idem*, *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*, 1992, pp. 251-294.

4 *La política cultural de las emociones*, 2015.

una forma de leer, sentir, diagnosticar y actuar sobre el mundo, resultó de la asociación entre emociones y valoraciones subjetivas, y vivencias, discursos y objetos. Estas asociaciones, a su vez, tienen historias propias que configuran las impresiones que ciertos objetos dejan en los sujetos. Así, por ejemplo, el paso por una institución educativa moldeó la politización y fue moldeado por la asociación histórica —viva— entre ambos. No derivó del objeto ni fue producida por el sujeto de manera autónoma. A través del modelo de Ahmed, argumento que la politización fue efecto de su circulación entre sujetos y objetos.⁵

La participación en movimientos sociales-estudiantiles y la militancia o colaboración en organizaciones partidistas o político-militares moldearon y fueron moldeadas por el proceso de subjetivación. Los trabajos de historiadores del Cono Sur y México⁶ han avanzado para comprender a las militancias políticas como uno de los hilos del tejido de la subjetividad, la experiencia, la cultura y el contexto social de los jóvenes latinoamericanos del pasado reciente, además de los entramados estructurales y las transformaciones geopolíticas de la Guerra Fría. Este capítulo busca abonar a dicha historiografía.

Encuentro que el análisis de Ahmed sobre las economías afectivas es especialmente útil para estudiar la organización (transformación y continuidad) del anhelo de cambiar el mundo como un efecto de la circulación de asociaciones heredadas y emergentes entre objetos, eventos, prácticas, instituciones, emociones, significados, valoraciones y sentidos políticos.⁷ Para este capítulo y otras investigaciones, trabajo con relatos de sí; en específico, con entrevistas y

5 *Loc. cit.*

6 G. Leibner, *Camaradas y compañeros: una historia política de los comunistas del Uruguay*, 2011; V. Manzano, *The age of youth in Argentina: culture, politics, and sexuality from Perón to Videla*, 2014; A. Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*, 2019; V. Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, 2012; G. Necochea Gracia, “El proceso de politización desde una perspectiva de historia oral: militantes de izquierda latinoamericanos, 1960-1990”, *Tempos Históricos*, 2013, pp. 162-182; A. Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, 2015.

7 *La política cultural...*

declaraciones judiciales. Produje las primeras entre 2016 y 2019, y las segundas fueron construidas en situación de detención-interrogatorio en los años setenta.⁸ Autores de múltiples disciplinas y tradiciones académicas distinguen que los relatos de sí son espacios en los que los sujetos dan cuenta de quiénes son, en sus dimensiones sociales, culturales, subjetivas y temporales siempre abiertas.⁹ De acuerdo con Ricoeur, los acontecimientos de una vida consiguen su orden de sentido sólo dentro de una narrativa.¹⁰ Dicha narración se hace de forma dialógica con otros y de manera situada, esto es, en posiciones sociales, culturales y subjetivas que limitan qué de todo lo vivido se trae al relato para dar cuenta de sí mismo. Ésta es una de las razones por las que Ricoeur desplaza la idea de verdad implicada en la descripción factual del tipo “pasó Z porque X y antes Z”:

La ironía de la situación está en que sea precisamente esta implicación mutua entre la pregunta ¿qué? y la pregunta ¿por qué? la que haya contribuido a anular la pregunta ¿quién? [...] En mi opinión, la atención exclusiva a la verdad de la descripción es la que ha tendido a borrar el interés por una asignación de la acción a su agente. Ahora bien, la asignación de la acción al agente plantea un problema de veracidad y no de verdad, en el sentido descriptivo del término.¹¹

La relación secuencial de causalidad oculta al sujeto de la acción y, todavía más importante, oculta que estos eventos sólo se

8 He estudiado las declaraciones judiciales como relatos de sí en otro trabajo: A. García Aguirre, “The subject is still there. Judicial statements and mexican political-military organizations in the seventies”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 2021, pp. 349-370.

9 L. Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, 2007; M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, 1999; M. Chamberlain y P. Thompson (eds.), *Narrative and genre*, 1998, pp. 1-22; E. Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 2002; A. Oberti, “Archivos orales: lo que dicen los testimonios”, en D. Bedenes y L. Grassi (comp.), *Historia, memoria y comunicación*, 2011, pp. 69-74; A. Portelli, “El tiempo de mi vida’: las funciones del tiempo en la historia oral”, en J. Aceves (comp.), *Historia oral*, 1997, pp. 195-218; A. Portelli, “Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”, *Historia y Fuente Oral*, 1989, pp. 5-32; P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*, 2003.

10 *Sí mismo...*

11 *Ibid.*, pp. 56-57.

vuelven unidad gracias a que son relatados y organizados en un relato confeccionado por un quién. Ahora bien, la pregunta en torno al quién se mueve en la dialéctica entre el *idem* y el *ipse*, es decir, entre sí-mismo-continuidad (identidad) y sí-mismo-reflexivo (otro). Esta dialéctica contribuye a la organización de narraciones sobre sí mismo. La coherencia de los relatos dependerá no sólo de que los eventos sean verídicos, sino también de la posición del quién en la dialéctica *idem-ipse* en el momento de la narración, así como ante quién y para qué debe hacerlo.¹² Cuando se narra, el sujeto conserva elementos idénticos que pueden contribuir a su propia continuidad (identidad), pero igualmente puede reorganizar el orden cronológico, las relaciones de causalidad o el peso de ciertos elementos en el relato, debido al reposicionamiento de sí mismo (ipseidad) o ante el otro para el que se narra. En esta condición, la aspiración de obtener un relato verdadero sobre la experiencia vital del sujeto resulta completamente desplazada. La inestabilidad, la precariedad, la reflexividad e incluso las contradicciones de los relatos que una persona elabora sobre sí misma son las características clave para caracterizar el tipo de conocimiento producido durante la narración del sí mismo.

En suma, en este capítulo plantearé el desarrollo de una operación metodológica para documentar los procesos de politización a través de los relatos de sí. Apoyada en el trabajo de Ahmed sobre economías afectivas, plantearé una ruta para acercarnos a la producción subjetiva de los sentimientos, los sentidos y las expectativas que dispusieron a los sujetos a comprometerse con diferentes proyectos de futuro social durante su juventud. Ahora bien, toda vez que esta metodología parte del estudio de relatos de sí, debo resaltar que nos acercamos al proceso de subjetivación (politización) de manera precaria y fragmentaria, pues las narraciones del sujeto sobre sí mismo son provisionales y situadas.

La operación que propongo para acercarnos a las transformaciones subjetivas que habilitaron la politización es compleja, pero con paciencia de las lectoras, mostraré que es un camino fructífero

12 A. Oberti, “La memoria y sus sombras”, en E. Jelin y S. G. Kaufman (comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, 2006, pp. 73-110; P. Ricoeur, *Sí mismo...*

para profundizar en la cuestión de por qué algunos jóvenes se dispusieron a transformar el mundo que les tocó vivir. Dicha operación se compone de dos momentos, los cuales servirán de apartados en este capítulo. En el primero, sugiero atender a las explicaciones que los sujetos dan sobre su politización, las cuales se configuran en diversidad de relatos de sí (entrevistas, testimonios escritos, declaraciones judiciales) y siguen pautas que la historiografía clásica retomó: el paso por una institución educativa, lecturas específicas (circulación de ideologías), eventos externos y la represión aparecen como moldeadoras de su política (de su disposición para transformar el mundo).

En el segundo momento, propongo detenernos en la estructura y los elementos de la narración para desvelar indicios de las subjetividades que moldearon las asociaciones objeto-memoria-vivencia-emoción-razonamiento; estas asociaciones fueron moldeadas por su historia propia y por la subjetividad, y marcaron las pautas de la transformación subjetiva que es la politización. En este capítulo, argumentaré que la subjetivación tejida durante la escolarización primaria contribuyó para unir emociones y valoraciones a eventos externos, lecturas, prácticas culturales, etcétera. Esto no quiere decir —y las lectoras deben advertirlo desde aquí— que la subjetividad delineada en la infancia trazó un destino; por el contrario, dicha subjetividad habilitó la producción de sentido y emociones que moldearon la transformación subjetiva.

El capítulo está organizado en tres secciones. En las primeras dos, presentaré los dos momentos de la operación que he delineado para acercarnos a los procesos de transformación subjetiva que entraña la noción de politización. En cada uno de estos momentos abrevaré de un relato de declaración judicial, producido en situación de detención-interrogatorio dirigido por la Dirección Federal de Seguridad (DFS) en 1975. También recuperaré fragmentos de entrevistas que conduje para mi investigación doctoral. La declaración judicial y las entrevistas constituyen relatos de sí mismo, es decir, dan cuenta del proceso de constitución del sujeto y no sólo de los eventos vividos. Además —y aunque no podré detenerme en esto— dan cuenta de la reflexividad de la constitución del sujeto toda vez

que el orden narrativo es habilitado cuando éste se ha movido de lugar, esto es, cuando ha dejado de ser aquello que narra, bien en situación de detención-interrogatorio o entrevista.¹³

EL ORIGEN DE LA POLITIZACIÓN: LAS PLANICIES DE LAS EXPLICACIONES INMEDIATAS

Entre 2016 y 2019 conduje entrevistas a profundidad con 13 exestudiantes o egresados de normales rurales, con un total de 20 encuentros. Asimismo, durante este periodo sistematicé un corpus amplio de declaraciones judiciales (aproximadamente 200) de personas que fueron detenidas por las presuntas operaciones y militancia en una organización político-militar. Dichas declaraciones fueron elaboradas en situación de detención-interrogatorio que supuso diferentes formas de violencia para obtener información y adjudicarles delitos punibles.

Los 12 hombres y la única mujer que entrevisté en este periodo, y otras dos mujeres que entrevisté en 2011, tienen en común que participaron en actividades que cuestionaban el orden social mientras fueron estudiantes. En esta etapa de su vida, sus acciones políticas siguieron rutas distintas: militaron en organizaciones partidarias, fueron miembros de las agrupaciones estudiantiles locales y nacionales, o participaron en movimientos estudiantiles y de solidaridad con las luchas de otros sectores sociales, como peticionarios de tierras y colonos ciudadanos. Algunos lucharon por cambiar las condiciones de vida de su escuela-internado, otros se involucraron en estudios y acciones para la transformación radical del mundo. Después de salir de la normal, entre el ocaso de los años sesenta y durante los setenta, estas mujeres y hombres se relacionaron con una o más organizaciones político-militares, también conocidas como guerrillas: Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), Liga Comunista 23 de Septiembre y Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo. En los relatos sobre su vida, que elaboran en el presente,

13 En todos los relatos, los nombres de las personas han sido sustituidos por pseudónimos.

algunos se identifican como exmilitantes (clandestinos o en la legalidad) y otros sostienen que, aunque no militaron, colaboraron con la lucha armada porque organizaron protecciones circunstanciales para quienes sí estaban dentro, alimentaron las discusiones políticas sobre la revolución o se sumaron a las expresiones culturales (teatro, canto, música) que animaban la idea de revolución y, en especial, la de revolución armada en América Latina.

En los encuentros que sostuvimos, las personas entrevistadas explicaron por qué se involucraron en múltiples acciones y organizaciones para transformar los aspectos del mundo social que consideraban injustos. A continuación, retomaré algunos de estos relatos con la finalidad de señalar algunas regularidades e indicios que me permitieron documentar sus procesos de subjetivación.

En el primer encuentro que tuvimos (noviembre de 2016), pregunté a Camilo sobre sus primeras impresiones sobre la Normal Rural de Aguilera, Durango, escuela donde estudió los tres grados de secundaria y los tres de estudios para profesor (1963-1969).¹⁴ En aquel momento, él dirigió su respuesta a lo político:

pero ahí para mí lo más interesante fue... me llamó mucho la atención la cuestión política, las reuniones de las sociedades de alumnos, el cómo se empezaba a manejar una formación ideológica. Eso como que me atrajo como un imán.¹⁵

Simón, quien ingresó a esa misma normal rural en 1971, vinculó la rebeldía con esta escuela y la edad que tenía entonces:

Había ahí en la escuela... se vivía un ambiente muy optimista en relación a los valores que, le digo, que le dan sustento a la rebeldía adolescente. Ya ve que es ahí en donde yo me siento... si en la secundaria¹⁶

14 Los estudios para profesor tuvieron tres grados hasta junio de 1969; a partir de la reforma implementada en septiembre de ese año, los alumnos debieron cursar cuatro grados.

15 Entrevista con Camilo, Durango, 17 de noviembre, 2016. Encuentro 1/4, 86 min.

16 Simón estudió en una secundaria que no tenía relación directa con el sistema de normales rurales. Aquí está enfatizando que las desigualdades sociales lo inquietaron antes de tener contacto con una normal rural y este sentimiento se acrecentó una vez dentro.

yo notaba detalles que me molestaban del trato injusto hacia alguien, es en la normal donde esa justificada... [...] es donde la rebeldía a mí me impacta y digo: “No se vale, no se vale lo que está pasando con... ni con los compañeros, ni con las normales que cerraron,¹⁷ ni con los movimientos sociales que sabíamos que estaban luchando por tierra, por tierras, por la defensa de sus tierras”. Entonces, hay al interior de la normal un ambiente de optimismo y obviamente ése nos abraza a todos los que estábamos ahí.¹⁸

En un sentido similar, Apolo, quien fue integrante de la militancia abierta del MAR¹⁹ en el último lustro de los setenta, explicó que esta participación era resultado de lo vivido en la Normal Rural de Aguilera entre 1970-1974:

Durante los años setenta yo traía la idea de un mundo mejor porque lo aprendí en la Normal Rural J. Guadalupe Aguilera. Yo, en la normal rural, era un miembro más del activismo ahí, no era una persona trascendental; pero me traje ese buen veneno, vine a dar en los setentas a una región donde existía un grupo inquieto de maestros, donde había muchos problemas sociales y había una insurgencia inicial magisterial,

17 Simón se refiere aquí a la reforma de educación normal y secundaria de 1969 que, en las normales rurales, desencadenó la transformación (cierre) de 14 de los 29 planteles que existían en secundarias técnicas agrícolas. Asimismo, en esta reforma la Secretaría de Educación Pública disolvió todas las agrupaciones estudiantiles, entre las que estaba la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Sobre esta reforma, véase C. I. Villanueva, “The politics of repressive reform: the institutional relationship between the Secretaría de Educación Pública and escuelas normales rurales in Mexico during the Cold War”, 2020.

18 Entrevista con Simón, Durango, 15 de mayo, 2017. Encuentro único, 148 min.

19 El MAR es destacado en la bibliografía por haber sido el único grupo entrenado militarmente por un gobierno extranjero (Corea del Norte) y por contar entre sus filas con un cúmulo de egresados de escuelas públicas de Michoacán, entidad en la que las transformaciones cardenistas tuvieron un largo aliento. Fue una organización de larga vida (ca. 1966-1979) que cuenta con pocos estudios particulares que no agotan los análisis sobre la diversidad social de sus militantes y el trabajo que los grupos internos hicieron en diferentes puntos del país. Véase F. Pineda, *En las profundidades del MAR (El oro no llegó de Moscú)*, 2003; A. Peñaloza, “La lucha de la esperanza: Historia del MAR (1965-1971)”, 2004; V. Oikión Solano, “El Movimiento de Acción Revolucionaria: una historia de la radicalización política”, en V. Oikión Solano y M. E. García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México*, vol. II: *Siglo XX*, 2009, pp. 417-429.

vine a caer en ese grupo que me llevaron a estudiar, a leer, a discutir y activarme.²⁰

Para narrar sus actividades políticas a lo largo de los setenta en el magisterio, Apolo invoca su paso por Aguilera, aunque ahí “no era una persona trascendental”; es decir, no era necesario tener una posición de dirigencia para que “ese veneno” lo tocara. Igualmente, aunque podía retardarse, el efecto del “veneno” era ineludible.

Para todos estos hombres, según los fragmentos de relato, la normal rural es el origen de la politicidad, aunque ésta pueda dirigirse en diferentes sentidos. Miguel, quien estudió en Aguilera en 1972-1976 y siempre se negó a participar en la célula de la Liga Comunista 23 de Septiembre²¹ que operaba desde su escuela, explicó su distanciamiento de la liga en el hecho de que aprendió que la prioridad de los estudiantes debía ser proteger a las agrupaciones estudiantiles, como la sociedad de alumnos.

En la asamblea [de la agrupación estudiantil], parte de mi discurso era el saber cuidar ese tipo de relaciones, ¡no evitarlas! Pero no comprometerse. Mi llamado a mis compañeros siempre fue de no integrarse [a la Liga]. Que nos mantuviéramos unidos, comunicados, pero que no se comprometieran [pausa], ¡menos que comprometieran a la sociedad de alumnos! Pero sí conversamos [pausa], no nos cerrábamos a platicar nuestros argumentos de por qué no involucrarnos. Sí platicamos con elementos de distintos grupos armados, y tampoco pudimos evitar que compañeros nuestros se comprometieran. Pero yo personalmente nunca participé.²²

20 Entrevista con Apolo y Carlos, Durango, 16 de noviembre, 2016. Encuentro único, 170 min.

21 La Liga Comunista 23 de Septiembre fue fundada como una confederación de agrupaciones político-militares en marzo de 1973; desarrolló actividades y tuvo integrantes en casi todos los estados de la República Mexicana, hasta 1982. Es la organización que cuenta con más estudios generales, véase R. Gamiño, *et al.* (coords.), *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: historia, memoria, testimonios y literatura*, 2014.

22 Entrevista con Miguel, Durango, 20 de noviembre, 2016. Encuentro 1/3, 69 min.

El relato de Víctor, egresado de la Normal Rural de Roque, Guanajuato (1966-1973), también apunta que la actividad política “apareció” mientras estaba en la institución educativa. En el segundo encuentro con él, nos dedicamos a explorar exhaustivamente su vida en la normal rural. Entonces él dirigió una parte de la conversación para explicar(se) cómo lo afectó la normal en términos políticos. En el siguiente fragmento aborda mediante qué objetos y situaciones la política apareció en su vida:

Estando en la secundaria, empieza a aparecer [énfasis] otro elemento en mi vida, lo que es toda la actividad política [énfasis]. [...] Pasabas tú por las... mirabas a los compañeros que eran los dirigentes de la escuela y tú decías: “¡Tienen que saber mucho!” Y los escuchabas hablar y decías: “Pues sí, sí sabe mucho” [Y te preguntabas:] “¿Y cómo sabe mucho?” Y luego pasabas por el... la oficina del [Comité de Orientación Política e Ideológica] COPI. Yo me acuerdo, tengo grabada la imagen que miraba altos [alteros] de documentos ahí tirados en el piso y [pausa] los miraba y yo decía: “Bueno, ahí habrá algo importante” y me fui acercando. Yo no recuerdo que así conscientemente que lo haya hecho, pero me tuve que haber acercado porque me empecé a [pausa] me empezó a interesar y ya en una forma, como una decisión consciente e individual [énfasis] me empezó a interesar. [...] Tengo esa imagen del COPI, de la oficina, ahí donde estaba toda la documentación, ¡los mimeógrafos!, cosas, todo.²³

La reiteración en estos relatos de que ser normalista explica por qué se interesaron por la política bien podría ser interpretada como un pase mágico que las instituciones educativas hicieron sobre los sujetos que las habitaban. Los normalistas rurales, en consecuencia, habrían sido politizados por su paso por una institución con una historia particular.²⁴ Sin embargo, este tipo de argumentos son débiles porque evitan enunciar que su unidad de análisis (normalistas

23 Entrevista con Víctor, Guanajuato, 16 de julio, 2018. Encuentro 2/6, 123 min.

24 Para este tipo de interpretación, véase T. Padilla, “Memoires of justice: rural normales and the cardenista legacy”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 2016, pp. 111-143.

rurales que participaron en movimientos u organizaciones políticas) no es una sinécdoque de la totalidad de los alumnos de estas escuelas. Los normalistas rurales que testimonian que el paso por la institución explica su disposición a la política hacen esto, precisamente, porque vivieron un proceso de politización que, en muchos casos, se extiende hasta el presente. Gracias a la exclusión de aquellos que no tuvieron o dejaron de tener una disposición semejante, la institución funge eficazmente como el motor de la transformación subjetiva.

No obstante, los estudios sobre instituciones y la firme asociación entre política disidente y normales rurales apuntan a que, efectivamente, la institución afectó a los sujetos.²⁵ Considero que esta asociación habla de lo vivenciado (una transformación), pero también señala que en la misma normal rural aprendieron a interpretar su vida estudiantil como trayectoria política. En los términos propuestos por Ahmed, esto quiere decir que a la normal rural se le “pegaron” sentimientos políticos y esta circulación produjo subjetividad.²⁶

A continuación, me referiré en extenso al relato de una declaración judicial tomada en la Ciudad de México a un presunto militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre por agentes de la DFS. Como he argumentado en otro lugar, estos relatos son una fuente rica para documentar los procesos de subjetivación que habilitaron la militancia en organizaciones político-militares, porque los agentes que las elaboraban (mediante interrogatorios y violencia) debían cumplir múltiples mandatos institucionales que alimentaban el sistema de inteligencia, su carrera profesional y los casos judiciales. Uno de estos mandatos era conseguir información sobre la familia, la escolarización y las primeras actividades políticas en las que incurrió la persona detenida. La situación de detención por su militancia política los obligaba a dar cuenta de sí y, ocasionalmente, los relatos contruidos fueron amplios y detallados. Estas narraciones tienen la perversa bondad (es preciso no olvidar nunca que fueron obligados

25 Sobre la relación sujeto-institución véase E. Remedi Allione, *Detrás del murmullo. Vida político-académica en la Universidad Autónoma de Zacatecas, 1959-1977*, 2008.

26 *La política cultural...*

a contarlas) de colocarnos ante explicaciones de cómo decidieron unirse a una organización en un momento específico.

El relato que presentaré a continuación es de Charo, un joven de 25 años que ingresó a la organización mientras trabajaba en la extracción de cantera en el sur de la Ciudad de México, detenido luego de un enfrentamiento con la policía del Distrito Federal en mayo de 1975. En este fragmento, Charo explica cómo ingresó a la organización:²⁷

La cosa es que después se deshace el taller [de electricidad que abrió con un amigo de la escuela de electricidad] porque no hay trabajo, o sea la zona fue mal escogida, no hay trabajo y entonces nos dedicamos a hacer chambas a domicilio y después de dejar ese taller por los problemas que hay, sea que no hay chamba y eso, me voy a la cantera donde se siguen suscitando problemas en relación con los terrenos, donde el dirigente [es el] líder [Fulano][.] Ahí empezamos a organizar a la gente de que se alinie [sic] de que pide ir al departamento a hacer las reuniones, asambleas, en donde yo empiezo a tomar la palabra, y a plantear idas al Departamento [del Distrito Federal] y así pasa la cosa[.] Eso en relación a los terrenos[.] Pasa cierto tiempo, no sé cuánto tiempo pasa[,] después [el líder Fulano] me presenta al Güero [...] me dice, “éste es un amigo”, y a partir de ese tiempo todo lo relacionado con el estudio y reuniones lo decide el Güero [...] Después tenemos reuniones más en forma con este amigo, ya que él es una persona que por su manera de ser le interesa estudiar con nosotros, o sea enseñarnos marxismo leninismo, ya que son folletos que él carga, como la cuestión de [sa]lario[,] precio y ganancia y así por estilo marxista leninista[.] Ya aquí yo pierdo la cuenta del tiempo, no sé en qué tiempo sea, bueno voy a contar la historia hasta lo que ahorita está sucediendo[.] Entonces empiezan a hacer reuniones, se estudia y él impone algunas tareas de estudio y dirige pues el estudio [...] Después de eso, como ya se

27 Por la estructura del relato, es posible que esta parte fuera elaborada como un relato en primera persona al que se le hicieron precisiones mediante preguntas. Con la finalidad de que sea comprensible, he agregado puntuación para separar y jerarquizar ideas, pero procuré conservar la estructura que muestra la cercanía con la oralidad y la elaboración en el momento.

había planteado la necesidad de crear un comité coordinador [...] o sea desarrollarse políticamente y participar por la lucha de la revolución proletaria.²⁸

Así como en los relatos de los normalistas rurales, este fragmento funge como una explicación inmediata de la politización. Su particularidad es que el protagonista, Charo, inició su acercamiento a la política como trabajador de la extracción de piedra en el sur de la Ciudad de México. En principio, este relato sugiere que la persistencia de conflictos para trabajar —“problemas en relación con los terrenos” que les obligan a detener la extracción— es una situación que afecta a los sujetos y los dispone a la acción. Esta disposición funge como tierra fértil en donde un tercero —el Güero, con una manera de ser peculiar— siembra la radicalización —llegar a “participar por la lucha de la revolución proletaria”— con reuniones y “tareas de estudio” de marxismo-leninismo.

Es una operación sencilla —y común en la historiografía— presentar este tipo de narraciones como explicaciones de la politización de los sujetos porque, en estricto sentido, describen el momento (aunque no lo daten) en que distinguieron una transformación en sí mismos. Esto quiere decir que señalar que el paso por una institución (el “ambiente” como lo nombra Simón), los grupos de estudio, las lecturas y los conflictos laborales estuvieron asociados a la politización, recupera parte sustantiva de la experiencia. Sin embargo, apuntar únicamente esto termina por articular un relato historiográfico en el que se presenta a la conciencia como resultado del impacto que tienen los eventos externos en el individuo y, como señala Pablo Pozzi, dicha operación les arranca la politización a los sujetos, en lugar de ahondar en su explicación, pues les niega las facultades para formular, durante la experiencia, la crítica al mundo en que viven.²⁹

28 “Boceto de declaración”, sin lugar, 4 de mayo, 1975, versión pública “Liga Comunista 23 de Septiembre”, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Gobernación, Sección Dirección Federal de Seguridad (DFS), año de publicación 2010, legajo 5.

29 “Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina”, en *idem* (coord.), *Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina*, 2003, p. 7.

De acuerdo con Pozzi, los sujetos se comprometen con una organización o agrupación política determinada en momentos específicos porque sus propuestas concuerdan con su sentido común. En suma, para comprender la politización podemos acercarnos, en primera instancia, al punto de llegada que ésta representa y, en seguida, precisamos recuperar los indicios del “sentido común” o las bases sociales y subjetivas que los dispusieron para sumarse o iniciar un proyecto de transformación de su mundo social.

Las explicaciones inmediatas que encontramos en los relatos de sí son indicios de los espacios, las relaciones, las situaciones y los procesos en los que se produjeron (como efecto de circulación) las emociones, los sentidos y las valoraciones que los dispusieron para —en otro momento— condensar su experiencia como politización y articular una narrativa al respecto. A continuación, exploraré los indicios de los relatos presentados hasta el momento.

EN LAS PROFUNDIDADES DE LA POLITIZACIÓN: LA VERDAD SUBJETIVA DE LA ESCOLARIZACIÓN

Las formulaciones con las que los sujetos narran la influencia que ejerció la normal rural o los conflictos laborales en su conciencia política son indicios para dirigirse a otros ámbitos y tiempos de su vida, con el fin de descifrar por qué lo vivido en la normal o en los terrenos de extracción de cantera llegó a cobrar especial significado, tratándose de política y compromisos sociales. En este apartado me detendré en frases puntuales, metáforas y estructuras narrativas de los relatos de Apolo, Camilo, Charo, Simón y Víctor, para mostrar el análisis que realicé acerca de la configuración de una disposición subjetiva para ser afectados por el estudio, las lecturas, la institución y los conflictos laborales. En el caso de estos cinco hombres, encontré que en dicha configuración fue nodal su experiencia de escolarización, pero esto no debe ser leído como si la escolarización tuviera la cualidad intrínseca de disponer a los sujetos en uno u otro sentido.

En *Meditaciones pascalianas*, Pierre Bourdieu reflexiona sobre la doble verdad del trabajo: por un lado, la explotación; por otro,

el sentimiento de placer u orgullo que se gesta en ciertos ordenamientos laborales.³⁰ Yo planteo, a partir de Bourdieu, que es posible diferenciar las caras objetiva y subjetiva del proceso de escolarización: por un lado, reproduce el orden social y genera las distinciones que imponen la ilusión de un sistema de capacidades individuales, ahí donde deberíamos ver capital cultural;³¹ por otro, las distinciones forjadas en algunos desarrollos escolares han llegado a producir sentimientos de orgullo y compromiso social. Si la distinción escolar está dirigida a alejar a los sujetos de familias de bajos recursos de sus bases sociales (como movilidad basada en el mérito), el sentirse distinguido (valorar positivamente la diferencia sentida) en las tareas y dinámicas escolares los comprometía a perpetuar este camino y, por lo tanto, a seguir estudiando. La distinción, un sentimiento producido como efecto de la circulación del desempeño calificado por los profesores, las expectativas familiares y del sujeto sobre la escuela, y la valoración de sí mismo, fue reorganizada en experiencias posteriores. De hecho, como argumentaré, contribuyó a la transformación subjetiva que entraña la politización.

Camilo utilizó la metáfora del imán para hablar del efecto que la normal rural tuvo en él: es necesario contar con ciertas características para que la atracción tenga lugar. ¿Cómo desarrolló tales características? ¿Cuáles eran? Ahora vayamos al relato de Simón, quien sugirió que la normal tenía el “ambiente” requerido para la “rebeldía adolescente”; con esto, considero que deja entreverse que la relación entre normal y rebeldía no fue unívoca ni inevitable, y que los sujetos politizados lo saben. Por su parte, Apolo afirmó que, mientras fue estudiante, no participó de manera especial en las movilizaciones o agrupaciones, sino que las ideas aprendidas en dicha escuela tuvieron efecto años después, cuando era maestro en una zona de insurgencia magisterial; esto quiere decir que la función “politizadora” de la normal fue reconocida a posteriori y en un espacio social que promovió su radicalización.

30 1999, pp. 266-71.

31 P. Bourdieu y J. C. Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, 1996.

En suma, estos tres relatos muestran que lo vivido dentro de esta institución fue engarzado con la constitución previa de los sujetos. Estos engarces fueron diferentes y es importante reconocer dichas diferencias para llegar a comprender por qué, en algunos casos, la idea de transformación radical del mundo se pegó a la experiencia normalista. Mientras que para Camilo la política de la normal lo dirigió hacia la militancia en una organización político-militar a principios de 1971,³² a Miguel le dio la certeza de que no debían comprometerse.

Otra versión de la noción de imán —que trae aparejada la de hierro, es decir, de atracción relacional— está presente en el relato de Víctor. Él entrelazó objetos (documentos apilados, mimeógrafos), espacios (la oficina del COPI) y prácticas (hablar, asambleas), sujetos (dirigentes) con la “aparición de la actividad política” en su vida. El fragmento citado, leído en clave de procesos de subjetivación, es especialmente rico para comprender que las emociones y los significados que estos objetos y situaciones tenían unidos es lo que permite que les afecten durante la normal rural. Para Víctor, la producción y la acumulación de documentación lo afectaba, y las reuniones de jóvenes como él que hablaban un lenguaje un tanto incomprensible (pero en un tono y con gestos de explicación) eran valorados como “importantes”, como algo a lo que él debía prestar especial atención y que lo disponían a involucrarse. De acuerdo con Víctor, el contenido específico de las discusiones de asamblea y de los textos sobre el orden político y social en México que leía en la normal rural era equiparable —en términos emotivos— a la atracción que producían los impresos y la práctica de explicar-argumentar.

En el relato de Charo, toda vez que la politización está anclada a los estudios promovidos por un tercero en un contexto de conflicto laboral, considero pertinente atender los espacios en donde presenta las peculiaridades de sí, en tanto trabajador. Primero, en este fragmento distingo que llegó a la cantera porque tuvo que dejar su ocupación previa; ahora bien, ésta no era una ocupación cualquiera:

32 Camilo inició su militancia político-militar en una célula del Grupo N “Los Guajiros” en Guadalajara, a principios de 1971. Más adelante, en marzo de 1973, pasó a la recién fundada Liga Comunista 23 de Septiembre, la organización más estudiada.

estudió para desempeñarla y la ejercía junto con un excompañero de escuela, en un taller propio y después a domicilio. Segundo, su arribo a la cantera —un trabajo de fuerza física—, luego de dejar su profesión, se alejaba de sus expectativas profesionales y era poco alentador porque persistían los conflictos sobre la propiedad de los terrenos que él ya conocía. Un trabajador escolarizado que, muy pronto, emprende tareas de organización, toma la palabra y participa en un grupo de estudio (lectura y lecciones de marxismo-leninismo dirigidas por el Güero). En este punto, avizoro que es conveniente indagar en los elementos que el relato provee sobre las asociaciones entre educación y expectativas de futuro.

Tanto en las entrevistas como en las declaraciones judiciales hay indicios de la constitución del sujeto y de los otros con respecto a los cuales éste se constituye.³³ Hay señales, en términos de Ahmed, de la circulación de emociones entre sujeto y objetos que permite comprender la organización de una conciencia.³⁴ Tomemos, en primer lugar, el relato de Víctor. Este hombre narró que los documentos apilados en la oficina del COPI de la Normal Rural de Roque le producían una afectación tal que acabó por buscar estar en ese espacio y tocar, leer, sentir, lo que estaba en ellos. En una entrevista previa, Víctor abordó algunos aspectos de su experiencia infantil con los impresos y la lectura. A propósito de mi pregunta sobre sus recuerdos más tempranos acerca de la lectura, narró con detalle, por ejemplo, que cuando eran estudiantes de primaria en un internado público de la ciudad de Guanajuato, él y su hermano menor acudían los fines de semana a la casa de una maestra y ahí pasaban horas leyendo historietas infantiles:

nosotros aprovechamos para ir a comer [con la maestra], porque era una comida diferente y ellos tenían todo eso ahí. Entonces, estábamos ahí sentados... duramos seis, siete horas sentados ahí, los dos, leyendo, ¡no sabíamos platicar! No teníamos el [pausa] roce social para entablar una conversación, si nos preguntaban algo, contestábamos y si no,

33 P. Ricoeur, *Sí mismo...*

34 *La política cultural...*

callados. Pero mira, leyendo, y si cuando estábamos por ahí sentados, nadie nos estaba viendo, agarraba unos dos y me los metía aquí [debajo de la camisa], me los llevaba y los seguía leyendo. Y llegábamos a la escuela, se apagaba la luz [pausa] y yo me quedaba a la orilla de la puerta, de la ventana [se corrige] de la calle, si me tocaba dormir allá y la luz de la calle me servía para seguir leyendo, entonces... sí, me gustó mucho, cuando supe que podía leer, me gustó leer.³⁵

Leer, la fascinación por lo escrito y la escritura está asociado, además, con su desempeño escolar: Víctor fue un estudiante de dieces que ganó concursos de escritura (y esto era un proceso dialógico). Los impresos habían develado su magia durante la infancia. No era necesario conocer lo que decían para sentir que contenían algo preciado, algo —como él dijo— “importante”. No obstante, es insuficiente reconocer los afectos previos para comprender por qué aquellos alteros de documentos fungen como la “aparición” o el inicio de la politización. De hecho, fungen como un parteaguas porque habilitan una transformación subjetiva y, para comprenderla, es preciso explorar otros fragmentos del relato. Tras entrar al mundo de las agrupaciones estudiantiles, en una coyuntura crítica de las normales rurales, Víctor fue mudando sus afectos de la dedicación a los estudios hacia el trabajo político:

Víctor: [...] Recuerdo también que mis calificaciones empezaron a [gesto con las manos] a bajar.

Autora: ¿Te importaba que bajaran?

Víctor: Ya no [énfasis], porque ya decía: “Esto [andar en la política estudiantil] es más importante”, ya no. Mientras no hubo otra cosa, era importante, ¡era lo más importante para mí!, y las mantuve bien, pero ya ahí ya hubo otros intereses.³⁶

Además, descubrió que los libros, las revistas y otros documentos le dejaban impresiones diferentes. Había textos que lo afecta-

35 Entrevista con Víctor, Guanajuato, 16 de julio, 2018. Encuentro 2/6, 123 min.

36 *Loc. cit.*

ban profundamente y otros que, por más que intentara, encontraba dogmáticos. Para Víctor, la distancia que se abrió entre él y algunos textos fue causada por la desarticulación de las agrupaciones estudiantiles y la expulsión de muchos dirigentes de la normal en 1969: ellos eran quienes debían haberlo acompañado para llegar a la sustancia y no andar sólo repitiéndolos; es decir, hubo impresos que requerían vínculos sociales para producirle una afectación. Los libros teóricos y de análisis político de la revolución, en consecuencia, no fueron protagonistas (en esta etapa) de su politización. Fue entonces cuando se inclinó por la literatura soviética.

Ahora bien, gracias a que Víctor articuló un relato explicativo sobre su politización, pude plantear una operación para comprender cómo articuló objetos, sentimientos y sentidos políticos en su experiencia. Ésta es, además, sólo una de las aproximaciones que pueden delinearse, pues en otros espacios de entrevista, Víctor señaló que las experiencias de represión y de organización estudiantil lo dispusieron hacia la actividad política y, en 1973, hacia la militancia político-militar. Lo que propongo es que, para comprender la politización, realicemos operaciones semejantes a la que aquí he delineado, reconociendo que éstas son necesariamente provisionarias, dialógicamente determinadas por el relato (como posición del sujeto) con el que trabajamos.

En la primera parte de su declaración judicial, Charo narró los aspectos que consideró pertinentes en una situación de detención-interrogatorio para caracterizar a su familia y su escolarización. Es una exposición amplia —en relación con otras declaraciones judiciales tomadas por la DFS—, en la que sus avatares escolares y la búsqueda de un trabajo acorde a su profesión y bien remunerado son nodos narrativos que me parecen relevantes. Charo es originario de Guanajuato, pero migró a la Ciudad de México cuando tenía cerca de siete años por iniciativa de su padre. El papá los llevó a él y a su hermano menor al sur de la metrópoli, en la cantera de Puente de Piedra:

Mi padre ahí trabajó de cantero inicialmente[,] luego le dieron un cargo de una fracción de cantera para que la manejara él, después de eso

él a través de su trabajo y de su esfuerzo se compró un camión, yo le ayudaba en ese trabajo de la cantera y además iba yo a la escuela[.] Entré en un principio a la escuela Primero de Mayo que está [...] ahí entré como de ocho años[.] No recuerdo exactamente a qué edad, tuve que suspender las clases porque unos pandilleros me golpearon, me dejaron en la cama como tres semanas y ya mi padre no me quiso mandar a la escuela, perdí ese año y el siguiente año me apunté en la escuela Vidal Alcocer que está en Magisterio Nacional [...] [.] Ahí entré yo en segundo año, luego como mi padre ya me había enseñado a leer un poco y a escribir un poco yo le pedí a la maestra que me pasara a tercer año a la edad como de nueve años[.] A esa edad yo le ayudaba a mi padre a trabajar en la cantera[.] Empiezo yo a llevar el tercer año no me acuerdo exactamente si es a los nueve o diez años, no sé exactamente, entonces es cuando me enfermo de [testado en copia disponible para consulta], voy a perder el tercer año[.] Ahí pierdo otro año de escuela porque duro tres meses en la cama y cuando voy de nuevo a escuela ya no me puedo emparejar con los demás, tengo que volver a empezar[.] Para eso yo le ayudo a mi padre a trabajar en la cantera, como ya le dije, pasan los años y llego a tener quince años y voy en quinto de primaria[.] A ese tiempo yo me pongo a trabajar en la cantera porque mi padre con lo que gana, tiene muchos chavitos y no gana para vestirme, para vestirnos a todos[.] Aunque sí podría [pudiera] mi interés era ayudarlos a mantenerlos sosteniéndome yo mismo[.] Bueno, yo empiezo a agarrar el marro a partir piedra de las seis de la mañana o desde las ocho de la mañana hasta como a las doce del día [...] suspendo el trabajo a las doce del día, me baño, me voy a la escuela a la una para entrar a la una y media a la escuela de Vidal Alcocer a esa edad [...] Y en ese tiempo se paraliza la cantera [y] yo ya no encuentro dónde trabajar y mi interés es buscar trabajo, encuentro como primer trabajo después de la cantera la fabricación de zapatos de manufactura Yiyeli que está en Huipulco [...] y tengo que cambiar de turno de la escuela, me voy a estudiar a la nocturna el sexto año en la escuela Primero de Mayo [...] Cuando termino de estudiar la primaria me inscribo en la Escuela Mexicana de Electricidad ubicada en Revillagigedo Cien, ahí estudio tres años la carrera de técnico en radio y televisión[.] Estudio y trabajo en manufacturas Yiyeli [...] Y antes de terminar el curso de los tres años

[...] nos propone un maestro que vayamos a presentar un examen a la empresa Eskai Laine [Sky Line] de México al departamento de combielementos [...] Vamos como siete de los cuales pasamos la prueba tres de la misma escuela [...] Duro ahí como un año [...] Y me salgo de esa empresa para entrar en un taller [...] Ahí duro más o menos seis meses trabajando arreglando radios[.] Tengo de nuevo que salirme porque me pagan muy poco y no me dan permiso de ejercer mi práctica sobre televisión y me dan puros radios para arreglarlos[,] ése es el motivo por el cual tengo que pedir mi renuncia [...] En ese tiempo es más o menos setenta y uno [...] Salgo de ahí y me voy nuevamente a la cantera mientras encuentro acomodo en otro lugar, tengo que, había dejado cinco años de trabajar en la cantera y tuve que volverme a acostumbrar a los callos que salen ahí con el marro, todo[.] A veces ahí en la cantera en el trabajo se le dice echar machete o sea subir las piedras en los camiones partiendo piedra, ayudándole a mi padre en el camión.³⁷

Me he permitido citar este fragmento en extenso porque se trata de un documento excepcional dentro del corpus de declaraciones judiciales integradas a las versiones públicas de documentos producidos o archivados por la DFS, ahora en resguardo del Archivo General de la Nación. Debido a que se trata de un boceto y no la declaración final que los agentes de la DFS presentaban ante el Ministerio Público o éste a un juez, el relato se encuentra escrito en primera persona, lo que permite aproximarse a las emociones y las expectativas que Charo recapituló cuando estuvo obligado a narrarse a sí mismo.

De manera dialógica (entre la explicación inmediata sobre su politización y la narración de su vida *antes* de conocer al Güero), destaco que la escuela y el trabajo en la cantera son los dos ámbitos sociales protagonistas de su infancia: en repetidas ocasiones, Charo tuvo que suspender sus estudios por razones distintas a su voluntad (lo golpean y se enferma), pero regresa tantas veces como es necesario y, desde casa, su padre apoya sus estudios con lecciones

37 “Boceto de declaración” sin lugar, 4 mayo 1975, versión pública “Liga Comunista 23 de Septiembre”, AGN, Fondo Gobernación, Sección DFS, año de publicación 2010, legajo 5.

de lectoescritura. En el relato, distingo que Charo tenía disposición para estudiar la primaria (pide a la maestra que lo suba de grado e intenta “emparejarse” con sus compañeros después de la enfermedad) y continuar esta trayectoria para cambiar el rumbo de su vida laboral. Desde la infancia, Charo pertenecía a la extracción de cantera y prueba de esto es que regresó tantas veces como fue necesario; cuando fue imposible seguir trabajando aquí, buscó nuevos horizontes: laboró en manufacturas, concluyó la primaria y entró a la escuela de electricidad. Llegó a ser profesional de arreglo de televisores, ocupación que procuró desempeñar en diferentes talleres y en un emprendimiento propio durante cerca de cinco años. Su escolarización lo había afectado; creo que es factible sugerir que *orgullo* es la palabra para caracterizar el efecto de la circulación entre trayectoria familiar, laboral y escolar. Él era experto en televisores, arreglar radios pagaba poco y era subjetivamente incómodo. Trabajar como técnico electricista en televisores era la continuidad de su escolarización. Las condiciones en que retornó a trabajar en la cantera (conflicto por los terrenos y luego de que sus expectativas profesionales fueran truncadas), y no el trabajo en la cantera por sí mismo, lo afectaron. Dicha afectación, como he señalado en el apartado anterior, lo dispuso para cambiar las condiciones ya de por sí conocidas. Su experiencia de escolarización, además, lo acercó a la participación letrada que el Güero les propuso.

Como en los casos de Víctor y Charo, en los relatos extensos de Apolo, Camilo, Simón y Miguel, distingo configuraciones subjetivas en las que la escolarización suma para disponerlos hacia los espacios, los objetos, las relaciones, las personas, los eventos y las lecturas que sirven de parteaguas subjetivos en las explicaciones sobre la politización. Miguel, por ejemplo, hijo de una madre viuda que estudió la primaria en un internado de Durango, recordó que la lectura, hablar en clase y estudiar, le dieron estatus entre sus pares:

A mí la lectura me representó la posibilidad de ser [énfasis] ante los demás. Yo, físicamente, yo era muy inferior, a parte que yo entré más chiquito que los demás al internado. [...] [Además] cuando yo hablaba, me significaba ante los demás. Yo me di cuenta que era el conocimiento

el que me daba pauta, ¡como una pauta existencial! [...] cuando yo hablaba en clase, era diferente a la cancha deportiva, al andar haciendo aseo... en los otros espacios. Y yo creo por eso me apasioné tanto por leer. Era mi vehículo para aprender y entre más sabía, ¡más amigos tenía y más reconocimientos! ¡Me buscaban los fellotes y los grandotes! [...] Pero a mí ya no me iban a hacer *bullying*, iban a que les ayudara a hacerles la tarea, a explicarles tal o cual cosa. Y en las noches, ¡contarles historias! [...] Y eso me generó un cierto estatus.³⁸

Aunque la relación no sea de causalidad, el acercamiento que propongo para comprender los procesos de subjetivación relacionaría la afectación que le produjo la escolarización (nuevamente, orgullo y distinción) con la decisión de Miguel de no unirse a ninguna organización político-militar en la juventud. En los espacios escolarizados se tejían emociones profundas que lo constituían como sujeto y esto contribuyó —no determinó— a su definición política en un espacio-tiempo determinado.

Camilo y Víctor, en cambio, se distanciaron del afecto que producían las responsabilidades escolares para dar paso a la dedicación de tiempo (y emoción) completo a la política. Camilo, por ejemplo, se diferenció a sí mismo de otro estudiante que era “el niño bueno” de su generación por sus calificaciones y conducta escolar: Luisantonio.³⁹ Sin embargo, cuando accedí a algunos documentos de la trayectoria escolar de ambos en el Archivo Histórico de la Normal Rural de Aguilera, Durango, descubrí que las calificaciones no eran tan distantes y que, además, Luisantonio tuvo cargos de representación estudiantil (política) en los tres últimos años de normal. En entrevista, Camilo dijo ser muy diferente a Luisantonio, pero —visto a la luz de documentos de la época—, encuentro que esta valora-

38 Entrevista con Miguel, Durango, 16 de mayo, 2017. Encuentro 2/3, 101 min.

39 Luisantonio fue estudiante de la generación de Camilo en la Normal Rural de Aguilera. En 1973, Luisantonio era militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre, organización a la que había ingresado a través de la incorporación de Los Macías a esta confederación. En alguna reunión de la Liga, Camilo y él volvieron a encontrarse. Para Camilo fue sorpresivo descubrir que Luisantonio militaba en la liga, toda vez que durante los seis años en la Normal Camilo lo percibía como un alumno disciplinado, enteramente dedicado al estudio.

ción esté fundada en la experiencia subjetiva, en particular, el movimiento subjetivo que estaba transitando Camilo: él sacaba buenas calificaciones, pero era “desastroso” y estaba volcado a la política estudiantil; Luisantonio era un “niño bueno”.⁴⁰

CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo, planteé una ruta metodológica para documentar y estudiar los procesos de subjetivación. En primera instancia, sugiero que partamos de las explicaciones inmediatas que los sujetos construyen para explicar por qué se interesaron por lo político o por qué decidieron participar en prácticas y organizaciones dirigidas a transformar el mundo que les tocó vivir. Dichas explicaciones permiten reconocer coordenadas para explorar el proceso de politización, pero no deben ser confundidas con el proceso mismo, como ha hecho la historiografía más difundida.

Una vez localizadas estas explicaciones, y toda vez que constituyen un fragmento de un relato de sí más amplio, propongo distinguir indicios que nos permitan desentrañar por qué a las lecturas, los objetos, los eventos, las relaciones, las instituciones y las agrupaciones que fungen como nodos narrativos de la explicación se les unieron emociones, sentidos y expectativas.

En este capítulo estudié algunas asociaciones de emociones con escolarización y planteé que Camilo, Charo, Miguel y Víctor, provenían de trayectorias escolares que les formaron sentimientos de distinción individual y orgullo. A pesar de que ambos sentimientos les habilitaban rutas de vida divergentes —sentirse mejores que sus pares en oposición a sentirse responsables de actuar para la colectividad—, fueron transformados en la práctica y los conciliaron.

40 Entrevista con Camilo, Durango, 17 de mayo, 2017. Encuentro 2/4, 66 min. Los fragmentos de las trayectorias de ambos los recuperé de los siguientes documentos de archivo: carpeta “111. [nombre propio de Camilo, empezando por apellidos]”. Año 1964; carpeta “Comité de Honor y Justicia. Exp. 211”. [Año 1967-1968]; carpeta “Alumnos Exp. 210”. Año 1967-1968, Archivo Histórico de la Normal Rural J. Guadalupe Aguilera.

Durante los años sesenta, muchos jóvenes se sintieron internamente compelidos a enfrentarse a formas de poder y autoridad diversas. Esto era resultado de la situación de potencial confrontación y la estructura de sentimiento con la que daban sentido a su vida, a las relaciones y a los múltiples niveles del orden social.

Por otro lado, en este mismo capítulo postulé que las raíces sociales y subjetivas con que los sujetos aprehendieron su compleja cotidianidad estaban en movimiento; es decir, que al aprehender lo que subjetiva y socialmente experimentaban, lo que aparecía como su raíz en un momento, se transformaba. Conviene que desplacemos nuestra imaginación de las raíces de árbol, como hacen Deleuze y Guattari, hacia el rizoma, en donde es imposible reconocer “la raíz principal, pero su unidad sigue subsistiendo como pasado o futuro, como posible”.⁴¹ Así pues, aunque es posible distinguir la continuidad subjetiva de estas mujeres y hombres, es igualmente posible e importante distinguir sus transformaciones. Es precisamente gracias a que estos hombres reflexionan sobre su transformación subjetiva que es posible sumergirse en las profundidades de la politización.

REFERENCIAS

- Ahmed, Sara, *La política cultural de las emociones*, México, UNAM, 2015.
- Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1999.
- Bourdieu, Pierre, *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, México, Fontamara, 1996.
- Chamberlain, Mary y Paul Thompson (eds.), *Narrative and genre*, Londres, Routledge, 1998.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2002.

41 *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, 2002, p. 11.

- Entrevista con Apolo y Carlos, Durango, 16 de noviembre, 2016. Encuentro único, 170 min.
- Entrevista con Camilo, Durango, 17 de mayo, 2017. Encuentro 2/4, 66 min.
- Entrevista con Camilo, Durango, 17 de noviembre, 2016. Encuentro 1/4, 86 min.
- Entrevista con Miguel, Durango, 16 de mayo, 2017. Encuentro 2/3, 101 min.
- Entrevista con Miguel, Durango, 20 de noviembre, 2016. Encuentro 1/3, 69 min.
- Entrevista con Simón, Durango, 15 de mayo, 2017. Encuentro único, 148 min.
- Entrevista con Víctor, Guanajuato, 16 de julio, 2018. Encuentro 2/6, 123 min.
- Gamiño Muñoz, Rodolfo, Yllich Escamilla Santiago, Rigoberto Reyes Sánchez y Fabián Campos Hernández (coords.), *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: historia, memoria, testimonios y literatura*, México, UNAM/Uatx, 2014.
- García Aguirre, Aleida, “The subject is still there. Judicial statements and mexican political-military organizations in the seventies”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 30, núm. 3, 2021, pp. 349-370.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI/Social Science Research Council, 2002.
- Lauretis, Teresa de, “Semiótica y experiencia”, en *idem, Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 251-294.
- Leibner, Gerardo, *Camaradas y compañeros: una historia política de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011.
- Manzano, Valeria, *The age of youth in Argentina: culture, politics, and sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014.
- Marchesi, Aldo, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del MURO*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.
- Markarian, Vania, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molo-tovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- Necoechea Gracia, Gerardo, “El proceso de politización desde una perspectiva de historia oral: militantes de izquierda latinoamericanos, 1960-1990”, *Tempos Históricos*, núm. 17, 2013, pp. 162-182.

- Oberti, Alejandra, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.
- Oberti, Alejandra, “Archivos orales: lo que dicen los testimonios”, en Daniel Bedenes y Luciano Grassi (comp.), *Historia, memoria y comunicación*, Bernal, UNQ, 2011, pp. 69-74.
- Oberti, Alejandra, “La memoria y sus sombras”, en Elizabeth Jelin y Susana G. Kaufman (comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI/Social Science Research Council, 2006, pp. 73-110.
- Oikión Solano, Verónica, “El Movimiento de Acción Revolucionaria: una historia de radicalización política”, en Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México*, vol. II: Siglo xx, Zamora, El Colmich/CIESAS, 2009, pp. 417-429.
- Padilla, Tanalís, “Memoires of justice: Rural Normales and the cardenista legacy”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 32, núm. 1, 2016, pp. 111-143.
- Peñalosa Torres, Alejandro, “La lucha de la esperanza: Historia del MAR (1965-1971)”, tesis de Licenciatura en Historia, México, ENAH, 2004.
- Pineda Ochoa, Fernando, *En las profundidades del MAR (El oro no llegó de Moscú)*, México, Plaza y Valdés, 2003.
- Portelli, Alessandro, “El tiempo de mi vida’: las funciones del tiempo en la historia oral”, en Jorge Aceves (comp.), *Historia oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, pp. 195-218.
- Portelli, Alessandro, “Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989, pp. 5-32.
- Pozzi, Pablo, “Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina”, en *idem* (coord.), *Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2003, pp. 1-12.
- Remedi Allione, Eduardo, *Detrás del murmullo. Vida político-académica en la Universidad Autónoma de Zacatecas, 1959-1977*, México, UAZ/Casa Juan Pablos, 2008.
- Ricoeur, Paul, *Sí mismo como otro*, México, Siglo XXI, 2003.
- Sartre, Jean-Paul, “Marxismo y subjetividad. La conferencia de Roma, 1961”, *New Left Review*, núm. 88, 2014, pp. 92-121.

- Scott, Joan W., “Experiencia”, *Revista de Estudios de Género La Ventana*, vol. 2, núm. 13, 2001, pp. 42-73.
- Thompson, Edward Palmer, *The making of the english working class*, Nueva York, Pantheon Books, 1964.
- Villanueva, Carla I., “The politics of repressive education reform: the institutional relationship between the Secretaría de Educación Pública and escuelas normales rurales in Mexico during the Cold War”, tesis de doctorado en Filosofía (Historia), South Bend, Indiana, University of Notre Dame, 2020.
- Williams, Raymond, *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

**¡A LA CALLE! BREVES COMENTARIOS
EN TORNO A LAS DIMENSIONES AFECTIVAS
DE LA VIOLENCIA EN LA PROTESTA ESTUDIANTIL
UNIVERSITARIA DE CHILE (1978-1990)* 42.**

Pablo Toro-Blanco

INTRODUCCIÓN. UNA INSÓLITA BARRICADA

La escena transcurre en un día de abril de 1985, en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Luego de una marcha estudiantil por todos los pabellones y patios del desangelado campus La Reina, en los bordes de la zona oriente de Santiago, voceando la rabia juvenil contra la dictadura y sus representantes en la universidad, las y los estudiantes concurren hacia el frontis del plantel, obedeciendo al mantra colectivo que, con distinta convicción, llena las gargantas de la masa: “¡A la calle!”. Es un código de acción y un imperativo afectivo y político que cumple el rol de cierre de un estadio de la protesta estudiantil (la de los discursos en el casino, los panfletos y los cantos contra Pinochet) y abre el camino para un nuevo momento: la elaboración de la barricada, el corte de la calle y la espera de la llegada de las fuerzas policiales para iniciar un ciclo de enfrentamiento, combate siempre desigual: piedras contra gas lacrimógeno; insultos contra balines, si la ocasión lo amerita; bombas molotov contra munición regular, en algunos casos. La escena se repite una y otra vez y parece formar parte de un orden ritual, discutido en ocasiones, pero aceptado de manera permanente. A veces, sin embargo, la barricada se extingue sin que llegue al

* Este texto se beneficia de las reflexiones y lecturas desarrolladas en el marco del proyecto Regular Fondecyt 1200102, de cual soy investigador responsable. También ha sido un aporte el trabajo desarrollado en el Grupo de Investigación Ágora de Educación y en la Red de Estudios de la Universidad en Chile, instancias en las que participo.

campus el destacamento de las fuerzas especiales de carabineros de Chile, la policía militarizada, a despejar la vía pública y reprimir al estudiantado.

Esa barricada de Filosofía y Humanidades de 1985, repetida en innumerables ocasiones y por razones múltiples, tiene una singularidad, algo semejante a lo heroico y también distintivamente irónico respecto a otras que, en los mismos días, levantan otros universitarios a lo largo y ancho de la capital y en distintos puntos del país contra la dictadura militar: como el campus se encuentra a escasos metros del final de una avenida que está, en esa época, en el borde oriente de la ciudad, tiene un destino nulo desde el punto de vista práctico. No interrumpe el tráfico vehicular, pues unos metros más arriba, camino abierto a la cordillera de los Andes, desaparece el asfalto que le da patente de urbano al espacio en que se ha relegado a las disciplinas menos queridas de la universidad: Filosofía, Historia, Literatura, entre otras. Es, en cierto modo, una barricada poética. Un fuego encendido en una calle agónica y precordillerana, en las laderas de la ciudad, en la lejanía de todo. Y a pesar de su inutilidad táctica, congrega periódicamente a quienes necesitan expresar su ira contra la dictadura. Se convierte en un espacio de convivencia de distinto calibre, de acuerdo con el nivel de compromiso de cada quien con ese cúmulo de neumáticos, madera y otros materiales de desecho que despiden volutas negras. Para unos, es la materialización de sus propósitos declarados de “crear hechos políticos” y apurar el ritmo de la “rebelión popular de masas” o de la “lucha de masas en perspectiva insurreccional” que han predicado en panfletos y encendidos discursos.¹ Según otros, que parecen constituir una minoría, es un despliegue de violencia que no contribuye a la unidad estudiantil, pero que, de todos modos, los convoca a ser testigos en segundo plano (y, en ocasiones, a terminar cumpliendo un inesperado rol de protagonistas lanzando piedras e insultos a la policía).

1 Las expresiones corresponden a los lemas mediante los cuales se socializaron las líneas políticas promovidas por comunistas y socialistas, respectivamente, en el contexto de la época, las cuales integraban, con distinto énfasis, el empleo de la violencia como forma de acción contra la dictadura de Pinochet.

Haber estado mirando la quema de esos neumáticos, oliendo el miasma de una pira hecha de múltiples insumos, voceando la rabia juvenil y compartiendo la expectativa de enfrentarse a los carabineros forma parte de la experiencia posible de un universitario en tiempos de dictadura. Constituye, por cierto, una acción política y corresponde a uno de los tantos repertorios de acción de un movimiento estudiantil (y, por ende, de una expresión de movimiento social). En una clave político-ideológica, es un episodio de choque entre propuestas divergentes acerca de cómo enfrentar la lucha social: con el uso o no de la violencia como recurso legítimo. Es así como esta antinomia definió, durante algunos años, las fronteras internas tanto de los estudiantes universitarios opositores como también las de la política nacional en el Chile de la década de los ochenta.²

En las siguientes páginas se busca señalar, de manera sucinta, elementos provisorios para una discusión acerca del rol de la violencia en la protesta estudiantil universitaria. A partir de la toma de conciencia respecto a los grados crecientes de interés en torno a aspectos concernientes a la subjetividad y la afectividad presentes en la experiencia universitaria históricamente considerada, se busca esbozar algunos problemas y desafíos teóricos para su comprensión, mediante el estudio de caso del movimiento estudiantil universitario chileno, en específico de la Universidad de Chile, en el periodo de la dictadura civil-militar encabezada por Augusto Pinochet (1973-1990). Para ello se recurre al estudio de algunas coyunturas de carácter conflictivo, buscando delinear aspectos emocionales subyacentes a la experiencia liminar de la protesta violenta universitaria, de la cual se privilegia como espacio de análisis las barricadas, principalmente debido a su índole pública. Así, mientras otras formas de violencia estudiantil (definidas de tal modo de acuerdo con el orden tradicionalmente instituido en la universidad), tales como tomas y

2 Este conflicto en el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile, que se presentó prácticamente en todo el escenario universitario de mediados de la década de los ochenta, está analizado en V. Muñoz Tamayo, *Generaciones. Juventud e izquierdas políticas en Chile y México*. (Universidad de Chile-UNAM 1984-2006), 2012, pp. 468-469. Véase también D. García Monge, J. Isla Madariaga y P. Toro Blanco, *Los muchachos de antes. Historias de la FECH 1973-1988*, 2006, capítulo VI.

ocupación de instalaciones o ataques verbales o físicos a personas, se ejecutaban en el plano doméstico del campus, las barricadas interactuaban con la esfera pública, en tanto su despliegue —según lo que sostenían sus defensores— “cierra la calle pero abre el camino”; esto es, su interdicción de la normalidad, del flujo de la normalidad (la calle), establecería un espacio para emprender una transformación política (el camino).

Con este propósito en vista, en la primera sección de este capítulo se aborda, de manera sucinta, ciertos aspectos de la comprensión tradicional del rol de la violencia en los movimientos sociales, con el propósito de agregar algunos elementos de discusión bajo un eje de análisis complementario: los atributos afectivos asociados al empleo de formas de acción violentas. Teniendo esas breves definiciones conceptuales ya a disposición, en la segunda parte del texto se aborda el caso en estudio (la protesta violenta estudiantil universitaria) en sus dimensiones tanto tradicionales como aquellas que se deducen del eje de análisis propuesto. Por último, en las reflexiones de cierre se intenta proponer, de manera breve, una validación de esta perspectiva como una forma de comprensión de las movilizaciones estudiantiles que puede enriquecer su análisis historiográfico.

LA VIOLENCIA CALLEJERA COMO PARTE DEL REPERTORIO DE ACCIÓN

Como primera consideración conceptual, si se suscribe una definición contemporánea y amplia de los movimientos sociales como “esfuerzos intencionales y sostenidos de promover o retardar amplios cambios sociales y legales, principalmente fuera de los canales institucionales normales apoyados por las autoridades”,³ resulta pertinente incluir en ellos a los movimientos estudiantiles. En una lectura tradicional, el foco puesto en la dimensión de cambio político y social ha instado a investigadores a singularizar su pluralidad y

3 J. Jasper, *Protest. A cultural introduction to social movements*, 2014, p. 10. La cita en el idioma original es: “social movements are sustained, intentional efforts to foster or retard broad legal and social changes, primarily outside the normal institutional channels endorsed by authorities”.

a referirse al movimiento estudiantil como una esencia que tiene epifanías específicas, pero que, en el fondo, es siempre igual a sí misma. Más allá de la reducción que supone esa comprensión esencialista, nos parece necesario tener siempre a la vista los aspectos distintivos de los movimientos históricamente considerados, sin negar que hay elementos comunes que permiten, por supuesto, trazar líneas genealógicas o comparativas. Así, los movimientos estudiantiles no son especies que surjan por generación espontánea, fruto del azar o mera voluntad generacional, sino que se anclan, marcados por su especificidad, en ciclos históricos que les brindan legibilidad como movimientos sociales desplegados en el tiempo.⁴

Un factor que ha acompañado a los movimientos estudiantiles, en tanto movimientos sociales, ha sido la violencia como parte de sus repertorios de acción. De una u otra manera, profundas pulsiones transformativas o reactivas generan escenarios en los que el recurso a la ruptura se encuentra en el horizonte de lo posible o de lo necesario. En un marco de análisis tradicional (rotulado como “prejuicio pluralista”) se ha considerado que el empleo de la violencia constituye una forma patológica de acción social debido a que, en presencia de múltiples canales institucionalizadores del conflicto en las sociedades democráticas modernas, quien opta por la violencia carecería, necesariamente, de racionalidad política.⁵ Esta forma de concebir el problema asume que el sistema político y social tiene siempre una coherencia intrínseca, que permite conducir y mediar el conflicto. Sin embargo, dicha visión no pone suficiente atención a la posibilidad, como demuestra la vida social empírica, de que los canales institucionales pueden ser disfuncionales e inflexibles frente a la velocidad y la profundidad de los cambios a los que determinados actores aspiran. En consecuencia, sería plausible considerar que quien se sale de tales marcos —y, por ende, llega a integrar a la vio-

4 Compartimos, en términos de esta precaución, parte de los planteamientos señalados por A. Donoso Romo en “Constantes en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: aproximación a partir del caso chileno de 2011”, *Revista de Historia de la Educación Latinoamericana*, 2017, p. 75.

5 S. Seferiades y H. Johnston, “The dynamics of violent protest: Emotions, repression and disruptive deficit”, en *idem* (eds.), *Violent protest, contentious politics, and the neoliberal state*, 2012, p. 4.

lencia en su repertorio— puede estar ejerciendo, en estricto sentido, una opción racional ante el bloqueo de sus demandas o necesidades.

La superación de la perspectiva recién mencionada supone, por ende, no sostener a priori una comprensión normativa de la violencia como desviación aberrante sino que, al contrario, intentar desplegar una mirada analítica frente a su uso por parte de actores sociales específicos. En tal sentido, se diluye la posibilidad de esencializar, glorificar o satanizar a la violencia como recurso de un movimiento social como el estudiantil y, por el contrario, se requiere un análisis con un componente histórico y contextual que explique sus modalidades y formas de expresión. De tal manera, por ejemplo, la comprensión de los disturbios estudiantiles —como son etiquetadas generalmente las barricadas, foco del presente estudio— se puede ver favorecida por un patrón de análisis que, como proponen Porta y Gbikpi, los mire de forma relacional, constructivista y dinámica. Con esto se quiere decir que, en primer término, se entienda a la violencia política como producto de la radicalización de los conflictos que vinculan a diversos actores; que se considere no sólo las oportunidades y las limitaciones externas, sino también cómo esos actores construyen socialmente su realidad, y por último, que se tenga en cuenta los mecanismos causales que unen al macrosistema (en el que acontece la violencia política) con el mesosistema (que forman las organizaciones radicalizadas) y el microsistema (que corresponde a las interacciones simbólicas dentro de las redes activistas).⁶ En suma, en la medida que se enriquece la mirada en torno a la violencia de los movimientos sociales es posible librarse de una comprensión únicamente normativa y que la iguala con la irracionalidad, siguiendo un enfoque binario que se expresa mediante distintos pares polares (política-violencia, razón-pasión).

Conforme se ha expandido el interés por superar el enfoque binario y normativo recién señalado, se ha dado mayor atención y carta de legitimidad a la comprensión de los significados culturales y los sentimientos que las personas que protagonizan la protesta le

6 D. della Porta y B. Gbikpi, “The riots: A dynamic view”, en S. Seferiades y H. Johnston (eds.), *Violent protest, contentious politics, and the neoliberal state*, 2012, p. 88.

atribuyen.⁷ La experiencia de la protesta callejera violenta contiene una miríada de ángulos de análisis que vinculan lo individual con lo colectivo, lo práctico con lo simbólico y lo local con lo global, entre otras convergencias posibles. En el caso de Chile, los ciclos recientes de movilización estudiantil de 2006 y 2011 y el “estallido social” de 2019 han despertado interés desde el punto de vista de sus dimensiones emocionales.⁸ Para efectos de una perspectiva histórica, la implicación coral de los estudiantes en hechos de violencia callejera, en rol protagónico o de comparsa de movimientos de más amplio espectro, habilita para pensar a ese tipo de eventos como fenómenos que sobrepasan la mera condición de disturbios, desórdenes o motines urbanos y que devienen en eventos con significado afectivo.⁹ Al agregar este matiz analítico, surge una posibilidad de mirar la protesta estudiantil en un juego de escalas y vinculaciones que la sitúa en una intersección interesante, dinámica y cambiante, en el nivel del conflicto que caracteriza al sistema social en el que se inserta y también en un plano global, con el cual es posible reconocer filiaciones.

En este sentido, es pertinente la observación que, desde la historia de las emociones, plantea Margrit Pernau acerca de la valencia emocional que se le atribuye a determinados espacios, generada ya sea por las prácticas periódicamente ejecutadas por un colectivo a modo de rutina (como, por ejemplo, la del espacio de la barricada en el periodo que interesa a estas páginas) o a través de una apropiación afectiva de un lugar que es heredada y transmitida por la me-

7 J. Jasper, *Protest...*, p. 17.

8 Al respecto, véase, por ejemplo, Á. Montoni Ríos, “Juventud militante y radicalización política: las emociones durante la contestación estudiantil chilena”, *Desafíos*, 2019, pp. 169-196, y N. Ortiz Ruiz, “Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011”, *Polis*, 2019, pp. 90-112. En un registro más general, aplicado al conflicto social en el Chile reciente, R. Medel y N. Somma, “¿Marchas, ocupaciones o barricadas? Explorando los determinantes de las tácticas de la protesta en Chile”, *Política y Gobierno*, 2016, p. 178.

9 Una síntesis de algunos de los principales lineamientos teóricos recientes en las ciencias sociales respecto a la relación entre emociones y movimientos sociales se encuentra en el artículo de N. Ortiz Ruiz, “Cacerolazo...”, pp. 92-94.

moria social.¹⁰ Para el caso del movimiento estudiantil chileno, esta conceptualización ayudaría a comprender la recurrencia de prácticas de violencia callejera en puntos específicos de la ciudad.

Como se comentará luego, esta valencia emocional respecto a las movilizaciones estudiantiles ha quedado encarnada en ámbitos distintos en el transcurso del siglo xx. Un espacio que cobró significado afectivo como continente de la protesta juvenil fue la principal arteria que recorre Santiago de oriente a poniente: la Alameda. Concebida originalmente en el siglo xix como una suerte de bulevar republicano y modernizador, con el paso del tiempo y la acumulación de las tensiones sociales devino en escenografía para la demostración del conflicto social y político. En los incidentes sucedidos en la Alameda en 1949 y 1957 (motines populares por el alza del transporte y el costo de la vida) y entre 1970 y 1973 (en el marco de la agudización del conflicto de clases bajo el gobierno de la Unidad Popular), la participación estudiantil fue sustanciosa, así como el empleo de formas violentas de protesta. El advenimiento de la dictadura civil-militar, tras el golpe de Estado de septiembre de 1973, clausuró por más de una década el uso de ese espacio como escenario de la protesta estudiantil masiva. Las movilizaciones universitarias del siglo xxi han restaurado una mayor frecuencia en la ocupación de la principal vía capitalina, tanto de forma masiva (así lo testimoniaron gigantescas marchas en 2006 y 2011) como mediante el empleo de métodos violentos de protesta.¹¹

En el marco general señalado y con la perspectiva de observar el fenómeno, aplicado ahora al periodo de la dictadura y con prolongación a los tiempos de la transición democrática en Chile, un caso emblemático de valencia emocional sería el de la intersección de las avenidas Grecia y Macul, en la comuna de Ñuñoa, en una zona de tradicional convergencia de las movilizaciones públicas de estudiantes tanto de facultades de la Universidad de Chile como del Pedagógico —nombre con el cual se conoce popularmente a la Uni-

10 M. Pernau, “Space and emotion: building to feel”, *History Compass*, 2014, pp. 541-549.

11 Un interesante análisis sobre la recuperación de este papel histórico de la calle principal de Santiago puede leerse en F. Marín Naritelli, *Las batallas por la Alameda. Arteria del Chile demoliberal*, 2014.

versidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), institución derivada de la primera a partir de la Ley General de Universidades promulgada por la dictadura en 1981. Podría considerarse que la memoria social urbana contemporánea ya le ha asignado una valencia emocional a ese espacio, la cual se ha transmitido intergeneracionalmente desde un movimiento estudiantil de antiguo cuño —con protagonismo de juventudes de partidos políticos y con una agenda circunscrita a la derrota del régimen de Pinochet— a uno muy distinto —construido a partir del asambleísmo directo, el énfasis en la dimensión territorial de la organización política y estudiantil y una agenda multitemática contra el modelo neoliberal.¹² A ello ha contribuido la ritualización del ejercicio de la violencia callejera de los jóvenes universitarios, incluso emancipada semántica y políticamente de su marco de significado dentro de los procesos que el movimiento estudiantil experimenta, como ha quedado expresado en la institucionalización, por parte de determinados sectores de la izquierda radical, del Día del Joven Combatiente.

Surgido a raíz de la conmemoración luctuosa del asesinato de Rafael y Eduardo Vergara Toledo, dos jóvenes hermanos y militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el 29 de marzo de 1985, el Día del Joven Combatiente se ha reiterado durante décadas como una *performance* de memoria que, de algún modo, vincula intergeneracional y afectivamente a estudiantes de la izquierda radical con el espacio de protesta violenta, tanto en la zona de movilización callejera universitaria ya señalada como en diversos sectores del Santiago popular. Las barricadas se alzan como un “objeto estético antimonumental” que, aunque transitorio, marca el espacio como una resistencia a la monumentalidad oficial.¹³ Con ellas se materializa una apropiación afectiva y ritual del espacio público.

12 Una muy buena descripción y análisis de la transformación experimentada por buena parte del movimiento estudiantil chileno tras el fin de la dictadura se encuentra en el libro de L. Thielemann, *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987-2000)*, 2016.

13 Una reflexión, en clave ensayística y filosófica, acerca de este fenómeno se encuentra en el artículo de P. O. Pérez González, “Memoria de resistencia en Chile, 1986-2000. Subversión e insurgencia en la barricada del Día del Joven Combatiente”, *Cuadernos de Historia*, 2020, pp. 255-277. Ahí se cita el concepto señalado.

En el contexto de las jornadas de protesta contra la dictadura, la *performance* estudiantil tenía incluso una iteración prevista: “después del mediodía era el tiempo de las demostraciones más combativas que activaban la fuerza vital juvenil y encendían los ánimos en el sector de Macul con avenida Grecia”.¹⁴

Junto con la noción de la apropiación afectiva del espacio,¹⁵ otro ramal interpretativo que ha sido integrado en perspectivas históricas sobre las emociones y que tendría sentido plantearse a propósito del movimiento estudiantil sería aludir, aunque sea de modo oblicuo, al concepto de refugio emocional. Dentro de la propuesta mayor planteada por el antropólogo norteamericano William Reddy, se puede entender por tal a una forma de organización, estatuida o no, capaz de ofrecer acogida, seguridad y liberación respecto a un régimen emocional adverso a quienes están en ella. Frente a un régimen, entendido como un conjunto de emociones normalizadas, prácticas y rituales que sostienen un orden político determinado, un refugio emocional, al mismo tiempo que alberga y proporciona sentido de pertenencia, contiene en sí la potencialidad de convertirse en una forma de contestación frente a dicho régimen.¹⁶ En el caso que concita nuestro interés, consideramos que es plausible mirar la dimensión gregaria de la barricada y la protesta callejera con este lente analítico y observar cómo dicho espacio pudo cumplir tal función, acompañando —y, quizás, rebasando— el sentido político contestatario y programático que le estaba asignado. El testimonio de un estudiante de la época resulta ilustrativo, en la medida en que sostiene que “para muchos tanto la barricada como el rock eran espacios para sentirse liberados y felices, aunque fuese por un instante leve, pero indesmentiblemente real”.¹⁷ Libertad y felicidad, esas especies

14 V. Bravo Vargas, *Piedras, barricadas y cacerolas. Las Jornadas Nacionales de Protesta. Chile, 1983-1986*, 2017, pos. 1961.

15 En el caso de los movimientos sociales en Chile, dicha noción abre una agenda todavía en ciernes para desentrañar los atributos afectivos que se encarnarán en la apropiación colectiva del significado espacial de la Plaza Baquedano, devenida en Plaza Dignidad tras el “estallido social” de 2019.

16 Recogemos estos conceptos planteados por William Reddy en su libro *The navigation of feelings. A framework for the history of emotions*, 2001, p. 129.

17 E. Valenzuela, *Fragmentos de una generación*, 1988, p. 74.

huidizas en un tiempo luctuoso, estaban al alcance, aunque fueran tan provisorias como la llama encendida en la calle, para constituir una experiencia liminar.

La experiencia de la barricada estudiantil en tiempo dictatorial resultó, como se verá más adelante, una cisura en el movimiento universitario opositor en la medida en que separó en la práctica aquello que, en el nivel del discurso desiderativo, formaba una unidad. Así, implicó una frontera interna para los estudiantes movilizados contra el régimen militar. En tanto apropiación afectiva del espacio, atribuyéndole una valencia emocional y, de manera complementaria, erigiéndose en refugio emocional, el rendimiento emotivo de la barricada y la política callejera violenta en función de los propósitos políticos del movimiento estudiantil podría ser mirado, desde la distancia que regala el tiempo, como ambivalente: para encarnar todas estas funciones dependía, en suma, de su capacidad de trasuntar de manera auténtica un sentir colectivo, una necesidad que sintonizara acción en común, afecto y pertinencia táctica, lo que no siempre fue posible conciliar.¹⁸

LAS BARRICADAS ESTUDIANTILES

En términos generales, la historia de las barricadas como mecanismos de acción colectiva en episodios de conflicto arranca en la Francia del siglo XVI, en el marco de disputas dinásticas y religiosas.¹⁹ La función primigenia que les dio sentido fue la de clausurar y proteger el espacio propio mediante el apilamiento de diversos artículos y, sobre todo, el empleo de cadenas estratégicamente situadas en calles

18 Sobre este punto, véase P. Toro Blanco, “*De miedo y de ira: estudiantes universitarios y emociones en dictadura e inicios de la transición chilena (c.1983-c.1998)*”, en M. Cordero, P. Moscoso y A. Viu (eds.), *Rastros y gestos de las emociones: Desbordes disciplinarios*, 2018, p. 466.

19 Para una historia documentada de las barricadas, desde una perspectiva que busca el diálogo entre sociología e historia, se recomienda el estudio de M. Traugott, *The insurgent barricade*, 2010, pos. 172. En un registro más admirativo, que también cubre el recorrido circunscrito a Francia, es útil la consulta de la obra de E. Hazan, *A history of the barricade*, 2015.

estrechas, las que, cruzadas de un extremo a otro de la calle y amarradas a robustos pilares, impedían el paso a eventuales invasores y enemigos. Existe algún consenso acerca de que su empleo en determinados hitos críticos de conflicto político —incluida la propia Revolución Francesa— obedeció, principalmente, a un sentido defensivo, cohesionador de la resistencia colectiva, que era propiciado por las condiciones provechosas que ofrecía un tipo de ciudad vialmente intrincada e irregular en la distribución de sus espacios. A través del tiempo, han cumplido diversos propósitos prácticos que, sin embargo, han tenido un lugar menos preeminente que el de su función simbólica, la cual ha sido recogida y proyectada en una escala que trasciende su origen parisino.²⁰ En este sentido, un elemento determinante de las barricadas, a través de su larga historia moderna y bajo esa denominación —recogida como vocablo en la edición de 1694 del Diccionario de la Academia Francesa—, ha sido el modo como han devenido en símbolo y materialización de revuelta y resistencia frente a un poder siempre superior.²¹

No es desdeñable la posibilidad de que ese atributo simbólico, transmitido por los diversos medios facilitados por la aceleración de los contactos transoceánicos en la primera mitad del siglo XIX, haya estado en la mente de aquellos adolescentes y jóvenes alumnos del instituto nacional que se movilizaron en protesta contra el gobierno conservador en 1831 y 1833.²² Según la descripción del historiador Benjamín Vicuña Mackenna, en la segunda de estas rebeliones los insurrectos procedieron, para defenderse, a “desempedrar los claustros, arrimando a cada una de las pilastras que rodeaban estos, un buen acopio de guijarros para defenderse en caso que el colegio fuera asaltado por fuerzas de la calle”.²³ En otras tantas ocasiones, a

20 M. Traugott, *The insurgent...*, pos. 172.

21 E. Hazan, *A history...*, pos. 58.

22 Sobre estos incidentes de temprana resistencia estudiantil, véase P. Toro Blanco, *La letra ¿con sangre entra? Percepciones, normativas y prácticas de disciplinas, castigos y violencias en el liceo chileno, c.1842-c.1912*, 2009, pp. 431-432. Estos episodios también son rescatados en el libro de F. Moraga, *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el Movimiento Estudiantil Chileno. 1906-1936*, 2006, pp. 56-66.

23 Citado en P. Toro Blanco, *La letra...*, p. 432.

través del siglo, los estudiantes de secundaria protagonizarían eventos de conflicto semejantes, aunque dirigidos principalmente al ámbito interno de sus lugares de estudio, con excepción de algunos episodios de protesta en la vía pública o acoso a autoridades de gobierno. Con todo, si se quisiera trazar una línea genealógica, no necesariamente exhaustiva, en torno a la barricada estudiantil, éstos serían los lejanos y débiles primeros trazos de una historia que se haría más contundente y visible ya en la segunda mitad del siglo xx.

En las primeras décadas del siglo xx se asiste a la configuración del movimiento estudiantil “clásico” chileno. Entre sus singularidades, una que llama la atención es su fuerte tendencia a la institucionalización, expresada desde 1906 en la Federación de Estudiantes de Chile. Junto con ello, estas primeras generaciones aglutinadas en formas de representación gremial buscaron con insistencia establecer lazos de vinculación con actores extrauniversitarios, lo que condujo a generar cercanía y diálogo con grupos de trabajadores, artesanos, intelectuales y otros actores críticos del sistema liberal imperante. Conforme avanzó el siglo fue posible apreciar un aumento en la tensión social en el escenario urbano santiaguino, trasunto de la conflictividad general del país. Acciones de protesta popular comenzaron a hacerse crónicas y a teñir de descontento tanto los espacios periféricos como el propio centro histórico, comercial y administrativo de la capital. Heterogéneas coaliciones circunstanciales de pobladores, estudiantes de secundaria y universidad, así como trabajadores fueron protagonistas de episodios de enfrentamiento con las fuerzas policíacas y, en ocasiones, con los militares. En dos de esos ciclos de protesta (1949 y 1957), la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) cumplió un rol detonante como entidad que convocó a protestas motivadas por el alza del pasaje de la locomoción colectiva y el aumento general del costo de la vida.²⁴

Fue en tales ocasiones, sobre todo en el intenso motín urbano de abril de 1957, cuando fue posible apreciar la complejidad del entramado de intereses, agendas y repertorios de acción de los estudiantes

24 Sobre estos eventos de protesta urbana, A. de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*, 1992, pp. 311-312.

con respecto al multiforme actor popular. La protesta masiva desbordó los canales más tradicionales de acción (marchas callejeras, comunicados, mítines masivos) y cobró ribetes de violencia ampliada. En ese escenario de ruptura hubo alumnos que se plegaron con entusiasmo a la formación de barricadas en el centro de Santiago, con el propósito de obstaculizar el desplazamiento de la policía. Así, por ejemplo, el sábado 30 de marzo, pocos días antes del cenit del ciclo de conflicto urbano, unos 400 estudiantes, tras vocear su solidaridad con los trabajadores y los pobladores al grito de “¡estudiantes con obreros, defendemos el puchero!”, procedieron a destrozarse casetas de control de semáforos y a utilizar automóviles para armar barricadas en las principales vías céntricas de la capital.²⁵ Los sucesos de abril de 1957 calaron hondo en el imaginario de la violencia popular urbana santiaguina. La participación de los universitarios merece, para nuestros intereses, algunas consideraciones en diálogo con ciertos aspectos del patrón de análisis propuesto por Porta y Gbikpi, que hemos mencionado con anterioridad, sobre la protesta violenta.

Respecto a la consideración propuesta —la sugerencia de Porta y Gbikpi de considerar la protesta violenta, expresada como motín, como un fenómeno relacional, constructivista y dinámico—, los eventos de abril de 1957 permiten entender la violencia estudiantil y su participación en las barricadas en el centro de la ciudad en el marco de un escenario de radicalización sistémica, tanto en el ámbito de la política formal —correspondiente, en ese momento, a un proceso de medidas restrictivas del gasto fiscal y de austeridad impulsado por el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo— como en la arena social —con la intensa activación de demandas populares en campos críticos, como vivienda, salud y educación. Dicha radicalización desplazó las fronteras de las demandas y las expectativas de los actores y cambió relacionalmente —por algún grado de contigüidad asociado al propósito estudiantil de estar junto a los trabajadores— al propio movimiento universitario. Así, una observación general sobre las formas violentas de conflicto cobra sentido: la dinámica

25 P. Milos, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, 2007, p. 175.

de las relaciones entre los participantes no asegura necesariamente el logro de un resultado específico ante el despliegue de una protesta con repertorios de acción que apelen a la fuerza. Como sostienen Porta y Diani, en estas ocasiones

los involucrados (particularmente la policía y los manifestantes) interactúan, provocando una escalada a través de una serie de círculos viciosos. En estas situaciones, los participantes reaccionan de acuerdo con su propia cosmovisión, apostando a que el resultado será el esperado. Sin embargo, sus elecciones a menudo se basan en cálculos erróneos.²⁶

La sorpresa de la dirigencia de la FECH al verse sobrepasada por la asonada popular en abril de 1957 da cuenta de esta realidad. En el imaginario de los jóvenes que detonaron el conflicto y luego se plegaron a las acciones de mayor radicalidad no debe haber estado ausente un cierto estado de ánimo gobernado por la exaltación y la ira, motivado tanto por los evidentes problemas sociales del momento como por las referencias contextuales de escala algo más amplia, por ejemplo, la matanza de 40 estudiantes cubanos acaecida en marzo de 1957, cuando intentaron tomar por asalto el palacio de gobierno ocupado por el dictador Fulgencio Batista. Interesantemente, el testimonio de un dirigente estudiantil de la época rescata, décadas después, que “la juventud chilena vibraba mucho con los acontecimientos de estos héroes guerrilleros” y que esa admiración formaba parte de un proceso de izquierdización de su sector político (la centroizquierdista Juventud Radical).²⁷ Tampoco debe haber estado fuera de ese talante afectivo, proclive a la ira, el hecho de que existía un estrecho contacto previo y acciones de solidaridad con el

26 D. della Porta y M. Diani, *Social movements. An introduction*, 2020, pp. 554-555. La cita en el idioma original es: “Those involved (particularly the police and demonstrators) interact, causing escalation through a series of vicious circles. In these situations, participants react according to their own worldview, gambling that the outcome will be as they expected. Their choices, however, are often based on erroneous calculations”.

27 Véase el testimonio del dirigente estudiantil Julio Stuardo en P. Milos, *Historia y memoria...*, p. 529.

movimiento estudiantil cubano que hicieron mucho más sensible el impacto del asesinato de esos jóvenes universitarios.

De manera complementaria, en el contexto de los incidentes de abril, llama la atención cómo la construcción social de la imagen de los jóvenes estudiantes por parte de medios conservadores entró en conflicto a propósito de su conducta violenta. Por medio de algunos comentarios editoriales, la prensa representativa de sectores de derecha planteaba una suerte de régimen emocional implícito a la condición estudiantil que estaba siendo desafiado por la evidencia de los luctuosos eventos.²⁸ El recuerdo de la antigua imagen decimonónica de la “juventud estudiosa” se estrellaba contra la imagen de la violencia y las barricadas. En aras de preservar un ánimo exculpatorio hacia estos jóvenes, el principal periódico de la capital sostenía, para diferenciar, que “les tocó a los estudiantes —contra los cuales no hay prejuicios sociales ni políticos— producir sin mayores dificultades el contagio colectivo” y que “era ya la plebe abigarrada, que actuaba con audacia al amparo de una lamentable confusión que no permitió a la fuerza desempeñarse con máxima energía, considerando la posibilidad de que los estudiantes continuaran formando parte de esas manifestaciones”.²⁹ De una u otra manera, el desborde emocional que implicó la violenta manifestación universitaria era interpretado como algo ajeno a su naturaleza, cual si fuera una suerte de virus que les afectó de modo circunstancial. Probablemente, la existencia de un prejuicio infantilizador e idealizador respecto a los afectos juveniles y del modo de contenerlos nubló la comprensión de los grupos conservadores, que no pudieron advertir que tras la violencia era posible imaginar una forma determinada de agencia, en la cual la rabia y la frustración no eran desviaciones o excrecencias, sino elementos constitutivos de la acción política. Emoción y razón, por ende, no eran polos opuestos. Con su acostumbrada sagacidad, el historia-

28 La definición textual de *regimen emocional* es “el conjunto de emociones normativas y los rituales, las prácticas y las emotividades oficiales que las expresan e inculcan; un apuntalamiento necesario de cualquier régimen político estable”. Véase W. Reddy, *The navigation...*, p. 129. La cita en el idioma original es: “The set of normative emotions and the official rituals, practices, and emotives that express and inculcate them; a necessary underpinning of any stable political regime”.

29 “Día a día. Los estudiantes y los atentados”, *El Mercurio*, 4 de abril, 1957, p. 3.

dor Gabriel Salazar lo sintetiza al sostener que los “estudiantes y obreros ya no llegaban al Centro premunidos de mera indignación acalorada e ingenuidad combativa, sino de cierta frialdad táctica”,³⁰ que incluía etapas secuenciadas: provocación a la policía, apedreos, barricadas, focos múltiples de disturbio y, finalmente, retirada.

En suma, en cuanto a atribuciones afectivas respecto a las protestas callejeras violentas en el ciclo de abril de 1957, la memoria de los actores y el relato de la prensa destacó cómo la represión policiaca, que tuvo como consecuencia la muerte, entre otras víctimas, de la universitaria Alicia Ramírez, desató una ira incontenible en los estudiantes, que los propulsó a acciones violentas, ataques directos a carabineros y atentados a símbolos del poder, como, por ejemplo, las estatuas de los próceres Prat y O’Higgins.³¹ Lo que se entendía como un marco de acción esperable por parte de los universitarios pareció, lisa y llanamente, desaparecer junto con las cenizas de las barricadas que poblaron el centro de la ciudad. La ruptura radical quedó inmortalizada en un expresivo registro fotográfico de estudiantes junto a una fogata a las puertas de la histórica Iglesia de San Francisco, en plena Alameda.³²

Estos antecedentes pueden iluminar, en parte, el problema de cómo comprender, a partir de dimensiones afectivas, la lucha estudiantil callejera contra la dictadura de Pinochet. Por lo pronto, habilitan para enmarcar más apropiadamente las formas más agudas de protesta universitaria de esa época y superar el mero rótulo vacío de “vandalismo juvenil”. Además, permiten integrarlas relacionadamente en una comprensión de la interdependencia de los movimientos estudiantiles con sus macro y mesosistemas de referencia. En efecto, al ampliar la escala cronológica es posible desafiar el peso de la protesta violenta como anécdota generacional e insertarla en una cadena de sentido más amplio: sus condiciones de posibilidad, en

30 G. Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile (1947-1987). Una perspectiva histórico-popular*, 2006, p. 214.

31 P. Milos, *Historia y memoria...*, p. 240.

32 *Revista Vistazo*, 7 de mayo, 1957. Agradezco al profesor Luis Thielemann haber compartido conmigo esa imagen.

general, suponen un intercambio crucial con las formas de ejercicio de la violencia popular en coyunturas de agudización del conflicto.

Como se ha argumentado al hacer referencia a la genealogía de la barricada, su uso histórico ha tenido principalmente un componente de protección colectiva. En su sentido práctico original, la barricada fue una herramienta defensiva antes que ofensiva en un conflicto ya desatado. Lo anterior provocaba que, en su función primigenia, existiera una identificación muy marcada entre su utilización y la noción de territorialidad. En el marco general de violencia extendida que supuso el periodo de dictadura en Chile, agudizado por la crisis económica detonada a partir de 1982, la explosión de la protesta contra el régimen pinochetista generó su recuperación como parte del repertorio de acción de distintos actores, muy probablemente con grados diferenciados de fidelidad a su propósito original. Esto da cuenta de necesidades distintas, usos diferentes de un mismo instrumento de protesta, que pueden considerarse alineados a sus espacios de ejercicio. Mientras que la barricada popular —cuyo gran motivo era defender a las poblaciones de la entrada de fuerzas policiales o militares que actuarían con fuerza ilimitada— se caracterizaba por ser, en su mayor parte, simultáneamente espacio de convocatoria para la protesta, plataforma para la socialización política intergeneracional y también lugar de colaboración no horizontal entre géneros, la estudiantil parece haber tenido una funcionalidad defensiva menos evidente o urgente que la de satisfacer otras de las tareas recién enumeradas.³³

Cabe agregar otro elemento acerca de la interdependencia de los repertorios de acción del mundo popular y el universitario: la fluidez del contacto existente entre la juventud popular urbana y la universitaria en la década de los ochenta en Santiago no parece ser un asunto fácil de dilucidar. Ciertamente, las universidades no

33 La dimensión defensiva y protectora de la barricada en los sectores populares de la periferia de Santiago queda muy bien reflejada en el sugerente relato literario y etnográfico de Carlos Piña, “Informe de una barricada”, en *Crónicas de la otra ciudad*, 1987, pp. 103-134. Acerca de los diferentes papeles que les cupieron a hombres y mujeres en esta forma de protesta callejera, véase J. Trincado Pizarro, “¿Quién tira las piedras? Roles de género en las protestas contra la dictadura chilena (Santiago de Chile, 1983-1987)”, *Palimpsesto. Revista Científica de Estudios Iberoamericanos*, 2018, pp. 129-150.

habían logrado las tasas de incorporación de las cohortes juveniles que sí alcanzaron, vía expansión de mecanismos crediticios y apoyos estatales, durante las siguientes décadas. Por ende, la coincidencia entre ser poblador y estudiante no era tan extendida como puede apreciarse en la actualidad. Con todo, para efectos del análisis de la protesta estudiantil violenta es relevante rescatar que, de acuerdo con testimonios de época, parte de la cultura de resistencia que se expresaba en las poblaciones populares mediante las barricadas se manifestaba también en el propio proceso de movilización universitario. De esta forma, la práctica de los estudiantes provenientes de sectores populares recreaba, en la *performance* de la barricada, las formas de resistencia contra la dictadura y los contenidos afectivos asociados que portaban desde sus ámbitos de origen.³⁴

Así, pues, la proliferación de las barricadas en las inmediaciones de los recintos universitarios respondió al aumento de la conflictividad al nivel macro de la situación política, económica y social. De tal modo, la crisis que gatilló las protestas convocadas por sindicatos de trabajadores mineros a partir de 1983 fue un propelente para un doble camino: la aceleración de los procesos de recuperación de las estructuras representativas de los estudiantes —que tuvo como uno de sus puntos emblemáticos la refundación de la FECH en 1984— y, en paralelo, la aparición e intensificación de formas violentas de protesta callejera.³⁵ En el marco del proceso de reconstrucción de las federaciones estudiantiles y de su integración a plataformas multigremiales y políticas de acción opositora de más amplio alcance, el segundo ramal (el uso de la violencia) jugó un rol paradójico, si se atiende a dos de sus posibles dimensiones: la política y la experiencia.

¿Por qué al problema del empleo de la violencia le cupo un destino dispar en el movimiento estudiantil? En lo que respecta a la primera dimensión (la del lenguaje y el tráfico político), porque la discusión sobre los métodos de lucha contra la dictadura sirvió como un criterio de distinción entre bloques políticos dentro del movimiento, mismos que reproducían los clivajes que se experimentaban

34 E. Valenzuela, *Fragmentos...*, p. 35.

35 V. Bravo Vargas, *Piedras, barricadas...*, pos. 17.

en el mundo adulto. Sostener como principio la necesidad de que toda movilización culminara en la calle y, de preferencia, en la elaboración de una barricada era parte del predicamento de una parte importante de la izquierda estudiantil en la universidad, mientras que, por el contrario, era forzosamente anatema, error político y una falta de responsabilidad para los estudiantes demócrata cristianos y otros grupos que propiciaban, en el discurso, formas no confrontacionales de movilización. Como lo señalaba con algo de ambivalencia Gonzalo Rovira, un destacado líder universitario de las Juventudes Comunistas, “para algunos, hacer una barricada no era problema de oportunidad, sino que se transformó en un problema de principios”.³⁶ Con todo, esta dimensión de distinción política a propósito del uso o no de barricadas no parece haber generado un abismo de incomprensión entre unos y otros sectores del movimiento estudiantil pues, como lo señalaba Yerko Ljubetic, líder demócrata cristiano en la FECH redemocratizada,

era evidentemente un sentimiento colectivo de los chilenos, que era el reconocerse en las protestas, en la esquina de la calle, en la fogata o la barricada, en el local universitario, en la población o en cualquier lugar en donde se encontraban para expresarse.³⁷

Lo señalado por Ljubetic pone un paréntesis, desde el dominio de la experiencia, a la importancia que puede haber tenido la adhesión doctrinal de unos u otros al uso imprescindible o a la prohibición absoluta de las barricadas como formas legítimas de acción callejera universitaria. En estricto sentido, como asegura el historiador Víctor Muñoz Tamayo, predominó el hecho de que “en asambleas y barricadas, los jóvenes demócrata cristianos compartieron con los jóvenes de la izquierda, dando lugar a procesos identitarios en común”.³⁸ Tales procesos identitarios constituyen, de hecho, la

36 R. Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, 1988, p. 97.

37 *Ibid.*, p. 57.

38 V. Muñoz Tamayo, “Chascones. Dictadura, movimiento estudiantil y militancia en el ala izquierda de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), 1973-1989”, *Izquierdas*, 2020, p. 1888.

médula de la experiencia común en espacios y tiempos encarnados de determinados contenidos afectivos. En ello estaba presente, por cierto, una dimensión propiamente etaria, como queda claro en el testimonio de Rodrigo Hurtado, estudiante comunista y dirigente en la carrera de Periodismo de la Universidad de Chile, quien señalaba que “uno, supongo que por ese exceso de energía, también falta de amarras, escasas responsabilidades, se siente con la energía, con la libertad y con la rabia para arriesgarse, enfrentarse a la policía y había un romanticismo en todo ello”.³⁹

REFLEXIONES FINALES

En su análisis de los movimientos sociales, el sociólogo estadounidense James Jasper, académico especialmente atento a la relevancia que tienen en éstos los factores emocionales, llama la atención sobre algunas disyuntivas que un movimiento debe enfrentar y superar si es que desea llevar adelante su agenda. Entre éstas, destaca el “dilema de Jano”.⁴⁰ Mediante la alusión al dios romano bifronte, que representa la unidad y la oposición de paz y guerra, del afuera y de lo doméstico, Jasper señala que cada movimiento se ve expuesto a diferentes tensiones. Así, por ejemplo, debe optar entre cultivar su singularidad, al costo de sacrificar su masividad, o buscar una amplia apelación pública, con el peligro de disolver su identidad. Ser flexible ideológica y prácticamente puede atraer algunas ventajas, pero también supone mermas en la cohesión interna. En suma, a la cadena de estos dilemas se podría agregar un eslabón que aluda a nuestro asunto: si se leyera el fenómeno de los movimientos sociales a partir de lo que se ha entendido como el “prejuicio pluralista”, en el caso de los movimientos estudiantiles éstos parecerían haberse sujetado a la tensión entre formas institucionalizadas de participación y representación versus repertorios de acción violentos. En suma,

39 Su testimonio es citado por A. Garcés Sotomayor en su tesis “Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)”, 2011, p. 172.

40 J. Jasper, *Protest...*, p. 14.

una lectura desde la oposición binaria de razón y emoción podría sostener, sin más necesidad de análisis, que episodios como los de 1957 o los protagonizados en la lucha contra la dictadura en la década de los ochenta formarían parte de una forma o episodio patológico del movimiento.

Esa lectura polar carecería, sin embargo, de sustento en la medida en que, como se ha presentado de manera breve en estas páginas, los movimientos estudiantiles son, sobre todo, hijos de su contexto, productos de redes relacionales que, desde distintas direcciones, pugnan sobre ellos y modifican ocasionalmente su timón y la velocidad de su travesía. Así, por ejemplo, habría sucedido respecto al mundo popular urbano y su incidencia sobre los estudiantes en el episodio de 1957 o a la aceleración de una agenda movilizadora y democratizadora en 1983 a partir de la esfera de acción del sindicalismo. La consideración de la dimensión relacional debería prevenir a quienes analicen dichos movimientos de ontologizarlos o suponerlos autónomos; esto es, de que poseen, respecto a su entorno, un adentro y un afuera, un pórtico robusto que, con la efigie de Jano, los constituye como puros, homogéneos y compactos.

Por último, la otra polaridad a ser tomada en cuenta —en términos de no caer en las redes de su binarismo— sería aquella que, en aras de una comprensión principalmente doctrinal e ideológica de los movimientos estudiantiles, pudiera llegar a diseccionar aquello que yace, aunque diferente, unido en la experiencia: razón y afecto. La breve mirada que se ha brindado en estas páginas al espacio y la ocasión de las barricadas estudiantiles ha permitido notar la confluencia de éstas tanto en el plano de dominio de la disputa política como argumento, doctrina y retórica —que animó, en su momento, la configuración del mapa interno de las juventudes políticas al interior de las universidades en la dictadura— como en el ámbito de la experiencia, en el que las diferencias discursivas cedieron paso ante la constitución de un espacio comunitario de expresión de disposiciones afectivas compartidas. Ira, rabia y frustración ardieron junto con los neumáticos y los cartones arrojados a la pira. Ocasionalmente, el miedo sobrepasó las llamas y se aposentó en el cuerpo de algún estudiante. En cualquier caso, la política, como especie bifronte de

mente y corazón, se hizo presente allí hasta que se apagó la última brasa.

REFERENCIAS

- Bravo Vargas, Viviana, *Piedras, barricadas y cacerolas. Las Jornadas Nacionales de Protesta. Chile, 1983-1986*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2017 [ed. electrónica Kindle].
- Brodsky, Ricardo, *Conversaciones con la FECH*, Santiago, Cesoc/Ediciones Chile y América, 1988.
- “Día a día. Los estudiantes y los atentados”, *El Mercurio*, 4 de abril, 1957, p. 3.
- Donoso Romo, Andrés, “Constantes en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: aproximación a partir del caso chileno de 2011”, *Revista de Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 19, núm. 28, 2017, pp. 71-90.
- Garcés Sotomayor, Antonia, “Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)”, tesis de Licenciatura en Historia, Santiago de Chile, Universidad de Santiago, 2011.
- García Monge, Diego, José Isla Madariaga y Pablo Toro-Blanco, *Los muchachos de antes. Historias de la FECH 1973-1988*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2006.
- Hazan, Eric, *A history of the barricade*, Londres, Verso, 2015.
- Jasper, James, *Protest. A cultural introduction to social movements*, Cambridge, Polity Press, 2014.
- Marín Naritelli, Francisco, *Las batallas por la Alameda. Arteria del Chile demoliberal*, Santiago, Ceibo, 2014.
- Medel, Rodrigo y Nicolás Somma, “¿Marchas, ocupaciones o barricadas? Explorando los determinantes de las tácticas de la protesta en Chile”, *Política y Gobierno*, vol. 23, núm. 1, 2016, pp. 163-199.
- Milos, Pedro, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, Santiago, Lom Ediciones, 2007.

- Montoni Ríos, Ángelo, “Juventud militante y radicalización política: las emociones durante la contestación estudiantil chilena”, *Desafíos*, vol. 31, núm. 2, 2019, pp. 169-196.
- Moraga, Fabio, *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el Movimiento Estudiantil Chileno. 1906-1936*, Santiago, Universidad de Chile, 2006.
- Muñoz Tamayo, Víctor, “Chascones. Dictadura, movimiento estudiantil y militancia en el ala izquierda de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), 1973-1989”, *Izquierdas*, núm. 49, 2020, pp. 1855-1894.
- Muñoz Tamayo, Víctor, *Generaciones. Juventud e izquierdas políticas en Chile y México. (Universidad de Chile- UNAM 1984-2006)*, Santiago, Lom Ediciones, 2012.
- Ortiz Ruiz, Nicolás, “Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011”, *Polis*, vol.18, núm. 53, 2019, pp. 90-112.
- Pernau, Margrit, “Space and emotion: Building to feel”, *History Compass*, vol. 12, núm. 7, 2014, pp. 541-549.
- Pérez González, Patricio Octavio, “Memoria de resistencia en Chile, 1986-2000. Subversión e insurgencia en la barricada del Día del Joven Combatiente”, *Cuadernos de Historia*, núm. 53, 2020, pp. 255-277.
- Piña, Carlos, “Informe de una barricada”, en *idem Crónicas de la otra ciudad*, Santiago, Flacso, 1987, pp. 103-134.
- Porta, Donatella della y Bernard Gbikpi, “The riots: A dynamic view”, en Seraphim Seferiades y Hank Johnston (eds.), *Violent protest, contentious politics, and the neoliberal state*, Surrey, Ashgate, 2012, pp. 87-100.
- Porta, Donatella della y Mario Diani, *Social movements. An introduction*, Oxford, Wiley Blackwell, 2020.
- Ramón, Armando de, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Reddy, William, *The navigation of feelings. A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Revista Vistazo*, 7 de mayo, 1957.
- Salazar, Gabriel, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile (1947-1987). Una perspectiva histórico-popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2006.

- Seferiades, Seraphim y Hank Johnston, “The dynamics of violent protest: Emotions, repression and disruptive deficit”, en *idem*, *Violent protest, contentious politics, and the neoliberal state*, Surrey, Ashgate, 2012, pp. 3-18.
- Thielemann, Luis, *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987-2000)*, Santiago, Tiempo Robado Editoras, 2016.
- Toro Blanco, Pablo, “De miedo y de ira: estudiantes universitarios y emociones en dictadura e inicios de la transición chilena (c.1983-c.1998)”, en Macarena Cordero, Pedro Moscoso y Antonia Viu (eds.), *Rastros y gestos de las emociones: Desbordes disciplinarios*, Santiago, Cuarto Propio, 2018, pp. 441-472.
- Toro Blanco, Pablo, *La letra ¿con sangre entra? Percepciones, normativas y prácticas de disciplinas, castigos y violencias en el liceo chileno, c. 1842-c.1912*, Santiago, Comisión Bicentenario, 2009.
- Traugott, Mark, *The insurgent barricade*, Berkeley, University of California Press, 2010 [ed. electrónica Kindle].
- Trincado Pizarro, Joaquín, “¿Quién tira las piedras? Roles de género en las protestas contra la dictadura chilena (Santiago de Chile, 1983-1987)”, *Palimpsesto. Revista Científica de Estudios Iberoamericanos*, vol. 10, núm. 14, 2018, pp. 129-150.
- Valenzuela, Esteban, *Fragmentos de una generación*, Santiago, Emisión, 1988.

**UNIVERSIDAD PÚBLICA Y ESTUDIANTES:
LOS OBJETOS DE LA METAMORFOSIS.
TRANSFORMACIONES EN LA REPRESENTACIÓN
POR PARTE DEL DIARIO *EL COMERCIO*
A LO LARGO DE MEDIO SIGLO (1955-2013)**

Carlos Celi Hidalgo y Kintia Moreno Yáñez

INTRODUCCIÓN

La intención de este capítulo radica en visibilizar los cambios en la representación del estudiantado y de la Universidad Central del Ecuador (UCE) por parte del diario *El Comercio* desde una perspectiva diacrónica de más de 50 años, comprendidos entre 1955 y 2013. De este periodo se revisaron 170 meses de ejemplares publicados, de los que se recogieron 122 editoriales. Con base en este corpus, en el presente texto se indaga, en los títulos de las editoriales y en sus contenidos, los cambios de posición sobre la universidad y el movimiento estudiantil por parte del medio. Para ello, el análisis se organiza en tres bloques temporales: 1955-1976, 1980-1996 y 1996-2013, en los cuales se observarán las posturas claramente diferenciadas del diario en sus titulares acerca de la UCE y sus alumnos.

Se escogió *El Comercio* como objeto de estudio por su importancia en el campo político del país.¹ Es una institución discursiva que, como medio masivo de comunicación, busca instituir determinadas visiones de mundo, fortalecer ciertas hegemonías y sentidos comunes con la generación de representaciones y estereotipos a través de

1 Este rotativo inicia sus actividades en 1906, es de circulación nacional y tiene un tiraje de aproximadamente 100 000 ejemplares por día entre semana, 120 000 los sábados y 180 000 los domingos, cifras que lo ubican como el tercer diario a nivel nacional. Este medio tiene una importante llegada en la sierra ecuatoriana y principalmente en Quito. Políticamente el medio se adscribe en la centroderecha.

la palabra y la imagen. El análisis sobre la posición de este medio se centra en el editorial que, en palabras de Armand Mattelart, Mabel Piccini y Michele Mattelart, es donde “el mensaje se transmite en su cualidad de mecanismo de justificación y de racionalización de intereses dados, expresado en categorías conceptuales prescritas”.²

La reflexión metodológica e historiográfica que se propone consiste en evidenciar las maneras en que un conocido medio impreso local fue construyendo sus representaciones alrededor de la UCE y los estudiantes, a la vez que se intenta observar dichas transformaciones en un periodo prolongado. Con este propósito, se clasificaron los títulos de los editoriales y su contenido de forma cronológica, se identificaron las palabras clave que muestran enunciados positivos o negativos, y se observó la presencia o ausencia de la universidad y los estudiantes. A partir de la organización de la información, se realiza el análisis y la interpretación de las premisas propuestas por *El Comercio*, en el marco del contexto social y político de cada periodo estudiado.

Debido a lo anterior, se realiza una doble observación, pues a la vez que el medio construye una mirada cambiante sobre lo universitario y estudiantil, se intenta visibilizar al periódico mientras efectúa dicha operación; es decir, se realiza un ejercicio de observación sobre la mirada cambiante del diario a lo largo del tiempo.

La intención de esta revisión es inquirir acerca de los objetos-sujetos de la representación por parte del rotativo e interrogarse sobre las variaciones prácticamente antagónicas que se presentaron en estos tres periodos de tiempo. Las preguntas que guiarán la reflexión son: ¿Los cambios en la transformación del objeto de representación del medio obedecen a cambios político-sociales? Y ¿cómo construye el periódico su propia voz, pretendiendo expresarse a nombre de una opinión pública generalizada?

De este modo se trata de desnaturalizar la supuesta mirada imparcial que se autoadjudica el medio y se posiciona como un actor social y político más, haciendo evidentes las “relaciones subyacentes

2 A. Mattelart, M. Piccini y M. Mattelart, *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile*, 1976, p. 82.

a los conceptos, que vertebran los diversos mitos, [que] sólo se hacen aparentes si se investiga el principio de organización estructural que da a la ideología su coherencia”.³ Desde ahí se intenta incidir en la construcción de las diversas miradas que dan sentido a los diferentes momentos del entorno que tratan de interpretar e intervenir.

Cabe mencionar que este texto parte de un conjunto de trabajos que abarcan dos informes de investigación y un capítulo de libro, los cuales cubren el periodo de tiempo analizado. Para las mencionadas investigaciones se elaboró una cronología de hechos políticos, económicos y sociales relevantes entre 1955 y 2013, con el objetivo de enfocar la búsqueda de editoriales relacionados con la universidad y sus estudiantes. Estos se organizaron alrededor de categorías como: construcción discursiva, sentido común, representación y estereotipo. Por tanto, y en función de lo estudiado, se puede afirmar que poseen cierta unidad y homogeneidad en cuanto al abordaje analítico, lo que facilita extrapolar al diario como objeto de análisis.

El presente capítulo se apoya en las partes conclusivas de las tres investigaciones y, a partir de ahí, se analizará la manera en que *El Comercio* se manifestó respecto de quienes, a su vez, fueron motivo de su análisis en las distintas editoriales recogidas. Por tanto, el texto se enfoca en los modos con que el medio observa y a su vez se posiciona. Por esto, se evitará profundizar en la explicación coyuntural en la que está inmerso el diario para tomar tal o cual postura, lo cual no quiere decir que no se tomarán elementos contextuales para clarificar algunos puntos.

UNIVERSIDAD PÚBLICA: DE MOTOR DEL DESARROLLO A LA CRISIS INSTITUCIONAL

El primer periodo consiste en evidenciar las representaciones realizadas en prensa acerca de la movilización estudiantil y la UCE entre 1955 y 1976. Para este segmento la revisión permitió identificar tres momentos: el primero que va de 1955 a 1968 y se ha denominado “Universidad como motor de desarrollo del país”. El segundo

3 *Loc. cit.*

periodo, que marca el “Inicio de la negativización: La lucha por el libre ingreso”, ocurre entre 1968 y 1970; esta etapa se caracteriza, además, por el crecimiento de la matrícula secundaria y la segunda reforma universitaria. Posteriormente, el tercer periodo se da entre 1970 y 1976, cuando se promueve un discurso negativo acerca del libre ingreso y de los estudiantes que acceden de modo masivo a la universidad, a la vez se posiciona de manera opuesta en lo referido al cogobierno universitario, colocando a estos dos factores como la causa de la crisis de la educación superior pública en el país. En términos generales, se afirma que los grandes ausentes en la prensa son los movimientos estudiantiles, por lo menos hasta 1970. Sólo en 1969 la movilización estudiantil de los bachilleres en Guayaquil cobra importancia por la presión que ejercen para la eliminación de los exámenes de ingreso a la universidad.

Ahora bien, en el primer momento, “Universidad como motor de desarrollo del país”, la UCE se encontraba bajo el rectorado de Alfredo Pérez Guerrero, quien ejerció el cargo entre 1951 y 1963. De tendencia socialista, Pérez Guerrero abogaría por una institución investigativa, profesionalizante y de cara a situarse en medio del pueblo. Por el lado de la institucionalidad representativa, en términos presidenciales, se asistía a una relativa estabilidad política y económica entre 1948 y 1960. Dicha estabilidad se evidenciaba en los cambios presidenciales cada cuatro años y en una modernización que intentaba profundizar el desarrollo capitalista en el Ecuador. En contraste, a partir de 1960 sucedieron una serie de dictaduras civiles y militares que se alternaron hasta 1979.

A lo largo de estos años, el medio posicionó un discurso positivo acerca de la universidad, ubicándola como el motor de modernización del país y mencionando sólo en escasas ocasiones a estudiantes y a docentes.

De entre las veces que el medio menciona a los alumnos, destaca su participación en las actividades de extensión universitaria⁴ o la necesidad de ayuda económica requerida por algunos estudiantes de

4 “La universidad popular”, *El Comercio*, 2 de julio, 1955; “Extensión cultural”, *El Comercio*, 3 de septiembre, 1959.

provincia.⁵ También se menciona la necesidad de propiciar el perfeccionamiento educativo con becas en el extranjero.⁶ A su vez, se señala la urgencia de que la universidad se convierta en una institución moderna que dote a los jóvenes de instalaciones adecuadas para su educación⁷ y estimule a los superdotados para continuar con sus estudios.⁸

En dos ocasiones se comenta acerca de los movimientos estudiantiles: “La rebeldía estudiantil”, de 5 de mayo de 1959, y “Otro movimiento estudiantil”, de 9 de septiembre de 1959. En ambos casos el medio se refiere a movimientos de educación secundaria y, en el segundo caso, la mención es sobre una movilización ocurrida en otra ciudad del país. Del primer editorial se destaca la cita: “El descontento de los muchachos debería tener sus límites. Que la prudencia de las autoridades no ha de rebasar”.⁹ Esta cita ilustra la idea de que se debe tener mano firme y disciplina para que las protestas se disuelvan.

En cuanto a los docentes, las referencias que se hacen son aún menores. Se los posiciona como: “profesores eficaces, independientes, abiertos a los vientos renovadores del mundo en lo que atañe a las ciencias, a las técnicas, a los procedimientos mismos de la mera enseñanza”.¹⁰ Recalcando que su apertura a los “vientos renovadores” se debe circunscribir a la ciencia y nada más.

Tanto la función estudiantil como la docente se encuentran insertas en el rol de desarrollo del país en que se inscribe a la UCE. Así, se les otorga el papel de cumplir con el compromiso por el cual se encuentran en la universidad. Por ese lado, a los estudiantes secundarios movilizados se les mira como ajenos a los planes de desarrollo, desde una perspectiva condescendiente que linda con el regaño

5 “Ayuda para los estudiantes”, *El Comercio*, 23 de abril, 1957.

6 “Becas en el exterior”, *El Comercio*, 6 de enero, 1959.

7 “Nuestra Universidad Central Crece”, *El Comercio*, 1 de enero, 1959.

8 “Reunión de rectores”, *El Comercio*, 26 de mayo, 1959.

9 “La rebeldía estudiantil”, *El Comercio*, 5 de mayo, 1959.

10 “La generosidad y la universidad”, *El Comercio*, 12 de enero, 1959.

bonachón y, en todo caso, se reprende a las autoridades de cada dependencia por no poder controlar la situación de manera adecuada.

Resulta revelador que el diario, para referirse a la institución, la mencione como “nuestra universidad”, esto da cuenta de la apropiación de significados del medio para con la UCE. Dicha mención se acompaña de modo permanente con la divulgación periódica de diferentes actividades que se realizan en la entidad, como cursos de verano, adquisición de equipos o asignación de mayor presupuesto. De esta forma, muestra un genuino interés por el desenvolvimiento cotidiano de la universidad.¹¹

Lo anterior obedece, además, a la condición de élite educativa que para el momento representaba la institución universitaria en relación con la sociedad y el medio, de ahí el por qué se habla en términos de pares, es decir, “lo nuestro”. De este punto se desprende el hecho de solicitar a los gobiernos en turno una mayor asignación presupuestal, en un momento en que la UCE construía el campus donde se encuentra ubicado en la actualidad. En contraposición, pero en el mismo sentido, el diario no escatima palabras para establecer la oposición civilización-barbarie para referirse a la mayoría de la población, puesto que “vegetan sumidas en la ignorancia y la superstición”.¹² De este modo, se evidencia la distancia aparentemente inconmensurable entre academia y mayorías, además de mostrar el lado en que se encuentra *El Comercio*: el de las élites letradas.

Para 1963 el periódico realizará una poderosa defensa de la institución y de su rector al publicar el libro *La universidad y la prensa nacional*. Sobre esta publicación, el rector Pérez Guerrero menciona:

fue un alegato en que los defensores de la Universidad no eran sus personeros, sino los diarios y revistas del Ecuador, desde 1959 a 1963. En el libro constaban los editoriales, comentarios, datos sobre la acción y el pensamiento universitario durante esos cuatro años.

[...]

11 Parte de su interés también se puede explicar por el tamaño reducido de la ciudad en aquel momento, por la cercanía personal entre académicos y medios, así como por una menor noticiabilidad en términos de lo que ocurría cotidianamente en Quito.

12 “La educación de las masas”, *El Comercio*, 27 de mayo, 1959.

La Universidad en estos años ha mantenido, como siempre, su autonomía, su dignidad y su libertad. No ha permitido ingerencias [sic] sectarias de ninguna índole; es institución laica que respeta creencias ideológicas y políticas. No le han doblegado amenazas del Poder Público, cuando ocasionalmente ha pretendido intervenir en la vida de la Universidad. El prestigio y la obra de la Universidad han crecido extraordinariamente. Es una entidad viva y vibrante, plena de pensamiento y de esperanza; una entidad que tiene fe en su misión y en su destino.¹³

El fragmento anterior muestra el compromiso que el medio tenía en ese entonces con la institución, mismo que durará algunos años más. Esto, en medio de una dictadura militar, la cual además clausurará la UCE.¹⁴

De forma lenta, pero perceptible, el periódico irá cambiando su postura. Al principio empezaba a cuestionar la “desmedida autoridad que ha alcanzado el estudiante en la dirección universitaria [que] ha debilitado a la universidad”.¹⁵ Lo mismo ocurrirá en cuanto al rechazo a la presencia de la política en las universidades (léase comunismo), postulando que se debe identificar a quienes son afines para alejarlos de la institución¹⁶ y que su cercanía con el pueblo debe ser técnica.¹⁷ Pese a toda esa oposición en relación con la injerencia política estudiantil, comunista o ambas, la postura del medio aun será favorable a la UCE como entidad que marca el camino del desarrollo del país.

En el interregno que va entre 1964 y 1968 se registraron varias clausuras al centro de estudios, además de un giro paulatino a la

13 A. Pérez Guerrero, *La universidad ultrajada*, 1974, pp. 112-114.

14 Cabe destacar que entre 1963 y 1970 hubo varios rectores interinos o nombrados por el Ejecutivo de turno, lo que generaría una gran inestabilidad en la figura del rectorado: Francisco Salgado (septiembre de 1963-enero de 1964), Alejandro Segovia (abril de 1964-marzo de 1965), Julio Enrique Paredes (marzo de 1965-abril de 1967), Juan Isaac Lovato (mayo de 1967-febrero 1969), Manuel Agustín Aguirre (junio de 1969-junio de 1970).

15 “En torno a la enseñanza superior”, *El Comercio*, 2 de agosto, 1963.

16 “La Universidad Central”, *El Comercio*, 10 de septiembre, 1963.

17 “Las facultades técnicas”, *El Comercio*, 23 de septiembre, 1963.

izquierda por parte de estudiantes y docentes. A pesar de eso, *El Comercio* sigue resaltando a la universidad como una institución que aporta a la solución de los problemas que afectan el desarrollo general en las actividades del país.¹⁸ A la vez, presiona por que se le asignen más recursos, puesto que representa el motor nacional.¹⁹ Por otra parte, llama a la cordura a los docentes, recomendando imprimir nuevos rumbos a la universidad.²⁰

La voz de la coherencia y el destino moral es a lo que se apela cuando se habla de la Universidad, la cual se destaca como sustantivo, como un todo central que procura que las posibles disidencias externas sean absorbidas por esa categoría centrípeta llamada universidad. Se trata de mostrar integridad entre quienes la conducen, no por nada son quienes llevan el timón del vehículo que maneja el país.²¹

Con lo dicho, se apela además a su condición de faro moral e intelectual que puede conducir a los pueblos poco desarrollados²² y que, lejos de aislarse de la sociedad, están en la obligación de ejercer una rectoría intelectual, que conduzca la acción pública e incluso la privada, increpando, eso sí, a la juventud a estudiar más y a alejarse de promover la confusión y el desorden que estorban la normalidad y la seriedad de los estudios.²³ En definitiva, el discurso del medio no se refiere a lograr una mayor democratización de la UCE, sino a mantenerla como una élite.

En marzo de 1966 se produce el llamado “Asalto a la universidad”, donde el medio se opone al atropello perpetrado por la fuerza pública, pero, en el mismo editorial, justifica la intervención con el afán de neutralizar a los agitadores, aunque aclara son una minoría

18 “Participación de la Universidad”, *El Comercio*, 21 de julio, 1964.

19 “La función de las universidades”, *El Comercio*, 2 de septiembre, 1964.

20 “La Asamblea Universitaria”, *El Comercio*, 10 de mayo, 1965.

21 K. Moreno y C. Celi, *Representaciones en prensa sobre los movimientos estudiantiles en la Universidad Central del Ecuador (1963-1975)*, 2020, p. 21.

22 “La universidad en ritmo normal”, *El Comercio*, 20 de mayo, 1965.

23 “Responsabilidad de las universidades”, *El Comercio*, 20 de noviembre, 1965.

que se distingue de la totalidad del estudiantado.²⁴ Cuatro días más tarde caerá esa dictadura, en parte por las fuertes movilizaciones, pero también por el descontento de cierta fracción de las élites.

Entre 1966 y 1967 el rotativo empieza a cuestionar la gratuidad de la educación universitaria y sugiere que paguen quienes puedan. Por otra parte, se empieza a convertir en una constante la apelación a que la manera de responder de la universidad con respecto al pueblo es haciendo ciencia y técnica. También opone a los considerados como verdaderos-legítimos versus los falsos-ilegítimos estudiantes, siendo los primeros quienes se apegan a la norma y los segundos quienes se apartan, puesto que para *El Comercio* protagonizan actos extremistas.²⁵

Si bien hay una torsión paulatina a partir de 1963, ésta todavía es mesurada, con un pie en la reivindicación de la institución y otro en cuestionar a alumnos y docentes politizados. La apuesta del rotativo aún es por la entidad como sustantiva y en tanto motor de desarrollo del país. Los estudiantes sólo aparecen en contadas ocasiones, infantilizados y sugiriendo que se les debe disciplinar con acciones ejemplares, como la expulsión; en cualquier caso, se minimizan sus acciones.

En cuanto al punto de inflexión se coloca a los años que van de 1968 a 1970 como el segundo momento o el inicio de la negativación, pero como se pudo observar, dicha oscilación inició algunos años atrás y será a partir de 1968 cuando alcance un posicionamiento definitivo. Por un lado, se une a la oposición al libre ingreso a la universidad, demanda sostenida por los bachilleres, en general, y por la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE), en particular. La presión ejercida por los alumnos tendrá un desenlace macabro, por decir lo menos, cuando el 29 de mayo de 1969 se produce el asesinato de los bachilleres en la ciudad de Guayaquil por parte del ejército, bajo el pretexto de que no eran estudiantes,²⁶ consigna que además era la manejada por *El Comercio*. Iturralde manifiesta que, según cifras oficiales, hubo seis muertos y aproxi-

24 "Atropello a la universidad", *El Comercio*, 27 de marzo, 1966.

25 "Incidentes universitarios", *El Comercio*, 14 de mayo, 1967.

26 P. Ycaza, *Movimiento estudiantil ¿Para dónde camina?*, 1989, pp. 40-41.

madamente 68 detenidos. Esto levantó una ola de indignación social y oposición feroz al régimen de dictadura civil llevada adelante por Velasco Ibarra.²⁷ Dicha acometida brutal, lejos de aplacar los ánimos de la protesta, produjo que días más tarde miembros de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE) tomaran la Casona Universitaria, exigiendo la abolición de los exámenes de ingreso en las universidades públicas del país.²⁸ En el caso de la UCE, esto se hará el 10 de junio de ese mismo año. Por otro lado, están plenamente vigentes las premisas de la Segunda Reforma Universitaria²⁹ impulsada por quien era el rector en 1969, Manuel Agustín Aguirre.³⁰

Frente a toda esta proliferación de acontecimientos, el diario desplazará la centralidad sustantiva de la categoría *universidad*, generando además “un conjunto argumentativo que permite a *El Comercio* establecer una cadena discursiva que le servirá a lo largo de los años para arremeter contra los actores de la UCE”.³¹

Ese asedio de lo político minando internamente a la UCE desestabiliza la institución, esto genera otro tipo de institucionalidad a la vez que la

27 Entre mediados de 1969 y a lo largo de 1970, la represión estará a la orden del día. Son perseguidos y asesinados algunos dirigentes estudiantiles como René Pinto (MIR), Milton Reyes (PCMLE) y, en Guayaquil, Rafael Brito (PSRE). También se destruyó con una bomba la imprenta y editorial universitaria. Véase *Ibid.*, p. 43.

28 G. Iturralde, “29 de mayo, jornada heroica, 1969”, en E. Arellano (comp.), *Pensamiento universitario ecuatoriano. Segunda parte*, 1988, pp. 334-339.

29 Ésta tiene arraigo en las proclamas de Córdoba, como son la autonomía, el libre ingreso, el cogobierno, la libertad de cátedra, la extensión cultural y las universidades populares. Además de reconocer el carácter dependiente del país, plantea un cambio de orientación de la universidad que permita transformar el orden actual, evitando el trasplante mecánico de teorías ajenas, véase P. Ycaza, *Movimiento estudiantil...*, p. 42. Se logra también la introducción de asignaturas de contenido humanístico, véase A. Moreano, *Universidad, crisis y reforma*, 1985, p. 13. Así como el derecho de tacha a los profesores y el derecho a la beligerancia estudiantil, sin caer en la idolatría por ciertas consignas, véase M. Aguirre, *La segunda reforma universitaria*, 1973, pp. 243-244.

30 Para junio de 1970, Velasco Ibarra se declara dictador y Manuel Agustín Aguirre es encarcelado junto con otras autoridades de la UCE y separado del rectorado. Cabe destacar que entre 1970 y 1976 no se realizaron elecciones para rector y serán los decanos más antiguos quienes se turnen el cargo.

31 K. Moreno y C. Celi, *Representaciones en prensa...*, p. 53.

desinstituye y reinstituye desde dentro, pues la UCE de “gente de bien” se pasa a convertir en una universidad plebeya. Poco a poco fue siendo sustituida por lo degradante que significaba para el medio el que la UCE haya sido desplazada en su centralidad discursiva y categorial por advenedizos y radicales que convirtieron a la Universidad en un lugar abandonado por el saber. Sin embargo, esta representación desustantivada no fue acompañada de una resustantivación sino por una miríada de adjetivos que oponían lo bueno y lo deseable a lo malo y lo indeseable. Es decir, lo bueno se ubicaba en el ámbito del deber ser, en un lugar deseado, pero al mismo tiempo proveniente del pasado de la institución como lugar de élite de la razón. Lo malo, por otro lado, se colocaba en el lugar del caos representado en un futuro nada promisorio, con la consabida construcción de elementos de oposición binarios y, por tanto, de estereotipos recurrentes.³²

Cabe resaltar que el interés de *El Comercio* por “recuperar” la institución aún durará unos años más. Durante éstos no dejó de argumentar lo necesaria que era la universidad para la vida del país y de atacar, muchas veces, a los gobiernos en turno por la falta de presupuesto o por las incursiones militares al recinto. También se oponía a la apertura de universidades en provincia y a la de instituciones privadas.³³ No obstante, sostenía que la proliferación de estas últimas se debía a que las oficiales se habían convertido en: “reducto revolucionario permanente, en célula de lucha política contra los gobiernos”.³⁴ Con esto se establece que, para el periódico, la UCE sigue siendo axial para el desarrollo del país.

Para el tercer acápite de este primer apartado y que transcurre entre 1970 y 1976 ya se ejerce un posicionamiento más abierto en contra de quienes conforman la UCE, exigiendo la apertura de más carreras técnicas en oposición a las pedagógicas o humanísticas, puesto que en ellas subyace la politización. También lo hará en contra del activismo estudiantil, fustigando, además, la inercia de la

32 *Ibid.*, p. 54.

33 *Loc. cit.*

34 “La crisis de la Universidad”, *El Comercio*, 18 de agosto, 1972.

mayoría de los alumnos que lo permite, puesto que quienes ahí se forman son vitales para el desarrollo del país.³⁵ Para ese momento, su ejercicio editorial ya se habría vuelto desenfadado en cuanto a destacar lo corrosiva que es la presencia estudiantil debido al cogobierno, el libre ingreso, la masificación y la politización.³⁶ En adelante, el rotativo comenzó a tener una “lectura negativizada de la UCE, que inicia desde sus actores y va corroyendo su centralidad”.³⁷ Homologando la disminución de la calidad educativa y el aumento de la cantidad de desocupados en cadenas discursivas que de a poco empiezan a solidificarse en las posturas del periódico.

En relación con la política estudiantil, el medio menciona: “no pasan de ser travesuras o juegos de un infantilismo político incapaz de transformar nada de manera vertical y perdurable [...] con estudiantes sin disciplina y catedráticos mediocres, pseudo revolucionarios”.³⁸ Puesto que para el diario “lo rebelde debe ser manifestación de un espíritu severo sin alharacas”.³⁹ Así,

si los estudiantes ya se introducen en la política, este medio considera que debe ser ejercida de modo noble con ideales superiores y esbeltos, ligados a un indeclinable sentido de justicia en tanto contribución científica a la sociedad, sin dejar que interfieran pendencias de arrabal ni lógicas de barricada.⁴⁰

35 K. Moreno y C. Celi, *Representaciones en prensa...*, pp. 38-39.

36 En la UCE, la organización estudiantil estaba siendo monopolizada, poco a poco, por el PCMLE y sus frentes universitarios. Aunque muchas agrupaciones dieron pelea durante algunos años más, de manera paulatina dejaron de ver a la UCE como un espacio para construir política, dando lugar a la lateralización de los movimientos estudiantiles que en la década de los sesenta tuvieron mucho protagonismo, siendo además escasamente resaltados por *El Comercio*. A lo largo de los años setenta, varias de las organizaciones de izquierda dieron prioridad “a la organización de frentes de masas que activen políticamente en los sindicatos, organizaciones campesinas, ocupación de tierras, toma de haciendas”. Véase *Ibid.*, p. 45.

37 *Ibid.*, pp. 54-55.

38 “La función universitaria”, *El Comercio*, 26 de noviembre, 1975.

39 *Loc. cit.*

40 K. Moreno y C. Celi, *Representaciones en presa...*, p. 55.

Lo anterior resulta, por lo menos, iluso, al pretender que los universitarios hagan política sin querer transformar las estructuras socioeconómicas. En todo caso, el fragmento intenta ilustrar que aún “el faro ético es procurable, regresando a un estado anterior al de la masificación estudiantil”,⁴¹ sin presencia de la izquierda y desde una perspectiva elitista. En todo caso, es factible pensar que el rotativo intenta “recuperar” la UCE y devolverla al rebaño que impulsa el desarrollo.

Para los años siguientes, entre 1976 y 1979, todavía en plena dictadura,⁴² *El Comercio* no hará sino insistir en el terrible daño que le produjo a la educación superior el libre ingreso, la masificación, las ofertas de carreras no técnicas, el cogobierno y la politización universitaria, dando como resultado la consolidación de la negativización universitaria y estudiantil. En relación con lo dicho, se afirma que:

podría decirse que coexisten tres movimientos discursivos, por un lado, está la condición sustantiva y de eje categorial de la UCE como un todo que va en retirada, pero que el medio de más a menos se encarga de intentar ubicarla en el centro. El segundo movimiento, consiste en apuntalar la adjetivación binarizada de los actores de la UCE como lo negativo, quienes además habían generado una labor de topo al socavar las estructuras internas de la institucionalidad, instalando de esa forma una lectura peyorativa de la UCE. Ambos movimientos coexisten de modo alternado en los editoriales de *El Comercio*, de modo imperceptible pero constante, el primero deja de estar presente en sus editoriales, mientras que el segundo pasa a colocarse en sus escritos de modo sostenido.⁴³

41 *Loc. cit.*

42 Cabe destacar que desde 1972 hasta 1979 hubo en el país una dictadura militar caracterizada por dos momentos: la primera de corte progresista, que fue de 1972 a 1976, dirigida por Guillermo Rodríguez Lara y autoproclamada “nacionalista y revolucionaria”, y la segunda, que inicia con un intento de golpe de Estado que desembocó en un triunvirato militar, el cual dio un giro hacia la derecha en la conducción del país. Fue hasta 1979 cuando se produce el retorno a la democracia.

43 K. Moreno y C. Celi, *Representaciones en prensa...*, p. 56.

Siendo en este último periodo el

que se consolida y sinonimiza al libre ingreso con la crisis estructural por la que pasa la UCE, asumiéndose como eje narrativo de la discursividad referida al desarrollo del país a lo largo de esos años. La adjetivación se coloca en el centro, terminando de corroer la centralidad categorial que construyó el medio durante largos años. Así, el tercer movimiento se basa en la idea de crisis como lugar inestable, lo cual termina solidificando las ambivalencias binarias repetitivas como estereotipos y, luego, como sentidos comunes consolidados en cuanto a negativización se refiere, en donde el primer movimiento deja de ser tal para pasar a ser narrado en pretérito.⁴⁴

Esto da como resultado que *El Comercio* dé por perdida la lucha por la significación de la universidad y por el control de la misma. La postura del periódico frente a los hechos lo evidencian como un objeto de estudio que reacciona como actor; es decir, de modo posicionado ante las diferentes circunstancias, que mantiene y defiende una línea argumentativa a lo largo de los años. Dicha postura dista de ser neutral y más bien intenta generar una reacción frente a lo que narra, puesto que su lugar de enunciación es apasionado, cuando no profundamente frustrado. Esto, a la vez, da cuenta de lo móvil e histórico del objeto de análisis, que se transforma en función de los hechos y relata lo observado de forma parcial.

En este sentido, cabe reflexionar sobre las intencionalidades de los observadores al momento de investigar hechos de la realidad. La cuestión radica en si es interesada su postura al momento de observar. La respuesta parecería afirmativa y esgrimir que la posición de quien investiga es posicionada no debería ser un inconveniente, el problema tal vez estaría en insistir que no lo es. Por lo tanto, al observar el diario, es evidente que al intentar iluminar ciertos aspectos de la investigación realizada terminan por oscurecerse otros, ya sea por falta de interés, atención o porque sencillamente se intenta demostrar algo y ese algo suele ser lo que articula las intenciones inves-

44 *Loc. cit.*

tigativas. Esto no demerita el que se deba intentar alcanzar la mayor objetividad posible al momento de investigar, a sabiendas de que es imposible, puesto que probablemente sea más nocivo pretender la imparcialidad o la objetividad absoluta, la cual se arrogan varios medios informativos cuando intentan dar su versión de la realidad.

CONSOLIDACIÓN DE LA NEGATIVIDAD: 1980-1996

El segundo periodo se ubica entre 1980 y 1996, que corresponde al lapso más prolongado de alternancia presidencial consecutiva, en el cual *El Comercio* no hará sino prolongar y profundizar la construcción mediática que había estado realizando acerca de la universidad. Se asiste a la instauración del orden neoliberal, “el cual además va en íntima relación con una desestimación de lo público y de la negativización de la política gremial”⁴⁵ que, como se observó, es algo que venía profundizándose desde la década anterior.

En mayor o menor medida todos los gobiernos del periodo implementaron políticas que incluían la reducción del sector público, a la vez que tuvieron que enfrentar huelgas masivas nacionales, sobre todo en los años ochenta. Al respecto, *El Comercio* opinaba:

Uno de los sectores más afectados con la multiplicación de las huelgas, los disturbios y la paralización de actividades, es sin duda alguna el de la educación, en todos los niveles. La mecánica es siempre la misma: al menor signo de protesta contra cualquier tipo de medida gubernamental, los estudiantes universitarios y de los colegios fiscales y en ocasiones hasta de las escuelas primarias, se lanzan a las calles azuzados por los agitadores habituales, tanto de las organizaciones sindicales como de grupos políticos de extrema izquierda, para insultar, agredir, colocar

45 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad: Universidad Central del Ecuador y movimiento estudiantil a los ojos del diario *El Comercio*”, en R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*, 2017, pp. 283-284.

obstáculos en las vías públicas, enfrentar a la Policía y, obviamente, para suspender la asistencia a clases.⁴⁶

Con lo cual el diario apuntalaba su postura en relación con la participación de los estudiantes en estas actividades, las cuales además “justificaban” la posibilidad de la apertura a la libre competencia de varias entidades estatales, entre ellas las universidades —junto a casi todo lo público—, en un proceso de encadenamiento discursivo y simbólico que la relacionaba con lo “mal hecho”.⁴⁷ Esto se complementa con el ahogo presupuestario en el que se encontraba la universidad pública en su totalidad. Además, habrá que sumar la visión de la universidad hiperpolitizada, donde se afirma que:

No puede seguir siendo un centro aislado de toda la estructura del Estado, dedicada exclusivamente a la formación marxista, a criticar persistentemente a los gobiernos y a seguir agravando las frustraciones de una juventud cada vez más escéptica acerca del futuro nacional. La universidad no puede ser solamente una escuela de revolucionarios o elementos subversivos.⁴⁸

Estos argumentos se fueron acumulando para generar una escasa autoidentificación por parte del estudiantado con la UCE,⁴⁹ ligada a su pérdida de representatividad social. La presencia de prácticas impositivas en la conducción gremial, el desarraigo de los estudiantes del entorno universitario y la ausencia de propuestas innovadoras⁵⁰ delinearán el *neoliberalismo por olvido*, que se configuró desde mediados de los sesenta, se desarrolló en los setenta y se consolidó en los ochenta.⁵¹ Con la llegada de Febres Cordero (1984-1988) esta

46 “La educación al garette”, *El Comercio*, 29 de marzo, 1983.

47 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 288.

48 “La educación al paso del cangrejo”, *El Comercio*, 21 de enero, 1982.

49 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 289.

50 P. Ycaza, “Movimiento estudiantil universitario: de la rebelión a la incertidumbre”, en *Malaidea. Cuadernos de Reflexión. Universidad pública y movimiento estudiantil*, 2011, p. 43.

51 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 290.

situación se agravará con la persecución política y las prácticas autoritarias y represivas que caracterizaron este mandato.

Hacia 1988, con Rodrigo Borja en la presidencia, la persecución amaina, pero se dan importantes cambios en las regulaciones laborales, lo que permite su flexibilización. Para Natalia León, esto ocurrió con el “consenso antisindical, que habría preparado el suelo ideológico para las transformaciones económicas y jurídicas en los órdenes productivo y laboral. [...] Es así que se emprende una ofensiva en contra de todo sindicalismo, a través del desprestigio”,⁵² en el que, afirma, tuvieron una función importante los medios de comunicación, pues “la hegemonía del sentido común a partir de las prácticas discursivas mediáticas había surtido su efecto en una operación semántico-político-económica”.⁵³ A lo anterior se agrega la caída del Muro de Berlín en 1989, que “propició un pretexto ideal para enterrar de manera simbólica a quienes [...] seguían agremiados”.⁵⁴ Para León habría operado “una suerte de *eutanasia política*, a fuerza de una agresiva degradación simbólica”.⁵⁵

Para 1990, la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) realiza su primer levantamiento y durante más de 14 años protagonizará la agenda de las luchas sociales.⁵⁶ Con esto se transitará de la huelga —propia de los sectores gremiales, referentes de las décadas precedentes— al levantamiento —con su respectivo cambio de parámetros simbólicos. Lo anterior termina de cambiar el panorama en detrimento de la perspectiva clasista, la cual ya venía deteriorándose a pasos agigantados y en la que estaban insertos los sectores estudiantiles agremiados. A esto se suma su lateralización en tanto auxiliares de las luchas sociales que ya había operado varios años atrás, cuyo resultado había sido “la pérdida de

52 N. León, *Ecuador: la cara oculta de la crisis: ideología, identidades políticas y protesta en el fin de siglo*, 2009, p. 122.

53 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 293.

54 *Loc. cit.*

55 N. León, *Ecuador...*, 2009, p. 145.

56 *Ibid.*, p. 294.

centralidad en la generación de la protesta”.⁵⁷ La crisis organizativa en la UCE se expresaba en que muy pocos —aparte del Movimiento Popular Democrático (MPD), como frente de masas del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE) y algunos grupos de izquierda autónoma— seguían reivindicando la lucha social en la universidad, que había dejado de ser un espacio a disputar.⁵⁸ A lo anterior se aunaba el hecho de que había dejado de ser un lugar de producción académica e investigativa.

Será el gobierno de Durán Ballén (1992-1996) quien intente llevar adelante la mayoría de las reformas neoliberales, muchas de las cuales fueron aprobadas y otras tantas bloqueadas por los movimientos sociales. En la UCE, para fines de 1996, también se intentó aumentar los aranceles en 500 por ciento, lo cual fue impedido por lo que quedaba de la organización estudiantil y estaba representada en la FEUE. Acerca de esto aparecieron algunos titulares en el periódico revisado, tales como: “El valor de la universidad” (16 de septiembre de 1996); “El problema de la universidad” (22 de septiembre de 1996); “Shock en la universidad por aranceles” (11 de octubre de 1996); “Los 7 pecados capitales de la UC” (22 de octubre de 1996); “¿Otra asamblea universitaria?” (23 de noviembre de 1996); “Paralización universitaria” (17 de diciembre de 1996); “La crisis universitaria” (22 de diciembre de 1996); “¿Hasta dónde llega la UC?” (22 de diciembre de 1996), y “Una transformación imposible” (26 de diciembre de 1996).

Se puede afirmar que para este momento ya se había instalado el neoliberalismo de sentido común tanto en la prensa como en la cotidianidad, el cual se encargaba de exaltar lo privado y mediocriar lo público, expresándose en el olvido presupuestario por parte del Estado.

Los editoriales de este periodo muestran que su postura ya se encuentra consolidada en cuanto a la negativización de quienes conforman la UCE: estudiantes, docentes y trabajadores. Por tanto, el

57 C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa sobre los movimientos estudiantiles en la Universidad Central del Ecuador (1990-2013)*, 2014, p. 47.

58 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 295.

rotativo será una caja de resonancia para amplificar una serie de sentidos comunes diseminados en el entorno local. Queda atrás la postura del medio en que se posicionaba a la Universidad como el centro del saber, o de que el problema es apenas una minoría estudiantil-docente, pues para este momento ya lo veía como caso perdido y dejaba de ser un espacio en disputa.

La animadversión hacia la institución y a todo lo que significaba se había consolidado en el uso del lenguaje: cambiaba su visión de universidad-desarrollo hacia la de universidad-fracaso. Si bien la relación podía estar intacta, ésta ya no se refería a las universidades públicas, con excepción de las politécnicas. Su posición de antaño en contra de la apertura de universidades provinciales y privadas también se había evaporado. Así, manifestaba:

las universidades dejaron de ser órganos académicos y se convirtieron en organismos políticos y el país⁵⁹ tuvo que volver desesperadamente los ojos a las universidades privadas, donde se siguió trabajando académicamente, realizando investigación científica informando buenos profesionales.⁶⁰

Luego de varios años y en pleno *boom* (1996) de la apertura de instituciones privadas, el rotativo afirmará: “Bienvenidas las universidades privadas que, sin duda, aliviarán la masificación de las oficiales y ofrecerán otra opción al que la pueda asumir. Bienvenida la sana competencia entre una y otras”.⁶¹

Dar paso al libre ingreso, la masificación y el cogobierno había significado, para el rotativo, una pérdida del control de la universidad, que a la larga devino en una degradación de sí misma, lo cual se evidenció en una serie de editoriales que posicionaban la caída en desgracia de la UCE, “hasta llegar a decir que es un nicho de movi-

59 Es común observar en varias editoriales que el medio se arroga la representación del país o de la sociedad, cuando establece ciertos argumentos y habla desde una supuesta generalidad que sólo recoge para dar cuenta de la razón que esgrime.

60 “¿Matando universidades?”, *El Comercio*, 28 de marzo, 1982.

61 “El problema de la universidad”, *El Comercio*, 22 de septiembre, 1996.

mientos terroristas”.⁶² En definitiva, para mayor pesar del periódico, la universidad se había convertido en una institución plebeya. Será en 1982 cuando un editorial registre este hecho como trágica herencia y encargue a los alumnos la corrección de los torcidos rumbos universitarios.⁶³ Entre 1993 y 1996 mantendrá esta perspectiva, pues se menciona que el cogobierno, tal como está concebido, es un cáncer que corroe las entrañas de la universidad ecuatoriana, al igual que el libre ingreso, visto como un daño a la juventud. La idea de que la educación está en permanente crisis es una constante, pero se olvida sistemáticamente del ahogo presupuestario y el antizquierdismo de los gobiernos de turno.⁶⁴

El objeto ya no apela a la UCE como algo benigno; clausuró y desplazó su significación a otros lugares, puesto que la institución ya no importa, o sólo interesa para recalcar, en sentido negativo, todo lo que no debe tener un ente estatal: ser gratuita, politizada, tener cogobierno y libre ingreso. La universidad deja de tener ese lugar de autoridad que *El Comercio* le otorgaba, pues se había corrido la sacralidad del saber por los nuevos contenidos que para el rotativo sólo significaban una rebaja de la calidad educativa. Luego de tantos años de bogar por un retorno a un espacio de élite donde supuestamente se encontraba antes, movió su propio punto de vista para adquirir otra significación; se dio el desplazamiento del punto de vista del objeto con respecto a lo que éste a su vez observaba. Cabría preguntarse si también cambió la opinión de los lectores a quienes representa o cree hacerlo. Se asume que sí, pero no se busca demostrarlo en este texto. Habría que adicionar que el paradigma universidad-desarrollo basado en el Estado se desplazó hacia el de desarrollo igual a libre mercado, fórmula que se reflejaba en la postura del periódico.

La forma desplegada en que se manejó la construcción de una universidad plebeya que se apartaba de los patrones educativos que prefería *El Comercio* fue reconvenida desde la supuesta mirada ma-

62 “¿En el umbral del terrorismo?”, *El Comercio*, 31 de marzo, 1985.

63 “Policía para la universidad”, *El Comercio*, 28 de junio, 1982.

64 C. Celi y K. Moreno, “Construcción de la negatividad...”, p. 303.

dura, que insta a poner las cosas en su lugar, ese deseo de regresar a antes de 1968 y que, en la medida que van pasando los años, se detecta que cada vez es más imposible hacerlo, hasta que, finalmente, ya no es factible, por lo que es mejor dejarla a su suerte. Ya en la década de los ochenta el medio adquiere una postura de oposición abierta a la UCE; sólo arroja vituperios en su contra, ya no como algo a recuperar, sino como lo duramente perdido. En otras palabras, al objeto de investigación analizado se le había escapado, puesto que su relación habría devenido antagonica y había perdido la predilección que en años anteriores no dudaba en proferir.

A la postura mediática se suma el abandono presupuestario, producto de la deslegitimación de lo público, la animadversión a la izquierda tradicional. Esto se enlaza con que el objeto considera que la institución abandonó su “deber ser”, su sentido educacional. Tampoco había otras voces que defendieran a la UCE, más que la de sus mismos integrantes politizados. Esto los debilitó aún más, respaldando la postura del diario, que además patrocinaba al entorno universitario que se encontraba en la esfera privada.

Así, en un primer momento la institución se posiciona en un sentido social —en favor de la masificación de la educación, la gratuidad de la enseñanza, el libre ingreso, el cogobierno o la participación estudiantil en las instancias decisoras de la universidad, la extensión y la libertad de cátedra— y político, puesto que en ella coexisten corrientes políticas variopintas, mismas que se disputan el espacio universitario con diferentes propuestas. Esto por mencionar algunos de los elementos que la convierten en una entidad más democrática, lo cual, a ojos de *El Comercio*, alejaba a la universidad de su intención educativa, puesto que el medio priorizaba la exclusividad educativa por sobre la masificación. En una segunda instancia, la intención privatizadora del Estado es la que toma la delantera, por lo que el medio sale en su apoyo para exaltar lo privado como lo deseable. El diario hace eco del cambio de sentido, pero también esgrime su postura. Puesto que la UCE dejó de estar en manos de lo que representaba el canon para el rotativo, habla en pretérito como si de un tiempo-espacio perdido se tratara. ¿Qué significa el canon en este contexto? Pues un entorno sostenido por hombres doctos, sin

entrometimiento en la política, con filtros para el ingreso estudiantil y sin cogobierno; es decir, una mirada adultocéntrica, jerárquica y elitista comprometida con mantener el *statu quo*.

Las razones por las que *El Comercio* tiene mucha cercanía con la UCE en un principio pueden deberse a que sostienen un mismo horizonte de sentido, puesto que la universidad y las élites quiteñas aún estaban muy relacionadas y, para el medio, la educación superior resulta de sumo interés como motor del desarrollo nacional. En esta primera instancia es posible que no estén disociados en tanto esferas sociales, pues se aconsejan mutuamente, sostienen unidad de sentido. En segundo momento, la UCE, en tanto intención de desarrollo para el país, sigue siendo similar para el diario, sólo hace falta que se vuelvan a encausar las cosas. El problema estaría en los estudiantes, puesto que se les debe disciplinar y no permitir tanta injerencia en la conducción universitaria. Para en un tercer momento, si bien la UCE ya perdió su sentido, conserva su categoría de buscar el desarrollo. En el último periodo y con el que se completa la metamorfosis de su mirada, la institución ya no posee su sentido de realización educativa, puesto que se debe mirar a otro lado, hacia lo privado.

LATENCIA, DESAPARICIÓN Y RESURGIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL (SIN ACTORES)

Este tercer apartado está conformado por dos segmentos, el primero ubicado entre 1996 y 2006, y el segundo que abarca de 2007 a 2013. Con todo lo planteado hasta el momento, se puede tener una idea más o menos clara de cuál será el derrotero del medio en cuanto al tema tratado, con algunas variantes, por lo menos en el primer corte de tiempo.

Hacia 1996 asume la presidencia Abdalá Bucaram, quien sólo durará seis meses en el cargo por las movilizaciones sociales en su contra que exigían su renuncia. Entre las razones esgrimidas por los opositores se encuentran su estilo de gobierno y la continuación de la impronta neoliberal. La presencia en las calles por parte de la ciudadanía quiteña contrastaba con la de los sectores organizados

que también protestaban, pero mientras los primeros eran ensalzados por la prensa, los segundos fueron fustigados por la misma. Esta coyuntura se aprovechó para tachar a grupos como el MPD, cercanos a la UCE, y caracterizarlos como retrogradados en relación con la educación.⁶⁵ Por su parte, *El Comercio* estaba abiertamente a favor de la caída de Bucaram, separando, eso sí, a la ciudadanía empoderada de las organizaciones sociales.

La presencia en el periódico tanto de la UCE como de los estudiantes desde 1990 hasta 1997 será latente, sin desaparecer del todo. Los reclamos o reivindicaciones universitarias fueron

desestimadas o banalizadas al punto de que se las considere “bullas”, es decir, gritos aislados sin repercusión social⁶⁶ o con una resonancia mediática, donde se afirmaba que entorpecía el avance de lo educativo, y también como mera obstaculización del tráfico vehicular.⁶⁷

El rotativo había construido una imagen de la institución que lindaba con lo caricaturesco, al mencionar que se había convertido en un problema de seguridad interna y que su principal cometido, que era educar, había sido abandonado. Y aunque prácticamente irá desapareciendo de la tipografía editorial, la postura del diario no cambiará.

El medio, por su parte, escribía desde una supuesta superioridad moral al relatar la necesidad del pago de pensiones.

El tiempo dejó claro que funcionaron las utopías cuando se dio paso a una masificación indiscriminada. La realidad mostró que se hizo daño

65 “El trasfondo del paro versus el país”, *El Comercio*, 5 de febrero, 1997.

66 En esta perspectiva: “su condición de caja de resonancia de los problemas sociales se encontraba muy maltrecha y los sujetos que le daban forma y voz se hallaban apertrechados y, de alguna manera, autosequestrados al interior de las instalaciones de la UCE y desestimando otros intentos de organización”. Véase C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa...*, p. 47.

67 *Ibid.*, p. 40.

y no bien a la juventud. Se abrió la puerta a docenas de miles y buena parte se quedó en el camino.⁶⁸

¿Pero a quién se la da la razón, a qué se apela sobre lo que se debió hacer y no se hizo? Pues la respuesta parece clara: al mismo medio, que actúa en la retórica del “se los dije”, en una operación tautológica que encarna a la razón propuesta por el diario desde sus propias páginas. El neoliberalismo, por olvido, había hecho trizas “la infraestructura universitaria, puesto que los locales eran poco adecuados para recibir clases, malos sueldos para los docentes, escaso bienestar estudiantil y académico”,⁶⁹ de modo tal que la asfixia presupuestaria se traducían directamente en lo que ocurría en el campus.

En las postrimerías de fin de siglo, el poco espacio destinado a las editoriales sobre la educación superior servirá para recalcar la necesidad de que sean los mismos estudiantes quienes financien su paso por las aulas universitarias, en aras de mejorar la calidad educativa. A la vez, se replican las recomendaciones del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) referentes a que los recursos económicos destinados a la educación deben ir dirigidos, principalmente, a la básica y media,⁷⁰ o ensalzando a las instituciones privadas que “han surgido aprovechando los vacíos y el anhelo por estudiar”.⁷¹

Con la llegada de Mahuad (1998-2000) a la presidencia, las intenciones neoliberales no parecen tener fin, a eso se suma el rescate bancario en 1999, el congelamiento de las cuentas de los ahorristas y el inicio del proceso de dolarización.⁷² Las movilizaciones en contra del régimen estuvieron a la orden del día, en las que participaron estudiantes y no faltó su caracterización como terroristas por parte

68 “El valor de la universidad”, *El Comercio*, 16 de septiembre, 1996.

69 C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa...*, p. 46.

70 Esta postura se verá expresada en el apoyo que da el medio a la eliminación de la gratuidad en la educación superior, cuando en la Asamblea Constituyente de 1998 se plasme constitucionalmente. Véase “Los recursos de la educación”, *El Comercio*, 3 de abril, 1998, y “Una educación más pragmática”, *El Comercio*, 28 de abril, 1998.

71 “Una nueva ley universitaria”, *El Comercio*, 6 de junio, 1999.

72 P. Sánchez, “Resistencias, consensos y disputas: conflicto social en el Ecuador (1990-2012)”, en S. Herrera (comp.), *¿A quién le importan los Guayacanes?*, 2013, p. 33.

del periódico.⁷³ Para inicios del 2000 se produce la caída de Mahuad, producto de una gran movilización llevada adelante por el movimiento indígena. El interinato que le sucedió no escatimó en continuar con las consignas del libre mercado y, con ello, una mayor reducción del presupuesto universitario, que consumaba aún más el olvido del neoliberalismo. Entre 2003 y 2005 conduce el Ejecutivo Lucio Gutiérrez, quien llegará a la presidencia en alianza con los movimientos sociales, luego de su participación en la caída de Mahuad años atrás. Al poco tiempo, Gutiérrez se distancia de sus mandantes y se vuelca al entramado neoliberal, lo cual provocará su enajenación como gobernante por parte de una “ciudadanía autoconvocada” que salió a las calles para exigir su renuncia, lo cual fue ensalzado por *El Comercio* en detrimento de “los típicos direccionamientos políticos”.⁷⁴

Una de las constantes en las coyunturas que dieron lugar a las caídas de los gobernantes antes mencionados (1997, 2000 y 2005)

fue desestimar el poder de convocatoria y acción de los actores organizados, tachándolos de “retrógrados” (1997), “terroristas” (1999), “encapuchados” (2000) y “típicos” (2005), para referirse sobre todo a los sectores gremiales cercanos al MPD, a la FEUE y a los estudiantes.⁷⁵

Lo anterior, en oposición a los sectores indígenas y a la ciudadanía espontánea.

Por otra parte, en estos años la UCE y sus alumnos dejan de ser noticia, salvo que sea para representarlos como territorio de violencia,⁷⁶ donde otrora era un “antiguo centro de controversia de altura”⁷⁷ o “donde la democracia siempre fue defendida heroicamente contra el autoritarismo de cualquier especie”.⁷⁸ En ambos casos se hace

73 “La U. Central y sus problemas”, *El Comercio*, 30 de enero, 1999.

74 “La lección de Quito”, *El Comercio*, 21 de abril, 2005.

75 C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa...*, p. 54.

76 *Ibid.*, p. 55.

77 “La Universidad Central”, *El Comercio*, 30 de enero, 2004.

78 “Un día de altibajos democráticos”, *El Comercio*, 28 de enero, 2005.

referencia a un tiempo pretérito que contrasta con un presente que es territorio salvaje.⁷⁹ Se lanza al pasado la protesta, a un momento donde se estaba más cerca de la UCE, en el cual la ideologización era clara, y se le compara con un presente extremista y sin mayores reivindicaciones.

Las menciones del diario acerca de la universidad y sus alumnos fueron menguando de manera estrepitosa en este periodo. En las escasas ocasiones en que se abordan, se hace referencia a los estudiantes como violentos, “para explicar el abandono del ‘deber ser’ de la universidad y así la necesidad de privatización”.⁸⁰ Por otra parte, “desaparecen del discurso mediático durante varios años”,⁸¹ lo que lleva a un silencio interpretable que se transmite por la ausencia discursiva convertida finalmente en olvido.

También tuvo lugar una arremetida neoliberal en cuanto al intento de aplicación de normativas y leyes a favor del pago de aranceles y por dejar de lado el financiamiento estatal para las universidades, en las que el medio no dejó de fustigar, posicionándose a favor de la privatización.

El segundo y último segmento de este periodo es pensado en función de la presidencia de Rafael Correa, puesto que le dará un giro a ese diluvio neoliberal que ya llevaba muchos años. En este periodo se instauran políticas que buscan el reforzamiento del Estado con base en la planificación y en una mayor asignación de presupuesto al sector social, en el que se inserta el educativo. Para 2008 se declara la gratuidad de la educación superior y se empieza a hacer efectiva.

En un principio *El Comercio* apoya este tipo de reformas, puesto que significaba arrinconar a los grupos que tradicionalmente habían manejado las universidades y a los cuales había dedicado ríos de tinta para denostarlos y achacarles el mal estado de la educación superior en el país. El diario saca del baúl las ideas de lo nuevo y lo limpio como figuras necesarias para erradicar la politización interna de la UCE y de sus actores. En algunos titulares se muestra la

79 C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa...*, p. 56.

80 *Ibid.*, p. 57.

81 *Loc. cit.*

intencionalidad del rotativo en cuanto a evocar cambios se refiere, por ejemplo: “El cambio en la Universidad Central”, de 23 de enero, y “El futuro de la Universidad Central”, del 23 de marzo, ambos de 2009. Dichos editoriales se escribieron luego de la elección —el primero— y de la posesión —el segundo— de un nuevo rector, cuya postura se alejaba significativamente de quienes habían dirigido durante varios años la UCE.

A los pocos meses se expresará el distanciamiento del medio para con el régimen, cuando exprese su rechazo a miembros del Frente Revolucionario de Izquierda Universitaria (FRIU), a quienes acusaba de haber agredido a dos periodistas pertenecientes a su diario, y relacionaba al régimen por el tipo de “epítetos que repetían calificativos que el país escucha reiteradamente de personajes vinculados a la cúpula gubernamental cuando se refieren al trabajo de la prensa”.⁸² Aunque es un tanto forzado el nexo establecido por la prensa, sirve para ilustrar también el grado en que, probablemente, cree que de modo mecánico se transmiten las ideas de los medios masivos a las personas.

Con respecto a las elecciones de la FEUE en la UCE, el diario no escatima en afirmar que “está en juego una elección independiente, sin presiones que impidan una representación estudiantil secuestrada por partidos políticos violentos y por los poderes de turno. El país estará vigilante de los comicios universitarios”.⁸³ Se retoma una fórmula que ya había dejado de lado durante años al presionar por la urgencia de un cambio, relacionando lo viejo con lo malo y estableciendo que el país estará expectante, cuando habla del medio mismo. Esto reavivaba su postura en términos de lo que para el rotativo significaba recuperar la universidad.

La aprobación de la Ley Orgánica de Educación Superior (LOES) en 2010 se tradujo en un malestar en las universidades y, pese a los reclamos, sus contenidos sustanciales no cambiaron significativamente. *El Comercio*, por su parte, intentó plasmar la polémica en varios editoriales:

82 “Agresiones a la prensa”, *El Comercio*, 8 de julio, 2009.

83 “Las elecciones de la FEUE”, *El Comercio*, 22 de abril, 2010.

El Gobierno tiene ahora la posibilidad histórica de expedir una ley consensuada para que las universidades sirvan al desarrollo y al progreso.⁸⁴

En todos los foros, estudiantes, profesores y autoridades de universidades públicas y privadas deben opinar sobre la Ley de Educación Superior.⁸⁵

Tuvo ayer el llamado de la comunidad universitaria para exigir que las autoridades gubernamentales escuchen los planteamientos en torno a la nueva Ley de Educación Superior.⁸⁶

El proyecto de Ley Orgánica de Educación Superior, clave para el Presidente, abre la polémica sobre la libertad de cátedra y el control oficial.⁸⁷

En materia de educación superior, como en otras leyes polémicas, está en juego un modelo de sociedad.⁸⁸

Cabe aclarar que la LOES aplica para todas las instituciones de educación superior. Con eso en mente, se toma en cuenta lo que puede ir dirigido a la UCE por parte del diario que durante tantos años se encargó de “desprestigiar a la universidad como a su comunidad educativa, para actualmente pasar a defenderla de manera relativa, debido a que se había convertido en opositor del gobierno”,⁸⁹ lo cual se expresa en ciertas líneas editoriales que apelan a que “sería democráticamente sano escuchar las posiciones distintas. En sociedades abiertas, las mejores leyes se elaboran luego de amplias y francas deliberaciones”.⁹⁰ En otros fragmentos se lee:

84 “El proyecto de Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 19 de julio, 2009.

85 “Educación superior: debate urgente”, *El Comercio*, 26 de septiembre, 2009.

86 “Abrir el diálogo”, *El Comercio*, 22 de octubre, 2009.

87 “La Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 6 de junio, 2010.

88 “La Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 24 de junio, 2010.

89 C. Celi y K. Moreno, *Representaciones en prensa...*, p. 62.

90 “El proyecto de Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 19 de julio, 2009.

Preocupa que se busque un control político de la universidad desde el Estado, que se limite la libertad de cátedra y se pierda su autonomía y pensamiento propio y se minimice el aporte de las familias pagando la educación privada para que los dineros públicos atiendan a la universidad estatal, ayuda de recursos y adelantos académicos y pedagógicos. [...] Pese a que desde la visión oficialista el debate nacional ya se planteó, hace falta una acción más decidida y concertada de todas las universidades ecuatorianas, planteando foros y debates, produciendo reflexiones y documentos que se divulguen ampliamente.⁹¹

En cuanto a la Ley de Educación Superior, mejorar la calidad académica es indispensable. Pero para ello el control político del Ejecutivo puede ser nocivo. Si antes la manipulación extremista fue un cáncer en la universidad pública, hoy la interferencia gubernamental en la libertad de cátedra y la autonomía universitaria sería letal.⁹²

En estos fragmentos se puede observar que *El Comercio* se posiciona en favor del diálogo y la apertura, de la autonomía y la libertad de cátedra, cuando por décadas esgrimía que se tomaran cartas en el asunto y se pusiera límites a éstas, que a veces se equiparaban con marxismo. Se pide también poner límites al Ejecutivo en el control de las universidades desde estas mismas instituciones o a través del Poder Legislativo. Por último, relaciona el cáncer del pasado con la posible letalidad del presente, lo cual sirve para entender que contra quienes se fue en el pasado, en la actualidad —y sin ponerse totalmente de su lado— puede aliarse, marcando una distancia con quienes en ese momento tiene objeciones. En otras palabras: los enemigos de mis enemigos son mis amigos. El medio se iba en contra de lo que atacó durante años para establecer su distancia con el régimen.

Una protesta universitaria de 2013 fue resaltada por el diario: “Hoy la protesta tiene otros fines. Habla de presupuesto, de una autonomía que busque la excelencia académica del escalafón docente y con la inconformidad con la reforma universitaria como telón de

91 “Educación superior: debate urgente”, *El Comercio*, 26 de septiembre, 2009.

92 “La Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 6 de junio, 2010.

fondo”,⁹³ la cual, en comparación con las manifestaciones del pasado, “contrastó con otros modos de ejercer la protesta estudiantil, con bloqueo de calles, consignas estridentes, piedras, y la respuesta estatal de represión y unos cuantos detenidos”.⁹⁴ Es claro que la UCE reaparece como espacio de disputa y que los estudiantes también lo hacen, siempre y cuando mantengan las formas, es decir, en oposición con las manifestaciones de hace unos años. En todos los casos, prensa, universidad y gobierno exigen calidad y excelencia, aunque probablemente sus posturas difieran entre sí al momento de clarificarlas. Sin embargo, en el caso de la UCE, ésta aparece como institución, pero sin actores; esto es, obviando a la comunidad universitaria, que para la prensa y el gobierno sería la manera idónea en que debe representarse dicha institución: con eficiencia y calidad, sin conflictos y divorciada de su comunidad.

Lo que quería *El Comercio* que ocurriera en los años setenta —una institución sin actores políticos— sucedió 40 años más tarde, con la diferencia de que para 2013 no es que los estudiantes no quisieran estar, sino que no tenían el nivel de incidencia requerido. La otra diferencia radica en que la institución ya no es central para los intereses del medio; en términos de desarrollo del país, ya no es considerada medular, ni conduce el vehículo del desarrollo. El paradigma había cambiado, puesto que se había adoptado el modelo neoliberal y dichos cambios no la convertían en un plato principal, a lo mucho en un postre que deja un buen sabor de boca. El otro problema era el progresismo, más cercano al desarrollismo militar de los años setenta, pero con consignas de izquierda, que le resultaba bastante adverso al medio, por lo que recuperar una visión desarrollista era contraproducente y le producía animadversión. En todo caso, no se alineaba con ninguno: la antigua oposición al MPD y la actual contra el gobierno también lo frenaban, intentando una especie de punto intermedio más estéril que nada, sobre todo porque sus intereses ya no están en la educación pública o sólo están ahí en la medida en que se opone al gobierno. La universidad se convertía

93 “La marcha de la Universidad Central y el Gobierno”, *El Comercio*, 23 de marzo, 2013.

94 *Loc. cit.*

en un lugar vacío al dejar de ser un espacio de conflictividad, misma que durante décadas hizo que el rotativo ocupara tinta en su contra, lo cual también lo dotaba de sentido.

El Comercio como objeto se movió a un punto muerto, donde su postura de opinador público lo deja en evidencia como actor. Aunque puede decirse que el objeto se mueve de modo coherente desde todos los ángulos y tiempos, puesto que adquiere el punto de vista del canon en tanto hegemonía narrativa, la metamorfosis se había consumado y nada quedaba igual.

PARA CONCLUIR

En términos generales se puede afirmar que no se trata de rehacer la coyuntura, sino de observar el tratamiento de los editoriales para dejarlos hablar, puesto que la postura del medio se mueve de modo concomitante, pero asimétrico; esto es, no evoluciona al mismo tiempo que la UCE y los estudiantes, que se mueven un tanto más inercialmente, en función de justificar la conservación de parámetros, modos de ver el mundo y sentidos comunes discursivos. Los discursos del diario van girando como lo hacen las élites, pero al mismo tiempo indican cómo deben o pueden irlo haciendo también ellas; es decir, se mueven de modo bidireccional y correspondiente, pues al tiempo que son parte de la élite le quieren indicar su dirección. Eso sí, no son los únicos que intentan hacerlo, puesto que en su interior también se da una guerra de posiciones, pero sí son de aquellos que repercuten en el significante nacional y amplifican su voz y la de ciertos actores debido a su condición de medio de masas, a la vez que ellos mismos son actores.

Para el primer periodo o segmento se puede afirmar que es la universidad la que está por delante y el medio lo acompaña, quedándose el Estado detrás. Para el segundo momento, es más bien el diario quien se pone por delante, pero tomando la voz de la libre empresa, que para ese periodo va de la mano con la del Estado, quedando la institución educativa rezagada. Por último, se tiene un

Estado que va por delante, con una UCE que no puede seguirle el paso y con un periódico que se opone, pero queda atrás.

REFERENCIAS

- “Abrir el diálogo”, *El Comercio*, 22 de octubre, 2009.
- “Agresiones a la prensa”, *El Comercio*, 8 de julio, 2009.
- “Atropello a la Universidad”, *El Comercio*, 27 de marzo, 1966.
- “Ayuda para los estudiantes”, *El Comercio*, 23 de abril, 1957.
- Aguirre, Manuel Agustín, *La segunda reforma universitaria*, Quito, UCE, 1973.
- “Becas en el exterior”, *El Comercio*, 6 de enero, 1959.
- Celi, Carlos y Kintia Moreno, “Construcción de la negatividad: Universidad Central del Ecuador y movimiento estudiantil a los ojos del diario *El Comercio*”, en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*, México, UNAM, 2017, pp. 251-313.
- Celi, Carlos y Kintia Moreno, *Representaciones en prensa sobre los movimientos estudiantiles en la Universidad Central del Ecuador (1990-2013)*, Quito, Comité de Investigaciones UASB, 2014, <<http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/4488/1/2015-14-Celi-Representaciones%20en.pdf>>, consultado el 2 de enero, 2017.
- “Educación superior: debate urgente”, *El Comercio*, 26 de septiembre, 2009.
- “El cambio en la Universidad Central”, *El Comercio*, 23 de enero, 2009.
- “El futuro de la Universidad Central”, *El Comercio*, 23 de marzo, 2009
- “El problema de la universidad”, *El Comercio*, 22 de septiembre, 1996.
- “El proyecto de Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 19 de julio, 2009.
- “El trasfondo del paro versus el país”, *El Comercio*, 5 de febrero, 1997.
- “El valor de la universidad”, *El Comercio*, 16 de septiembre, 1996.
- “¿En el umbral del terrorismo?”, *El Comercio*, 31 de marzo, 1985.
- “En torno a la enseñanza superior”, *El Comercio*, 2 de agosto, 1963.
- “Extensión cultural”, *El Comercio*, 3 de septiembre, 1959.
- “¿Hasta dónde llega la UC?”, *El Comercio*, 22 de diciembre, 1996.

- “Incidentes universitarios”, *El Comercio*, 14 de mayo, 1967.
- Iturralde, Gustavo, “29 de mayo, jornada heroica, 1969”, en Estuardo Arellano (comp.), *Pensamiento universitario ecuatoriano. Segunda parte*, Quito, Banco Central del Ecuador/CEN, 1988, pp. 334-339.
- “La Asamblea Universitaria”, *El Comercio*, 10 de mayo, 1965.
- “La crisis de la Universidad”, *El Comercio*, 18 de agosto, 1972.
- “La crisis universitaria”, *El Comercio*, 22 de diciembre, 1996.
- “La educación al garete”, *El Comercio*, 29 de marzo, 1983.
- “La educación al paso del cangrejo”, *El Comercio*, 21 de enero, 1982.
- “La educación de las masas”, *El Comercio*, 27 de mayo, 1959.
- “La función de las universidades”, *El Comercio*, 2 de septiembre, 1964.
- “La función universitaria”, *El Comercio*, 26 de noviembre, 1975.
- “La generosidad y la universidad”, *El Comercio*, 12 de enero, 1959.
- “La lección de Quito”, *El Comercio*, 21 de abril, 2005.
- “La Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 24 de junio, 2010.
- “La Ley de Educación Superior”, *El Comercio*, 6 de junio, 2010.
- “La marcha de la Universidad Central y el Gobierno”, *El Comercio*, 23 de marzo, 2013.
- “La rebeldía estudiantil”, *El Comercio*, 5 de mayo, 1959.
- “La U. Central y sus problemas”, *El Comercio*, 30 de enero, 1999.
- “La Universidad Central”, *El Comercio*, 30 de enero, 2004.
- “La Universidad Central”, *El Comercio*, 10 de septiembre, 1963.
- “La universidad en ritmo normal”, *El Comercio*, 20 de mayo, 1965.
- “La universidad popular”, *El Comercio*, 2 de julio, 1955.
- “Las elecciones de la FEUE”, *El Comercio*, 22 de abril, 2010.
- “Las facultades técnicas”, *El Comercio*, 23 de septiembre, 1963.
- León, Natalia, *Ecuador: la cara oculta de la crisis. Ideología, identidades políticas y protesta en el fin de siglo*, Buenos Aires, Clacso/ASDI, 2009.
- “Los recursos de la educación”, *El Comercio*, 3 de abril, 1998.
- “Los 7 pecados capitales de la UC”, *El Comercio*, 22 de octubre, 1996.
- “¿Matando universidades?”, *El Comercio*, 28 de marzo, 1982.
- Mattelart, Armand, Mabel Piccini y Michele Mattelart, *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile*, Buenos Aires, Schapire/El Cid, 1976.

- Moreano, Alejandro, *Universidad, crisis y reforma*, Quito, UCE/Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, 1985.
- Moreno, Kintia y Carlos Celi, *Representaciones en prensa sobre los movimientos estudiantiles en la Universidad Central del Ecuador (1963-1975)*, Quito, Comité de Investigaciones UASB, 2020.
- “Nuestra Universidad Central Crece”, *El Comercio*, 1 de enero, 1959.
- “¿Otra asamblea universitaria?”, *El Comercio*, 23 de noviembre, 1996.
- “Paralización universitaria”, *El Comercio*, 17 de diciembre, 1996.
- “Participación de la Universidad”, *El Comercio*, 21 de julio, 1964.
- Pérez Guerrero, Alfredo, *La universidad ultrajada*, Quito, UCE, 1974.
- “Policía para la universidad”, *El Comercio*, 28 de junio, 1982.
- “Responsabilidad de las universidades”, *El Comercio*, 20 de noviembre, 1965.
- “Reunión de rectores”, *El Comercio*, 26 de mayo, 1959.
- Sánchez, Paola, “Resistencias, consensos y disputas: conflicto social en el Ecuador (1990-2012)”, en Stalin Herrera (comp.), *¿A quién le importan los Guayacanes?*, Quito, CDES/SIISE, 2013, pp. 17-81.
- “Shock en la universidad por aranceles”, *El Comercio*, 11 de octubre de 1996.
- UCE, *Protagonistas de la Historia. 1621-2012*, Quito, 2012.
- “Un día de altibajos democráticos”, *El Comercio*, 28 de enero, 2005.
- “Una educación más pragmática”, *El Comercio*, 28 de abril, 1998.
- “Una nueva ley universitaria”, *El Comercio*, 6 de junio, 1999.
- “Una transformación imposible”, *El Comercio*, 26 de diciembre, 1996.
- Ycaza, Patricio, “Movimiento estudiantil universitario: de la rebelión a la incertidumbre”, *Malaidea. Cuadernos de reflexión. Universidad pública y movimiento estudiantil*, núm. 2, 2011, pp. 40-56 [trabajo original impreso en 1994, en *Universidad, estado y sociedad*, Quito, CEN/Fundación Hernán Malo/Ildis].
- Ycaza, Patricio, *Movimiento estudiantil ¿Para dónde camina?*, Quito, Cedej, 1989.

TERCERA PARTE
LA CUESTIÓN UNIVERSITARIA EN DEBATE

LA REFORMA UNIVERSITARIA BRASILEÑA DE LA DÉCADA DE LOS SESENTA: DISPUTAS, VIOLENCIA REPRESIVA Y CONEXIONES INTERNACIONALES

Rodrigo Patto Sá Motta

La propuesta de este capítulo, en diálogo con el diseño general del libro, es estudiar los procesos de cambio y reforma en el sistema universitario público brasileño en la segunda mitad del siglo pasado, teniendo en cuenta los ámbitos regional y global, así como los conflictos que movilizaron a diferentes actores políticos y sociales. Pero antes de abordar el tema principal, se presenta información básica sobre los orígenes de las jóvenes universidades brasileñas, que de hecho han sido creadas en principios del siglo xx. A continuación, vamos a mostrar que a partir de los años cincuenta el sistema universitario se involucró en los conflictos políticos e ideológicos que marcaron el país y toda la región.

En este contexto, estudiantes y maestros universitarios se tornaron líderes de proyectos reformistas y revolucionarios, con lo que atrajeron la atención de las fuerzas represivas que los acusaron de transformar las instituciones de educación superior (IES) en focos de subversión. Las propuestas políticas y educacionales en discusión en los años cincuenta y sesenta, que generaron conflictos ideológicos que involucraban a diferentes actores sociales, mantuvieron conexiones con la situación latinoamericana, que despertó interés de las élites académicas brasileñas. Más allá de las cuestiones regionales, el debate sobre la situación universitaria estuvo marcado por el impacto de la Guerra Fría, ya que las agencias estadounidenses invirtieron recursos de todo tipo en América Latina, dada la preocupación de vencer la disputa con los países socialistas. La propuesta es analizar los resultados complejos de tales embates, con atención especial

para el periodo de la dictadura militar (1964-1984), en que se implementó una reforma universitaria al mismo tiempo modernizadora y autoritario-represiva.

EL SISTEMA UNIVERSITARIO BRASILEÑO EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

Los cursos de educación superior se crearon en Brasil a principios del siglo XIX, cuando el gobierno monárquico del país recién independiente creó las primeras facultades en la antigua colonia portuguesa. Durante los siguientes 100 años este panorama cambió poco, ya que sólo hubo facultades aisladas que ofrecían básicamente tres opciones: Medicina, Ingeniería y Derecho. La proclamación de la república (1889) no cambió la situación, aunque en las primeras dos décadas del siglo XX algunas autoridades regionales plantearon iniciativas para ampliar la oferta universitaria, con resultados modestos.

Con la llamada Revolución de 1930, un levantamiento político-militar que puso en el poder a un grupo reformador bajo el liderazgo de Getúlio Vargas, surgió la oportunidad de cambiar la situación universitaria. Poco después de crear el Ministerio de Educación (MEC), el gobierno de Vargas decretó una reformulación de las universidades. A propósito, vale la pena señalar que las dos grandes reformas a la educación superior en Brasil, en el siglo XX, fueron promovidas por dictaduras: la del MEC, por Francisco Campos en 1931, y la del régimen militar en la década de los sesenta, contextos marcados por autoritarismo y purgas políticas.

En la década de los treinta, una de las preocupaciones era crear y fortalecer las universidades, ya que hasta los años veinte sólo había colegios centrados en la formación de profesionales específicos, casi siempre en las tres áreas tradicionales: Derecho, Medicina e Ingeniería.¹ La intención era ampliar el alcance de la educación superior y fomentar reflexiones creativas e investigaciones científicas,

1 O. de O. Romanelli, *História da educação no Brasil (1930-1973)*, 1978.

yendo más allá de la mera reproducción de bachilleres. La reforma de 1931 creó normas que serían importantes en la trayectoria de las primeras IES, como el requisito de al menos tres facultades para obtener el reconocimiento como universidad, además de una estructura administrativa y didáctica basada en la figura del catedrático. En esencia, este formato universitario prevaleció hasta la reforma de 1968, cuando la dictadura comandada por los militares emprendió la modernización autoritaria de la educación superior.²

Los resultados de la primera intención reformista en 1931 fueron frágiles, ya que las áreas tradicionales continuaron dominando. Además, las universidades creadas no eran más que agregados de facultades prácticamente autónomas. Las de Filosofía y Ciencias —la opción adoptada para albergar los nuevos cursos y laboratorios científicos— tuvieron dificultades para imponerse ante las facultades históricas, además de enfrentar el reto de la falta de tradición investigadora en el país. Asimismo, la enseñanza e investigación se organizó en torno a los catedráticos, profesores prestigiosos y bien remunerados que tenían puestos vitalicios, poder total sobre sus áreas de conocimiento y dominaban los órganos administrativos. En contraste con el poder de los catedráticos, que a veces ponían barreras a la producción de conocimiento y a la circulación de ideas, los otros docentes, instructores, auxiliares y asistentes recibían un salario mediocre y se veían obligados a impartir clases en diversas instituciones.

Los problemas y las deficiencias de la estructura universitaria legados por la reforma de 1931 quedaron claros en los años cincuenta y sesenta, periodo en el que hubo una notable expansión demográfica, crecimiento urbano y desarrollo industrial. Uno de los temas más sensibles, que tendría graves repercusiones políticas en los sesenta, fue la escasez de plazas para los jóvenes capaces de ingresar a la educación superior. Hubo una expansión del número de estudiantes entre los años cuarenta y sesenta, así como la creación de nuevos cursos universitarios y un proceso de federalización de las IES previamente creadas por las autoridades locales. Además, a principios

2 Véase R. P. Sá Motta, *As universidades e o regime militar*, 2014.

de los cincuenta, el Estado brasileño fundó instituciones esenciales para el futuro de la educación superior y la investigación científica, como la Coordinación por el Perfeccionamiento del Personal de Educación Superior (CAPES) y el Consejo Nacional de Investigación (CNPq).

En el mismo periodo, hacia 1950, la fuerza aérea creó una institución de educación superior en investigación: el Instituto Tecnológico de Aeronáutica (ITA). El ITA no tenía catedráticos, enfatizaba la investigación, pagaba buenos salarios y ofrecía régimen de tiempo completo para los maestros, algo que no existía en el sistema educativo federal. Los salarios competitivos y las normas administrativas flexibles permitieron la contratación de extranjeros, lo cual era indispensable, dado el objetivo de enseñar tecnología de última generación. Sin embargo, el ITA se limitó al área específica, no tenía formato universitario y tampoco la intención de influir en el resto del sistema de educación superior.

Las iniciativas adoptadas en los cincuenta para mejorar la infraestructura de investigación y ampliar los cursos superiores generaron un aumento de la matrícula, que pasó de aproximadamente 28 000 alumnos en 1940 a 93 000 en 1960.³ Sin embargo, este incremento no se produjo en la misma proporción que el aumento de la demanda. Aunque desigual y elitista, el desarrollo económico de Brasil en el periodo generó un aumento en la demanda de cursos de educación superior, en especial de los jóvenes de la clase media en expansión. Esta situación, junto con el creciente sentimiento nacionalista y reformista que se incrementó en las décadas de los cuarenta y cincuenta, además de la siempre presente sensación de retraso en relación con los países ricos, considerados modelos a alcanzar a juicio de los grupos gobernantes, provocó un debate sobre la necesidad de llevar a cabo reformas sociales e implementar proyectos de modernización.

3 H. Sampaio, *Evolução do ensino superior brasileiro, 1808-1990*, 1991.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LAS DEMANDAS DE REFORMA EN LOS AÑOS CINCUENTA Y SESENTA

Uno de los actores clave en los debates sobre el futuro de las universidades (y del país) fueron las asociaciones estudiantiles, principalmente la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), creada en 1937. En su fase inicial, los líderes de la UNE mantuvieron relaciones cordiales con la dictadura de Getúlio Vargas, pero poco después la entidad adoptó una línea política antifascista y presionó para que Brasil entrara en la Segunda Guerra Mundial, entre 1942 y 1943. En esta fase, la UNE también actuó por la democratización del país y por el fin de la dictadura de Vargas en 1945.

El periodo de mayor desempeño y visibilidad política del movimiento estudiantil ocurrió entre finales de los años cincuenta y mediados de los sesenta, cuando los líderes de la UNE participaron en debates sobre la reforma universitaria y lucharon por una mayor participación estudiantil en la gestión de las universidades. Por cierto, los líderes estudiantiles entendieron que el incremento de su poder en las instituciones era condición para el éxito de las reformas, ya que la mayoría de los catedráticos que dominaban las IES estaban en contra de los cambios en el sistema.

Entre las principales iniciativas de la UNE —y las entidades afiliadas— en este periodo se encontraba la demanda de cambio en las estructuras de poder de las universidades, como la propuesta de división equitativa de los cargos electivos en los órganos de gobierno (congregaciones y consejos universitarios). Esta demanda motivó la Huelga del 1/3 organizada por la UNE en 1962, que exigía una representación estudiantil en la misma proporción; es decir, que los alumnos tuvieran un tercio de los cargos electivos en los órganos de gobierno.⁴ Además, a principios de los sesenta líderes universitarios de izquierda se dedicaron a proyectos para llevar el conoci-

4 Para la legislación de la época, la representación estudiantil debería ser definida por cada institución, mientras que la UNE pretendía una ley general que mandatará la norma de 1/3 para todas las universidades y facultades. En 1968, la dictadura militar estableció que la representación estudiantil tendría derecho a un máximo de 1/5 de los puestos en los órganos colegiados.

miento y la cultura a las clases populares. Sus principales iniciativas en esta materia fueron las campañas de alfabetización y de cultura popular, esta última a través, principalmente, del Centro Popular de Cultura de la UNE.

Impulsados por convicciones reformistas —a veces revolucionarias— y con el propósito de construir una universidad popular y crítica, en los años previos al golpe de Estado de 1964, líderes estudiantiles y la UNE organizaron varias reuniones y seminarios sobre el tema de la reforma universitaria. La actividad inicial más importante fue el I Seminario Latinoamericano sobre Reforma y Democratización de la Educación Superior, celebrado en 1960, una demostración de que los jóvenes brasileños buscaban acercarse a los países vecinos. A continuación, el I Seminario Nacional sobre Reforma Universitaria se celebró en 1961 en la ciudad de Salvador, que fue sucedido por el II (1962) y el III (1963).⁵ En el mismo periodo, el MEC y algunas universidades también celebraron debates sobre la necesidad de reformas, pero con algunas diferencias desde la perspectiva de los líderes estudiantiles de izquierda, que pensaban en la reforma universitaria como parte de un amplio proyecto de cambio social.

Aunque había diferentes puntos de vista sobre la reforma, prácticamente todos los interesados cuestionaban las estructuras vigentes a principios de la década de los sesenta. Uno de los puntos más criticados fue la existencia de catedráticos, quienes controlaban todos los órganos universitarios. Hubo un consenso virtual de que las cátedras contribuyeron a la escasa producción de investigación y conocimiento, porque los docentes, asistentes y auxiliares, así como los alumnos, se sentían desmotivados y sin espacio para desarrollar sus propios proyectos. Algunos catedráticos actuaron de manera diferente y ofrecían buenos resultados, pero fueron excepciones. Sin embargo, cambiar el sistema de cátedras era un problema complejo, ya que implicaba cambiar la Constitución de 1946.

Las universidades brasileñas tenían otros problemas además del sistema de cátedras. En muchos casos, la propia denominación *uni-*

5 J. L. Sanfelice, *Movimento estudantil. A UNE na resistência ao golpe de 1964*, 2008.

versidad era inapropiada, ya que había, de hecho, una frágil unión de facultades prácticamente autónomas. Los directores de las facultades tenían asignación presupuestaria recibida directamente del gobierno federal, por lo que contrataban y gastaban sin responder al rector. Hasta la selección de nuevos estudiantes se hacía de manera descentralizada, cada facultad con su propio examen. La falta de coordinación creó otro problema: era común que las cátedras dedicadas a la misma área en diferentes facultades generaran duplicación de costos, por ejemplo, una cátedra de biología en la Facultad de Medicina y otra en la Facultad de Filosofía y Ciencias.

Ya hemos mencionado otro tema con graves repercusiones políticas: la falta de plazas para los jóvenes. A medida que los exámenes de selección de algunas universidades aprobaban un número de candidatos superior a las plazas existentes, surgieron los “excedentes”, es decir, los alumnos aprobados y que pensaban tener derecho a ingresar a las universidades, que sirvieron de combustible para encender las protestas en el contexto de 1965-1968.

En la década de los sesenta, aunque hubo un consenso virtual sobre el arcaísmo del modelo universitario existente, las soluciones señaladas provocaron divergencias entre los líderes de izquierda y los defensores de las perspectivas neoliberales. El primer grupo, influyente entre los líderes estudiantiles, tenía como objetivo una universidad crítica y popular, que se basaba en la destacada participación política del alumnado. En este sentido, el arcaísmo también fue percibido como un problema político, porque los profesores serían reaccionarios al servicio del conservadurismo. De ahí la importancia de los cambios en las estructuras internas de toma de decisiones, con la demanda estudiantil de una división equitativa del poder en las universidades.

Desde la perspectiva de los grupos de izquierda, la universidad debería tener una estructura más moderna y ágil, capaz de producir conocimientos útiles para el desarrollo, pero debería estar al lado de las causas sociales y servir de vanguardia a las transformaciones socialistas. Estos sentimientos los expresaba el filósofo y profesor Álvaro Vieira Pinto, quien defendió, en un libro publicado en 1962, una alianza obrero-estudiantil-campesina para impulsar la refor-

ma.⁶ En su opinión, la verdadera reforma universitaria sería la entrada de las clases populares en la educación superior. De ahí la sugerencia de que se ofrecieran cursos nocturnos, disponibles para los trabajadores, una opción inexistente hasta entonces.

En el entorno docente también hubo apoyo a las demandas reformistas. En general, fueron bien recibidas por docentes más jóvenes y dinámicos, quienes habían sido excluidos del sistema de poder y mal pagados, y por aquellos que participaron en actividades de investigación. Una de las propuestas era extinguir el sistema de cátedras e implementar departamentos como estructura básica, al estilo estadounidense, con la expectativa de que impulsaran las actividades de enseñanza e investigación. Sin embargo, no todos los maestros a favor de las reformas siguieron la agenda del movimiento estudiantil, ya que consideraban que algunas de sus propuestas eran radicales e inapropiadas. Por supuesto, también hubo mucha oposición al llamamiento reformista, por lo general proveniente de los catedráticos, por razones obvias, y de líderes de las facultades tradicionales, que perderían el control sobre las instituciones si las reformas avanzaban y los estudiantes y maestros ganaban más poder.

A principios de los años sesenta comenzaron a planearse algunas reformas, generalmente gracias a la acción de los líderes académicos progresistas. Vale la pena mencionar a la Universidad de Brasilia (UnB), que fue creada junto con la inauguración de la nueva capital de Brasil en 1961. Se planeó que la UnB fuera la punta de lanza de la renovación del sistema universitario. Fue la primera IES brasileña diseñada para funcionar como centro de investigación, con departamentos e institutos en lugar de cátedras y facultades.

El término *instituto* designó unidades universitarias dedicadas a la investigación, distinguiéndose de las facultades tradicionales. Según el proyecto original, la UnB tendría ocho institutos relacionados con áreas científicas básicas (Biología, Física, etcétera), que se complementarían con facultades de formación profesional (Derecho, Administración, Educación, Ingeniería, entre otras). La UnB no tenía catedráticos y pagaba salarios más altos que el promedio,

6 A. V. Pinto, *A questão da universidade*, 1962.

ofreciendo un régimen de tiempo completo a los profesores, un tipo de contrato de trabajo prácticamente desconocido en las universidades brasileñas. Además de la infraestructura para la investigación, la nueva universidad implementó cursos de posgrado simultáneamente con los de grado recién instalados. También en la UNB se adoptó por primera vez el sistema de créditos por disciplina, más flexible que las clases con cursos anuales, el estándar hasta entonces.⁷

Pues bien, la demanda de reforma universitaria se incorporó a las “reformas básicas” anunciadas por el presidente João Goulart, un líder político nacionalista y vinculado con los sindicatos de trabajadores.⁸ Durante su gobierno (1961-1964) se diseñaron reformas para diferentes áreas, siendo las más controvertidas la de la educación superior, la agraria y la política.⁹ Al incorporar la demanda de reforma universitaria en su agenda, el gobierno de Goulart se mostró en sintonía con los debates progresistas y las perspectivas en los círculos académicos y estudiantiles.

De hecho, este gobierno fue muy receptivo a las demandas de los líderes estudiantiles, lo que contribuyó a hacer de la UNE una institución influyente en el debate público. Además de dar la bienvenida a algunas de sus demandas, Goulart asignó puestos de asesoramiento gubernamental a activistas universitarios. Jóvenes estudiantes participaron en diversas actividades dirigidas a la movilización popular, como campañas de alfabetización, la creación de sindicatos rurales o la organización de la población “favelada” de los centros urbanos.¹⁰ En este contexto de fuerte polarización política, algunos de los episodios más importantes de conflicto entre izquierda y derecha tuvieron como escenario los espacios universitarios.

7 M. Celeste Filho, “A reforma universitária e a USP: década de 1960”, 2006, p. 17.

8 Elegido vicepresidente en 1960, asumió la presidencia en septiembre de 1961, después de la renuncia del titular Jânio Quadros. Aunque rico hacendado, Goulart era un aliado del movimiento obrero y de los comunistas, lo que atrajo la oposición de la opinión liberal y conservadora.

9 La reforma política establecería el derecho a votar de los analfabetos y los militares menores (marineros, cables y sargentos), que también ganarían la posibilidad de ser elegidos para mandatos legislativos.

10 S. S. R. Oliveira, *O movimento de favelas de Belo Horizonte (1959-64)*, 2010.

Volviendo a los proyectos reformistas abrazados por el gobierno de João Goulart, en términos generales la intención era utilizar a la UnB como modelo para implementar cambios en otras instituciones. El equipo de Goulart estaba preparando medidas en la dirección de la reforma universitaria cuando estalló el golpe que lo expulsó del poder. Goulart habló sobre el tema a principios de marzo de 1964, unas semanas antes de ser derrocado, en abril del mismo año, y mencionó la creación de institutos de investigación, el establecimiento de ciclos básicos de formación y el aumento de las plazas para “los excedentes”. Además, se anunció un plan quinquenal para el CNPq y la promesa de aumentar sus fondos. Sin embargo, tales intenciones no llegaron a constituir una política universitaria coherente, sobre todo porque el gobierno gastó sus energías en las constantes crisis políticas. El logro más concreto del gobierno de Goulart en el frente universitario fue el aumento de la matrícula en los cursos de pregrado, que pasó de aproximadamente 100000 en 1961 a 140000 en 1964.¹¹

Entre algunos grupos de derecha, especialmente liberales y nacionalistas autoritarios, los discursos modernizadores también ganaron a sus partidarios. El diagnóstico del arcaísmo de las universidades fue similar y hubo algunos temas comunes, como la extinción de las cátedras y el fomento a actividades de investigación. Pero no había voluntad de aceptar universidades que funcionaran como graneros de pensamiento socialista y revolucionario, ni les agradaba la visión de líderes estudiantiles audaces, con exigencias sobre el contenido de los programas de enseñanza, haciendo huelgas para obtener un poder similar al de los maestros, o presionando por la contratación de profesores alineados ideológicamente con la izquierda. Para la derecha (incluidos los liberales), la intención no era reformar las IES en ningún sentido “popular”, sino hacerlas más eficientes y productivas, con el objetivo de formar técnicos para el desarrollo económico y la administración pública. A diferencia del proyecto de la izquierda estudiantil, para la derecha los cambios tendrían un

11 C. H. A. de Carvalho, “Reforma universitária e os mecanismos de incentivo à expansão do ensino superior privado no Brasil (1964-1984)”, 2002, p. 115.

propósito político conservador, porque la modernización fue diseñada para suministrar las necesidades del país con el fin de contener el impulso de los revolucionarios.

EL CONTEXTO INTERNACIONAL Y LA GUERRA FRÍA

Tales debates sobre las reformas en el sistema universitario tuvieron lugar en medio de un ciclo expansionista del capitalismo global, en que el conocimiento científico universitario desempeñó un papel importante; al mismo tiempo, el tema de las reformas sufrió el impacto de la intensificación de la Guerra Fría en América Latina. Por un lado, sus defensores se inspiraron en modelos internacionales, por lo que querían establecer asociaciones con otros países, y por otro, los poderes que disputaban la hegemonía mundial consideraban estratégicas las universidades y el conocimiento científico, por lo que se habían movilizado.

Desde el golpe de Estado en Guatemala en 1954, pero en especial desde la Revolución Cubana, la atención estadounidense se volvió con mayor intensidad hacia América Latina, por temor a que toda la región se inclinara hacia la izquierda y cuestionara su posición hegemónica. Por lo tanto, varios programas de seguridad se estructuraron en los años cincuenta y sesenta, en el campo militar y policial, con el fin de vincularse con las fuerzas de seguridad locales e impedir el éxito de los revolucionarios.¹² Sin embargo, en el mismo periodo se estructuraron proyectos en el ámbito social y cultural, ya que la coerción no es suficiente para garantizar el poder, que necesita también de la seducción de ideas y valores culturales.

Las principales iniciativas estadounidenses fueron coordinadas por la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés), un organismo creado a comienzos del gobierno de John F. Kennedy con la misión de coordinar proyectos de la Alianza para el Progreso, piedra angular de la diplomacia de ese presidente para América Latina y parte de sus promesas de

12 M. Huggins, *Polícia e política. As relações Estados Unidos-América Latina*, 1998.

campana. Creada en 1961, USAID tomó el lugar de otro organismo anterior, la Administración de Cooperación Internacional (ICA, por sus siglas en inglés), que desde 1954 había gestionado proyectos financiados por el gobierno estadounidense en otros países. Desde 1961, USAID se hizo cargo de los programas mantenidos por ICA, con la diferencia de que aumentaron los recursos y los objetivos se volvieron más ambiciosos, respondiendo a las crecientes ansiedades políticas hacia Brasil y toda la región.

Los proyectos de USAID para América Latina estaban impregnados por conceptos de las ciencias sociales estadounidenses, especialmente las teorías de la modernización, que se guiaron por los imperativos de la Guerra Fría. Para las teorías de modernización elaboradas por los científicos sociales estadounidenses, la mejor manera de superar el desafío revolucionario era modernizar a los países “atrasados”, considerados presa fácil del enemigo comunista.¹³ La educación fue uno de los sectores prioritarios de la agenda modernizadora debido a sus efectos multiplicadores y su potencial para inculcar valores en los jóvenes. De ahí los programas gestionados por USAID, cuyo objetivo era inyectar recursos financieros y técnicos en América Latina con el fin de estimular el desarrollo y debilitar la propuesta revolucionaria.

En la producción académica estadounidense de los años cincuenta y sesenta, *moderno*, *modernización* y *modernidad* se convirtieron en conceptos clave, junto con *desarrollo*, que tenían significados a menudo indistintos.¹⁴ Para algunos teóricos estadounidenses de línea demócrata, la modernización en los países pobres debería ir más allá del progreso económico y el desarrollo, implicando también cambios políticos y culturales que traerían la democracia característica de la verdadera modernidad. Sin embargo, tales versiones “progresistas” también estaban motivadas por producir un atractivo más sensible que la fría promesa de mejorar el desempeño económico. Se

13 R. Leacock, *Requiem for Revolution. The United States and Brazil, 1961-1969*, 1990, pp. 61-64.

14 N. Gilman, *Mandarins of the future: Modernization theory in Cold War America*, 2003, p. 148.

trataba de forjar una mística, una ideología para competir con los proyectos revolucionarios, en particular con el marxismo.¹⁵

En el ámbito educativo y científico, además de las agencias oficiales del gobierno estadounidense también actuaron en América Latina algunas instituciones privadas, principalmente las fundaciones Ford y Rockefeller. La Fundación Rockefeller operaba en la región desde principios del siglo XX, financiando principalmente proyectos de investigación y enseñanza en el campo médico.¹⁶ La Fundación Ford comenzó a actuar entre los años cincuenta y sesenta, y con la peculiaridad de privilegiar las ciencias sociales, un sector estratégico debido a su papel en la producción y circulación de valores políticos y culturales. Ford actuó de manera complementaria a las agencias oficiales estadounidenses, proporcionando el valioso servicio de difundir los valores culturales del poderoso país norteamericano sin atraer críticas a su gobierno, ya que era una institución no gubernamental. Es significativo que recursos financieros estadounidenses hayan ayudado a establecer importantes centros latinoamericanos de investigación en ciencias sociales, como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso),¹⁷ por ejemplo, así como departamentos universitarios dedicados a la ciencia política.

Tanto el gobierno estadounidense como las fundaciones privadas invirtieron grandes recursos en los sectores universitario y científico de América Latina en este contexto, financiando becas, equipos científicos, viajes de estudio a Estados Unidos de América y visitas de sus académicos a países de la región. Era una estrategia de *soft power* destinada a difundir una imagen positiva de ese país y establecer lazos culturales con las élites académicas latinoamericanas. Sin embargo, también había un objetivo más directamente relacio-

15 M. Latham, *Modernization as ideology. American social science and "nation building" in Kennedy era*, 2000, pp. 7 y 91.

16 M. G. S. M. C. Marinho, *Norte-americanos no Brasil. Uma história da Fundação Rockefeller na Universidade de São Paulo (1934-1952)*, 2001.

17 B. Calandra, "Cultural philanthropy and political exile: the Ford Foundation between Argentina and the United States (1959-1979)", *Tempo*, 2019, pp. 454-469.

nado con la Guerra Fría, a saber, disputar y evitar que los valores socialistas se volvieran dominantes.

En el caso de las universidades e instituciones culturales brasileñas, las agencias estadounidenses estaban atentas a los proyectos de expansión y reforma del sistema universitario, preocupadas por impedir que este proceso permitiera a los intelectuales y a las ideas socialistas obtener posiciones dominantes. Desde la década de los cincuenta, se crearon proyectos para el área de educación primaria (o educación elemental, según el modelo estadounidense) que financiaron la formación de maestros brasileños en Estados Unidos.¹⁸ Sin embargo, con el avance del debate sobre la reforma y la expansión de las universidades, la atención también se centró en este sector. Las IES eran el locus de la formación de mano de obra calificada y líderes, pero también un espacio fundamental para el debate de ideas y formación de opinión. De ahí su importancia estratégica en el marco de fuertes disputas ideológicas de carácter global.

Los diplomáticos estadounidenses temían que si los comunistas ganaban terreno en las universidades, especialmente en las áreas de capacitación de maestros, lograrían difundir sus ideas por todo el país y en toda la región. Este temor aumentó después del ascenso del presidente João Goulart, cuyo gobierno adoptó directrices diplomáticas que ampliaron las relaciones con el bloque socialista y los países no alineados. Esta orientación diplomática, que al mismo tiempo continuó e intensificó la estrategia iniciada en el gobierno anterior, condujo al restablecimiento, en noviembre de 1961, de las relaciones diplomáticas —que había roto en 1947— con la URSS y el comienzo del acercamiento con la China comunista.

La nueva orientación diplomática permitió una mayor difusión de los valores y la cultura soviéticas en Brasil, con la organización de exposiciones culturales y el aumento del tránsito de personas. La enseñanza de la lengua rusa ganó aliento en el país, a través del Instituto Cultural Brasil-URSS. Y el gobierno de Goulart firmó acuerdos para enviar estudiantes a universidades soviéticas, especialmente a

18 E. V. Paiva y L. P. Paixão, *PABAE (1955-1964): a americanização do ensino elementar no Brasil*, 2002.

la Universidad por la Amistad entre los Pueblos Patrice Lumumba, que había sido creada para servir a jóvenes del tercer mundo. En la misma línea, algunas IES brasileñas firmaron acuerdos para recibir visitas y establecer la cooperación con científicos soviéticos.¹⁹ Como el gobierno de Goulart creó programas para recibir en Brasil a estudiantes de otros países tercermundistas, en particular de África y América Latina, desde la perspectiva de las fuerzas de derecha la situación se volvió aún más preocupante.

Es importante señalar que la sensación de alarma sobre las disputas político-ideológicas en Brasil y otros países de la región llevó a los defensores de las teorías de modernización a enfatizar aspectos más pragmáticos, menos preocupados por objetivos de largo alcance, como la democracia y la modernidad, y más interesados en conquistar aliados leales, aceptando el autoritarismo como opción política en las disputas con la izquierda revolucionaria. Por esta razón, algunos intelectuales formuladores de la política exterior estadounidense percibieron a los militares como agentes para la modernización de las sociedades periféricas, aunque a expensas de ralentizar el advenimiento de la democracia y apoyar gobiernos autoritarios y represivos.²⁰

De ahí la actitud del gobierno de Estados Unidos hacia el golpe de Estado de 1964 en Brasil. Ayudaron a desestabilizar el gobierno de Goulart y allanar el camino para el golpe militar, para eliminar del mando político a un grupo inclinado al acercamiento con la URSS y, eventualmente, dispuesto a adoptar una línea antimperialista contraria a sus intereses. Había una expectativa de que los militares serían capaces de llevar a cabo las reformas para modernizar el país, enfrentando así problemas que sirvieron de combustible a las demandas revolucionarias de la izquierda. Sin embargo, la preocupación era, primero, preservar los propios intereses económicos y estratégicos, que serían mejor servidos por los militares que por el gobierno inclinado al nacionalismo de izquierda liderado por Goulart.

19 R. P. Sá Motta, *As universidades...*, p. 114.

20 N. Gilman, *Mandarins or the future...*, pp. 187-190.

EL IMPACTO REPRESIVO DEL GOLPE DE ESTADO DE 1964 Y EL PROYECTO REFORMISTA AUTORITARIO

El 31 de marzo de 1964 estalló el golpe militar, con una participación entusiasta de las élites civiles, responsable de crear una dictadura que duraría dos décadas. El objetivo principal era eliminar del poder a un gobierno de izquierda, representado por Goulart, que estimuló las reivindicaciones de movimientos sociales urbanos y rurales, y adoptó una línea diplomática contraria a los intereses de Estados Unidos. El bloque de derechas constituido en ese momento se reunió alrededor de la bandera anticomunista. El discurso del “peligro rojo” presentó la situación política en términos más serios que la realidad, porque los verdaderos comunistas eran minoría entre los defensores de las reformas sociales. Así, el anticomunismo fue manipulado para legitimar el golpe de Estado, a pesar de que los golpistas efectivamente temían y rechazaban los proyectos de la izquierda, en parte liderados por los comunistas.²¹

La represión política iniciada en 1964 afectó principalmente a los líderes de los movimientos sociales, a los militares de izquierda y a los vinculados con el nacionalismo progresista, así como a los estudiantes y a los docentes de izquierda.²² Teniendo en cuenta la situación específica de la comunidad universitaria, docenas de estudiantes fueron excluidos de la educación superior, aproximadamente 150 profesores e investigadores fueron despedidos (o retirados obligatoriamente), las entidades estudiantiles fueron intervenidas y, además, un grupo de rectores fue removido de su cargo, siendo remplazados por figuras simpatizantes de la dictadura. La UNB fue una de las más afectadas, no porque fuera considerada la más moderna, sino debido a la reputación de tener muchos profesores y estudiantes “comunistas”. Es por eso que dicha universidad sufrió varias inter-

21 R. P. Sá Motta, *En guardia contra el peligro rojo. Anticomunismo en Brasil (1917-1964)*, 2019.

22 Para un balance general de la represión, véase el informe: *Brasil, Comissão Nacional da Verdade, relatório*, 2014.

venciones autoritarias durante la dictadura, con un gran daño a su innovador proyecto académico.²³

De esta manera, los golpistas de 1964 interrumpieron represivamente los proyectos de reforma orientados a la izquierda que serían implementados por el gobierno de Goulart, así como las carreras de muchos académicos. Y la represión política y la vigilancia serían constantes durante la dictadura. Sin embargo, el bloque de derecha no se opuso homogéneamente a todas las propuestas de reforma, su motivación común era impedir que la izquierda dirigiera el proceso reformista. De hecho, una parte aceptaba algunas reformas, en especial la agraria y la universitaria, pero con énfasis en la modernización económica y tecnológica y sin preocupaciones vinculadas con la justicia social.

Entre los vencedores de 1964 no hubo consenso en cuanto a la dirección de la política universitaria, sólo la certeza de que era un área estratégica. La idea de la reforma universitaria entendida como la extinción de las cátedras y el debilitamiento de las facultades tradicionales encontró resistencia en los círculos del poder, porque muchos maestros en el área tradicionalista apoyaron el golpe de Estado. Por ejemplo, el primer ministro de Educación de la dictadura, Flávio Suplicy de Lacerda —catedrático de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Federal de Paraná—, se opuso inicialmente a la idea de reforma.²⁴ Sin embargo, más llamativos a medio plazo fueron los profesores que desde posiciones de liderazgo en el aparato educativo de la dictadura fomentaron reformas, como Raimundo Muniz de Aragão (ministro de Educación y rector de la Universidad Federal de Río de Janeiro); los consultores Valnir Chagas, Roque Spencer Maciel de Barros y Newton Sucupira, y los rectores Zeferino Vaz (UnB y Universidad de Campiñas) y Lynaldo Cavalcanti (Universidad Federal de Paraíba).

23 R. Salmeron, *A universidade interrompida: Brasília 1964-1965*, 1999.

24 Según los registros diplomáticos estadounidenses, Suplicy, cuando fue ministro de Educación, estaba en contra de reformar las universidades. Archivos Nacionales y Administración de Documentos (NARA, por sus siglas en inglés), Record Group 59, caja 1901.

Las dudas iniciales del gobierno dictatorial en cuanto a la política universitaria a implementar tenían relación con la fuerza de los argumentos liberales. El primero de los cinco gobiernos militares de la dictadura, el del general Castelo Branco, fue el más receptivo a los valores liberales, por lo que implementó medidas como la contención del gasto público, la reducción de subsidios y crédito, la reforma fiscal, la apertura al capital extranjero y la reducción de los derechos laborales. Comprometidos con la reducción del gasto, los asesores económicos de Castelo Branco esbozaron planes para poner fin a la gratuidad en las universidades públicas. Se pensaba en adoptar un modelo cercano a las instituciones estadounidenses que, aunque vinculadas con el Estado, recaudaban parte de sus recursos cobrando aranceles a los alumnos. Por lo tanto, estas propuestas fueron incluidas en la Constitución de 1967, aprobada al final del mandato de Castelo Branco, con el fin de permitir el cobro de aranceles en las universidades públicas, en contra a las tradiciones del Estado brasileño.

En la gestión de Castelo Branco se aprobaron algunas medidas legales encaminadas a modernizar la estructura de las universidades, pero nada que indicara una política coherente de reformas, porque seguía existiendo la duda entre el liberalismo mercadista o la continuación de la tradición estadista. El curso definitivo fue finalmente tomado en el gobierno siguiente, encabezado por el general Costa e Silva, tanto por su giro desarrollista (aumento del intervencionismo estatal), como por la presión del movimiento estudiantil y el aumento de las protestas sociales contra la dictadura. De manera significativa, debido a las presiones del movimiento estudiantil, la propuesta de cobrar aranceles en las universidades públicas fue abandonada.

En la fase inicial del gobierno de Costa e Silva surgió un marco favorable para la implementación de la reforma universitaria, que se debió tanto a las estrategias del Estado como al impacto del contexto político. Paradójicamente, la dictadura terminó adoptando parte de los proyectos reformistas de los líderes a los que derrotó, pero los implementó de una manera autoritaria y elitista, dejando de lado el sesgo democrático original. Con esto, Brasil fue uno de los pocos países de la región en el que una dictadura militar expan-

dió su sistema universitario público. Se trata de una peculiaridad en relación con las dictaduras vecinas, cuya marca fue la destrucción de las universidades públicas, a veces con una reducción de la matrícula, una disminución de los salarios y el cierre de algunos cursos universitarios.

Así, a partir de 1968-1969 la dictadura brasileña aumentó las inversiones públicas en educación superior y emprendió la modernización autoritaria del sistema universitario. Es importante dejar constancia de que, al mismo tiempo, se produjo una gran expansión de la educación superior privada, que abrió proporcionalmente más vacantes para los nuevos estudiantes que el sistema público.²⁵ Aun así, las IES públicas se ampliaron y modernizaron, de modo que la dictadura ofreció a las élites académicas y científicas no sólo autoritarismo y censura, sino también mejores condiciones de trabajo —por supuesto, para aquellos que no fueron despedidos o perseguidos por razones políticas.

Como se ha dicho, la UNB sufrió gran represión y purgas que afectaron no sólo a sus creadores, el educador Anísio Teixeira y el antropólogo Darcy Ribeiro, sino también a decenas de otros profesores. No obstante, su concepto de universidad dedicada a la investigación científica y a los estudios de posgrado, con profesores contratados a tiempo completo, terminó siendo aplicado a todas las IES públicas por la dictadura. Lo mismo sucedió con los arquitectos que concibieron el estilo adoptado en los nuevos campus construidos entre los años sesenta y setenta por la dictadura, sobre todo João Batista Vilanova Artigas y Paulo Mendes da Rocha. Fueron removidos de sus puestos docentes y excluidos de las instituciones públicas, pero sus conceptos arquitectónicos modernos fueron apropiados como una especie de estilo oficial de las universidades construidas durante este periodo.²⁶

25 En 1964 había unos 140000 estudiantes universitarios, de los cuales 62 por ciento estudiaban en instituciones públicas y 38 por ciento en la red privada. En 1984 el número total aumentó a alrededor de 1400000, de los cuales 41 por ciento estudiaba en instituciones públicas y 59 en la red privada.

26 R. P. Sá Motta, *As universidades...*, p. 264.

Antes de explicar con más detalle el modelo universitario adoptado por la dictadura, al mismo tiempo modernizador y autoritario, vale la pena abordar otro tema importante. Comentaremos algunos efectos del golpe de Estado y el régimen militar sobre los intelectuales y profesionales académicos, con énfasis en el tema de la circulación internacional. De hecho, tanto la dimensión autoritaria-represiva como las políticas modernizadoras de la dictadura contribuyeron a la internacionalización del mundo académico brasileño.

El primer punto a destacar es que la derrota de las reformas lideradas por la izquierda, el avance de los valores conservadores y la limitación a la libertad de pensamiento generaron en algunos intelectuales una inflexión radical. En otras palabras, el nuevo marco político alentó a muchos académicos a convertirse a la izquierda o, en algunos casos, a radicalizar sus posiciones. Otro impacto fundamental, por supuesto, fue la intensificación de la represión política en académicos y científicos considerados izquierdistas, que fueron afectados por arrestos, despidos, jubilaciones obligatorias y, a menudo, el exilio.

La ofensiva persecutoria de las dictaduras (no sólo las brasileñas) terminó expandiendo la circulación internacional de intelectuales y científicos. La necesidad de escapar de la represión llevó a la ampliación de las redes de cooperación y a la apertura de oportunidades de trabajo y estudio en otros países. Tratando de escapar de los aparatos represivos que se extendieron por toda la región, cientos de intelectuales, profesores e investigadores universitarios abandonaron sus países, ya sea para mantener viva la lucha política en la que estaban involucrados, para encontrar trabajo en otras latitudes o, más a menudo, debido a estas dos motivaciones.

Muchos de ellos buscaron oportunidades profesionales en Estados Unidos o Europa, pero otros recurrieron a la propia América Latina. En varios casos, el exilio político generó la oportunidad de conocer mejor a los países vecinos y ampliar las perspectivas intelectuales, previamente centradas en referencias europeas o estadounidenses. Es cierto que antes del ciclo de golpes de Estado de los años sesenta y setenta había algunas oportunidades de circulación y contacto entre intelectuales latinoamericanos, como los cursos de

la Flacso, en Santiago de Chile, que atrajo a investigadores de otros países desde fines de los años cincuenta. No obstante, la ola autoritaria que comenzó en la región a mediados de los sesenta causó una movilidad más intensa de académicos.

Un ejemplo entre los intelectuales que comenzaron una carrera internacional debido al exilio fue Darcy Ribeiro, quien vivió en Montevideo durante cuatro años después del golpe de Estado de 1964. El antropólogo Ribeiro había sido uno de los principales y más fieles asesores de João Goulart.²⁷ En sus memorias, escribió que el exilio significó la oportunidad de descubrir América Latina, situación similar a la que experimentaron otros brasileños.²⁸ Darcy Ribeiro fue contratado para trabajar en la Universidad de la República, poco después de llegar a Uruguay, como profesor de antropología. Luego vivió sucesivamente en Caracas, Santiago de Chile y Lima, fase en la que amplió aún más su perspectiva latinoamericana, con un notable impacto en su trabajo.

Otros exiliados brasileños en 1964 siguieron el camino de Chile, entonces gobernado por los demócratacristianos, un grupo notable de católicos de izquierda cercanos al educador Paulo Freire. Algunos de ellos trabajaron en la Universidad Católica de Chile, como el propio Freire, participando en el proyecto de reforma experimentado por esa institución en la segunda mitad de los años sesenta. Por lo tanto, debido al golpe de Estado y a la dictadura, los debates y las disputas sobre la reforma universitaria en Brasil se internacionalizaron gracias al exilio de algunos líderes intelectuales. Para los grupos marxistas, Chile se convertiría en un destino más atractivo tras la victoria de la Unidad Popular, cuando decenas de intelectuales de izquierda se trasladaron a ese país.

México fue otro destino importante para los intelectuales latinoamericanos exiliados, en especial después del golpe de Estado que derrocó al gobierno de Allende en Chile. En dicho país se instalaron muchos intelectuales con experiencia en instituciones educativas y

27 Además de ser rector de la UNB, Ribeiro fue ministro de Educación y jefe del Gabinete Civil en el gobierno de Goulart. E. de F. Cardoso Júnior, “‘Brasil que será!’ Darcy Ribeiro y la cultura política laboral en el gobierno de João Goulart”, 2021.

28 D. Ribeiro, *Confissões*, 1997.

científicas. Un número significativo de argentinos exiliados se establecieron en México, así como brasileños, entre los que destaca Rui Mauro Marini, Theotônio dos Santos y Vania Bambirra, quienes vivieron antes en Chile. Marini, Santos y Bambirra eventualmente se convirtieron en nombres importantes en las ciencias sociales latinoamericanas, reconocidos por su contribución a los debates sobre la teoría de la dependencia. Es curioso que los tres lograran más reconocimiento fuera de Brasil que en su propio país.

Hay otro aspecto interesante sobre la circulación internacional de intelectuales. De manera paradójica, la modernización autoritaria de las universidades bajo la dictadura abrió oportunidades de trabajo y estudio en Brasil para intelectuales perseguidos en otros países latinoamericanos. Éste es un tema aún por investigar, así que sólo haremos una breve mención. En el Brasil dictatorial, la flexibilidad pragmática de algunas autoridades estatales, así como las necesidades de una economía y un sistema universitario en rápida expansión, abrieron oportunidades para que jóvenes latinoamericanos hicieran cursos de posgrado, así como posiciones docentes y de investigación para intelectuales de países vecinos.

Esta situación causó ansiedad en los órganos represivos del gobierno, que cuando se dieron cuenta del fenómeno, visible particularmente en la década de los setenta, trataron de impedir la entrada de extranjeros sospechosos de profesar “ideologías exóticas”. Las agencias de información registraron la contratación de profesores argentinos y uruguayos por diferentes universidades de las regiones sur y sureste de Brasil. En algunos casos, los agentes represivos pudieron bloquear la contratación de los “indeseables”, pero en otras situaciones no impidieron que estos intelectuales se emplearan, en algunos casos hicieran carrera y se jubilaran en Brasil.

Volviendo a los intelectuales brasileños, un grupo más numeroso tomó el camino a Estados Unidos o a Europa, ya sea en busca de oportunidades de estudio o trabajo, o huyendo de la represión política. En los años sesenta y setenta hubo un aumento en la oferta de becas, en parte debido a las disputas de la Guerra Fría ya comentadas, en parte como resultado de los proyectos modernizadores de la dictadura. Además, algunos intelectuales brasileños exiliados,

así como muchos otros latinoamericanos fueron contratados como profesores o investigadores por instituciones europeas y estadounidenses. Hay que añadir que, independientemente de las iniciativas estatales, individuos y entidades estadounidenses acogieron y ayudaron a algunos políticos brasileños perseguidos.

La motivación no siempre fue humanitaria, ya que los docentes fueron contratados debido a su competencia profesional, en especial en un momento en que las universidades estadounidenses recibieron incentivos para crear programas de investigación sobre América Latina. Pero también hubo una motivación solidaria, involucrando a personas y entidades interesadas en apoyar a los perseguidos políticos y denunciar la situación en Brasil y la región.²⁹ De manera paradójica, a veces las oportunidades surgieron de contactos personales con profesores al servicio de USAID, que invitaron a colegas brasileños en dificultades.

Los debates y los planes para la reforma universitaria en la América Latina de los sesenta y setenta, así como la violenta represión de las dictaduras vigentes en el mismo periodo, ofrecieron un estímulo para la expansión de los contactos intelectuales y científicos, la formación educativa y la construcción de redes de cooperación y solidaridad política. La necesidad de exiliarse, aunque causara sufrimiento, para muchos tuvo como compensación la apertura de puertas para conocer más el mundo y también la oportunidad de “descubrir” la propia América Latina, con la posibilidad de percibir mejor las afinidades y los intereses comunes.

EL 1968 BRASILEÑO Y LA REFORMA UNIVERSITARIA DE LA DICTADURA

Ahora centraremos nuestra atención en la reforma universitaria de la dictadura brasileña, para estudiarla desde el impacto de las protestas estudiantiles de 1968. Ése fue el año culminante de las protes-

29 J. Green, *Apesar de vocês: oposição à ditadura brasileira nos Estados Unidos, 1964-1985*, 2009.

tas, pero los estudiantes habían comenzado actos de resistencia ya en 1965, es decir, desde el comienzo de la dictadura. Al principio, uno de los temas más enarbolados fue el antimperialismo, que provocó el espectáculo de muchas banderas estadounidenses quemadas en protestas callejeras. La sensibilidad antimperialista de los jóvenes fue provocada particularmente por los llamados acuerdos entre el MEC y USAID.

En los primeros años de la dictadura, cuando el gobierno de Castelo Branco —más conectado con Estados Unidos y la agenda liberal— estaba en el poder, los planes de modernización universitaria se acercaron al modelo estadounidense. En ese momento, la Alianza para el Progreso estaba en plena vigencia, lo que llevó al establecimiento de acuerdos para la reforma del sistema educativo brasileño, en especial la educación superior. En este contexto, a mediados de 1965 se firmaron los acuerdos MEC-USAID, destinados a modernizar el sistema educativo. Se trataba de un paquete de siete acuerdos que preveían la traducción y publicación de libros, la restructuración de los programas educativos, la planificación de la reforma de la educación superior y la asistencia para cambios en los niveles elementales de educación. El principal y más controvertido de los acuerdos contemplaba la creación de un comité con técnicos de ambos países para definir el formato de la reforma universitaria.

Los resultados de la iniciativa fueron importantes tanto por su impacto en la vida universitaria como —y tal vez aún más— debido a las polémicas públicas y las protestas nacionalistas provocadas por los acuerdos. De forma simultánea con la firma de los acuerdos con USAID, el gobierno contrató al consultor internacional Rudolph Atcon para hacer un diagnóstico de las IES brasileñas. Las sugerencias de Atcon siguieron la misma línea de las propuestas de los consultores de USAID: centralización administrativa, profesionalización de la gestión universitaria, creación de departamentos, mayor autonomía en relación con el Estado, diversificación de fuentes de recursos, e inversiones en campus universitarios, entre otras medidas.³⁰

30 R. Atcon, *Rumo à reformulação estrutural da universidade brasileira*, 1966.

Los acuerdos MEC-USAID se convirtieron en uno de los principales símbolos de la aparente sumisión de la dictadura militar a Estados Unidos. Aunque hubo acuerdos similares en diferentes áreas, como capacitación policial, entrenamiento militar, capacitación de líderes sindicales, proyectos de construcción de viviendas, entre otros, el efecto público de los acuerdos MEC-USAID fue más intenso. La razón principal es porque tocaron la sensibilidad de los líderes estudiantiles, un grupo que se convirtió en una de las principales fuerzas de resistencia a la dictadura, con especial visibilidad en las protestas públicas de 1968.

Por lo tanto, el antimperialismo fue el tema dominante de las protestas estudiantiles entre 1965 y 1967, junto con la denuncia del autoritarismo de la dictadura. El impacto público de la campaña contra los acuerdos MEC-USAID constriñó al gobierno brasileño, que evitó poner en práctica algunas de las sugerencias de consultores estadounidenses, principalmente el cobro de aranceles en las universidades. La agenda de protestas estudiantiles también incluyó temas específicamente educativos, como las críticas al arcaísmo universitario, la demanda de una mayor participación de los alumnos en la gestión universitaria, la falta de infraestructura de investigación, la ausencia de plazas para los estudiantes excedentes, etcétera. Además, las protestas criticaron la lentitud de los gobiernos militares para hacer frente a la situación universitaria, porque desde 1964 habían afirmado que harían la reforma de la educación superior.

Sobre la base de tales agendas y demandas, varias protestas ocurrieron entre 1965 y 1967. Sin embargo, en 1968 alcanzaron una dimensión más amplia, así como más violenta.³¹ Después de cuatro años de gobierno, la dictadura había perdido la confianza de algunos de sus partidarios iniciales y vio aumentar la disposición rebelde de los jóvenes. En este contexto, el asesinato del alumno Edson Luís de Lima Souto, el 28 de marzo de 1968, desencadenó una serie de protestas a gran escala. Souto participaba en una protesta en Río de Janeiro cuando fue fatalmente baleado por un oficial de policía.

31 J. R. Martins Filho, *Movimento estudantil e ditadura militar*, 1988.

Dicho asesinato desató una ola de protestas en Río de Janeiro y otras ciudades, que encontraron una respuesta violenta de las fuerzas policiales, causando más muertes. Algunas marchas reunieron a unas 100 000 personas, lo que generó gran presión política sobre el gobierno. En el mismo año, grupos armados de izquierda empezaron acciones de propaganda y algunos actos terroristas en los que mataron a tres militares (uno de ellos era oficial estadounidense), mientras que el terrorismo de derecha también entró en acción, contribuyendo a una mayor tensión. Los acontecimientos globales en 1968 trajeron aliento a las protestas brasileñas; además, tuvieron orígenes en común, como los efectos del crecimiento de la población universitaria. Sin embargo, el 1968 brasileño tuvo sus propias motivaciones, especialmente la disposición de los jóvenes a luchar contra la dictadura de derecha.

Las protestas públicas y los conflictos violentos de 1968 fueron utilizados por el ala radical del gobierno para justificar la intensificación del autoritarismo. El 13 de diciembre de 1968 se promulgó el Acto Institucional n° 5 (AI-5), que suspendió las instituciones liberales aún vigentes e inició una violenta represión de los opositores, principalmente de la izquierda.³² Sin embargo, es importante destacar el impacto de los acontecimientos de este año en la reforma universitaria. El papel principal de los estudiantes en las protestas convirtió el tema de la reforma en una prioridad para la dictadura. El gobierno fue criticado por los aliados por la lentitud del avance de las reformas, con el argumento de que si las universidades fueran mejores, tuvieran más financiamiento y abrieran más oportunidades de estudio e investigación, tal vez los jóvenes tendrían menos razones y menos tiempo para participar en las protestas.³³

Por lo tanto, las manifestaciones estudiantiles sirvieron como un impulso a la decisión de los militares de acelerar las reformas. A mediados de 1968, cuando las protestas alcanzaron su punto máximo, el gobierno nombró un comité de profesores y técnicos para redactar

32 D. A. Reis Filho, *Dictadura e democracia no Brasil*, 2014; M. Napolitano, *1964: História do regime militar brasileiro*, 2014.

33 Tales críticas han sido publicadas por la gran prensa, por ejemplo: *O Globo*, 1 de abril y 28 de junio de 1968.

un proyecto de ley de reforma universitaria. La ley fue aprobada en noviembre de 1968, pocos días antes de la promulgación del AI-5.³⁴ Así, la reforma universitaria avanzó al mismo ritmo que el aumento de las medidas autoritarias y la violencia represiva. De hecho, como ya se dijo, la reforma de la dictadura también fue un proyecto autoritario, ya que se impuso por el Estado después de consultar a un pequeño grupo de técnicos y profesores. Pero era una situación paradójica, ya que algunas de las medidas reformistas respondieron a ciertas demandas de los grupos progresistas. Así, uno de los objetivos era precisamente complacer a estos grupos, intentando reducir la escala de las protestas. No obstante, esta reforma no era la misma que impulsaban los grupos progresistas, que no sólo querían más inversión e infraestructura, sino también que las universidades fueran más democráticas y atendieran a los grupos populares. La dictadura sólo se ocupó de la primera parte de la agenda.

Veamos brevemente las principales características de la reforma universitaria implementada por el Estado autoritario en Brasil desde 1968:

- División de las antiguas facultades de Ciencias y Letras para la creación de institutos orientados a la investigación de las ciencias básicas.
- Sustitución de la figura del catedrático por departamentos para reunir a los profesores que trabajaban en las mismas áreas de conocimiento.
- Implementación del régimen de trabajo a tiempo completo con dedicación exclusiva, lo que implicó un aumento salarial significativo.
- Aumento de los fondos públicos para la investigación y la construcción de laboratorios, con incremento en el número de becas para investigadores.

34 M. A. Nicolato, “A caminho da lei 5.540/68; a participação dos diferentes atores na definição da reforma universitária”, 1986.

- Expansión de programas de posgrado y becas con la formación de un sistema nacional financiado y evaluado por agencias estatales.
- Expansión física de las universidades públicas (la dictadura creó aproximadamente 15 nuevas instituciones), con más posiciones para profesores (20000 nuevas contrataciones) y estudiantes, que pasaron de 87000 en 1964 a 570000 en 1984 (datos que se refieren únicamente al sistema público). Vale la pena reiterar que el crecimiento bruto de la red privada fue aún mayor, pero no en términos cualitativos.

En este punto es importante explicar las razones de los líderes de la dictadura para apoyar un proyecto de expansión y modernización de la educación pública superior, reiterando que las acciones represivas siempre estuvieron presentes. Las universidades se integraron en los planes de crecimiento económico, que también respondieron a ciertos objetivos políticos, como el intento de legitimar socialmente la dictadura, así como el anhelo de los militares por el aumento de la seguridad nacional, que involucraba la tecnología y la industria de defensa. El deseo de acelerar el crecimiento económico generó la necesidad de invertir en las IES, para que capacitaran más técnicos y profesionales calificados para el mercado laboral. Al mismo tiempo, estas inversiones tuvieron como objetivo ampliar la producción de nuevas tecnologías en beneficio de sectores estratégicos, como la agricultura, la energía, la aeronáutica y la industria militar, lo que se combinó con la creación de nuevas empresas estatales, como la Empresa Brasileira de Aeronáutica y la Empresa Brasileira de Pesquisa Agropecuária, y el fortalecimiento de Petróleo Brasileiro.

La reforma universitaria de la dictadura tenía otra motivación política: seducir a intelectuales y científicos, ofreciéndoles algo más allá de la represión. Era una estrategia de negociación, ya que parte de los beneficiarios de tales inversiones no apoyaban a la dictadura y tenían valores cercanos al universo de la izquierda. Los acuerdos entre opositores son frecuentes en Brasil y forman parte de la cultura política. Se trata de una estrategia para reducir o evitar conflictos, en la que participan sectores sociales de la élite, con la marcada exclu-

sión de los grupos populares. Por lo tanto, no todos los “blancos” del dispositivo represivo en los medios intelectuales fueron purgados.³⁵ Este proceso generó resultados ambiguos, ya que al permitir espacios para intelectuales no alineados con la dictadura se abrieron oportunidades para la difusión de sus ideas. Sin embargo, al aceptar tales acuerdos, éstos contribuyeron a reducir las tensiones políticas, lo que facilitó el trabajo del gobierno autoritario, aunque fortaleció el bloque moderado de la dictadura.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DE BRASIL

La dictadura militar brasileña contribuyó a expandir y modernizar el sistema universitario, pero también a hacerlo más autoritario y elitista. Con el declive del Estado dictatorial, entre fines de la década de los setenta y principios de los ochenta, la comunidad universitaria actuó para democratizar las instituciones, en un contexto de crisis económica y reducción de las inversiones públicas.

A principios del siglo actual, bajo los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT), el sistema universitario público brasileño volvió a recibir inversiones a gran escala como parte de un programa estratégico para el desarrollo económico y social. Las IES heredadas de la dictadura recibieron más recursos e incentivos, lo que permitió la expansión de plazas para los estudiantes³⁶ y mejores condiciones para la investigación científica. No obstante, actuando en contra de las directrices de la dictadura, los gobiernos del PT adoptaron medidas para democratizar el acceso con políticas de cuotas raciales y sociales. Tales medidas, entre otros programas sociales adoptados en los años del PT, provocaron reacciones de las fuerzas de derecha, que actuaron para destituir a Dilma Rousseff en 2016 y ganaron las elecciones de 2018.

35 R. P. Sá Motta, *As universidades...*, pp. 310-324.

36 Al final de la dictadura, en 1984, los universitarios matriculados en Brasil alcanzaron los 1 400 000, mientras que en 2016 el número ascendió a 8 000 000.

El actual gobierno está encabezado por un exmilitar nostálgico de la dictadura, Jair Bolsonaro. En este contexto de giro a la derecha, las universidades volvieron al centro de las disputas públicas, en medio de batallas que involucraban la memoria de la dictadura. Aunque sean admiradores del gobierno militar, los bolsonaristas tienen reservas sobre la política universitaria de los años sesenta y setenta. En un tono de denuncia, intelectuales de la derecha radical afirman que la izquierda comenzó a desarrollar un proyecto de hegemonía cultural en los últimos años de la dictadura. El argumento, influido en parte por la derecha estadounidense, es que la izquierda había adoptado una estrategia gramsciana en busca de hegemonía, poniendo en primer plano la “guerra cultural”.

Tales discursos contienen quejas a la dictadura por no haber sido inflexible en las purgas ideológicas, lo que permitió a la izquierda intelectual seguir actuando. Hacen eco de la opinión de agentes represivos de la década los setenta, que lamentaron la disposición de tolerar a algunos intelectuales izquierdistas en el ámbito educativo y cultural.³⁷ Según los ideólogos actuales de la derecha radical, la dictadura fue indulgente al permitir que los intelectuales de izquierda ocuparan espacios estratégicos en instituciones culturales y educativas. Desde esta perspectiva, basada en las posiciones conquistadas desde los años setenta, la izquierda emprendió una guerra cultural para difundir imágenes negativas sobre la dictadura y los valores de la derecha en general, estableciendo una hegemonía que allanó el camino para alcanzar el poder en la década de los noventa y los dos mil.³⁸

El argumento sobre la supuesta hegemonía de la izquierda es cuestionable en varios aspectos. En cualquier caso, explica la actitud del bolsonarismo hacia las universidades, que contrasta con la de la dictadura. Si el régimen autoritario combinó la represión violenta con el incremento de la financiación y cierta negociación con parte de la intelectualidad de izquierda, el gobierno de Bolsonaro adoptó

37 R. P. Sá Motta, *As universidades...*, pp. 235-236 y 300.

38 L. S. Puglia, “Gramsci e os intelectuais de direita no Brasil contemporâneo”, *Teoria e Cultura*, 2018, pp. 49-50.

sólo la estrategia represiva. Cree que para derrotar efectivamente a las ideas de izquierda es necesario atacar profundamente las instituciones en las que son más fuertes, en especial a las universidades. A éstas se les considera el centro formador e irradiador de las ideas izquierdistas que impactan en el escenario público. En cierto modo, es como si el bolsonarismo quisiera completar el trabajo iniciado en la dictadura. Además, en el liberalismo económico de Bolsonaro, a diferencia del desarrollismo de la dictadura, no hay lugar para la inversión pública y, mucho menos, para las universidades. También es importante debilitar los liderazgos académico-científicos para que no pongan obstáculos a proyectos que intensifican la destrucción ambiental y violentan los derechos indígenas. Es por eso que sólo se han adoptado políticas para debilitar o, en el límite, destruir a las universidades federales en beneficio del sector privado.

Así, la comunidad universitaria brasileña vuelve a experimentar el sentimiento de asedio político, viéndose obligada a adoptar de nuevo estrategias de resistencia contra un gobierno autoritario (aunque elegido en las urnas). En el momento de escribir estas líneas, Bolsonaro enfrió su disposición radical y busca negociar con las fuerzas políticas de centro, debido a la pérdida de popularidad y las dificultades causadas por la pandemia de la COVID-19. Sin embargo, es demasiado temprano para saber si dejará de lado la agenda ideológica de la derecha radical en nombre de la gobernabilidad o si se trata de una tregua, para volver a la ofensiva cuando se sienta fuerte de nuevo.

Así, el sistema universitario brasileño sigue en el ojo del huracán. Para la derecha radical es un enemigo, mientras que desde la perspectiva de las fuerzas progresistas y democráticas debe ser el foco principal de la resistencia.

REFERENCIAS

- Atcon, Rudolph, *Rumo à reformulação estrutural da universidade brasileira*, Río de Janeiro, MEC/DES, 1966.
- Brasil. Comissão Nacional da Verdade, relatório*, Brasília, 2014.

- Calandra, Benedetta, “Cultural philanthropy and political exile: the Ford Foundation between Argentina and the United States (1959-1979)”, *Tempo*, vol. 25, núm. 2, 2019, pp. 454-469.
- Cardoso Júnior, Edi de Freitas, “‘Brasil que será!’ Darcy Ribeiro y la cultura política laboral en el gobierno de João Goulart”, tesis de Doctorado en Historia, Belo Horizonte, UFMG, 2021.
- Carvalho, Cristina Helena Almeida de, “Reforma universitária e os mecanismos de incentivo à expansão do ensino superior privado no Brasil (1964-1984)”, tesis de Maestría en Ciencias Económicas, Campinas, Universidade Estadual de Campinas, 2002.
- Celeste Filho, Macioniro, “A reforma universitária e a USP: década de 1960”, tesis de Doctorado en Educación, São Paulo, PUC-SP, 2006.
- Gilman, Nils, *Mandarins of the future: Modernization theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.
- Green, James, *Apesar de vocês: oposição à ditadura brasileira nos Estados Unidos, 1964-1985*, São Paulo, Companhia das Letras, 2009.
- Huggins, Martha, *Polícia e política. As relações Estados Unidos-América Latina*, São Paulo, Cortez, 1998.
- Latham, Michael, *Modernization as ideology. American social science and “nation building” in Kennedy era*, Chapel Hill, University of Carolina Press, 2000.
- Leacock, Ruth, *Requiem for Revolution. The United States and Brazil, 1961-1969*, Kent, The Kent State University Press, 1990.
- Marinho, Maria Gabriela S. M. C., *Norte-americanos no Brasil. Uma história da Fundação Rockefeller na Universidade de São Paulo (1934-1952)*, São Paulo, Universidade São Francisco, 2001.
- Martins Filho, João Roberto, *Movimento estudantil e ditadura militar*, Campinas, Papirus, 1988.
- Napolitano, Marcos, *1964: História do regime militar brasileiro*, São Paulo, Contexto, 2014.
- Nicolato, Maria Auxiliadora, “A caminho da lei 5.540/68; a participação dos diferentes atores na definição da reforma universitária”, tesis de Maestría en Educación, Belo Horizonte, UFMG, 1986.
- Oliveira, Samuel S. Rodrigues, *O movimento de favelas de Belo Horizonte (1959-64)*, Río de Janeiro, Epapers, 2010.

- Paiva, Edil V. y Lea P. Paixão, *PABAAE (1955-1964): a americanização do ensino elementar no Brasil*, Niterói, UFF, 2002.
- Pinto, Álvaro Vieira, *A questão da universidade*, Río de Janeiro, Editora Universitária/UNE, 1962.
- Puglia, Leonardo Seabra, “Gramsci e os intelectuais de direita no Brasil contemporâneo”, *Teoria e Cultura*, vol. 13, núm. 2, 2018, pp. 49-50.
- Reis Filho, Daniel A., *Ditadura e democracia no Brasil*, Río de Janeiro, Zahar, 2014.
- Ribeiro, Darcy, *Confissões*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.
- Romanelli, Otaíza de Oliveira, *História da educação no Brasil (1930-1973)*, Petrópolis, Vozes, 1978.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, *En guardia contra el peligro rojo. Anticomunismo en Brasil (1917-1964)*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2019.
- Sá Motta, Rodrigo Patto, *As universidades e o regime militar*, Río de Janeiro, Zahar, 2014.
- Salmeron, Roberto, *A universidade interrompida: Brasília 1964-1965*, Brasília, UNB, 1999.
- Sampaio, Helena, *Evolução do ensino superior brasileiro, 1808-1990*, documento de trabajo 8/91, Brasil, Núcleo de Pesquisas sobre Ensino Superior da Universidade de São Paulo, 1991, <<https://nupps.usp.br/downloads/docs/dt9108.pdf>>, consultado el 1 de marzo, 2021.
- Sanfelice, José Luís, *Movimento estudantil. A UNE na resistência ao golpe de 1964*, Campinas, Alínea, 2008.

EDUCACIÓN Y MILITANCIA ESTUDIANTIL. EL CASO DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA

Fernando Herrera Calderón

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 1972, el presidente de Chile, Salvador Allende, visitó la Universidad de Guadalajara (UDEG) y dio un discurso apasionado e hipnotizador. Una frase en particular tuvo gran resonancia e impacto entre los jóvenes presentes. Según Allende, “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”.¹ El discurso tuvo lugar en medio de un movimiento estudiantil de dicha universidad que estaba llegando a un punto álgido. Entre 1970 y 1973, la UDEG fue escenario de una vigorosa “guerra de lenguas”² y enfrentamientos violentos por el control del espacio político entre la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) —organización caracterizada como mafiosa y nacionalista, financiada y organizada por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que desde a fines de los cuarenta dominaba la universidad con mano dura—, y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) —grupo compuesto por comunistas y jóvenes de los barrios de Guadalajara, especialmente de San Andrés.

A inicios de 1970, la nueva ola de radicalismo y resistencia estudiantil que transformó la universidad en un campo de batalla pro-

1 “Discurso en la Universidad de Guadalajara”, *Revista de la Educación Superior*, 1976, p. 7.

2 S. R. de D. Corona, *La historia que no pudieron borrar: La guerra sucia en Jalisco, 1970-1985*, 2004, p. 52.

liferó sólo después de varios años de represión cultural, política e intelectual, y autoritarismo por parte de la FEG. A pesar de que a lo largo de los años muchos grupos estudiantiles intentaron derrocar a la federación y democratizar la universidad, ninguno logró su cometido. Por supuesto, esto fue posible gracias a la relación que la FEG había cultivado a lo largo de los años con la élite política jalisciense y federal. En su apogeo, la FEG fue una de las organizaciones estudiantiles más fieles del corporativismo auspiciado por el PRI. Con un carácter profundamente nacionalista, la federación se autoproclamó propagandista y defensora de la ideología nacional-revolucionaria del Estado. En este contexto, asumió la tarea de reprimir el descontento estudiantil y proteger los intereses de los priistas en la UdeG. También tenía que asegurarse de que la instrucción coincidiera con la línea marcada por el PRI-gobierno y mantuviera su legitimidad como verdadero heredero de la Revolución. Más que nada, tuvo la obligación de garantizar que la universidad funcionara como una vía para que la burguesía nacional pudiera inculcar en las futuras generaciones los valores e ideales necesarios para preservar su hegemonía.

Aunque la FEG pudo reprimir con bastante eficacia el descontento político en la UdeG durante varios años, en distintas ocasiones el PRI y la élite del estado le brindaron apoyo. Ambos la proporcionaron armas o ayuda del ejército para neutralizar a la disidencia estudiantil, ante cualquier tipo de “amenaza” hacia la universidad o para preservar su hegemonía. No cabe duda de que, sin la ayuda incondicional del PRI, la FEG no hubiera podido retener su poder por tanto tiempo.³

En 1971, el descontento en la universidad jalisciense alcanzó un nuevo nivel y varias facciones se unieron para crear un frente estructurado y audaz que pusiera fin a la monopolización de la política estudiantil por parte de la FEG. En este contexto, bajo el auspicio de la FER, “los feroces” como eran popularmente conocidos, entraron en la refriega y transformaron la UdeG en uno de los principales bastiones del radicalismo estudiantil. Con el paso del tiempo, las esca-

3 Entrevista con Bertha Lilia Gutiérrez Campos, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.

ramuzas entre feroces y fegetistas ocurrirían con más frecuencia en las entrañas de la universidad y en las calles, con bajas en ambos lados. Finalmente, las convulsiones políticas impulsaron a varios miembros del FER a querer elevar su militancia a otro nivel y expandir el proyecto político de la organización. Para muchos, la batalla en la universidad sólo representaba otro frente en una guerra más amplia contra el sistema capitalista y la clase dominante.⁴ Según esta línea de pensamiento, era necesaria una gran transformación a la que únicamente se llegaría a través de una revolución socialista armada.

Mucho se ha escrito sobre el conflicto entre la FER y la FEG. Los estudios se enfocan principalmente en las manifestaciones, los violentos enfrentamientos en la universidad y las calles, y la transformación del FER en un movimiento armado clandestino.⁵ Pero la forma en que se escribe su historia parece insinuar que el movimiento por la democratización de la universidad terminó con su evolución en guerrilla urbana. Tendemos a olvidar que después de que el FER se fue a la clandestinidad, siguió el movimiento para democratizar la UdeG y la educación. Nunca dejó de ser un movimiento para democratizar la universidad. La educación para las masas seguía siendo un problema urgente que debía resolverse. Esta parte de la narrativa se ha visto ensombrecida por la segunda parte de la historia del FER.

Este capítulo analiza dicho movimiento en el contexto de la Guerra Sucia mexicana y la lucha armada en Guadalajara. Las preguntas que lo guiarán son: ¿Qué importancia tuvo la necesidad de una reforma educativa en el movimiento estudiantil? ¿Qué significaba la democratización de la UdeG y cómo lo imaginaron los estudiantes? Sin mitigar el enorme significado del FER como guerrilla urbana, así como sus aportes en la formación de la Liga Comunista 23 de Septiembre y su línea política, si vemos al frente como defensor de la educación popular, obtenemos una idea más matizada de lo que motivó

4 Entrevista con Rafael Ortiz “El Chino”, Guadalajara, Jalisco, 15 de julio, 2016.

5 Véase J. A. Rodríguez Gómez, *Poder y violencia en la Universidad de Guadalajara*, 2009; J. Zamora García y R. Gamiño Muñoz, *Los Vikingos: Una historia de lucha política social*, 2011, y R. Gil Olivo, “Orígenes de la guerrilla en Guadalajara en la década de los setenta”, en V. Oikión Solano y M. E. García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México, siglo xx*, vol. 2, 2008, pp. 549-566.

al estudiante radical a movilizarse en los años setenta, además de la revolución socialista. Sin duda, el FER transformó el tenor político del campus y a su vez redefinió el significado de militancia estudiantil con la ayuda de los universitarios proletarios. Asimismo, no podemos olvidar que el movimiento por la democratización de la universidad dejó una huella profunda en la cultura política estudiantil.

LOS ESTUDIANTES COMO AGENTES DE CAMBIO SOCIAL

El estudiante mexicano es un personaje que repetidamente ha demostrado ser un agente del cambio social. La mayoría las campañas estudiantiles en las décadas de los veinte y treinta giraban en torno a temas educativos e institucionales que perjudicaban el funcionamiento de la universidad. A principios de los sesenta, sus agendas políticas se enfocaron más en los problemas nacionales, en especial aquellos que enfrentan las clases bajas. Los estudiantes se dieron cuenta de que su posición en la sociedad les otorgaba ciertos privilegios y habilidades que no eran fácilmente alcanzables para el ciudadano común. Por ello cuestionaron seguir con su vida privilegiada mientras amplios sectores de la sociedad vivían en la pobreza abyecta, la marginación y eran explotados.⁶

La conciencia social y política de los estudiantes también tuvo una trayectoria cambiante en medio del aumento de los lectores de filosofías políticas conformadas por el socialismo, el marxismo, el anarquismo y otras variantes izquierdistas radicales. Para muchos, estas teorías eran la mejor herramienta para resolver problemas y señalar un camino hacia la construcción de una sociedad más equitativa. Además, como resultado de sus lecturas sobre el capitalismo, las deficiencias del sistema educativo, la lucha de clases y el imperialismo, la militancia estudiantil puso en el centro de su práctica la

6 Véase J. Pensado, *Rebel Mexico: student unrest and authoritarian political culture during the long sixties*, 2013, y F. Herrera Calderón, “From books to bullets: Youth radicalism and urban guerrillas in Guadalajara”, en F. Herrera Calderón y A. Cedillo (eds.), *Challenging authoritarianism in Mexico: Revolutionary struggles and the Dirty War, 1964-1982*, 2012, pp. 105-109.

oposición a estos temas. Al igual que en otros países latinoamericanos, durante los sesenta y setenta, los universitarios acogieron los impulsos revolucionarios que tenían lugar en el tercer mundo.⁷

Sin embargo, a lo largo de los años, a medida que la juventud de México se politizó aún más y se transformó en una fuerza contrahegemónica viable y persuasiva, los funcionarios del gobierno se volvieron menos tolerantes con la disensión estudiantil, lo que culminó en enfrentamientos violentos. En el imaginario social, los universitarios eran un grupo privilegiado que disfrutaba de concesiones y libertades. Pese a esto, los “privilegios” que aparentemente disfrutaban conllevaban reglas no escritas que restringían su movilidad intelectual y participación en el progreso de su país. Así, estas ideas contradecían la realidad que enfrentaban en el momento de ser actores políticamente activos que cuestionaban al Estado. A pesar de que el PRI-gobierno parecía respetar la libertad académica y la vida universitaria, encontró formas de permearlas bajo el pretexto de que ciertos tipos de instrucción y filosofías perjudicaban a la sociedad mexicana y era necesario erradicarlas para proteger al país.

Con el inicio de la Guerra Fría, el PRI-gobierno buscó —más que nunca—, con la ayuda de los medios de comunicación, empañar la reputación de los universitarios que no estuvieron de acuerdo con sus políticas. Esto dio lugar a un lexicón completamente nuevo, en sintonía con la lengua vernácula de la época. El Estado alternaba periódicamente etiquetas, pero en la mayoría de los casos categorizó a los actos de guerrilla como delitos comunes o a los militantes como delincuentes subversivos. Al referirse a los militantes como terroristas, delincuentes comunes, aventureros y bandidos, se pretendió deslegitimar sus objetivos. Los partidarios de la mano dura presionaron al presidente para que fuera aún más lejos en la represión de los disturbios. Con el fin de influir en la formulación de políticas que hicieran frente a las “revueltas” estudiantiles, las autoridades de seguridad nacional capitalizaron el creciente nerviosismo del presidente para alimentar teorías de conspiración generalizadas. La recopilación de información estaba profundamente desorganizada y no se

7 Entrevista con Bertha Lilia Gutiérrez Campos, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.

verificaba con regularidad. Sin embargo, las autoridades aceptaban con frecuencia información dudosa como concluyente.

LA GÉNESIS DEL RADICALISMO ESTUDIANTIL EN LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Los jóvenes que se organizaron contra las que llamaron fuerzas anti-democráticas en los setenta formaban parte de una larga trayectoria histórica de radicalismo estudiantil en la UDEG. Para entender la intersección entre la militancia estudiantil y la democratización de la universidad en esta década es importante identificar cómo la reapertura de la UDEG en el periodo posrevolucionario, durante la gubernatura del caudillo político José Guadalupe Zuno (1923-1926), dio vida a una cultura de justicia social entre el alumnado y redefinió el papel y el compromiso de la universidad en la sociedad mexicana.⁸ De ninguna manera Guadalupe Zuno fue un individuo infalible, ya que a menudo se vio envuelto en actividades complejas que finalmente contribuyeron a su temprana caída como gobernador, pero no miraron su figura como un actor políticamente hábil dentro y fuera de Jalisco. No obstante las controversias que empañaron el mandato de Guadalupe Zuno, logró avances sustanciales en el ámbito de la educación popular.

A raíz de la Revolución Mexicana, Jalisco y su capital, Guadalajara, emergieron casi ilesos frente a otros espacios donde el conflicto causó estragos, obligó a mucha gente a huir de sus hogares y ocasionó una enorme alteración económica.⁹ Sin embargo, Jalisco no fue inmune a las convulsiones políticas y las luchas por el poder que se produjeron tras 10 años de insurrección. En un lapso de siete años, la entidad se convirtió en un importante epicentro de luchas sociales, religiosas, políticas y económicas que involucraron a diferentes sec-

8 A. Mendoza Cornejo, *Desarrollo histórico de la extensión universitaria en la Universidad de Guadalajara*, 1989, p. 11.

9 Véase E. Cárdenas Ayala, *El derrumbe: Jalisco, microcosmos de la Revolución Mexicana*, 2010, y J. M. Muría, *La Revolución Mexicana: Síntesis de nuestra identidad nacional. La Revolución Mexicana en Jalisco*, 1990.

tores y delinearon distintas corrientes ideológicas. Por ejemplo, en 1922, una revuelta de inquilinos sacudió el panorama político de la entidad. Cinco años más tarde, católicos y liberales dieron vida a un conflicto sangriento conocido como la Guerra Cristera, en respuesta a las políticas y leyes anticlericales impuestas por el régimen de Plutarco Elías Calles.¹⁰ Casi al mismo tiempo, el Partido Comunista Mexicano (PCM) estableció un frente en Jalisco dirigido por figuras emergentes de círculos radicales. Al inicio, el PCM de Jalisco realizó trabajo político entre los obreros y los campesinos, pero eventualmente sus ideas se esparcieron por la UDEG y se afianzaron en diferentes departamentos académicos.

Sin duda, uno de los temas más urgentes fue la reforma educativa. Durante el régimen del presidente Álvaro Obregón se pusieron en marcha una serie de iniciativas para reformar y mejorar el anticuado e ineficaz sistema de educación pública de México. Bajo el mando del filósofo y escritor José Vasconcelos, los arquitectos detrás de este proyecto nacional aspiraban a “transformar a las masas marginales en grupos de individuos productivos y creadores capaces de construir una nación unida, democrática y libre”.¹¹ De hecho, para Vasconcelos, no brindarles a todos los ciudadanos la misma oportunidad para educarse era antidemocrático.¹² Desde una perspectiva de clase, esta reforma educativa ayudaría a derrocar la larga y triste tradición que privilegiaba la educación de la élite sobre los grupos sociales marginados. En la Colonia, la élite negó a los grupos subalternos cualquier acceso a la educación, dado que tal oportunidad podría inclinar la balanza de poder y amenazar su estatus en la sociedad. A consecuencia de esto —sumado a otros factores—, las clases altas dieron continuidad a un sistema opresivo y cerrado al que fueron condenados los sectores populares durante décadas y que aún existe.

10 M. T. Fernández Aceves, “Las mujeres graduadas en la Universidad de Guadalajara, 1925-1933”, en C. Castañeda (ed.), *Historia social de la Universidad de Guadalajara*, 1995, p. 101.

11 P. Yankelevich, *La educación socialista en Jalisco*, 1985, p. 19.

12 Véase I. Stavans, *José Vasconcelos: The prophet of race*, 2011.

Jalisco no se quedó rezagado respecto a la reforma educativa, pero sí enfrentó problemas en su implementación a consecuencia de las perennes luchas de poder entre las diferentes tendencias políticas y el sistema burocrático. El proceso, eventualmente, se aceleró durante el mandato del gobernador José Guadalupe Zuno, un actor político que alcanzó gran notoriedad y acumulación de poder.¹³ Cuando cumplió 34 años, Guadalupe Zuno ya era gobernador del estado de Jalisco, en esa posición se identificó como un defensor del proletariado que luchó incesantemente en favor de los campesinos y para proteger a los obreros de abusos laborales.¹⁴ Por ejemplo, en su primer año promulgó la Ley del Trabajador del Estado de Jalisco para regular las relaciones obrero-patronales con el fin de permitir que los empleados hicieran huelgas.¹⁵ Como resultado de su trabajo, obtuvo rápidamente el apoyo de las comunidades populares. Además, estableció una relación semicordial con los comunistas que realizaban trabajo político en diferentes ligas y organizaciones obreras y campesinas. Según algunas interpretaciones “los comunistas gozaron de amplias garantías no sólo en las actividades sindicales y agrarias de la entidad”.¹⁶

Pero su astucia política lo puso en desacuerdo con varias figuras que intentaron desafiar los objetivos de la Revolución y atender los vestigios del pasado. Desafortunadamente para el gobernador, sus conflictos políticos con el presidente Plutarco Elías Calles (1924-1928) fueron su sentencia de muerte. La relación que había establecido con organizaciones obreras y campesinas irritó a Calles, quien lo vio como amenaza dada la inestabilidad supuestamente provocada por su agitación. El mandatario ordenó a Guadalupe Zuno que se abstuviera de promover la militancia obrera, la cual calificó de desafiante.¹⁷ Cuando éste se negó a dar marcha atrás, el escenario

13 José Guadalupe Zuno fue obregonista. Véase L. P. Romero, *Jalisco desde la Revolución*, 1988, p. 21, y J. M. Muriá, *Breve historia de Jalisco*, 1994, p. 156.

14 L. P. Romero, *Jalisco...*, p. 21.

15 J. M. Muriá, *Breve historia...*, p. 159.

16 M. G. Moreno González, *Aproximación a la trayectoria del Partido Comunista en Jalisco (1926-1981)*, 2016, p. 109.

17 L.P. Romero, *Jalisco...*, pp. 3 y 21.

estaba preparado para sacarlo del poder. A pesar de que su carrera política ya era inestable después de varios conflictos y acusaciones de corrupción, Calles aceleró su caída y nombró a uno de sus partidarios en su lugar.

Previo a su caída como gobernador, Guadalupe Zuno logró reabrir la Universidad de Guadalajara en 1925.¹⁸ Además de identificarse como un defensor del proletariado, también promovió el desarrollo educativo en Jalisco, argumentando que “un pueblo analfabeto nunca sería libre”.¹⁹ De hecho, Jalisco tenía uno de los sistemas educativos del país más atrasados. Según las estadísticas, antes de las reformas de la década de los veinte, más de 60 por ciento de la población jalisciense era analfabeta.²⁰ Al darse cuenta de la gravedad de la situación, Guadalupe Zuno puso en marcha iniciativas para solucionarla. Al igual que Vasconcelos, enfatizó la importancia de una educación integral y accesible para todos los ciudadanos, independientemente de su clase, condición económica y raza. Además de integrar a grupos marginados y brindar ayuda para salir de sus miserables circunstancias económicas, los proponentes de la reforma educativa en Jalisco querían que la universidad fuera un bastión de la justicia social que defendiera a los grupos más vulnerables del país. Para que eso sucediera, la institución no podría estar al servicio de la clase alta, sino que debía luchar por el mejoramiento de todo el pueblo, en especial de aquellos sectores que por demasiado tiempo habían sido marginados y explotados por la economía burguesa. Con esto como plataforma, empezó el proceso para convertir la Udeg en un baluarte de la justicia social y, como resultado, en un centro de radicalismo estudiantil. Además, con el paso del tiempo los estudiantes de distintas generaciones aprendieron nuevas lecciones y refinaron sus estrategias de combate.

18 Para más información sobre la autonomía de la Universidad de Guadalajara, véase A. Martínez Moya, “La refundación de la Universidad de Guadalajara en 1925. La mística de la Revolución inhibe su autonomía”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 2018, pp. 123-142.

19 A. Dorantes, “Los discursos sobre la Universidad de Guadalajara”, en C. Castañeda García (comp.), *Historia social de la Universidad de Guadalajara*, 1995, p. 124.

20 P. Yankelevich, *La educación...*, p. 9.

En 1934, bajo el régimen de Lázaro Cárdenas (1934-1940), se modificó el artículo 3 de la Constitución mexicana para permitir la institucionalización de la educación socialista. Según este artículo: “La educación que el Estado entregue será socialista [...] para crear en los jóvenes un concepto racional y exacto del Universo y la vida social”.²¹ El anuncio inmediatamente generó diferentes reacciones en todo el país. En Jalisco, la universidad fue una de las primeras instituciones en apoyar la reforma, pero la reacción no fue tan favorable en otros sectores de la población. Dada la historia conservadora del estado, es fácil entender por qué sus pobladores respondieron de forma negativa, ya que lo interpretaron como un complot contra la educación religiosa, cuyo propósito era quebrantar las normas y los valores tradicionales.

Uno de los grupos que expresó abiertamente sus preocupaciones se llamaba los Autónomos, por su vociferante denuncia de la incursión del gobierno en los asuntos universitarios y por defender la autonomía, que oficialmente no existía. Ellos se inconformaron porque la iniciativa violaba la autonomía universitaria y dictaba lo que los estudiantes debían aprender. De la misma forma, desde su perspectiva, la educación socialista era sinónimo de adoctrinamiento y eso contradecía todo lo que representaba la universidad. Como consecuencia de la creciente oposición, estalló un movimiento estudiantil en 1933, que resultó en el cierre temporal de la universidad. Combinando discursos anticomunistas y nacionalistas, grupos estudiantiles antieducación socialista, como la Federación de Estudiantes de Jalisco (FEJ), diseñaron una agresiva campaña de resistencia que generó no sólo el apoyo de los conservadores y el clero de Jalisco, sino también de otros estados del país.²² Podría decirse que la FEJ actuó como una de las vanguardias más formidables de la cruzada antieducación socialista debido, en gran parte, a sus conexiones con prominentes figuras conservadoras de la entidad.

21 M. Palacios Valdés, “La oposición a la educación socialista durante el cardenismo (1934-1940): El caso de Toluca”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 2011, p. 49, y SEP, *La educación pública en México. Desde el 1º de diciembre de 1934 hasta el 30 de noviembre de 1940*, 1941, pp. 21-22.

22 M. González Navarro, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, t. III, 2000, pp. 240-245.

Así, la idea de la educación socialista indignó a católicos y conservadores, quienes protestaron contra la política dado que iba en contra sus principios y violaba su libertad religiosa. Según Pablo Yankelevich

el clero, al ser directamente atacado, no tardó en reaccionar. Ya en abril de 1934 el Arzobispo de México, Pascual Díaz, se proclamó contra todo intento socialista [y hasta pidió a familias retirar] a los hijos de las escuelas a la vez que amenazaban a los creyentes con penas que llegaban a la misma excomunión.²³

Aunque la educación socialista hubiera codificado la justicia social en el programa de estudios de todos los niveles de la educación pública y se alineaba con la misión y la filosofía de la UDEG, muchos estudiantes condenaron la política. Según este pensamiento, si los universitarios dejaban que se institucionalizaran estas modificaciones sin oponer resistencia, se podría establecer un mal precedente y también hacerlos parecer dóciles a los ojos del gobierno.

A pesar del clamor y las protestas de la multitud, las autoridades políticas se mantuvieron firmes y decididas en la reforma. Como consecuencia, algunos padres sacaron temporalmente a sus hijos de la escuela. En el caso más extremo, pero no tan sorprendente, los elitistas reaccionarios y estudiantes de derecha se vieron obligados a crear un nuevo espacio educativo. El resultado fue la fundación de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) en 1935, que representó uno de los rechazos más flagrantes contra la educación socialista por parte de los reaccionarios en Jalisco. Según los fundadores, esta universidad fue creada para personas que buscaban un estilo de instrucción más tradicional, libre de ideas extranjeras y temas controvertidos (en particular, la educación sexual).

Además de ofrecer una opción alternativa para los universitarios, la UAG también se convirtió en la cuna de los sentimientos anticomunistas y el lugar de nacimiento de los Tecos en 1940, una organización estudiantil con tendencias fascistas e influencia inter-

23 P. Yankelevich, *La educación...*, p. 51.

nacional.²⁴ Dentro de un periodo corto, generaciones de exalumnos anticomunistas de la UAG llegaron a ocupar importantes posiciones de poder, tanto en el ámbito gubernamental como empresarial, y luego fueron ávidos campeones de la cruzada antisubversiva durante la Guerra Sucia.

Tras el fin de la presidencia de Cárdenas, la educación popular se mantuvo intacta, pero sufrió un duro golpe, tanto económico como curricular. El ascenso a la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) marcó el comienzo de un giro hacia la derecha dentro del PRI. Con este nuevo mandato, la derecha ganó una mayor voz en la formulación de políticas internas y externas. El giro también significó que dedicaría más tiempo a legislar reformas económicas para impulsar el sistema capitalista, mientras los programas sociales fueron puestos en un segundo plano en comparación con regímenes anteriores.

Aun así, el espíritu de justicia social siguió siendo parte de la cultura estudiantil en la UdeG. A pesar de no poder institucionalizar la educación socialista en los planes de estudio, las tendencias izquierdistas lograron avanzar en su empeño por construir mejores relaciones entre la universidad y las comunidades marginadas, e inculcar en el alumnado un sentido de responsabilidad moral de crear conciencia sobre las injusticias. Esto fue parcialmente posible con la ayuda del Partido Comunista Mexicano en Jalisco (PCM-J). Fundado en 1925 por el ardiente muralista David Alfaro Siqueiros y otros militantes, el PCM-J tuvo su apogeo durante el mandato de Guadalupe Zuno y hasta fines de los años veinte. Durante esta década, se metió de lleno en varias acciones de agitación y también lanzó campañas políticas con el propósito de vincularse con los obreros de Jalisco, contribuyendo a la radicalización de algunas organizaciones y ligas de obreros y campesinos.²⁵

24 El grupo fue reconocido en la escena internacional por otras organizaciones fascistas, recibió fondos uniformemente de fundaciones estadounidenses y fue uno de los mayores receptores de apoyo de la oligarquía local. Véase L. P. Romero, "Los sectores medios universitarios y las políticas en Guadalajara", *Revista Mexicana de Sociología*, p. 210.

25 M. G. Moreno González, *Aproximación a la trayectoria...*, pp. 103 y 105.

Desde 1933, el PCM en Jalisco había comenzado a enfocarse más en el reclutamiento de estudiantes, iniciativa que coincidió con el aumento del radicalismo estudiantil en la UdeG, entre 1935-1939. Con la esperanza de capitalizar la situación política en el campus, a través de la naciente Federación de Juventudes Estudiantes, el PCM-J trató de incidir en el movimiento estudiantil.²⁶ Sin duda, la Juventud Comunista no fue la única entidad que contuvo estudiantes que se inclinaban hacia el comunismo o el socialismo; también estaba el Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente (FESO), creado en 1934 como el brazo del cardenismo en Jalisco y el principal propagandista de la educación socialista en el estado.²⁷ Cuando esto falló, la FESO siguió jugando un papel en defensa de planes de estudio progresistas, incluso usando la fuerza.

Un censo realizado en la UdeG determinó que, de 3 000 estudiantes, 525 dijeron ser comunistas, 150 partidarios de la Revolución Mexicana, mientras la mayoría aseguraron ser neutrales y creían que las actividades políticas eran ociosas y ellos, en cambio, se dedicaban a estudiar.²⁸ El auge del fascismo en Europa y, posteriormente, el inicio de la Segunda Guerra Mundial, ampliaron el programa político de los grupos comunistas y socialistas en la universidad. En esencia, el desarrollo de estos eventos internacionalizó la política estudiantil en la UdeG, lo que llevó a muchos a apropiarse de los discursos antifascistas propugnados por organizaciones comunistas internacionales. La agrupación denominada Federación de Estudiantes Revolucionarios, además de “defender la educación socialista, [y] ganar espacios políticos para el Partido Comunista Mexicano”, también participó activamente en “expandir una ideología antimperialista y antifascista”.²⁹ De hecho, la participación de los estudiantes en actividades antifascistas fue más allá de simplemente crear conciencia y participar en debates a profundidad. Tres

26 *Ibid.*, pp. 43 y 125.

27 H. R. Solís Gadea, “La FEU contra la violencia”, *Milenio*, 19 de octubre, 2015.

28 A. Angulo, *La hora de los mártires: Apuntes para la historia del movimiento estudiantil y guerrillero en Guadalajara, 1970-1977*, 1997, p. 13.

29 A. Mendoza Cornejo, *Organizaciones y movimiento estudiantiles en Jalisco de 1935-1948. El FESO*, 1990, p. 20.

jóvenes comunistas de la Escuela Preparatoria de Jalisco se unieron a la causa republicana antifascista en España. Desafortunadamente, los tres perecieron a manos de los falangistas.³⁰ Por supuesto, esto se repetiría durante la Guerra Fría, especialmente en los años sesenta y setenta, sólo que los discursos antimperialistas encontraron mayor expresión en círculos radicales y movimientos en solidaridad con las luchas de liberación nacional en el tercer mundo.

Con el crecimiento de la retórica anticomunista a mediados de los cincuenta y el fortalecimiento de los discursos nacionalistas del PRI, la clase política y la burguesía nacional se obsesionaron cada vez más con erradicar a los grupos estudiantiles con inclinaciones socialistas, como la FESO, o quienes comulgaban con “ideas extranjeras”.³¹ Los líderes universitarios percibieron correctamente estos ataques como una amenaza a la libertad de expresión y un intento de censurarlos. Sin embargo, los administradores de la universidad fueron presionados por las autoridades políticas para que ignoraran las violaciones a la integridad académica o serían despedidos.³²

EL ASCENSO DE LA FEG COMO UNA ENTIDAD DOMINANTE

Para los principios de los años cuarenta, la FESO aún mantenía una fuerte influencia política, pero fue disminuyendo rápidamente a partir de 1947 a causa de un esfuerzo coordinado por estudiantes nacionalistas, la élite local y el PRI. Para contrarrestar el poder de la FESO, se apoyó la formación de una organización estudiantil que podía proteger la integridad universitaria y asegurarse que la educación que recibían los alumnos se basaba en los ideales nacionalistas-revolucionarios del Estado. Esto fue posible gracias a la elección del priista Jesús González Gallo como gobernador en 1947. Una vez

30 X. M. Suárez, *Armas para la república. La aventura del Mar Cantábrico*, 2010, p. 57.

31 A. Mendoza Cornejo, *Organizaciones y movimientos estudiantiles en Jalisco, 1948 a 1954*, 1992, p. 11.

32 M. Mora, “En la búsqueda por la democracia: La participación en la ciudad desde el protagonismo de los jóvenes”, en J. Alonso y J. M. Ramírez (comp.), *La democracia de los de abajo en Jalisco*, 1996, pp. 311-316.

en el poder, González Gallo modificó la Ley Orgánica de la UdeG y propuso las condiciones judiciales para desconocer al FESO ante el Consejo General Universitario y sustituirlo por una nueva organización estudiantil “apolítica”.³³ Por supuesto, no hubo nada de apolítica en la organización que reemplazó a la FESO: la Federación de Estudiantes de Guadalajara.

La FEG fue fundada en 1948 para competir por el espacio político y el dominio en la UdeG. Bajo la tutela de Carlos Ramírez Ladewig, hijo del exgobernador de Jalisco, Margarito Ramírez Miranda (1927-1929), la FEG floreció hasta convertirse en una poderosa organización estudiantil y uno de los brazos políticos más efectivos del PRI en una universidad. Aunque profundamente nacionalista y anticomunista, la FEG participó en lo que pueden considerarse actividades políticas y culturales de izquierda. Aunque su participación en estas actividades parecía contradecir sus verdaderos principios ideológicos, explotaron esta imagen de sí mismos para alcanzar sus fines políticos. En muchos sentidos, la FEG era una versión más pequeña del PRI. Es cierto que, en la superficie, simpatizaba con las causas de izquierda, pero debajo de ese barniz había una entidad que se veía a sí misma como protectora del legado revolucionario, con la inmensa responsabilidad de eliminar esfuerzos contrarrevolucionarios y prevenir la difusión de ideas que perjudicaran la forma de vida de los mexicanos y su democracia. En otras palabras, la FEG buscaba proteger a los estudiantes y al país del virus comunista.

Después de una amarga batalla con la FESO, la FEG finalmente salió victoriosa en la década de los cincuenta como el grupo estudiantil dominante indiscutible en la UdeG, con el respaldo de las autoridades políticas de la ciudad y el PRI. A principios de los sesenta varios grupos intentaron desafiar a la FEG, como la Asociación de Estudiantes Técnicos, la Federación de Estudiantes Católicos Universitarios y la Federación Revolucionaria de Estudiantes Unidos, pero ninguno logró desestabilizar su hegemonía. Sin la presencia de una organización estructurada que pudiera contrarrestar su poder, la FEG se mantuvo en control de la política estudiantil. El PRI acogió

33 M. G. Moreno González, *Aproximación...*, p. 135.

con los brazos abiertos el ascenso de la federación y no perdió tiempo en consolidar su relación con ésta.

Antes de transformarse por completo en una organización autoritaria y corrupta al servicio del gobierno, la FEG adoptó una línea política de izquierda. Al principio, muchas de sus actividades giraron en torno a temas que generalmente preocupaban a izquierdistas, socialistas y comunistas; por ejemplo, la educación pública, la responsabilidad social y el deber de la universidad hacia la nación. En medio de la Revolución Cubana, los fegistas organizaron manifestaciones de solidaridad con sus hermanos y hermanas cubanos. La federación también adoptó una firme postura antimperialista y con frecuencia denunció los actos violentos contra las colonias del tercer mundo. Sin embargo, bajo la superficie de esta fachada de conciencia de justicia social, la FEG era nacionalista, anticomunista y defendía los ideales de la Revolución Mexicana. En este sentido, se representó como protectora de dichos ideales y se comprometió a combatir cualquier intento de derrocar la institucionalización de la Revolución. Aunque con una mano apoyaba las causas de liberación nacional fuera de México, al igual que el Estado mexicano, sólo lo hacía para mantener su imagen como exponente de las causas del tercer mundo y parecer empático con las luchas de los oprimidos. Sin embargo, cuando sus propios ciudadanos protestaban contra las políticas que afectaban a los obreros, los campesinos, los colonos o cuestionaban la veracidad del carácter revolucionario del PRI-gobierno, esas acciones fueron deslegitimadas y etiquetadas como contrarrevolucionarias y sumariamente reprimidas.

¿Pero cómo iba a cumplir ese compromiso? ¿Qué tenía que ver la universidad con la preservación de los ideales de la Revolución y el nacionalismo mexicano? En los años sesenta y setenta, la FEG consideraba las universidades como espacios vulnerables, donde las ideas “extranjeras”, introducidas por anfitriones desagradables en el campus, les lavaban el cerebro a los alumnos y los engatusaban para que se metieran en terrenos inmorales, lo que iba en contra de sus normas y valores. En este contexto de paranoia, la FEG identificó una amenaza invisible que no sólo impactó las funciones cotidianas de la universidad, sino que también trascendió sus fronteras y entró

en la conciencia pública. Para la federación, la solución a estos males residía en que las ideas del partido gobernante siguieran siendo la base de la educación política e intelectual de los estudiantes. En otras palabras, era necesario convertir la educación nacionalista en un arma, con el fin de eliminar la amenaza que representaban las ideas defendidas por los subversivos comunistas y prevenir el derrocamiento del Estado mexicano y la implementación de un régimen totalitario. Así, la FEG se transformó en un componente esencial de la maquinaria política y represiva del partido gobernante. En palabras de los activistas de la FER, la FEG se alineó “fielmente” con la “ideología revolucionaria del estado burgués”.³⁴ También sirvió, a corto plazo, como un modelo para las organizaciones estudiantiles anticomunistas en todo el país, que luchaban contra la supuesta infiltración comunista en sus respectivas universidades.

La violencia tampoco estaba descartada. Desde la perspectiva de los fegetas, los enemigos del Estado estaban preparados para usar la violencia con el fin de lograr sus objetivos, por lo que la federación tenía que estar debidamente preparada y equipada para defenderse de estas amenazas dentro y fuera del campus. Carlos Ladewig Ramírez, dirigente de la FEG, se reunía regularmente con funcionarios del partido gobernante y políticos locales para discutir el sistema educativo de Jalisco. En dichas reuniones planteó los dilemas que enfrentaba la universidad y solicitó al Estado que continuara invirtiendo en el grupo y, a cambio, éste se aseguraría de que los disturbios³⁵ estudiantiles fueran pacificados o totalmente eliminados. Ramírez Miranda respondió favorablemente a las solicitudes de Ladewig Ramírez, canalizando dinero hacia el grupo, apoyando el entrenamiento ideológico de los militantes de la FEG e infiltrándose discretamente en el cuerpo administrativo de la universidad, al asignar posiciones de poder a los leales. Desde la residencia presidencial de Los Pinos, el presidente Gustavo Díaz Ordaz aplaudió la alianza y exaltó sus iniciativas para crear un

34 FER, “La política de la FEG contra el proletariado estudiantil en Guadalajara”, Mandeville Special Collections Library (MSCL), Universidad de California, San Diego, carrete 3, folder 2, p. 2.

35 S. R. de D. Corona, *La historia...*, p. 54.

“espacio seguro y cómodo” para que los estudiantes demuestren sus capacidades intelectuales.³⁶

LA INTENSIFICACIÓN DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Aunque parecía que la hegemonía de la FEG era inquebrantable, tuvo siempre una férrea oposición que se intensificó en la década de los setenta. Por lo general, los historiadores han utilizado intuitivamente el surgimiento del FER como el inicio del movimiento estudiantil. Ahora, todos estos estudios han sido invaluable y han abierto nuevos caminos para la comprensión de esta compleja y enigmática historia. Una nueva era de activismo universitario en Guadalajara comenzó con la espectacular toma de la Casa de Estudiantes por parte de un contingente del FER el 23 de septiembre de 1970. Este momento anunció oficialmente su existencia y sirvió como una declaración de guerra contra la FEG. No obstante, el movimiento estudiantil en Guadalajara no nació en el vacío. Por lo tanto, propongo que no se constriña el movimiento estudiantil en Jalisco a la década de los setenta, sino que se aborde como algo indisolublemente ligado a los levantamientos estudiantiles previos que ocurrieron en la Udeg desde su fundación en 1925. De esta forma, se evita caer en una descripción reduccionista del radicalismo estudiantil en la universidad.

Antes que nada, es importante enfatizar que la democratización de la universidad y de la educación estaban conectadas de manera inextricable. Ninguna podría llevarse a cabo mientras la FEG permaneciera en el poder. A pesar de que la militancia estudiantil se radicalizó y el llamado a la lucha armada se hizo cada vez más fuerte con el tiempo, la democratización de la universidad y la educación siguió siendo un objetivo. Claro, los llamados a que los estudiantes y el público se unieran a los esfuerzos por democratizar la universidad tuvieron resonancia antes de que el FER pasara a la clandestinidad, pero nos podemos confundir cuando cambiamos nuestro

36 G. Díaz Ordaz, *A political handbook*, 1970, p. 18.

enfoque a la lucha armada y no observamos la trayectoria previa del movimiento.

Durante los años sesenta y setenta todavía se creía que la educación universitaria abriría las puertas para a una mejor vida, premisa que desmintieron los estudiantes hijos de obreros. Además, sus preocupaciones eran intelectuales. Desde antes de la intensificación de la Guerra Fría y el anticomunismo en México, los universitarios fueron testigo de la criminalización de la libertad de cátedra y de los discursos políticos que desafiaban el orden social o la ideología priista. A lo largo de los años, el asedio a la libertad académica y de expresión vulneró la capacidad de la educación como un instrumento de libertad. Desde la perspectiva de los estudiantes de la clase obrera y campesina, la educación no funcionaba como un vehículo para la libertad, sino que reprimió el pensamiento individual y castigó a quienes se atrevieron a cuestionar al Estado y sus tendencias capitalistas.

Para los jóvenes proletarios, la educación debía ser la base de la conciencia política. Una educación adecuada era aquella que enseñaba la responsabilidad social y reforzaba la obligación moral que todos los estudiantes tenían para con los oprimidos, los marginados, los explotados y los menos afortunados de la sociedad. Sin embargo, hubo una enorme desconexión entre la instrucción y la práctica. Si bien estos puntos siguieron formando parte de los discursos y la propaganda de los políticos, los presidentes e incluso de la burguesía nacional, cuando los universitarios ponían en práctica estas ideas, eran condenados al ostracismo, reprimidos e incluso asesinados. De esta forma, para los estudiantes proletarios, su oponente era la FEG, que representaba un nacionalismo vulgar y autoritario, vulneraba la esencia real de la educación y trabajaba con la clase dominante para alcanzar sus objetivos capitalistas.³⁷ En este contexto, los comunistas, la juventud de los barrios y otras tendencias radicales se unieron con el objetivo de democratizar la universidad y evitar que se desviara aún más de lo que consideraron era su verdadera su misión.

37 Véase “Los estudiantes vs. el terrorismo de la FEG”, *Oposición*, 2 de octubre, 1970, y “Luchamos por una universidad al servicio del pueblo”, *Suplemento Primero de M-1*, febrero, 1971.

El inicio del movimiento estudiantil de 1968 representó una prueba de fuego para que la FEG demostrara su poder en la UdeG y probara su valía a los partidarios de la línea dura del PRI. Aunque Ramírez Ladewig ya no era presidente, porque cumplía su segundo mandato como diputado federal,³⁸ siguió siendo el soporte principal de la federación y regularmente organizaba reuniones con ejecutivos del PRI y hablaba en nombre del grupo. Su relación inherente con la élite del partido gobernante, tanto en Jalisco como en el gobierno federal, le dio a la FEG una influencia política significativa. Con el apoyo de Ramírez Ladewig, la federación aprovechó la oportunidad para beneficiarse política y económicamente del estallido del movimiento estudiantil de 1968. Cuando el presidente Díaz Ordaz emitió la primera de muchas declaraciones para desacreditar a los manifestantes y difundir información falsa acerca de su relación con los comunistas internacionales, la FEG fue la primera en extender su mano y aceptar el llamado a la unidad del presidente.³⁹ Por si alguien tenía dudas, el líder de la FEG, Enrique Zambrano Villa, subrayó la posición anticomunista del grupo.⁴⁰

Así, la federación tomó medidas inmediatas para poner en cuarentena a la UdeG y repeler, con armas provistas por una base militar en Guadalajara, a los brigadistas que venían de la Ciudad de México para crear conciencia y obtener apoyo.⁴¹ El exfegista Jaime Abundio Rodríguez Gómez admitió que la federación persiguió sin piedad a partidarios del movimiento estudiantil. Relató un episodio en el que capturaron a un grupo de estudiantes de Economía “como al tigre de Santa Julia” (con los pantalones abajo) y procedieron a golpearlos violentamente. Sin embargo, no todas las escaramuzas terminaron a favor de los fegistas. Rodríguez Gómez también dijo que los estudiantes de la “Politécnica, Ciencias Químicas y Agricultura” eran más aguerridos y se mantuvieron firmes.⁴² Según Carlos

38 A. Ramírez Ladewig, “Entrevista”, *Diez*, 1992, pp. 23-24.

39 A. Mendoza Cornejo, *Organizaciones y movimientos...*, 1990, p. 101.

40 J. Zamora García y R. Gamiño Muñoz, *Los Vikingos...*, p. 91.

41 R. Gil Olivo, “Orígenes de la guerrilla ...”, p. 551, y C. Sepúlveda Luna, “El FER, la historia, las sombras”, *Diez*, 1990, p. 10.

42 J. A. Rodríguez Gómez, *Poder y violencia...*, p. 216.

Sepúlveda, la FEG “estableció guardias armados en las escuelas y departamentos de la Universidad para evitar que los estudiantes publicaran propaganda a favor del movimiento [estudiantil]”.⁴³

Estudiantes que apoyaban el movimiento del 68 tuvieron que vivir en condiciones peligrosas. Aun así, encontraron formas de crear conciencia a pesar de los obstáculos impuestos por la FEG.⁴⁴ Los militantes de la Juventud Comunista y otros alumnos trabajaron juntos con frecuencia para hacer circular los comunicados del Consejo Nacional de Huelga. En los departamentos de Economía y Filosofía y Letras organizaron manifestaciones e introdujeron de manera clandestina a estudiantes activistas de la Ciudad de México para compartir sus experiencias y brindar actualizaciones sobre la situación.⁴⁵

A medida que se acercaban los Juegos Olímpicos a fines del verano y el gobierno se preocupaba cada vez más por el orden público, los comandantes militares en Guadalajara les entregaron ametralladoras a los fegistas para reprimir cualquier posible desobediencia estudiantil. La eficacia del grupo para obstaculizar a la oposición se complementaba con su talento para persuadir a los universitarios que creían que las tendencias comunistas estaban amenazando sus libertades civiles y su educación. Un líder de la FEG, a su vez, publicó un artículo en *El Sol de Guadalajara* en el que, en nombre de los alumnos de las secundarias, preparatorias y escuelas de oficios, solicitaba al presidente que usara la fuerza para eliminar la rebelión estudiantil. Tras la masacre de Tlatelolco del 2 de octubre, la FEG manifestó su apoyo incondicional a Díaz Ordaz y elogió las acciones emprendidas por los militares.

Sin duda, la campaña de terror de la federación obstaculizó la participación de la UDEG en el movimiento. Entonces y ahora, muchos han criticado la tibia participación de Guadalajara en el 68. Samuel Meléndez Luévano, miembro de la dirección del PCM-J, calificó el papel de

43 C. Sepúlveda Luna, “El FER...”.

44 Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Gobernación, Sección Dirección Federal de Seguridad (DFS), exp. 100-12-1-68, leg. 15, f. 03.

45 J. A. Castañeda Arellano, “Entre la utopía y la decepción”, en *Más allá de la decepción y la utopía. Resistencias antiautoritarias en Jalisco (1968-2013)*, 2014, pp. 117-118.

Jalisco en el movimiento estudiantil de 1968 como “vergonzoso”.⁴⁶ Si bien los fevistas cumplieron su promesa de evitar que el movimiento estableciera una célula en el campus, la radicalización de la militancia estudiantil y la integración de nuevos actores sociales cambió de manera fundamental el panorama político y transformó a la universidad en un bastión de la política revolucionaria.

Entre 1968-1970, la izquierda estudiantil en la UdeG sufrió una transformación radical, marcada por la situación política que se vivía en los campus universitarios en el ámbito nacional, la necesidad de alejarse del mismo teatro político utilizado por el activismo estudiantil durante la última década y, lo que es más importante, por cuestiones locales. El tema más urgente fue socavar la hegemonía de la FEG como presunto representante de todos los estudiantes de Jalisco. Sin embargo, la izquierda radical carecía de una organización que pudiera unir a los jóvenes bajo una sola agenda. Sin una organización adecuada para canalizar sus demandas y plantear un desafío directo a la FEG, la política de izquierda en la UdeG permanecería desorganizada y privada de voz. Hartos de las estrictas políticas de la federación y la restricción a la libertad académica, los militantes se reunieron para abordar la crisis del activismo estudiantil en la universidad y diseñaron una estrategia para minar el poder de la FEG. Varios eran alumnos de las facultades de Filosofía y Letras, Economía, Química e Ingeniería, en las cuales la Juventud Comunista tenía un punto de apoyo.⁴⁷ Los “más avanzados” —una forma informal de distinguir a militantes que estaban bien versados en teorías radicales— militaban en la Juventud Comunista o en el PCM y le daban al movimiento un carácter radical-marxista.

Aparte de sus inclinaciones socialistas y aspiraciones revolucionarias, cada militante reconocía la gravedad de la situación en el campus y la urgencia de democratizar la universidad. Sin embargo, entre los jóvenes proletarios, la accesibilidad a la educación resonaba con más fuerza. Esto no quiere decir que los de clase media valoraran menos la educación, pero lo que estaba en juego tendría

46 S. R. de D. Corona, *La historia...*, p. 40.

47 Entrevista con Bertha Lilia Gutiérrez Campos, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.

mayores consecuencias para para quienes provenían de familias campesinas y obreras.

Muchas de las familias que residían en los barrios aledaños de Guadalajara en los sesenta y setenta eran descendientes de migrantes del campo que llegaron a la ciudad en las décadas de los treinta y los cuarenta. Durante el llamado Milagro Mexicano, hordas de campesinos emigraron a las ciudades en busca de trabajo, lo que condujo a un periodo de urbanización. Los recién llegados encontraron poco apoyo y tenían que arreglárselas solos para el futuro inmediato, cuestión que llevó bastante tiempo y muchos no pudieron acumular suficiente capital para comprar una casa. En consecuencia, tuvieron que recurrir a viviendas informales, apropiándose de terrenos subdesarrollados para fincar. A lo largo de los años, la población de estas comunidades se multiplicó a medida que llegaban más migrantes a la ciudad, por lo que eventualmente se convirtieron en barrios marginales. Debido a la negligencia de los funcionarios locales y su poco interés en estas comunidades, los residentes carecían de servicios básicos como agua potable, alcantarillado adecuado y electricidad.⁴⁸ Sin embargo, gracias a iniciativas comunitarias, los barrios obligaron a la ciudad a brindar estos servicios indispensables.

Durante la primera ola de disensión estudiantil contra la FEG, el joven proletario fue un sujeto político activo. A medida que las familias crecieron, más jóvenes del barrio ingresaron al sistema de escuelas públicas. Aun así, la accesibilidad fue difícil de conseguir por varios factores. A pesar de ser gratuitas, gran parte no tenía el dinero para comprar los materiales escolares, lo que puso a los padres con varios hijos en un difícil aprieto financiero. Como consecuencia de lo anterior, no era raro que los jóvenes del barrio no asistieran a la escuela. Sin embargo, a raíz de la masificación de la educación, se incrementó el número de estudiantes de barrio en la Udeg. Poco a poco se fue dando un fenómeno de politización y “un deseo imparable de afirmar su autoridad política”.⁴⁹ Ellos comenzaron a verse a sí mismos como agentes de cambio social y a sentirse empoderados.

48 Entrevista con Antonio Orozco Michel, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.

49 Entrevista con Rafael Ortiz “El Chino”, Guadalajara, Jalisco, 15 de julio, 2016.

Inicialmente, la mayoría procedía del barrio de San Andrés, donde residían los famosos Vikingos, una pandilla conocida por su tenacidad y por ser una fuerza intimidante.

Antes de establecer una presencia en las escuelas y la UdeG, los Vikingos realizaron su propio estilo de resistencia contra el gobierno local y federal protegiendo a sus comunidades mediante actos de vandalismo, delitos menores y protección territorial. Estas acciones fueron a menudo contraproducentes y sirvieron para mantener alejados a los funcionarios federales y locales, marginando aún más a las comunidades desfavorecidas. Si bien los Vikingos no eran apolíticos, su origen socioeconómico y su reputación de rebeldes obstaculizaron sus ambiciones políticas. En ausencia de organizaciones que estuvieran dispuestas a tomar a los Vikingos bajo su protección, los militantes buscaron construir un nombre respetable para sí mismos en el ámbito de la política estudiantil, estableciendo una presencia en las preparatorias, las secundarias y, finalmente, la UdeG. A medida que el grupo se politizó, muchos de sus militantes se transformaron en actores políticos dinámicos en las luchas estudiantiles en las preparatorias, así como en la UdeG, y “desearon estudiar y seguir participando en política”.⁵⁰ Como resultado de su activismo político, los Vikingos comenzaron a desafiar a la FEG directamente y, gracias a su dura vida callejera, estuvieron listos para los enfrentamientos.

La politización formal de la pandilla inició a fines de los sesenta, cuando varios de sus integrantes se vincularon con la Juventud Comunista, que en ese entonces estaba dirigida por José Flores. El proceso no fue fácil. Al principio, Flores fue el único miembro que algunos Vikingos aceptaron, entre ellos el carismático Arnulfo Prado Rosas “El Compa”. No obstante, con el paso del tiempo la relación se consolidó y se fundaron las Juventudes Juaristas.

Como parte de un grupo político estudiantil, los Vikingos pasaron por un proceso de adoctrinamiento. Según el vikingo Sanders Zaragoza:

50 S. Aguayo, *La charola: Una historia de los servicios de inteligencia en México*, 2001, p. 158.

el [Flores] nos comienza a educar ideológicamente por medio de literatura, nos decía lean cabrones, lean, lean, íbamos y con el poco dinero que teníamos conseguíamos libros y si no los conseguíamos ellos nos los prestaban, eran los libros del Instituto Cubano que estaba ahí en el centro de la ciudad, ahí leíamos los libros de editorial Progreso recuerdo, eran libros de Rusia, y a veces para engañar a la visión teníamos por ahí unos libros como el Capital, ¿quién cabrones iba a entender el Capital? Nosotros lo comprábamos nada más para echarle estilo, de hecho, yo jamás lo comprendí. Pero sí recuerdo que de los que nos dio a leer me gustó mucho Máximo Gorki, fue mi ídolo, así comenzamos a leer, a prepararnos, y José de alguna manera asesorándonos, él y nosotros cuidábamos que no se fueran a dar cuenta que teníamos relación con José.⁵¹

A mediados de 1970, la situación política en el campus alcanzó un punto álgido. La oposición estudiantil bajo el auspicio de las Juventudes Juaristas continuó enfrentándose a la mano dura del FEG. Para entonces, muchos militantes consideraron seriamente un cambio de estrategias y presumieron a la oposición estudiantil su militancia activa, intensificando las acciones directas y preparándose para enfrentar a la FEG de manera más efectiva. Fue en este contexto que nació el FER.

A las 2:15 de la mañana del 23 de septiembre de 1970, una pequeña banda de jóvenes rebeldes irrumpió en la Casa del Estudiante en el campus de la UdeG. Andrés Zuno Jr., el hijo menor de Guadalupe Zuno, lanzó un feroz comunicado declarando la existencia del FER. Como uno de los principales representantes del grupo, afirmó: “los estudiantes habían decidido hacerse cargo de la residencia para expulsar a los fegetas”, que años antes había tomado ilegalmente el control de la casa para acomodar a sus miembros, a pesar de que su función había sido proporcionar vivienda a estudiantes de bajos ingresos.⁵² El FER entregó a las autoridades universitarias una lista de demandas que incluían: la democratización de la universidad, la

51 R. Gamiño Muñoz, *Del barrio a la guerrilla: Historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Guadalajara, 1964-1973)*, 2006, p. 87.

52 S. Aguayo, *La charola...*, p. 162.

expulsión de la FEG, el enjuiciamiento de los miembros de la FEG por varios delitos y la garantía de la educación pública a todos los jóvenes. Coincidentemente, esa misma noche el presidente Díaz Ordaz anunció a la ciudadanía a su sucesor: Luis Echeverría.

Como respuestas a las acciones del frente, el gobierno de Díaz Ordaz ordenó al ejército y a la policía retomar el control de la Casa del Estudiante. Juntos, las fuerzas del orden público y la FEG, recuperaron el control del complejo de viviendas para estudiantes, lo que resultó en la captura de 25 militantes del FER.

Pronto las dos organizaciones se vieron envueltas en una sangrienta lucha por el control de la universidad. Días después de la toma de posesión, los feroces coordinaron mítines en departamentos de la udeg para promover el grupo estudiantil recién fundado y explicar sus intenciones. Los mítines atrajeron a cientos de estudiantes curiosos y crearon una gran conmoción en las autoridades. A mitad de la manifestación, un contingente de fegistas irrumpió en escena con armas en mano. Los feroces devolvieron el fuego y el líder de la FEG, Fernando Medina Lúa, recibió un disparo que resultó letal.⁵³ No acostumbrados a semejante resistencia armada, los fegistas tomaron represalias por la muerte de su líder, atacando un mitin organizado por el FER en una escuela profesional. Liderados por su nuevo presidente, Manuel Delgado, un escuadrón de fegistas interrumpió la asamblea disparando contra la multitud. En la emboscada murieron dos miembros del FER: Barolo Suárez Torres y Francisco Villagómez Miramontes, las primeras bajas oficiales en la disputa.⁵⁴

Al parecer, la reforma educativa también vino desde arriba. Para conseguir el apoyo de los jóvenes, Echeverría invirtió recursos en educación y otorgó a los estudiantes más control sobre sus respectivas universidades. El grueso de estas reformas consistió en aumentos presupuestarios, becas para estudiar en el extranjero, la inauguración de nuevas universidades y escuelas, incremento salarial para

53 A. Orozco Michel, *La fuga de Oblatos. Una historia de la LC-23 de Septiembre*, 2009, p. 47.

54 S. R. de D. Corona, *La historia...*, p. 59.

profesores y otro tipo de ayudas económicas para los estudiantes. Echeverría también predicó la libertad académica y se distanció de la postura de Díaz Ordaz hacia la enseñanza de las llamadas “filosofías ajenas” en las universidades.⁵⁵ No obstante, estas reformas no pacificaron a todo el estudiantado de la UDEG. En primer lugar, las tendencias radicales de izquierda sintieron que las reformas no fueron lo suficientemente lejos como para que la población de la universidad pareciera más representativa de la estructura social de Jalisco. En segundo lugar, no resolvió la preocupación más urgente de la oposición: la eliminación de la FEG. Además, las reformas fueron una farsa. Los funcionarios locales y sus compinches se con-fabularon con la FEG para reprimir la disidencia de los estudiantes mediante la propaganda anticomunista. Echeverría podría haber querido que México apareciera como un líder en el tercer mundo que defendía el derecho a la autodeterminación, pero era un acérrimo anticomunista y explotó la imagen revolucionaria del país para sus fines políticos, así como sus antecesores.⁵⁶

La tragedia golpeó al FER una vez más cuando los militantes de la FEG asesinaron al Compa, en 1970. Los informes policiales concluyeron que un grupo alineado con la FEG, llamado los Gordos, orquestó el asesinato de Prado Rosas “El Compa”. Su muerte llamó la atención nacional; cientos de personas de todo el país asistieron al funeral. Según un exmiembro de la FER, Benjamín Ramírez Castañeda, “Prado Rosas fue parte fundamental de la organización que unificó el barrio de San Andrés y otras organizaciones estudiantiles dentro y fuera de la UDEG”.⁵⁷ Políticamente, su muerte afectó muy poco las tácticas de la FEG, pero inspiró a más Vikingos a unirse a la lucha guerrillera. Los miembros de el FER respondieron a su repentina muerte al apoderarse de una estación de radio en Guadalajara y anunciar sus objetivos a la sociedad de Jalisco. En el mismo men-

55 J. A. Hellman, *Mexico in Crisis*, 1988, p. 190.

56 Para más información véase C. M. White, “Mexi-Cuba or the entrenchment of U.S.-Mexican relations?: The age of Echeverría, 1970-76”, en *idem*, *Creating a Third World: Mexico, Cuba, and the United States during the Castro Era*, 2007, pp. 131-142.

57 *Apud* S. R. de D. Corona, *La historia...*, p. 68.

saje, llamaron a los estudiantes a levantarse contra las injusticias de la FEG. Siguieron la transmisión con una traducción al inglés para informar a la colonia estadounidense de la ciudad. Finalmente, en un acto de venganza, el FER asesinó a Javier Agustín García Gariby, socio de la FEG y posiblemente asesino de Prado Rosas. Debido a que el Compa era un héroe y líder venerado del barrio, los Vikingos tomaron su muerte de manera personal.

Afuera de Jalisco, el FER llamó la atención de los Enfermos, un grupo estudiantil radical de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) que también luchaba por la democratización de su propia universidad. Los Enfermos apreciaron el énfasis del FER en el origen del proletariado urbano de sus militantes, un factor que los Enfermos adoptaron dado que los orígenes de su grupo estaban fuertemente vinculados con las luchas populares pasadas y la juventud del proletariado urbano.⁵⁸ En un momento en que los jóvenes pobres de la clase trabajadora urbana estaban siendo inundados con publicidad consumista, abandonando sus antecedentes de clase trabajadora y permitiéndose ser cooptados por la propaganda oficial del Estado, Enfermos y FER celebraron su genealogía proletaria.⁵⁹ En varias ocasiones, los Enfermos enviaron pequeños grupos a visitar al FER para aprender de ellos cómo organizar los barrios. Las reuniones generalmente se llevaban a cabo en áreas no reveladas o en colonias donde las posibilidades de que la FEG interviniera eran mínimas.

A pesar de las grandes pérdidas, el FER siguió firmemente comprometido con la democratización de la universidad y la expulsión de la FEG. Según exferoces, la UdeG se había transformado en un centro de poder político al servicio del Estado, invadido por personas leales al PRI. Aún había algunos vestigios de la educación popular, pero los estudiantes recibieron narraciones distorsionadas de la historia mexicana que glorificaban al partido gobernante como un pilar de la unidad nacional, mientras que la realidad de los grupos marginados y la creciente inestabilidad política que permeaba en

58 Véase S. A. Sánchez Parra, “Estudiantes radicales y choferes del transporte urbano en Sinaloa, México. El caso del movimiento camionero de octubre de 1972”, *HistoriaLo: Revista de Historia Regional y Local*, 2013, pp. 131-162.

59 Véase J. Zamora García y R. Muñoz Gamiño, *Los Vikingos...*, 2011.

todo el país contradecían estas interpretaciones. La oposición postulaba que una conciencia revolucionaria colectiva sólo se podía lograr después de que recuperaran los espacios ocupados por la cultura hegemónica y las fuerzas anticapitalistas fueran la voz dominante en las universidades. Al recuperar “la Universidad de las Burguesías”,⁶⁰ los estudiantes podrían contrarrestar la interpretación dominante de la historia mexicana y la lucha de clases utilizada por el PRI para salvaguardar su control y poder. Los miembros del FER argumentaron que en una sociedad culturalmente diversa, la clase dominante, además de poseer poder económico, practicaba una forma de dominación sobre los grupos sociales que definía sus propias ideas y cultura como la norma, y pretendía beneficiar a toda la sociedad, cuando en realidad era una herramienta hegemónica para asegurar que la clase dominante tuviera el control sobre la cultura, la sociedad y la política.⁶¹ Si bien hubo otros grupos y movimientos culturales que desafiaron las normas de la clase dominante, el plan de acción de los feroces para desafiar el poder estatal golpeó directamente en el corazón del dominio del PRI, tanto política como culturalmente. Los militantes estudiantiles sintieron que el partido, con su idealización distorsionada del campesinado y la clase trabajadora, creó una falsa conciencia que hacía parecer que estos grupos participaban en la toma de decisiones cotidiana, a pesar de seguir siendo marginados por la élite gobernante.

Con la muerte y el encarcelamiento de muchos compañeros, varios militantes del FER querían intensificar la batalla contra la FEG. Por su parte, Andrés Zuno abogó por un enfoque más pacífico, pero los militantes del grupo ya sospechaban de sus intenciones por ser alguien que venía de una familia política poderosa. Cuando el FER pasó a la clandestinidad, en 1972, Zuno se negó a seguir a sus compañeros, quienes criticaron su falta de compromiso revolucionario y lo consideraron incapaz de separarse de un estilo de vida pequeño burgués.⁶² Para cuando el FER pasó a la clandestinidad tenía apro-

60 FER, “La política de la FEG...”, MSCL, Universidad de California, San Diego, carrete 3, folder 2, p. 1.

61 AGN, Fondo Gobernación, Sección DFS, exp. 11-33-1-71, leg. 1, f. 310.

62 Entrevista con Antonio Orozco Michel, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.

ximadamente 154 militantes, ya que muchos se separaron en ese momento de la agrupación.⁶³

Con la mayor parte del FER en la clandestinidad, el Estado se hizo cargo de la contrainsurgencia y dejó el problema de los estudiantes a la FEG. El movimiento de democratización de la universidad continuó, pero con menos vigor. El ímpetu aún existía, pero la violencia había cobrado un alto precio a los activistas. La Guerra Sucia también exacerbó la situación política. Mientras el Estado perseguía a las guerrillas, los estudiantes sin conexión con los movimientos socialistas armados se vieron atrapados en la red de la contrainsurgencia estatal. Los funcionarios de seguridad nacional los vieron como una amenaza igual a las guerrillas. Incluso su intento de organización pacífica no los excluyó de la campaña de difamación. Independientemente de cuán legítimos fueran sus esfuerzos, todos fueron categorizados como agitadores y otras designaciones ominosas.

A pesar de que el FER no logró expulsar a la FEG del poder de manera integral, sí perturbó su hegemonía. La élite y las autoridades universitarias ya no podían subestimar las capacidades de la izquierda estudiantil. Los priístas y sus partidarios habían confiado demasiado en la violencia para reprimir el descontento. En última instancia, eso influyó en un cambio en la opinión pública, ya que los ciudadanos empezaron a identificar a la FEG de otra manera, no como protectora, sino como perpetradora.

La cultura política en la UdeG también cambió para siempre. La experiencia del FER y el movimiento para democratizar la universidad y la educación cambiaron el enfoque de lo que les importaba a los estudiantes. Les recordó por qué era importante asumir su responsabilidad como jóvenes intelectuales y que tan frágil era la democracia en su institución. De las cenizas de esta época tumultuosa, que costó vidas y derramó sangre, surgió una nueva generación de universitarios que enfrentó desafíos nuevos y otros ya existentes. Al igual que sus predecesores, se basaron en sus experiencias y tácticas y adaptaron su terminología. Y más que nada, entienden la impor-

63 M. Ramírez Abundis, *Los setenta: Utopía y 'Guerra Sucia' en Guadalajara*, 2002, y A. Angulo, *La hora...*, p. 18.

tancia de la historia, porque les recuerda las pruebas y las tribulaciones que tuvieron que pasar sus antiguos compañeros para llevar a la universidad a donde está, incluso si significó pelear entre ellos.

REFERENCIAS

- Allende, Salvador, “Discurso en la Universidad de Guadalajara”, *Revista de la Educación Superior*, vol. 5, núm. 19, 1976, p. 7, <http://publicaciones.anuies.mx/pdfs/revista/Revista19_S2A2ES.pdf>, consultado el 23 de mayo, 2023.
- Aguayo, Sergio, *La charola: Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Grijalbo, 2001.
- Angulo, Alfredo, *La hora de los mártires: Apuntes para la historia del movimiento estudiantil y guerrillero en Guadalajara, 1970-1977*, México, La Casa de los Cuentos del Mago Ciego Tallador de Vidrios, 1997.
- Cárdenas Ayala, Elisa, *El derrumbe: Jalisco, microcosmos de la Revolución Mexicana*, México, Tusquets, 2010.
- Castañeda Arellano, Juan Antonio, “Entre la utopía y la decepción”, en *Más allá de la decepción y la utopía. Resistencias antiautoritarias en Jalisco (1968-2013)*, Guadalajara, Grietas/Grafisma, 2014, pp. 57-82.
- Corona, Sergio René de Dios, *La historia que no pudieron borrar: La guerra sucia en Jalisco, 1970-1985*, Guadalajara, Casa del Mago, 2004.
- Díaz Ordaz, Gustavo, *A political handbook*, México, 1970.
- Dorantes, Alma, “Los discursos sobre la Universidad de Guadalajara”, en Carmen Castañeda García (comp.), *Historia social de la Universidad de Guadalajara*, Guadalajara, UdeG, 1995, pp. 124-137.
- Entrevista con Antonio Orozco Michel, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.
- Entrevista con Bertha Lilia Gutiérrez Campos, Guadalajara, Jalisco, 6 de julio, 2008.
- Entrevista con Rafael Ortiz “El Chino”, Guadalajara, Jalisco, 15 de julio, 2016.
- Fernández Aceves, María Teresa, “Las mujeres graduadas en la Universidad de Guadalajara, 1925-1933”, en Carmen Castañeda García (ed.), *Historia social de la Universidad de Guadalajara*, Guadalajara, UdeG/CIESAS, 1995.

- Gamiño Muñoz, Rodolfo, *Del barrio a la guerrilla: Historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Guadalajara, 1964-1973)*, México, Centro de Documentación de los Movimientos Armados, 2006.
- Gil Olivo, Ramón, “Orígenes de la guerrilla en Guadalajara en la década de los setenta”, en Verónica Oikión Solano y Martha Eugenia García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México, siglo xx*, vol. II, Zamora, El Colmich/CIESAS, 2008, pp. 549-566.
- González Navarro, Moisés, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, t. III, México, El Colmex, 2000.
- Hellman, J. Alder, *Mexico in crisis*, Nueva York, Holmes and Meier Publishers, 1988.
- Herrera Calderón, Fernando, “From books to bullets: Youth radicalism and urban guerrillas in Guadalajara”, en Fernando Herrera Calderón y Adela Cedillo (eds.), *Challenging authoritarianism in Mexico: Revolutionary struggles and the Dirty War, 1964-1982*, Nueva York, Routledge, 2012, pp. 105-128.
- “Los estudiantes vs. el terrorismo de la FEG”, *Oposición*, 2 de octubre, 1970.
- “Luchamos por una universidad al servicio del pueblo”, *Suplemento Primero de M-1*, febrero, 1971.
- Martínez Moya, Armando, “La refundación de la Universidad de Guadalajara en 1925. La mística de la Revolución inhibe su autonomía”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 30, núm. 20, 2018, pp. 123-142.
- Mendoza Cornejo, Alfredo, *Organizaciones y movimientos estudiantiles en Jalisco, 1948 a 1954*, Guadalajara, udeg, 1992.
- Mendoza Cornejo, Alfredo, *Organizaciones y movimiento estudiantiles en Jalisco de 1935-1948. El FESO*, Guadalajara, udeg, 1990.
- Mendoza Cornejo, Alfredo, *Desarrollo histórico de la extensión universitaria en la Universidad de Guadalajara*, Guadalajara, udeg, 1989.
- Mora, Manuel, “En la búsqueda por la democracia: La participación en la ciudad desde el protagonismo de los jóvenes”, en Jorge Alonso y Juan Manuel Ramírez (comp.), *La democracia de los de abajo en Jalisco*, Guadalajara, udeg, 1996, pp. 311-378.
- Moreno González, María Guadalupe, *Aproximación a la trayectoria del Partido Comunista en Jalisco (1926-1981)*, Guadalajara, El Coljal, 2016.
- Muriá, José María, *Breve historia de Jalisco*, México, FCE, 1994.

- Muriá, José María, *La Revolución Mexicana: Síntesis de nuestra identidad nacional. La Revolución Mexicana en Jalisco*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco/Unidad Editorial, 1990.
- Orozco Michel, Antonio, *La fuga de Oblatos. Una historia de la LC-23 de Septiembre*, Guadalajara, La Casa del Mago, 2009.
- Palacios Valdés, Mario, “La oposición a la educación socialista durante el cardenismo (1934-1940): El caso de Toluca”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 6, núm. 48, 2011, pp. 43-71.
- Pensado, Jaime, *Rebel Mexico: Student unrest and authoritarian political culture during the long sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2013.
- Ramírez Abundis, Mónica, *Los setenta: Utopía y ‘Guerra Sucia’ en Guadalajara*, Guadalajara, udeG, 2002.
- Ramírez Ladewig, Álvaro, “Entrevista”, *Diez*, núm. 144, 1992, pp. 23-24.
- Rodríguez Gómez, Jaime Abundio, *Poder y violencia en la Universidad de Guadalajara*, Zapopan, Eugénesis Publicaciones, 2009.
- Romero, Laura Patricia, “Los sectores medios universitarios y las políticas en Guadalajara”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 53, núm. 2, 1991, pp. 207-221.
- Romero, Laura Patricia, *Jalisco desde la Revolución*, vol. 3, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco/udeG, 1988.
- Sánchez Parra, Sergio Arturo, “Estudiantes radicales y choferes del transporte urbano en Sinaloa, México. El caso del movimiento camionero de octubre de 1972”, *HistoriaLo: Revista de Historia Regional y Local*, vol. 5, núm. 10, 2013, pp. 131-162.
- SEP, *La educación pública en México. Desde el 1° de diciembre de 1934 hasta el 30 de noviembre de 1940*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1941.
- Sepúlveda Luna, Carlos, “El FER, la historia, las sombras”, *Diez*, núm. 72, 1990, p. 10.
- Solís Gadea, Héctor Raúl, “La FEU contra la violencia”, *Milenio*, 19 de octubre, 2015, <<https://www.milenio.com/opinion/hector-raul-solis-gadea/atrevimientos/la-feu-contra-la-violencia>>, consultado el 7 de enero, 2017.
- Stavans, Ilan, *José Vasconcelos: The prophet of race*, Piscataway, Rutgers University Press, 2011.

- Suárez, Xosé Manuel, *Armas para la república. La aventura del Mar Cantábrico*, España, Embora, 2010.
- White, Christopher M., *Creating a third world: Mexico, Cuba, and the United States during the Castro era*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2007.
- Yankelevich, Pablo, *La educación socialista en Jalisco*, Guadalajara, Ediciones del D.E.P., 1985.
- Zamora García, Jesús y Rodolfo Gamiño Muñoz, *Los Vikingos: Una historia de lucha política social*, Guadalajara, Centro de Estudios Históricos del Colectivo Rodolfo Reyes Crespo, 2011.

MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL Y PROGRAMAS MÍNIMOS EN COLOMBIA (1971-2011). LECTURAS HISTORIOGRÁFICAS E INTUICIONES METODOLÓGICAS

Gabriel Samacá Alonso y Sergio Lizarazo Vega

INTRODUCCIÓN

En Colombia, el 26 de febrero de 1971 se considera como el inicio de la principal movilización estudiantil del siglo pasado. Aquel día, un numeroso grupo de universitarios de la ciudad de Cali se manifestó contra la injerencia de algunas fundaciones filantrópicas estadounidenses en los destinos de la Universidad del Valle y por una mayor democratización en la elección de las autoridades académicas. La respuesta de las directivas y el gobernador en turno fue la represión, que produjo la muerte y la captura de varios jóvenes y la declaratoria del estado de sitio en la capital vallecaucana. A partir de allí se extendió por todo el país una ola de indignación que paralizó el sistema universitario durante poco más de un año. Las manifestaciones de solidaridad y el pulso de poder que libraron estudiantes, directivas, la gran prensa y los gobernantes, hicieron de este año un hito en la historia y la memoria del activismo estudiantil, cuyo principal símbolo es el Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos.

Cuarenta años después, como respuesta a la propuesta de reforma a la Ley 30 de 1992, que lideró el gobierno de Juan Manuel Santos, cuyo fin era introducir el ánimo de lucro en la educación superior, gran parte del estudiantado se opuso a través de la creación de un espacio denominado Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE). Luego de un intenso año de movilizaciones que aglutinaron a estudiantes de buena parte de las instituciones de educación supe-

rior (IES), el proyecto gubernamental fue retirado. Esta coyuntura estuvo enmarcada en un contexto internacional que estimuló a los estudiantes colombianos en sus luchas, cuyas principales características fueron el retorno a las calles y el desarrollo de creativas movilizaciones que lograron captar el respaldo de gran parte de la sociedad y la opinión pública.

En los últimos años, y dada cierta coincidencia cronológica entre las dos movilizaciones, los investigadores han procurado establecer comparaciones y diálogos entre ambos acontecimientos. Este proceder se justifica en las referencias que los jóvenes de 2011 hicieron de sus antecesores de 1971, en particular, la importancia del Programa Mínimo y sus reivindicaciones. Los analistas se han centrado en temas como las estructuras organizativas, los repertorios de protesta, las plataformas políticas, el lugar de la memoria de 1971 en la MANE y la figuración de algunos actores sociales y políticos, como los grupos juveniles de izquierda y las mujeres, en cada momento histórico.¹

Tal proceder entraña el riesgo de perder la perspectiva propiamente histórica debido a lecturas teleológicas de lo ocurrido en 2011, lo que reafirma, de paso, la obsesión de los historiadores por cifrar los orígenes del pasado reciente. En nuestro caso, proponemos el diálogo entre las dos coyunturas, conscientes de los diferentes momentos y circunstancias en que se inscribió cada una de ellas. Conocedores de las rupturas políticas, sociales, culturales y educativas ocurridas en la segunda mitad del siglo pasado, ofrecemos una revisión crítica de la producción historiográfica sobre cada uno de los acontecimientos. En la primera parte, esbozamos una cartografía de las investigaciones realizadas con el fin de identificar las preguntas, las fuentes, las limitaciones y los vacíos de un corpus investigativo que no ha logrado cristalizarse en un campo de investigación. En la segunda, sugerimos nuevas vías para pensar y hacer la historia

1 Véase E. Cruz, “Lecciones de memoria. El recuerdo de 1971 en las protestas estudiantiles de 2011 en Colombia”, *Campos*, 2014, pp. 287-314; *idem*, “El movimiento estudiantil en 1971 y 2011: una comparación diacrónica”, *Reflexión Política*, 2017, pp. 158-174; Y. Sosa, “La protesta estudiantil en la Universidad del Valle entre 1968-1971 y 2007-2011. Una lectura comparada”, *Forum*, 2018, pp. 33-74.

de la movilización estudiantil que se enfoquen, de preferencia, en su dimensión política, dada la lucha por el control de las instancias de poder en los campus universitarios y la definición de un modelo educativo sancionado legalmente, ámbitos centrales en las coyunturas de interés.

EL BALANCE HISTORIOGRÁFICO. A 50 AÑOS DEL PRIMER PROGRAMA MÍNIMO Y LA “CONQUISTA” DEL COGOBIERNO

Tras medio siglo de acaecida la movilización estudiantil que se extendió a lo largo de 1971 y parte de 1972, carecemos de una obra de largo aliento que articule sus dinámicas locales y nacionales, analice a profundidad sus móviles y rescate la memoria de sus principales protagonistas y testigos. En pocas palabras, nos hace falta un trabajo sistemático que ofrezca una interpretación plausible de su significado histórico. Ahora bien, ¿cómo se ha contado y estudiado tal movimiento? ¿Qué vacíos quedan por llenar? ¿Cuáles podrían ser las nuevas preguntas por realizar, los enfoques interpretativos por ensayar y las fuentes por explorar? En este apartado hacemos un recorrido crítico por la producción académica en torno al movimiento universitario colombiano de 1971-1972, recordado en la historia general de la protesta estudiantil por el Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos y la “conquista” de la recomposición de los Consejos Superiores Universitarios (CSU) en algunas universidades, más conocida como cogobierno.

A diferencia de lo ocurrido con el emblemático cronotopo del 68, la movilización estudiantil y juvenil colombiana adolece de un trabajo mayúsculo y sistemático, sea individual o colectivo, que inserte el caso nacional en las dinámicas internacionales.² En su lugar,

2 Referentes para el caso mexicano en H. Jiménez, *El 68 y sus rutas de interpretación: Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, 2018, y A. Rodríguez, *Museo del Universo: Los Juegos Olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, 2019. En el Cono Sur, vale la pena destacar el trabajo renovador sobre Uruguay de V. Markarian, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, 2012, especialmente por las preguntas que guían la investigación y el planteamiento que articula un caso nacional a los *global sixties*. El caso argentino también

nuestra producción es dispersa, fragmentada y de alcances limitados en cuanto a las preguntas, las fuentes y las escalas de observación. Esto se ha traducido en un cúmulo de ponencias, artículos y algunos capítulos de libro en obras colectivas que giran en torno a una versión más o menos estandarizada de los hechos, sin ir hacia las condiciones de posibilidad de una ola de manifestaciones que mantuvieron paralizada la vida universitaria a principios de los setenta.

Tales incursiones a la coyuntura del 71 desnudan las falencias de nuestra historiografía social, política y cultural-intelectual. Sin embargo, el presente análisis historiográfico apunta a destacar los abordajes, los énfasis, las fuentes y los recursos conceptuales y narrativos que los investigadores han desarrollado desde fines de los setenta. Para ello, tendremos cinco puntos de referencia:

1. El lugar del 71 como parte de las historias generales de la movilización estudiantil en el siglo xx.
2. Los artículos monográficos que aportan una mirada panorámica de la coyuntura.
3. Los trabajos con una perspectiva regional o local.
4. La relación entre movimiento estudiantil y politización hacia la izquierda.
5. El abordaje de temas específicos, entre los que sobresalen la participación femenina, la vinculación de las universidades privadas, el análisis del documento programático elaborado por los estudiantes y el cogobierno.

El apartado cerrará con un par de sugerencias temáticas a explorar en futuros trabajos.

Luego de los estudios pioneros de Yvon Le Bot y José Fernando Ocampo, dicha coyuntura salió del marco de la historia política de la educación para formar parte de la historia de los movimientos so-

ha experimentado una renovación historiográfica de temas aparentemente agotados, como el movimiento de reforma o la politización estudiantil. Al respecto, véase N. Bustelo, *Todo lo que necesitas saber sobre la Reforma Universitaria*, 2018, y N. Dip, *Libros y alpargatas. La peronización de los estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, 2018.

ciales.³ Este giro fue liderado por Mauricio Archila desde la primera mitad de los años noventa, cuando incluyó a los universitarios en un campo de estudios que venía ganando terreno en la historiografía colombiana.⁴ Este mismo autor, en repetidas ocasiones, ha ofrecido lecturas sintéticas sobre la movilización protagonizada por los estudiantes a lo largo del siglo pasado. Según Archila, el 71 hizo parte de un ciclo de protestas sociales que abarcó el periodo 1969-1972, en el marco de un contexto global de rebeldía, desarrollismo, urbanización, secularización y modernización. En el ámbito nacional, el cierre del sistema político contribuyó a la radicalización estudiantil, que sirvió de base para el posicionamiento de la *nueva izquierda*.⁵

En un trabajo más reciente, junto con Abelardo Díaz, el mismo autor reitera la visión panorámica de la movilización estudiantil sujeta a la periodización de la política nacional. Según esta interpretación, fueron las condiciones estructurales en materia educativa, económica y política las que, junto con la radicalización hacia la izquierda, explican los hechos del 71.⁶ Este tipo de trabajos tienen la virtud de inscribir los hechos materia de interés en un proceso de mayor duración, a la par que intentan explicar —a veces de manera un tanto estática— las condiciones de posibilidad de la protesta. Sin embargo, incurren en un tono prescriptivo respecto a la relación entre politización y acción social, donde las diferentes fuerzas de izquierda habrían obstaculizado el triunfo de lo gremial.

La inclusión dentro de las historias generales de la protesta universitaria no agota la reconstrucción de la coyuntura que nos ocupa. Los trabajos que abordan exclusivamente los sucesos de aquel año oscilan entre una descripción detallada de los hechos, casi a manera

3 Y. Le Bot, *Educación e ideología en Colombia*, 1979. En la misma dirección, véase J. F. Ocampo, “Frente Nacional y política educativa”, *Controversia*, 1979, pp. 35-60.

4 M. Archila, “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo xx”, en B. Tovar Zambrano (comp.), *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 1994, pp. 251-369.

5 M. Archila, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protesta social en Colombia, 1958-1990*, 2003.

6 M. Archila y J. A. Díaz, “Protestas estudiantiles en Colombia: una mirada histórica, 1908-2015”, en A. F. Mora Cortés (comp.), *La MANE y el movimiento estudiantil en Colombia: agendas, luchas y desafíos*, 2020, pp. 21-82.

de crónica, y el análisis multicausal de la dinámica que adoptó la protesta estudiantil. Todas las investigaciones se adecúan a las explicaciones estructurales de la movilización, en particular, a la relación entre reformas educativas desarrollistas y la oposición que se ejerció desde la izquierda política. Del primer tipo podemos mencionar el texto de Acevedo y González,⁷ que realiza un recuento de lo ocurrido en las principales universidades del país, con énfasis en la Universidad Industrial de Santander (UIS). A partir de fuentes secundarias y del recurso a la memoria de testigos secundarios, los autores reiteran un lugar común en torno a la exterioridad de la nueva izquierda respecto a los intereses y las demandas propiamente estudiantiles.

De manera analítica, Pardo-Urrego y Cote representan las interpretaciones más elaboradas y sugerentes acerca del movimiento de principios de los setenta, toda vez que introducen la contingencia de la lucha política entre grupos estudiantiles, directivas y autoridades políticas.⁸ Otra virtud de su trabajo reside en destacar el papel de las organizaciones políticas juveniles de izquierda, atisbando un mapa variopinto de los grupos a escala regional. Por su parte, Cote logra articular una descripción ordenada de los principales hechos, el análisis de las diferentes tendencias de izquierda universitaria y las representaciones y autoimágenes que se confrontaron en la época. Desde su perspectiva, el movimiento de 1971 fue posible gracias a la fluidez entre lo social y lo político, donde “su interacción es lo que constituye su fuerza y desarrollo”.⁹ En su narración, las contradicciones y los abiertos conflictos políticos e ideológicos que se presentaron en el seno del estudiantado evidencian una heterogeneidad pasada por alto en la bibliografía existente.

7 A. Acevedo y D. González Rey, “Movilización y protesta estudiantil (1971). Una lectura desde la organización gremial por el cogobierno universitario y la memoria de protagonistas y testigos”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 2011, pp. 221-242.

8 M. A. Pardo y M. A. Urrego, “El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia”, ponencia presentada en el 1er Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades de América y Europa, 2003.

9 J. Cote, “El movimiento estudiantil de 1971: Entre la homogeneidad y la heterogeneidad”, en M. Archila *et al.*, *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, 2009, p. 462.

De los trabajos monográficos sabemos entonces que el movimiento de 1971 fue muy politizado y regional. Tímidamente, la producción académica ha intentado dar cuenta de ello mediante investigaciones que se ocupan de las dinámicas políticas subnacionales y, sobre todo, del recorrido histórico de algunas de las universidades departamentales más importantes de la época. A partir de fuentes institucionales, como las actas de los consejos directivos, la prensa regional, la memoria de algunos activistas y, en menor medida, los documentos producidos por las organizaciones estudiantiles, contamos con narraciones más detalladas de los sucesos del 71. Al bajar la escala de observación, percibimos cómo se dieron los procesos de modernización y politización en el marco de las configuraciones de poder, donde los grupos políticos regionales concibieron la universidad como un escenario y objeto de disputa.

Ahora bien, la producción acerca del movimiento del 71 en el ámbito regional no es homogénea en calidad y alcances. De esta manera, el caso de la Universidad del Valle, uno de los más trabajados por su protagonismo, no cuenta con un estudio analítico de consideración. En su lugar, se conocen narraciones más anecdóticas, vivenciales o lecturas muy panorámicas que incluso han sido llevadas a la literatura o al cine documental.¹⁰ Las investigaciones lideradas por Álvaro Acevedo y sus diferentes compañeros han puesto en evidencia las particularidades que rodearon el caso santandereano. Estos textos destacan el papel del movimiento estudiantil en la historia general de la universidad departamental y las dinámicas de la vida política institucional.¹¹ El caso antioqueño brilla por la ausencia de investiga-

10 Véase G. Castellanos, *Jalisco pierde en Cali*, 2015; *idem*, “El 26 de febrero de 1971 en Cali, una masacre ignorada”, en C. Abadía y A. J. Echeverry (eds.), *De mayos del 68 a la Cali del 70: Ensayos en perspectiva latinoamericana de una década que transformó al mundo*, 2020, pp. 151-164; I. Gironza, “La rebelión de los estudiantes”, 2014; V. Herrera y L. Trujillo, “Movimiento estudiantil de la Universidad del Valle 1971, como fuerza y su influencia histórica”, 1993; L. Ordóñez, *Universidad del Valle 60 años, 1945-2005: Atando cabos en clave de memoria*, 2007.

11 A. Acevedo, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia: Audea (1953-1984)*, 2004.

ciones profundas. Con la excepción del trabajo de Edwin Villamil,¹² no sabemos con suficiencia lo relacionado con la segunda institución universitaria del país, en donde se instalaría por un breve lapso el modelo de cogobierno. El mundo caribe es prácticamente desconocido, así como lo relacionado con las dinámicas de universidades más pequeñas, pero donde también se dieron movilizaciones, como ocurrió en los departamentos de Caldas, Risaralda o Boyacá.¹³

Llama la atención la inexistencia de investigaciones sobre el movimiento en la Universidad Nacional de Colombia, en especial por el papel que jugaron varios de sus dirigentes, como Marcelo Torres, y su centralidad en el sistema universitario de la época. Los vínculos entre los sucesos del suroccidente del país —universidades del Cauca y Valle, donde iniciaron las protestas— y las principales casas de estudio de Medellín y Bogotá permiten pensar en una progresiva y conflictiva nacionalización del movimiento y sus diferentes nodos o epicentros que no se ha considerado hasta el momento. ¿De qué manera se conformó el sistema universitario colombiano en la segunda mitad del siglo pasado? ¿Cómo se articulaban las organizaciones estudiantiles de las universidades regionales a dinámicas nacionales? ¿Qué vínculos tenían las diferentes alas juveniles adscritas a las formaciones políticas de izquierda? Éstas son algunas de las preguntas que pueden orientar las futuras investigaciones sobre el movimiento estudiantil de 1971 y que comienzan a surgir de este breve recorrido bibliográfico.

ESTUDIOS TEMÁTICOS

La crónica y el análisis de los principales hechos que constituyeron las diferentes fases de la movilización universitaria de principios de

12 E. Villamil, “Rompiendo esquemas: discusiones, consignas y tropes del estudiantado universitario en Colombia en 1971”, *Controversia*, 2010, pp. 233-263.

13 Véase C. L. Pinilla, “Juventud, academia y política en torno al movimiento estudiantil de la Universidad de Cartagena en 1971”, 2017; J. Correa, A. P. Gil y A. Delgado Caicedo, “Movilización y protesta estudiantil y profesoral en la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP), 1961-2011”, en A. Acevedo, S. Sánchez y G. Samacá (coords.), *¡A estudiar, a luchar!: Movimientos estudiantiles en Colombia y México: siglos XIX y XX*, 2014, pp. 235-236.

los años setenta oscila, entonces, entre las visiones panorámicas y los estudios centrados en las universidades regionales. Gracias a estos trabajos tenemos una imagen de conjunto sobre las razones y las motivaciones que desataron el conflicto, las principales demandas, las respuestas y los “repertorios” de protesta, así como de su desenlace. No obstante, los estudiosos han dedicado considerables esfuerzos a profundizar en algunas aristas de la movilización, en particular aquellas directamente vinculadas con la dimensión política y la presencia de algunos actores en el movimiento social. De los primeros, comentaremos aquellos trabajos que se ocupan de temas como la dimensión ideológica y discursiva del movimiento estudiantil, los contenidos del Programa Mínimo y las experiencias de cogestión al interior de algunas universidades. La segunda entrada remite a la participación femenina y el rol de las IES privadas, novedad de este movimiento.

Líneas arriba señalamos que autores como Archila y Acevedo evidenciaron la estrecha relación entre lo social y lo político en el seno del movimiento estudiantil, desde una postura prescriptiva donde lo segundo “distorsionó” o afectó negativamente las luchas gremiales. Pese a ello, estos mismos autores y otros, como Miguel Ángel Urrego, Frank Molano y Marta García, con pretensiones y alcances disímiles, han avanzado en el abordaje de las expresiones políticas que incidieron en el surgimiento de la llamada *nueva izquierda*.¹⁴ De esta forma, contamos en la actualidad con breves incursiones al variopinto y abigarrado mundo ideológico que ayudó a estructurar el movimiento estudiantil del 71 como parte de una historia general de las izquierdas. Estas investigaciones, que se hallan en el terreno de la historia política y de las ideas, abordan de manera panorámica los principales debates que se dieron al interior de las organizaciones

14 Como guía, podemos referir los trabajos de Álvaro Delgado sobre el Partido Comunista, Mauricio Archila en torno al maoísmo y de Martha García acerca del trotskismo, incluidos en una obra colectiva sobre las izquierdas colombianas. Véase M. Archila et al., *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, 2009. Desafortunadamente, ninguno de los textos que conforman este volumen se dedica a las izquierdas juveniles. De todas las corrientes, la que más ha llamado la atención de los estudiosos ha sido el maoísmo. Al respecto, véase M. A. Urrego, *Historia del maoísmo en Colombia: del MOEC al MOIR/PTC(M), 1959-2015*, 2016; F. Molano, “El campo es leña seca lista para arder. La Liga Marxista Leninista de Colombia, 1971-1982”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 2017, pp. 137-170.

políticas juveniles de izquierda, como la Juventud Comunista (Juco), la Juventud Patriótica (Jupa), el Campo Marxista-Leninista (CML) y los núcleos trotskistas identificados como grupos socialistas.¹⁵

Centrar la atención en las alas juveniles de las organizaciones, los movimientos y los partidos políticos de izquierda de la época demanda una reconsideración de los vínculos entre lucha política y gremial, con el fin de abandonar la mirada prejuiciosa o, cuando menos, precavida respecto del papel que jugó esta politización en el acontecimiento. En este sentido, compartimos con Cote¹⁶ y Cruz¹⁷ que, más allá de considerar estos vínculos desde la exterioridad, es necesario ponderarlos como condición de posibilidad de la lucha estudiantil de los años sesenta y setenta. Para el caso colombiano, la reciente y novel historia de las izquierdas ha descuidado el estudio de sus divisiones juveniles, a pesar de que allí se forjaron los principales cuadros políticos de dichas estructuras y se fraguó una cultura política contestataria. Entre los vacíos es pertinente mencionar el descuido de una tendencia protagónica en la coyuntura que estamos rastreando. Nos referimos a los núcleos de jóvenes que gravitaban en torno al guevarismo o línea procubana, identificada con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Estos grupos se componían, entre otros, por los llamados Grupos de Base, jóvenes camilistas y parte de la Juventud del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL).¹⁸

15 A. Acevedo y G. Samacá, “Juventudes universitarias de izquierda en Colombia en 1971: Un acercamiento a sus discursos ideológicos”, *Historia Caribe*, 2013, pp. 195-229; A. Acevedo y F. Patiño, “Orígenes del trotskismo en Colombia: De los colectivos socialistas revolucionarios al bloque socialista (1971-1977)”, *Historia Caribe*, 2019, pp. 123-149.

16 J. Cote, “El movimiento estudiantil...”.

17 E. Cruz, “El movimiento estudiantil...”.

18 Las agrupaciones juveniles de izquierda surgieron inicialmente en el seno del Partido Comunista Colombiano en 1951. Los otros grupos se formaron una década más tarde y estarían activos, con variaciones en sus nombres, pero no en sus referentes políticos, ideológicos y discursivos, a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. Sobre el guevarismo en Colombia, fenómeno escasamente conocido para el periodo, véase M. Deas, “Putting up with violence: Ernesto Guevara, guevarismo, and Colombia”, en P. Drinot (ed.), *Che's travels: The making of a revolutionary in 1950s Latin America*, 2010, pp. 127-147.

Desde otro ángulo, Paola Villamil intenta ir de la historia de las ideas políticas hacia el análisis del discurso de los estudiantes en 1971.¹⁹ Asumidos como parte de los sectores subalternos, la autora dirige su atención al estudio del discurso abierto y oculto para proponer la existencia de prácticas infrapolíticas y contraideológicas que fundamentaron la identidad estudiantil en oposición al discurso hegemónico de autoridades y medios de comunicación. Más allá de las implicaciones interpretativas de este enfoque, inspirado en los trabajos de James Scott, lo cierto es que los trabajos sobre la izquierda universitaria hacen hincapié en sus expresiones organizativas y las luchas estudiantiles visibles. En este punto cabe preguntarse por los vínculos entre las diferentes agrupaciones políticas, las asociaciones estudiantiles en cada universidad y la lucha por la representación en los consejos directivos y superiores, con el fin de apreciar la imbricación entre una y otra esfera.

Existe otro grupo de trabajos que abordan dos hitos políticos fundamentales del 71 que, curiosamente, sólo han sido objeto de miradas muy generales. Mencionado por todos los investigadores, el Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos fue la plataforma política resultante de las múltiples movilizaciones iniciadas en el mes de febrero. Isabel Hernández, en un breve trabajo, ofrece una lectura descriptiva de los contenidos a partir de sus contextos de surgimiento y formulación.²⁰ Con base en fuentes secundarias, la autora pone sobre la mesa algunas ideas que, desafortunadamente, no han seguido siendo exploradas o, como ocurre en el mismo texto, no son interrogadas con mayor incisión. Un ejemplo de ello son los encuentros estudiantiles como acontecimientos organizativos y marcos de discusión y confrontación político-ideológica, en donde cobró vida el programa. En tanto espacios de sociabilidad juvenil, desconocemos todo acerca de su preparación, desarrollo e impacto

19 A. P. Villamil, “Movimiento estudiantil de 1971: Configuración del discurso de resistencia, propuesta y contraideología”, 2019.

20 I. Hernández, “El Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos. Movimiento estudiantil universitario de 1971 por la universidad. Todo un país”, *Revista de Historia de la Educación Colombiana*, 2007, pp. 29-57.

en la movilización más allá de las mismas referencias a fechas y lugares de realización.

Mención aparte merece el problema del cogobierno, concepto que remite a la ampliación de la representación profesoral y estudiantil, así como la exclusión del clero y los industriales de los órganos directivos de las universidades colombianas.²¹ Álvaro Acevedo ha dedicado varios trabajos a estudiar este fenómeno en las universidades Industrial de Santander y de Antioquia, dejando fuera el caso principal: la Universidad Nacional de Bogotá.²² Con base en fuentes institucionales, prensa local y algunos documentos estudiantiles, propuso concentrarse en la gestión de los CSU durante los pocos meses que tuvieron una mayoría estudiantil y profesoral. Sin embargo, pese a la correcta intuición respecto a la dinámica política que entraña el tema, sus trabajos renuncian a pensar el gobierno universitario como objeto de estudio en sí mismo. Antes de preguntarse por aquello de novedoso de la experiencia, las realizaciones, las dificultades y el significado histórico, reduce la investigación a los consabidos contextos históricos y de movilización que condujeron a la sanción de la figura administrativa.

En un texto más reciente, el mismo autor, junto con Andrés Correa, propone una revisión del tema a partir de un planteamiento que enfatiza la permanencia de los postulados del movimiento reformista de Córdoba de principios del siglo XX.²³ A partir de una reflexión sobre el concepto de autonomía universitaria en una mediana duración, optan por una lectura teórica, obliterando los sentidos y los usos que los mismos actores sociales y políticos de la época le

21 Una primera mención como tema de relevancia la encontramos en A. M. Puyana y M. Serrano, *Reforma o inercia en la universidad latinoamericana: La Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Autónoma de México*, 2000.

22 A. Acevedo y J. Villabona, “El cogobierno en la Universidad de Antioquia, 1970-1973: Una victoria del movimiento estudiantil y profesoral”, *Historia y Espacio*, 2015, pp. 145-169; A. Acevedo, *La experiencia histórica del cogobierno en la Universidad Industrial de Santander: Concepción y divergencias en disputa por la autonomía universitaria, 1971-1976*, 2016.

23 A. Acevedo y A. Correa, “El estudiantado colombiano y la apuesta por el cogobierno y la autonomía universitaria (1971-1972): Análisis retrospectivo con base en el Manifiesto de Córdoba”, *Hallazgos*, 2021, pp. 343-370.

otorgaron a dicha categoría. La interpretación del cogobierno como la máxima victoria del movimiento del 71 deja de lado las agrias e inagotables discusiones en las filas del estudiantado por su significado, asunto que sugiere Jorge Cote y que hemos podido observar en el tratamiento de algunas de las fuentes de la época.²⁴ Además, todavía estamos a la espera de saber qué alcanzó a realizarse en concreto durante los pocos meses de existencia en las universidades donde funcionó esta figura, así como la posibilidad de entender su significado histórico como parte de la dinámica política en el mundo universitario.

La complejidad de un acontecimiento político como la movilización estudiantil de 1971-1972 trasciende los aspectos señalados, tal y como se evidencia en temas “menores”, pero cuyo conocimiento resulta relevante para una comprensión más amplia del fenómeno. El primero se refiere a la participación de universidades privadas en la movilización, dato que sobresale en las narraciones convencionales, pero que carece de investigaciones que expliquen las formas particulares de su vinculación.²⁵ Otro tema que no ha sido tratado con suficiente rigurosidad, pese a revestir la mayor importancia en la actualidad, corresponde a la presencia de las mujeres en las protestas y las organizaciones políticas juveniles de la época.²⁶

Para cerrar este recorrido por la producción historiográfica en torno a la coyuntura universitaria de principios de los años setenta,

24 J. Cote, “El movimiento estudiantil...”.

25 Universidades como la de Santiago de Cali, de los Andes, Libre y las confesionales Pontificia Bolivariana (Medellín) y Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá), entre otras, formaron parte de las movilizaciones de manera decisiva, aunque no protagónica. Con excepción de las menciones generales y una tesis de pregrado sobre el Movimiento Cataluña de la Javeriana y el cierre de la Facultad de Sociología de dicha universidad, punto que hizo parte del Programa Mínimo, no conocemos investigaciones. Véase J. E. Galeano, “La historia de un movimiento. Movimiento estudiantil javeriano (1968-1972)”, 2012.

26 El único trabajo que conocemos en esta dirección estudia el tema del sexismo dentro de las movilizaciones estudiantiles en 1971 y 2011. Véase A. Acevedo, A. Mejía y A. Correa, “Sexismo en las movilizaciones universitarias en Colombia de 1971 y el 2011”, *Nómadas*, 2019, pp. 67-83. Desafortunadamente, el acierto temático del documento no se corresponde con el desarrollo para la coyuntura que nos interesa, toda vez que predomina una lectura ahistórica.

debemos señalar dos propuestas que representan formas interesantes que, de ser profundizadas, arrojarán resultados importantes. De un lado, Urrego y Pardo exploraron el campo de la memoria de los protagonistas de tal movimiento, uno de cuyos resultados fue un breve texto que deja ver la potencialidad de esta labor para conocer, de viva voz, la experiencia de la militancia y el activismo estudiantil, más allá de los rígidos marcos empleados para su interpretación.²⁷ Del otro, el movimiento del 71 hizo parte de una investigación que se ocupa de estudiar el lugar de la Universidad del Valle en la implementación de políticas desarrollistas, a través del intercambio con fundaciones norteamericanas y la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC). Este trabajo avanza en la comprensión del contexto del conflicto que desató la movilización de febrero de 1971 en Cali, desde una perspectiva conectada y transnacional.²⁸

Hasta aquí hemos tratado de mostrar cuáles son los trabajos más significativos que se han desarrollado en torno a la que fue considerada, hasta 2011, la principal movilización protagonizada por los estudiantes universitarios colombianos. Los tipos de trabajos, alcances, preguntas, fuentes y temáticas dejan ver un acontecimiento que ha generado interés entre los investigadores, pero no el suficiente para producir una obra con vocación de permanencia. Entre los posibles problemas que resta por indagar nos permitimos señalar dos. El primero se refiere al mundo cultural que rodeó, condicionó y atravesó la organización y la movilización juvenil. Para su abordaje pensamos en una historia intelectual de aquella generación que escudriñe en los consumos culturales, las lecturas, las formas y los espacios de sociabilidad, entre otras posibilidades. Desde luego, esta entrada no se reduce al movimiento del 71, sino a la época de la llamada revolución cultural que, a pesar de algunos intentos, no

27 M. A. Urrego y M. A. Pardo, “Movimiento estudiantil de 1971 en Colombia. La historia contada por sus protagonistas”, *Revista Cambios y Permanencias*, 2020, pp. 1314-1327.

28 A. Offner, *Sorting out the mixed economy: The rise and fall of welfare and developmental states in the Americas*, 2019, pp. 144-171.

ha sido suficientemente explicada.²⁹ El segundo, ya sugerido líneas atrás, atañe a la necesaria historia política de los grupos juveniles de izquierda, sus formas organizativas, liderazgos, conflictos internos y luchas, filiaciones ideológicas, redes nacionales, vínculos internacionales, agendas, relaciones con partidos y movimientos de izquierda legal y armada, entre otras aristas, permitirán comprender la estrecha relación existente entre la lucha universitaria y la iniciación política de una generación que marcaría la vida pública nacional en las siguientes décadas.

La viabilidad de estas propuestas u otras que vayan surgiendo por parte de los especialistas depende del acopio de nuevas fuentes —por ejemplo, aquellas pertenecientes a las organizaciones políticas— y la exploración con nuevas preguntas de las ya conocidas —como la prensa nacional y local. Ello permitirá ir más allá de la camisa de fuerza de las tres compilaciones documentales que han servido de espina dorsal a las investigaciones revisadas.³⁰ La renovación también ha de provenir de un cambio de enfoque o perspectiva interpretativa que priorice la mirada histórica y que contribuya a enriquecer los aportes realizados desde la sociología de los movimientos sociales.

A UNA DÉCADA DEL RESURGIMIENTO DE LA MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL UNITARIA EN COLOMBIA

El 2011 fue un año que para muchos analistas significó la reactivación del movimiento estudiantil colombiano después de cuatro décadas de dinámicas organizativas regionales dispersas, reflujos en el campo del activismo contestatario y construcción de propuestas para el sistema educativo. En ese momento, los estudiantes de la

29 Véase A. Tirado, *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*, 2014; A. Acevedo, 1968. *Historia de un acontecimiento: utopía y revolución en la universidad colombiana*, 2017.

30 Véase J. Puig y O. Zuluaga (comps.), *Documentos teóricos internos al movimiento estudiantil 1971, 1974*; FEUV, *Desarrollo político del movimiento estudiantil. Compilación de fuentes, 1973, y Crisis universitaria colombiana 1971. Itinerario y documentos*, 1971.

mayoría de las IES del país invocaron el primer Programa Mínimo y la conquista del cogobierno para hacerle frente a la propuesta de reforma a la Ley 30 de 1992. El alcance que tuvo el movimiento, inesperado tanto para las autoridades políticas como para los diferentes estamentos de las universidades, ha suscitado gran interés por parte de los estudiosos, con el fin de explicar las particularidades de esta ola de protestas en tiempos neoliberales.

En esta sección presentamos un balance de la producción académica de los últimos 10 años sobre la experiencia de la MANE, instancia que con el paso del tiempo se ha convertido en un símbolo del movimiento. En términos generales, identificamos un corpus altamente heterogéneo que evidencia la curiosidad de investigadores en formación y de algunos académicos de mayor trayectoria. No obstante, es claro que el entusiasmo y la curiosidad no devino en la consolidación de los estudios sobre la historia reciente del movimiento estudiantil colombiano. En su lugar, los trabajos consultados expresan intereses, métodos de análisis, marcos interpretativos y resultados en los que predomina la dispersión. Para efectos de este apartado, organizamos en dos conjuntos las publicaciones sobre la coyuntura de interés, de acuerdo con su estatus impreso; es decir, diferenciamos entre los intentos más ambiciosos publicados como libros y los avances investigativos dados a conocer en forma de artículos y tesis de grado de diferente nivel.

Al filo de la segunda década del siglo XXI aparecieron dos obras sobre el movimiento estudiantil de 2011 que ameritan un comentario específico, por ser los primeros intentos sistemáticos de ofrecer una visión de conjunto sobre la coyuntura de interés. Por un lado, está el libro de Victoria Elena González, dedicado al estudio de las protestas estudiantiles y campesinas acaecidas entre 2011 y 2013. En esta obra, la autora pretende “entender el nuevo momento histórico de los movimientos sociales en Colombia” desde las “teorías de los marcos de significación de la acción colectiva” y la teoría del “*framing* o encuadre en comunicación”.³¹ Debido a su formación como comunicadora social y en diálogo con las ciencias sociales, el

31 V. González, *Movilización social en Colombia. Marchas estudiantiles (2011) y marchas campesinas (2013)*, 2019, p. 9.

trabajo se estructura en dos partes en las que inquiriere por las motivaciones y las formas de la protesta de cada movimiento social y la manera en que los medios los cubrieron.

Para el movimiento estudiantil, González acudió a fuentes documentales y orales, en particular de exintegrantes de la MANE, académicos y padres de familia. Con un carácter más bien general, la obra se enfoca, inicialmente, en una amplia contextualización, para dar paso a un análisis más sociológico del movimiento con base en tres grandes marcos analíticos: diagnóstico, pronóstico y de movilización. A pesar de las buenas intenciones y expectativas, el texto adolece de una visión de conjunto y una apuesta interpretativa fuerte sobre la protesta universitaria. Asimismo, pierde de vista la comparación con el movimiento campesino para lograr una idea más completa de la movilización social reciente en el país.

El segundo libro corresponde al trabajo liderado por Andrés Felipe Mora quien, como estudioso de las políticas de educación superior en el país, coordina una obra enfocada expresamente en el papel de los estudiantes en la crítica al modelo educativo del capitalismo cognitivo.³² Tras haber acompañado al movimiento en calidad de asesor, Mora pretende anudar dos niveles de estudio, a saber: los contextos, momentos e hitos del proceso, y el papel de las organizaciones que conformaban la MANE. Luego de inscribir la coyuntura de 2011 en la etapa de crisis y recomposición del movimiento estudiantil, el texto desarrolla, en cuatro capítulos, su objeto central, mediante una combinación de análisis politológicos y sociológicos de buena factura, y la reflexión que algunos de los protagonistas hicieron sobre su participación en las jornadas de protesta. El volumen reivindica el potencial transformador del estudiantado que, desde su heterogeneidad, defendió la educación como un bien común. Este objetivo estratégico se expresó, según los autores, en el uso de formas creativas de la protesta que se mantendrían en nuevas acciones colectivas que tuvieron lugar entre 2018 y 2019.

En conjunto, la obra condensa varias temáticas, discusiones y reflexiones desde diferentes perspectivas disciplinares que brindan

32 A. Mora (comp.), *La MANE y el movimiento estudiantil en Colombia*, 2020.

al lector una mirada, en algún sentido, integral del fenómeno político, social y cultural protagonizado por la MANE. Sin embargo, expresa y profundiza la dispersión de los intereses investigativos que sobre los movimientos sociales —y en particular sobre el movimiento estudiantil— caracterizan este campo de estudios en la academia colombiana. Antes que interpretaciones fuertes, las dos obras mencionadas evidencian una amalgama de preguntas que remiten a un amplio abanico de potenciales problemas de investigación que ameritarían estudios detallados. Llama la atención que estos trabajos no entablen un diálogo más profundo con la producción desarrollada en la última década y que su mirada sea más sincrónica. Igualmente, dejan ver la importancia que tiene la memoria de los protagonistas y la prensa nacional y regional, no sólo como fuentes, sino como objeto de investigación y reflexión en sí mismos.

El volumen de estudios producidos sobre la MANE es significativamente menor si se compara con el movimiento estudiantil de 1971 debido, entre otras razones, al evidente factor temporal que separa las dos coyunturas. No obstante, en menos de una década el movimiento de 2011 ha suscitado un significativo interés entre los investigadores jóvenes.³³ Como ya se dijo, una de las entradas más llamativas fue la que intentó comparar y conectar los dos movimientos en sus dimensiones programáticas, organizativas y sociopolíticas. Entre los temas abordados se hallan los marcos de posibilidad de la acción política contestataria; los repertorios de acción; los tipos de

33 Algunos trabajos de grado sobre el tema son: Y. Arias, “Cuando el movimiento estudiantil se disputa el sentido. Foto-etnografía en un ejercicio de comunicación en época de paro”, 2020; L. Ballén, “La incidencia política de la MANE en la acción pública institucional”, 2019; J. Cristancho, “Esbozo para una historia del movimiento estudiantil universitario colombiano: 21 años de lucha, organización y resistencia ante la consolidación del neoliberalismo”, 2016; A. Garibello, “Génesis y transformación del movimiento estudiantil en Colombia: Un análisis desde el sujeto político”, 2019; Y. Guarín, “Configuraciones de subjetividades políticas en los integrantes de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE): Los jóvenes como protagonistas de acción”, 2015; L. López, “Mesa Amplia Nacional Estudiantil: ¿Movilización o movimiento?”, 2013; M. Rivera, “Marcos de interpretación en las protestas estudiantiles de 2011 en Colombia”, 2014; J. P. Suárez, “La acción colectiva juvenil de la MANE: Un discurso entre subjetividad política y simulación (escenarios virtuales) en Colombia 2011-2015”, 2018, e I. Uribe, “Incidencia de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) en el contexto de la política pública de educación superior del gobierno de Juan Manuel Santos en el periodo 2010-2014”, 2016.

sujeto que se vincularon a ambos movimientos; la circulación de la memoria de los hechos ocurridos en 1971 como recurso movilizador de las voluntades y las reivindicaciones juveniles de 2011, y cuestiones propias de las discusiones de género en los dos contextos.

Otro conjunto de estudios se restringe a la descripción pormenorizada de los hechos que dieron forma a la movilización en 2011 y que podemos caracterizar como análisis de coyuntura, cuyo objetivo es explicar las razones del éxito o el fracaso —según las consideraciones de los autores— de tal experiencia. Dicha literatura suele replicar información de fuentes documentales y orales para justificar la coincidencia y la confluencia de la movilización con factores internacionales o como mera reacción a las tácticas del gobierno en turno. Los temas desarrollados también incluyen balances de las organizaciones políticas participantes, los alcances del Programa Mínimo construido por la MANE, algunas críticas al rol de las organizaciones políticas en la coyuntura y crónicas en clave periodística de las acciones que tuvieron lugar entre octubre de 2011 y junio de 2013 en las calles y plazas de las principales ciudades del país.³⁴

De otra parte, la pregunta por las identidades y las subjetividades también ha capturado la atención de los académicos, quienes se cuestionan por los tipos de jóvenes-ciudadanos que se integraron a las protestas estudiantiles o a la construcción de propuestas alternativas al modelo de educación superior dominante. En este punto, los análisis se intersecan con algunas coyunturas específicas en el ámbito político, exploran la legitimidad de las demandas estudiantiles, sus formas de participación en la esfera pública, así como la experiencia de haber integrado la MANE.³⁵

34 Véase E. Cruz, “La MANE y el paro universitario de 2011 en Colombia”, *Ciencia Política*, 2012, pp. 140-193; *idem*, “La reforma de la educación superior y las protestas estudiantiles en Colombia”, *Postdata*, 2013, pp. 51-71; N. Muñoz y A. Hernández, “La MANE como mecanismo legítimo de representación estudiantil”, *Trans-pasando Fronteras*, 2013, pp. 59-69; S. Pérez, “La MANE: tensiones y retos en la construcción del movimiento estudiantil colombiano”, *Diálogos de Derecho y Política*, 2012, pp. 43-50; M. Hoyos y J. P. Flechas, “El movimiento estudiantil frente a la reforma a la educación superior en Colombia”, en L. Orozco, *La educación superior: Retos y perspectivas*, 2013, pp. 483-352.

35 Véase Y. Guarín, “Configuraciones de subjetividades...”; M. Vargas, “La constitución de sujetos políticos en el movimiento estudiantil colombiano”, *Revista Internacional*

Un tercer campo de interés se relaciona con las formas en que los estudiantes vinculados con la MANE renovaron sus repertorios de acción, valiéndose de su creatividad y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.³⁶ La tesis que orienta estos trabajos es que las nuevas plataformas y arenas públicas superaron con creces las estrategias usadas históricamente por el estudiantado para comunicar y difundir sus causas. Dichos trabajos enfatizan la capacidad de interpelación de este actor social a partir de la cual logró convocar amplias mayorías para hacer mucho más efectivo su mensaje. Desde esta visión, los nuevos medios de convocatoria y movilización fueron prenda de garantía del éxito obtenido, al conseguir el retiro del proyecto de ley, ganar adeptos y, en última instancia, cualificar la correlación de fuerzas con sus principales contendores políticos.³⁷

La última arista a mencionar corresponde a la mirada regional del proceso que, en las demás obras, ha sido observada desde lo nacional. En el primero, Yeison Sosa definió como escenario a la Universidad del Valle para ofrecer un estudio comparativo entre los hechos de 1971 y 2011. El protagonismo que tuvo esta universidad departamental en los setenta cedió en la coyuntura de hace una década, lo que no obstó para que se sumara a la marea nacional que alcanzó el movimiento. En sus palabras, “las reformas educativas, las dinámicas del régimen político y los giros culturales fueron una oportunidad para la construcción y transformación de los marcos interpretativos de los estudiantes, conduciendo a la profundización y resignificación de la protesta estudiantil”.³⁸ El caso de la UIS

de Pensamiento Político, 2019, pp. 535-554.

36 Esta arista fue abordada hace algunos años por Charles Tilly, entre otros autores. Véase C. Tilly y L. Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*, 2010.

37 Véase E. Cruz, “Procesos de enmarcamiento y estrategias comunicativas de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil en las protestas de 2011 en Colombia”, *Chasqui. Revista Latinoamericana de Educación*, 2015, pp. 69-84; L. Galindo, “La red como cronotopo: Internet y prácticas políticas en el movimiento estudiantil colombiano MANE y Occupy São Paulo”, *Observatorio*, 2016, pp. 141-160, y J. Rivera, “La potencia estética e histórica de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil; memorias de una siembra por la educación”, en A. Mora (comp.), *La MANE...*, pp. 207-240.

38 Y. Sosa, “La protesta estudiantil...”, p. 44.

también ha sido trabajado, especialmente a partir de fuentes orales, con el fin de caracterizar el auge y declive de la motivación del estudiantado por las iniciativas que se configuraban en escenarios nacionales.³⁹

¿Qué podemos concluir acerca de este breve repaso por la producción académica en torno a la movilización estudiantil más significativa de lo que ha transcurrido del siglo XXI en Colombia? En primer lugar, la nota predominante es la dispersión temática que ha impedido la producción, de manera similar a lo visto para el 71, de una obra más ambiciosa y comprehensiva. En efecto, no se ha podido consolidar una agenda investigativa ordenada, coordinada y sistemática que dé cuenta, desde las diferentes disciplinas, de cómo y por qué sucedió una movilización de la magnitud de la protagonizada por la MANE. Los intentos de análisis se circunscriben a ciertas dimensiones del fenómeno, quizás las más llamativas, como el lugar de las redes sociales como recurso central para la participación y la formulación de una concepción alternativa de la educación. Aunque prometedoras, estas vías ceden a la descripción cuasi periodística y los análisis de coyuntura. Sin desdeñar su papel, estas limitaciones quizás dependen del peso que tienen las tesis de grado en la producción identificada sobre el tema.

El acercamiento a la bibliografía en torno a la MANE, de la cual la mirada histórica brilla por su ausencia en favor de otros abordajes, nos ha permitido avizorar dos temas que podrían ser explorados a futuro. En primera instancia, sería pertinente fijar la atención en las conexiones transnacionales del movimiento, máxime si se considera el contexto global en el que se desarrolló. Baste recordar la simultaneidad con el caso chileno, el movimiento *Occupy Wall Street* y la llamada Primavera Árabe. El segundo, atañe a un fenómeno que se soslaya, pero que estuvo presente en todo el proceso organizativo, deliberativo y propositivo que ocurrió entre 2011 y 2013. Nos referimos al papel que jugaron las organizaciones políticas juveniles de alcance nacional y subnacional, desde las que se tejió el discurso

39 R. Méndez, J. Linares y M. Rojas, “Protesta y movilización estudiantil en la Universidad Industrial de Santander años 2011-2012: La oportunidad política”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 2017, pp. 91-108.

público de defensa a la educación superior, la solución negociada al conflicto armado y el antimperialismo. Desde luego, tales ideas están lejos de agotar el estudio de un acontecimiento del que todavía resta ver sus reverberaciones en el largo plazo.

ALGUNAS INTUICIONES Y SUGERENCIAS METODOLÓGICAS

Hace algunos años, el historiador argentino Elías Palti aludió a un malestar por la manera en que el pensamiento político decimonónico había sido abordado por la historiografía latinoamericana.⁴⁰ El predominio de una historia de las ideas, cuyo objeto de estudio eran unos supuestos corpus coherentes originados en Europa y Estados Unidos, le llevó a emprender la búsqueda de un nuevo enfoque para dar cuenta de los principales problemas de la historia política del ochocientos. El sendero que ha venido construyendo a lo largo de su carrera académica lo condujo al mundo de los lenguajes y los conceptos sociopolíticos que, de manera esquemática, podríamos asumir como una manera de indagar las condiciones de posibilidad de lo pensable y lo decible en términos políticos, en una época y un lugar determinados.

Como resultado del balance presentado podríamos decir, con Palti, que nos queda cierto malestar con los enfoques predominantes en el estudio de las dos principales coyunturas de movilización estudiantil. Tal cual se ha empleado, la sociología de los movimientos sociales, ya sea en su vertiente accionalista o identitaria, presenta a nuestro juicio limitaciones que pueden llevar al predominio de una imagen ahistórica de la protesta universitaria. La prevalencia de categorías como la estructura de oportunidades políticas, la movilización de recursos y los repertorios de protesta, por ejemplo, se ha convertido en una camisa de fuerza para comprender la radical contingencia histórica que caracteriza los acontecimientos de 1971 y 2011. En el primer caso, se oblitera el carácter eminentemente

40 E. J. Palti, *La invención de una legitimidad: Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, 2005, pp. 23-44.

político del movimiento, no en el sentido partidista, sino en la disputa por el control de las instancias decisorias de las universidades. Los equilibrios de poder en cada institución, las tensiones entre el gobierno central, las administraciones departamentales, las autoridades universitarias y el abigarrado mundo de las organizaciones políticas juveniles exigen la búsqueda de nuevos enfoques.

La desazón de Palti puede ser extrapolada a nuestro objeto de interés debido, entre otras razones, a la centralidad que tuvo la ideología de izquierda en la lucha por el cogobierno universitario y la impugnación del modelo educativo neoliberal. Esta arista se ha tratado desde la tradicional historia de las ideas, abstraída de cualquier contexto o, lo que es peor, atribuyendo su presencia en las fuentes a una revolución cultural planetaria, que se da por sentada y es identificada con el surgimiento de una nueva izquierda, sin anclaje social alguno. La historia de la protesta en Colombia ha soslayado los fundamentos conceptuales de la acción social colectiva, al escindir los hechos de las palabras. La excesiva preocupación por los marcos de la movilización deposita toda la explicación en unas condiciones “objetivas”, como la exclusión política, la modernización, la urbanización y la secularización que, como telones de fondo y desde su externalidad, determinarían la historia concreta.

A partir de una perspectiva radicalmente histórica, sugerimos volver la mirada hacia la nueva historia intelectual y, en concreto, a la historia del pensamiento y de los lenguajes políticos para una mejor comprensión de los temas abordados en este capítulo. Aunque en el contexto iberoamericano esta perspectiva se ha empleado para estudiar las independencias, sus postulados generales se extienden cada vez más al siglo xx.⁴¹ Cabe recordar que esta subdisciplina en realidad anuda tres grandes formas de hacer historia, cuyo objeto son las ideas en contexto. Como lo han sintetizado Dosse⁴² y el

41 J. Fernández Sebastián y G. Capellán, “Conceptos políticos, tiempo y modernidad. Actualidad de la historia conceptual”, en *idem* (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*, 2003, pp. 17-39.

42 F. Dosse, *La marcha de las ideas: Historia de los intelectuales, historia intelectual*, 2006, pp. 181-268.

mismo Palti,⁴³ es posible hablar de una historia intelectual de nuevo cuño como punto de encuentro de la Escuela de Cambridge o contextualista de Quentin Skinner y John Pocock, la historia conceptual de raíz alemana representada por Reinhart Koselleck y la historia conceptual de lo político, uno de cuyos referentes más destacados es Pierre Rosanvallon.

Desde la corriente contextualista, las discusiones que dieron forma al debate público de los años sesenta y setenta podrán entenderse más allá de la mera instancia textual que se interesa por hallar el “verdadero” sentido de las diferentes ideologías que circularon en los campus universitarios. Antes que meras ideas, tal enfoque se pregunta cómo fue posible que los diferentes agentes que se encontraron en la universidad se plantearan una serie de preocupaciones sobre el presente y el futuro de la educación superior, la sociedad, el sistema económico y los cambios políticos esperados en la época. Inquirir por los contextos específicos de discusión, los usos públicos de los conceptos sociopolíticos y los modos de producción de los enunciados registrados en las diferentes fuentes, podrá ayudar a entender los límites y los alcances de lo pensable en estas décadas. Con ello, debemos dar cuenta no sólo de aquello que dijeron los actores de la época, sino también de aquello que hacían cuando lo dijeron.⁴⁴

Estos elementos pueden articularse a la manera como la *Bre-griffsgeschichte* concibe y desarrolla la relación entre historia social e historia conceptual.⁴⁵ Esta vía posibilita romper la disyuntiva entre la protesta estudiantil —con su proceso de preparación y puesta en marcha— y la ideología en que supuestamente se fundamentó. Al concebir que la historia se estructura y es posible a través de ciertos conceptos, los cuales a su vez son concentrados de experiencias concretas, podríamos fijar la atención, de la mano de Koselleck, en

43 E. J. Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’ Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, *Anales*, 2004-2005, pp. 63-82.

44 Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, 2007.

45 R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 1993, pp. 105-126.

los vocabularios sociopolíticos que dan cuenta y crean una época como la que se inauguró en los sesenta del siglo pasado. Estudiar una coyuntura del pasado mediante el análisis de sus conceptos es repensar los contextos de los acontecimientos, en la medida que las categorías sociopolíticas clave son factores e índice del acontecer histórico mismo.⁴⁶

La semántica histórico-política exige una mirada diacrónica y sincrónica con el fin de dar cuenta de las disputas por el significado de los conceptos-guía de una época, sus desplazamientos en el tiempo y la paulatina constitución de estratos de sentido. Los análisis históricos de este tipo tienen como premisa la imposible definición de los conceptos; es decir, una radical variedad de voces que explica las luchas por fijar y estabilizar sus significados. Su comprensión sólo se puede dar en el marco de redes semánticas que darán forma a diferentes lenguajes políticos. En el tránsito a la modernidad, Koselleck propuso cuatro criterios/procesos que experimentan aquellos conceptos que dan forma a los debates políticos y que podemos comenzar a pensar para el mundo de la protesta universitaria, a saber: democratización, temporalización, ideologización y politización de los conceptos.⁴⁷

¿Cuáles fueron los conceptos que estructuraron el debate político en el que intervinieron los universitarios a partir de los años sesenta del siglo pasado? Una rápida inmersión en las fuentes nos permitiría construir un vocabulario conformado por categorías como revolución, reforma, pueblo, democracia, autonomía, universidad, socialismo, antimperialismo, desarrollo, progreso y capitalismo, por mencionar algunas. A manera de ejemplo, y sin tener como eje el

46 R. Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, 2012, pp. 27-48.

47 En líneas muy generales, estos procesos remiten a la extensión social del lenguaje político desde fines del siglo XVIII, con el consiguiente surgimiento de una esfera pública de discusión de todo aquello considerado de interés general. La modernidad implicó que parte importante de los conceptos estructurantes poseyeran una considerable carga de expectativa respecto al mundo por venir. Esto facilitó una conflictividad y disputa inherente de los lenguajes públicos que dieron forma a los órdenes políticos. Véase R. Koselleck, "Introducción al diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Revista Anthropolos*, 2009, pp. 92-105.

movimiento estudiantil, Isidro Vanegas ha mostrado la potencialidad de este enfoque para desentrañar las matrices conceptuales de la izquierda colombiana en el siglo xx.⁴⁸ Mediante la reconstrucción de las distintas capas de sentido que las izquierdas colombianas le otorgaron al concepto *democracia*, este autor realiza una crítica demoladora a la idea de que existe una democracia “verdadera”, cuyos portadores serían los diferentes grupos de izquierda del país.

Desde otra orilla, pero con una inquietud similar, Claudia Gilman advertía hace varios años la pertinencia de aprehender una época como los años sesenta a partir de sus conceptos fundamentales:

La dificultad mayor del investigador reside en el lenguaje mismo: la palabra puede permanecer intacta, pero su campo semántico ampliarse o reducirse, contaminarse, designar muy diversamente. Así, cuando se habla de vanguardia o de revolución en los discursos del período (y, sin duda, también en los actuales) es preciso establecer en qué medida las palabras y los conceptos que éstas designan se escurren, migran y refieren según cada entrecruzamiento puntual entre un instante histórico y unos enunciadores precisos. La piedra de toque de esta historia, *la* palabra, ha sido sin ninguna duda *revolución*, la realidad de la revolución, el concepto de revolución y los atributos de la revolución, como garantía necesaria de legitimidad de los escritores, los críticos, las obras, las ideas y los comportamientos.⁴⁹

Democracia y revolución son dos ejemplos que ilustran la pertinencia y viabilidad de adentrarnos en una historia en la que anudaríamos la política partidista y electoral, los planes de los diferentes gobiernos respecto a la educación superior, las diferentes formas de la protesta estudiantil y profesoral, y los marcos de sentido ideológico que provenían, principal pero no exclusivamente, del mundo de las izquierdas. Con ello también podremos superar la falsa disyuntiva que se presentó por aquellos años en torno a la autenticidad/

48 I. Vanegas, *Todas son iguales: Estudios sobre la democracia colombiana*, 2010, pp. 383-437.

49 C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, 2003, p. 26.

inautenticidad del lenguaje político radical. El tópico de las ideas fuera de lugar, que se empleó para su descalificación en el marco del juego político por parte de los gobernantes, las autoridades universitarias y la gran prensa, podría ser revisado con base en estos nuevos enfoques.⁵⁰ Apostamos entonces por la conjunción entre los hechos y las palabras en el estudio de los movimientos estudiantiles a través de la reconstrucción de los lenguajes y conceptos sociopolíticos que los han hecho posibles. Como bien lo enseñó Pocock, lo que interesa al investigador del pensamiento político es la conexión entre teoría, experiencia y acción políticas. Esta imbricación contempla desde las justificaciones y las legitimaciones de las conductas hasta la actividad, propiamente dicha, del pensar.⁵¹

La renovación historiográfica respecto a la movilización estudiantil también podrá considerar tres caminos que se han abierto en las últimas décadas para otros objetos de estudio. En primera instancia, se hace necesario repensar el espacio de la protesta universitaria, toda vez que la mayoría de las investigaciones mencionadas supone una escala nacional de las acciones y los discursos de los universitarios. En su lugar, abogamos por un acercamiento al famoso juego de escalas, con el fin de explicitar las conexiones subnacionales y transnacionales de cada una de las coyunturas de interés.⁵² ¿Cómo se nacionalizó la protesta estudiantil entre 1971 y 2011 para que se hablara de programas de los estudiantes *colombianos* y de una instancia organizativa *nacional* como la MANE? ¿Qué vínculos, directos o mediados, establecieron los estudiantes con sus pares de diferentes regiones del país o de otras latitudes y procesos de movilización política y social alrededor del mundo? Estas interrogantes nos aproximan a la ruptura con el nacionalismo metodológico dominante e inconsciente en busca de soluciones comparadas, conectadas y relacionales.⁵³

50 E. J. Palti, *El problema de “las ideas fuera de lugar” revisitado más allá de la “historia de ideas”*, 2011.

51 J. Pocock, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, 2009, pp. 19-34.

52 J. Revel, *Juego de escalas. Experiencias de microanálisis*, 2015.

53 D. Olstein, *Pensar la historia globalmente*, 2019.

El segundo sendero a explorar alude a las coordenadas temporales de las que hacen parte los movimientos de 1971 y 2011 y los abordajes historiográficos que podríamos realizar. De acuerdo con Hugo Fazio, ambos acontecimientos formarían parte de lo que se denomina *presente histórico*, cuyos cimientos se hallan en el emblemático 1968 en el ámbito global.⁵⁴ El protagonismo de la juventud a partir de aquel entonces posibilita pensar en un abordaje intergeneracional de los líderes y testigos de diferentes momentos de la lucha estudiantil en tanto marco epocal que evidencie rupturas y continuidades organizativas, políticas, intelectuales, emocionales, sociales y culturales. Estas intuiciones nos arrojan al problema de las fuentes para poder emprender cualquier ejercicio riguroso de investigación. Sobre este punto, simplemente señalamos un doble reto: la perentoria necesidad de ampliar el universo documental para estudiar los años sesenta y setenta, con el fin de alcanzar las voces de todos los agentes sociales de la época, y la cautela que debe primar ante la avalancha de vestigios que provee la movilización reciente, especialmente por su naturaleza digital y efímera.

CONCLUSIONES

La escritura de este capítulo tuvo lugar en un aniversario más de las dos principales movilizaciones estudiantiles que se experimentaron en Colombia en el último medio siglo. Como suele ocurrir, los contextos conmemorativos sirven para revisar críticamente lo realizado y proyectar nuevas posibilidades. En nuestro caso, argumentamos que la historiografía colombiana no ha logrado consolidar un campo de estudios sobre la movilización estudiantil, a pesar de que el tema llama la atención de diferentes investigadores. Las limitaciones identificadas podemos englobarlas en tres tipos: 1) las teórico-conceptuales, evidentes en la sociología de la acción, que evade un abordaje de la dimensión política del estudiantado; 2) las geográficas, que dan por sentado el marco nacional de cada coyuntura, dejando

54 H. Fazio, *El presente histórico: Una mirada panorámica (1968-2009)*, 2009.

de lado las interrelaciones sub y trasnacionales, y 3) las documentales, que toman la prensa y la memoria como soporte fundamental, relegando otros vestigios de vital importancia.

La búsqueda, como la hemos llamado líneas atrás, intenta señalar tres salidas a las limitaciones evidenciadas con miras a contribuir a la formulación de una agenda investigativa cada vez más robusta. Por un lado, consideramos pertinente repensar las coordenadas temporales y espaciales del objeto de estudio como parte de una tendencia que somete a crítica los marcos metodológicos nacionalistas. Por el otro, y quizás sea nuestra principal apuesta, creemos que se debe poner en el centro de las pesquisas el carácter político de la acción colectiva estudiantil. Para ello, se torna imprescindible juntar hechos y palabras a partir de un estudio profundo y fundamentado de los lenguajes políticos que dieron forma a cada uno de los momentos históricos estudiados. La puesta a prueba de estas intuiciones metodológicas será el próximo paso que nos corresponderá dar, eso sí, entrelazando constantemente las exploraciones archivísticas, el diálogo con otras historiografías y la apertura a diferentes disciplinas.

REFERENCIAS

- Acevedo, Álvaro, 1968. *Historia de un acontecimiento: utopía y revolución en la universidad colombiana*, Bucaramanga, UIS, 2017.
- Acevedo, Álvaro, *La experiencia histórica del cogobierno en la Universidad Industrial de Santander: Concepción y divergencias en disputa por la autonomía universitaria, 1971-1976*, Bucaramanga, UIS, 2016.
- Acevedo, Álvaro, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia: Audesa (1953-1984)*, Bucaramanga, UIS, 2004.
- Acevedo, Álvaro y Andrés Correa, “El estudiantado colombiano y la apuesta por el cogobierno y la autonomía universitaria (1971-1972): Análisis retrospectivo con base en el Manifiesto de Córdoba”, *Hallazgos*, vol. 18, núm. 35, 2021, pp. 343-370.
- Acevedo, Álvaro y Franklin Patiño, “Orígenes del trotskismo en Colombia: De los colectivos socialistas revolucionarios al bloque socialista

- (1971-1977)”, *Historia Caribe*, vol. 14, núm. 34, 2019, pp. 123-149.
- Acevedo, Álvaro, Andrea Mejía y Andrés Correa, “Sexismo en las movilizaciones universitarias en Colombia de 1971 y el 2011”, *Nómadas*, núm. 51, 2019, pp. 67-83.
- Acevedo, Álvaro y Juliana Villabona, “El cogobierno en la Universidad de Antioquia, 1970-1973: Una victoria del movimiento estudiantil y profesoral”, *Historia y Espacio*, núm. 44, 2015, pp. 145-169.
- Acevedo, Álvaro y Gabriel Samacá, “Juventudes universitarias de izquierda en Colombia en 1971: Un acercamiento a sus discursos ideológicos”, *Historia Caribe*, vol. 8, núm. 22, 2013, pp. 195-229.
- Acevedo, Álvaro y Diana González Rey, “Movilización y protesta estudiantil (1971). Una lectura desde la organización gremial por el cogobierno universitario y la memoria de protagonistas y testigos”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, núm. 16, 2011, pp. 221-242.
- Archila, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protesta social en Colombia, 1958-1990*, Bogotá, Icnah/Cinep, 2003.
- Archila, Mauricio, “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo xx”, en Bernardo Tovar Zambrano (comp.), *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994, pp. 251-369.
- Archila, Mauricio y José Abelardo Díaz, “Protestas estudiantiles en Colombia: una mirada histórica, 1908-2015”, en Andrés Felipe Mora Cortés (comp.), *La MANE y el movimiento estudiantil en Colombia: agendas, luchas y desafíos*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2020, pp. 21-82.
- Archila, Mauricio, Jorge Cote, Álvaro Delgado, Marta Cecilia, Patricia Madariaga y Oscar Pedraza, *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá, Cinep/Colciencias, 2009.
- Arias, Yari, “Cuando el movimiento estudiantil se disputa el sentido. Foto-etnografía en un ejercicio de comunicación en época de paro”, tesis de Maestría en Comunicación-Educación, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2020.

- Ballén, Laura, “La incidencia política de la MANE en la acción pública institucional”, tesis de Licenciatura en Sociología, Bogotá, Universidad Santo Tomás, 2019.
- Bustelo, Natalia, *Todo lo que necesitas saber sobre la Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Paidós, 2018.
- Castellanos, Gabriela, “El 26 de febrero de 1971 en Cali, una masacre ignorada”, en Carolina Abadía y Antonio José Echeverry (eds.), *De mayo del 68 a la Cali del 70: Ensayos en perspectiva latinoamericana de una década que transformó al mundo*, Cali, Universidad del Valle, 2020, pp. 151-164.
- Castellanos, Gabriela, *Jalisco pierde en Cali*, Cali, Universidad del Valle, 2015.
- Correa, Jhon Jaime, Anderson Paul Gil y Adriana Delgado Caicedo, “Movilización y protesta estudiantil y profesoral en la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP), 1961-2011”, en Álvaro Acevedo, Sergio Sánchez y Gabriel Samacá (coords.), *¡A estudiar, a luchar!: Movimientos estudiantiles en Colombia y México: siglos XIX y XX*, Culiacán, UAS, 2014, pp. 235-236.
- Cote, Jorge, “El movimiento estudiantil de 1971: Entre la homogeneidad y la heterogeneidad”, en Mauricio Archila, Jorge Cote, Álvaro Delgado, Marta Cecilia, Patricia Madariaga y Oscar Pedraza, *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá, Cinep/Colciencias, 2009, pp. 413-472.
- Crisis universitaria colombiana 1971. Itinerario y documentos*, Medellín, El Tigre de Papel, 1971.
- Cristancho, Juan, “Esbozo para una historia del movimiento estudiantil universitario colombiano: 21 años de lucha, organización y resistencia ante la consolidación del neoliberalismo”, tesis de Licenciatura en Historia, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2016.
- Cruz, Edwin, “El movimiento estudiantil en 1971 y 2011: una comparación diacrónica”, *Reflexión Política*, núm. 38, 2017, pp. 158-174.
- Cruz, Edwin, “Procesos de enmarcamiento y estrategias comunicativas de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil en las protestas de 2011 en Colombia”, *Chasqui. Revista Latinoamericana de Educación*, núm. 128, 2015, pp. 69-84.

- Cruz, Edwin, “Lecciones de memoria. El recuerdo de 1971 en las protestas estudiantiles de 2011 en Colombia”, *Campos*, vol. 2, núm. 2, 2014, pp. 287-314.
- Cruz, Edwin, “La reforma de la educación superior y las protestas estudiantiles en Colombia”, *Postdata*, vol. 18, núm. 1, 2013, pp. 51-71.
- Cruz, Edwin, “La MANE y el paro universitario de 2011 en Colombia”, *Ciencia Política*, vol. 7, núm. 14, 2012, pp. 140-193.
- Deas, Malcolm, “Putting up with violence: Ernesto Guevara, guevarismo, and Colombia”, en Paulo Drinot (ed.), *Che’s travels: The making of a revolutionary in 1950s Latin America*, Durham ay Londrés, Duke University Press, 2010, pp. 127-147.
- Dip, Nicolás, *Libros y alpargatas. La peronización de los estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2018.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas: Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2006.
- Fazio, Hugo, *El presente histórico: Una mirada panorámica (1968-2009)*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 2009.
- Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán, “Conceptos políticos, tiempo y modernidad. Actualidad de la historia conceptual”, en *idem* (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia: Nuevos enfoques en historia conceptual*, Santander/Madrid, Universidad de Cantabria/McGraw-Hill, 2003, pp. 17-39.
- FEUV, *Desarrollo político del movimiento estudiantil. Compilación de fuentes*, Bogotá, Herrera Hermanos, 1973.
- Galeano, Joaquín Ernesto, “La historia de un movimiento. Movimiento estudiantil javeriano (1968-1972)”, tesis de Licenciatura en Historia, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2012.
- Galindo, Liliana, “La red como cronotopo: Internet y prácticas políticas en el movimiento estudiantil colombiano MANE y Occupy São Paulo”, *Observatorio*, núm. 10, 2016, pp. 141-160.
- Garibello, Andrés, “Génesis y transformación del movimiento estudiantil en Colombia: Un análisis desde el sujeto político”, tesis de Licenciatura en Educación con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2019.

- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Gironza, Indira, “La rebelión de los estudiantes”, 19 de junio, 2014, <<https://www.youtube.com/watch?v=b2PTHqXTvqo>>, consultado el 15 de diciembre, 2020 (video).
- González, Victoria, *Movilización social en Colombia. Marchas estudiantiles (2011) y marchas campesinas (2013)*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2019.
- Guarín, Yudi, “Configuraciones de subjetividades políticas en los integrantes de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE): Los jóvenes como protagonistas de acción”, tesis de Maestría en Desarrollo Educativo y Social, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2015.
- Hernández, Isabel, “El Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos. Movimiento estudiantil universitario de 1971 por la universidad. Todo un país”, *Revista de Historia de la Educación Colombiana*, núm. 10, 2007, pp. 29-57.
- Herrera, Vianney y Leonor Trujillo, “Movimiento estudiantil de la Universidad del Valle 1971, como fuerza y su influencia histórica”, tesis en Historia, Cali, Universidad del Valle, 1993.
- Hoyos, Mateo y Juan Pablo Flechas, “El movimiento estudiantil frente a la reforma a la educación superior en Colombia”, en Luis Orozco (comp.), *La educación superior: Retos y perspectivas*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 2013, pp. 483-352.
- Jiménez, Héctor, *El 68 y sus rutas de interpretación: Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, México, FCE, 2018.
- Koselleck, Reinhart, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012.
- Koselleck, Reinhart, “Introducción al diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Revista Anthropos*, núm. 223, 2009, pp. 92-105.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Le Bot, Yvon, *Educación e ideología en Colombia*, Medellín, La Carreta, 1979.

- López, Luisa, “Mesa Amplia Nacional Estudiantil: ¿Movilización o movimiento?”, ponencia presentada en el 7º Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Bogotá, 26 de septiembre, 2013.
- Markarian, Vania, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- Méndez, Raquel, Johana Linares y Mauricio Rojas, “Protesta y movilización estudiantil en la Universidad Industrial de Santander años 2011-2012: La oportunidad política”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 19, núm. 28, 2017, pp. 91-108.
- Molano, Frank, “El campo es leña seca lista para arder. La Liga Marxista Leninista de Colombia, 1971-1982”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 44, núm. 2, 2017, pp. 137-170.
- Mora, Andrés (comp.), *La MANE y el movimiento estudiantil en Colombia*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2020.
- Muñoz, Natalia y Andrea Hernández, “La MANE como mecanismo legítimo de representación estudiantil”, *Trans-pasando Fronteras*, núm. 3, 2013, pp. 59-69.
- Ocampo, José Fernando, “Frente Nacional y política educativa”, *Controversia*, núm. 79, 1979, pp. 35-60.
- Offner, Amy, *Sorting out the mixed economy: The rise and fall of welfare and developmental states in the Americas*, Princeton, Princeton University Press, 2019.
- Olstein, Diego, *Pensar la historia globalmente*, México, FCE, 2019.
- Ordóñez, Luis Aurelio, *Universidad del Valle 60 años, 1945-2005: Atando cabos en clave de memoria*, Cali, Universidad del Valle, 2007.
- Palti, Elías José, *El problema de “las ideas fuera de lugar” revisitado más allá de la “historia de ideas”*, México, UNAM, 2011.
- Palti, Elías José, *La invención de una legitimidad: Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005.
- Palti, Elías José, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, *Anales*, núm. 7-8, 2004-2005, pp. 63-82.
- Pardo, Miguel Ángel y Miguel Ángel Urrego, “El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia”, ponencia presentada en el 1er Congreso In-

- ternacional sobre Historia de las Universidades de América y Europa, Córdoba, 10 de julio, 2003.
- Pérez, Sebastián, “La MANE: tensiones y retos en la construcción del movimiento estudiantil colombiano”, *Diálogos de Derecho y Política*, núm. 10, 2012, pp. 43-50.
- Pinilla, Cindy Lorena, “Juventud, academia y política en torno al movimiento estudiantil de la Universidad de Cartagena en 1971”, tesis de Licenciatura en Historia, Cartagena, Universidad de Cartagena, 2017.
- Pocock, John, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2009.
- Puig, Julio y Olga Zuluaga (comps.), *Documentos teóricos internos al movimiento estudiantil 1971*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1974.
- Puyana, Aura María y Mariana Serrano, *Reforma o inercia en la universidad latinoamericana: La Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Autónoma de México*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Tercer Mundo, 2000.
- Revel, Jacques, *Juego de escalas. Experiencias de microanálisis*, San Martín, Unsam, 2015.
- Rivera, Jairo, “La potencia estética e histórica de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil; memorias de una siembra por la educación”, en Andrés Mora (comp.), *La MANE y el movimiento estudiantil en Colombia*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2020, pp. 207-240.
- Rivera, Mónica, “Marcos de interpretación en las protestas estudiantiles de 2011 en Colombia”, tesis de Licenciatura en Sociología, Cali, Universidad del Valle, 2014.
- Rodríguez, Ariel, *Museo del Universo: Los Juegos Olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, México, El Colmex, 2019.
- Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, UNQ, 2007.
- Sosa, Yeison, “La protesta estudiantil en la Universidad del Valle entre 1968-1971 y 2007-2011. Una lectura comparada”, *Forum*, núm. 13, 2018, pp. 33-74.
- Suárez, Juan Pablo, “La acción colectiva juvenil de la MANE: Un discurso entre subjetividad política y simulación (escenarios virtuales) en Colombia 2011-2015”, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez

- y Juventud, Bogotá, Fundación CINDE/Universidad de Manizales, 2018.
- Tilly, Charles y Lesley Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Tirado, Álvaro, *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*, Bogotá, Debate, 2014.
- Uribe, Iván, “Incidencia de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) en el contexto de la política pública de educación superior del gobierno de Juan Manuel Santos en el periodo 2010-2014”, tesis de Maestría en Gobierno y Políticas Públicas, Medellín, Universidad EAFIT, 2016.
- Urrego, Miguel Ángel, *Historia del maoísmo en Colombia: del MOEC al MOIR/PTC(M), 1959-2015*, Bogotá, REIAL, 2016.
- Urrego, Miguel Ángel y Miguel Ángel Pardo, “Movimiento estudiantil de 1971 en Colombia. La historia contada por sus protagonistas”, *Revista Cambios y Permanencias*, vol. 11, núm. 1, 2020, pp. 1314-1327.
- Vanegas, Isidro, *Todas son iguales: Estudios sobre la democracia colombiana*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2010.
- Vargas, Margarita, “La constitución de sujetos políticos en el movimiento estudiantil colombiano”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, vol. 14, 2019, pp. 535-554.
- Villamil, Angie Paola, “Movimiento estudiantil de 1971: Configuración del discurso de resistencia, propuesta y contraideología”, tesis de Maestría en Educación, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2019.
- Villamil, Edwin, “Rompiendo esquemas: discusiones, consignas y tropeles del estudiantado universitario en Colombia en 1971”, *Controversia*, núm. 194, 2010, pp. 233-263.

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

AFEJ	Asociación Fraternalista de Estudiantes de Jalisco
AGN	Archivo General de la Nación
AGNM	Archivo General de la Nación Montevideo
ASDI	Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BUAP	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
CAPES	Coordinación por el Perfeccionamiento del Personal de Educación Superior
Cedep	Centro de Educación Popular
Celam	Conferencia Episcopal Latinoamericana
CEN	Centro Ecuatoriano Norteamericano
Cesoc	Centro de Estudios Sociales
CDES	Centro de Derechos Económicos y Sociales
CIESAS	Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
CINDE	Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano
Cinep	Centro de Investigación y Educación Popular
Clacso	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CML	Campo Marxista-Leninista
CNPq	Consejo Nacional de Investigación
Colciencias	Departamento de Ciencia, Tecnología e Innovación
Conaie	Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador
Conicet	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
COPI	Comité de Orientación Política e Ideológica
CRUP	Consejo de Rectores de Universidades Privadas de la Argentina

CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
CSU	Consejos Superiores Universitarios
CVC	Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca
DES	Dirección de Enseñanza Superior
DFS	Dirección Federal de Seguridad
DGIPS	Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales
EAFIT	Escuela de Administración, Finanzas e Instituto Tecnológico
EBO	Ediciones de la Banda Oriental
ELN	Ejército de Liberación Nacional
El Coljal	El Colegio de Jalisco
El Colmex	El Colegio de México
El Colmich	El Colegio de Michoacán
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
FCE	Fondo de Cultura Económica
FECH	Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile
FEG	Federación de Estudiantes de Guadalajara
FEJ	Federación de Estudiantes de Jalisco
FER	Frente Estudiantil Revolucionario
FESE	Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador
FESO	Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente
FEU	Federación de Estudiantes Universitarios
FEUE	Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador
FEUV	Federación de Estudiantes Universidad del Valle
FIUC	Federación Internacional de Universidades Católicas
Flacso	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FNET	Federación Nacional de Estudiantes Técnicos
FRIU	Frente Revolucionario de Izquierda Universitaria
FUA	Frente Universitario Anticomunista
Geipar	Grupo de Estudios Interdisciplinarios para el Pasado Reciente de la Udelar
ICA	Administración de Cooperación Internacional
Icnah	Instituto Colombiano de Antropología e Historia
IEHS	Instituto de Estudios Histórico-Sociales
IES	Instituciones de Educación Superior
IIGG	Instituto de Investigaciones Gino Germani

IISUE	Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
IAVA	Instituto Alfredo Vázquez Acevedo
IPN	Instituto Politécnico Nacional
IPSA	Instituto de Promoción Social Argentina
ITA	Instituto Tecnológico de Aeronáutica
ITESO	Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente
JMRL	Juventud del Movimiento Revolucionario Liberal
Juco	Juventud Comunista Colombia
Jupa	Juventud Patriótica
LOES	Ley Orgánica de Educación Superior
MANE	Mesa Amplia Nacional Estudiantil
MAR	Movimiento de Acción Revolucionaria
MEC	Ministerio de Educación
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MPD	Movimiento Popular Democrático
MPUN	Movimiento Pro Universidad del Norte
MSCL	Mandeville Special Collections Library
MURO	Movimiento Universitario de Renovadora Orientación
NARA	Archivos Nacionales y Administración de Documentos
ODUCAL	Organización de Universidades Católicas de América Latina
PAPIIT	Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica
PCM	Partido Comunista Mexicano
PCM-J	Partido Comunista Mexicano de Jalisco
PCMLE	Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PSRE	Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano
PT	Partido de los Trabajadores
PUC-SP	Pontificia Universidad Católica de São Paulo
REIAL	Red para el Estudio de las Izquierdas en América Latina
SEP	Secretaría de Educación Pública
SIISE	Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador
UAG	Universidad Autónoma de Guadalajara
UAP	Universidad Autónoma de Puebla
UAS	Universidad Autónoma de Sinaloa

UASB	Universidad Andina Simón Bolívar
Uatx	Universidad Autónoma de Tlaxcala
UAZ	Universidad Autónoma de Zacatecas
UBA	Universidad de Buenos Aires
UCA	Universidad Católica Argentina
UCE	Universidad Central del Ecuador
udeg	Universidad de Guadalajara
Udelar	Universidad de la República
UDUAL	Unión de Universidades de América Latina
UFF	Universidade Federal Fluminense
UFMG	Universidad Federal de Minas Gerais
UIS	Universidad Industrial de Santander
UMCE	Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
UN	Universidad del Norte
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UnB	Universidad de Brasilia
UNE	Unión Nacional de Estudiantes
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UNQ	Universidad Nacional de Quilmes
Unsam	Universidad Nacional de San Martín
UPAEP	Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla
USAID	Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional
USP	Universidade de São Paulo
UTP	Universidad Tecnológica de Pereira

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

Denisse de Jesús Cejudo Ramos. Doctora en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Es investigadora del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México; profesora de asignatura en el Colegio de Historia de la misma casa de estudios, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Sus líneas de investigación, desde la perspectiva de la historia del tiempo presente, son la historia de las instituciones educativas mexicanas en el siglo xx, los gobiernos universitarios y los movimientos estudiantiles. Es fundadora y coordinadora de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Entre sus últimos trabajos se encuentra el libro de su autoría *La universidad en el naufragio: el Comité Estudiantil de la Universidad de Sonora y el conflicto por la modernización, 1991-1992* y la coordinación de la obra *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México.*

Carlos Celi Hidalgo. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es docente en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. También ha sido profesor en las carreras de Sociología y Ciencias Políticas de la misma casa de estudios, así como profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, carrera de Sociología, en la UNAM. Autor de varios artículos en diversas

publicaciones, trabaja temas vinculados con la universidad pública y los movimientos estudiantiles en América Latina, desde una perspectiva histórica y contemporánea. Miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Investiga, asimismo, las construcciones discursivas sobre lo joven y la juventud, así como sobre representación, estereotipos y análisis del discurso.

Nicolás Dip. Doctor en Historia y licenciado en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Es profesor de grado y posgrado en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación están abocadas al estudio sociológico de los movimientos sociales y a la historia reciente de las universidades, los intelectuales y los movimientos estudiantiles de América Latina. Es fundador y coordinador académico de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina.

Aleida García Aguirre. Maestra y doctora en Ciencias, en la especialidad de Investigaciones Educativas, del Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional. Es profesora de la Universidad Pedagógica Nacional del estado de Chihuahua. Sus líneas de investigación son la historia del magisterio y el normalismo en México, historia de la violencia política del pasado reciente, estudios de procesos de subjetivación, historia oral y memoria. Es autora del libro *La revolución que llegaría. Experiencias de solidaridad y redes de maestros y normalistas en el movimiento campesino y la guerrilla moderna en Chihuahua, 1960-1968* y coeditora de *Memorias inquietas. De estudiantes rurales a guerrilleros urbanos.*

Fernando Herrera Calderón. Doctor en Historia por la Universidad de Minnesota y profesor asociado de Historia en la Universidad del

Norte de Iowa desde 2012. Se especializa en historia del México moderno, violencia política, radicalismo estudiantil, memoria y derechos humanos. Imparte clases de historia en educación superior, como América Latina Moderna e Historia Global, el seminario The Global 60's y una de posgrado titulada Violencia Política y Memoria en América Latina. Miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran el libro de su autoría *Twentieth century guerrilla movements in Latin America. A primary source history* y es coeditor, con Adela Cedillo, de *Challenging authoritarianism in Mexico: Revolutionary struggles and the Dirty War, 1964-1982*.

María Eugenia Jung. Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes y profesora adjunta del Área de Investigación Histórica del Archivo General de la Universidad de la República. Su línea de investigación se centra en la relación entre las derechas y los debates sobre la modernización de la universidad en tiempos de la Guerra Fría, desde una perspectiva que articula los campos de estudio de las derechas, la historia intelectual y la historia política. Miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Ha publicado una decena de capítulos y artículos científicos, y es autora del libro *Educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista*.

Sergio Fabián Lizarazo Vega. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Los Andes, Colombia. Se desempeña como catedrático de la Maestría en Política y Economía de la Educación de la Universidad Externado de Colombia. Adicionalmente, es asesor de la Subsecretaría de Calidad y Pertinencia de la Secretaría de Educación de Bogotá. Entre sus más recientes publicaciones están los artículos científicos “¿De qué hablamos cuando hablamos de un aula democrática?” y “Sistema educativo y cohesión ideológica en las FARC-EP: Entre el ‘nosotros’ como patria social y el ‘Estado agresor’”.

Kintia Moreno Yáñez. Magister en Estudios Latinoamericanos con especialidad en Política y Cultura por la Universidad Andina Simón Bolívar, en Ecuador, e investigadora en educación universitaria en dicho país. Ha sido docente en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador, en el Programa de Estudios Especializados de la Facultad de Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en Quito, y en el Departamento de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE (antes llamada Escuela Politécnica del Ejército). Sus investigaciones recientes se han centrado en temas relacionados con la universidad pública, el movimiento estudiantil, el bienestar del alumnado, las desigualdades en el acceso a la educación superior y la meritocracia. Miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Es coautora, junto a Carlos Celi, del artículo “Representaciones en prensa sobre los movimientos estudiantiles en la Universidad Central del Ecuador (1963-1975)”.

Rodrigo Patto Sá Motta. Doctor en Historia por la Universidade de São Paulo e investigador del Consejo Nacional de Investigación desde 2002. Docente de la Universidad Federal de Minas Gerais desde 1995, con grado de profesor titular. Sus líneas de investigación son historia del Brasil republicano e historia contemporánea, principalmente política y del tiempo presente. Fue presidente de la Sociedad Nacional de Historia (2013-2015) y copresidente de la Sección de Historia Reciente y Memoria de la Latin American Studies Association. Es miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Entre sus publicaciones recientes destacan los libros *Jango e o golpe de 1964 na caricatura*; *En guardia contra el peligro rojo: el anticomunismo en Brasil (1917-1964)*; *As universidades e o regime militar*, y *Passados presentes: o golpe de 1964 e a ditadura militar*.

Laura Graciela Rodríguez. Doctora en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones. Es investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas,

con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, en Argentina, y profesora adjunta ordinaria del Departamento de Sociología de la misma universidad. Es miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Producto directo de sus actividades de investigación ha publicado más de 50 artículos en revistas nacionales y extranjeras. Entre los libros de su autoría se encuentran *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*; *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)* y *Civiles y militares en la última dictadura. Funcionarios y políticas educativas en la provincia de Buenos Aires (1976-1983)*.

Gabriel Samacá Alonso. Doctor y maestro en Historia por El Colegio de México. Actualmente es profesor del Departamento de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad del Norte, en Barranquilla, Colombia. Sus áreas de investigación son la historiografía, la historia intelectual y la historia de la movilización estudiantil en Latinoamérica, con énfasis en el caso colombiano. Es miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Es compilador del libro *¡A estudiar, a luchar!: movimientos estudiantiles en Colombia y México, siglos XX y XXI*, publicado en 2014.

Mario Virgilio Santiago Jiménez. Doctor en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y profesor-investigador de la misma institución desde 2020. Es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Sus líneas de investigación son la historia política de México, con énfasis en historia comparada de las derechas en México y Argentina, siglo XX, y la historia del tiempo presente, con énfasis en los problemas teórico-metodológicos y los procesos historiográficos. Ha publicado múltiples capítulos de libro y artículos académicos, y coordinó el libro *Revisitando el movimien-*

to estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México.

Pablo Toro-Blanco. Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile y académico del Departamento de Historia en la Universidad Alberto Hurtado. Sus líneas de investigación son la historia de la educación en Chile, de los movimientos estudiantiles, de la juventud y de las emociones. Es miembro fundador de la Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina. Entre sus últimas publicaciones se encuentran los artículos “Social imaginaries of violence and fear: the chilean press and the 1968 global student movement”, en la *History of Education Review*, e “History of education and emotions”, en la *Oxford Research Encyclopedia of Education*.

*Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina.
Abordajes metodológicos e historiográficos*

se terminó de imprimir en agosto de 2023
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
ubicados en 5 de febrero núm. 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,
Municipio de Metepec, Estado de México, C.P. 52170.

En su composición se utilizó la familia tipográfica Sabón LT Paeuropean,
diseñada por Jan Tschichold en 1964, y Gill Sans, diseñada por Eric Gill en 1928.

Para papel de interiores se utilizó cultural crema de 90 gramos
y para los forros couché mate de 250 gramos.

La formación tipográfica estuvo a cargo de Juan Carlos Rosas Ramírez.

La edición consta de 500 ejemplares.